Francisco Pineda Gómez

# La irrupción zapatista. 1911

Colección
Problemas de México



Ediciones Era

Primera edición: 1997
ISBN: 968-411-386-2
DR © 1997, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.
Impreso y hecho en México
*Printed and made in Mexico*



*A la memoria del doctor Francisco Pineda,*
*a Dulce,*
*y a mi madre, Ana María*

Índice

# Nota del autor

En este trabajo sobre el nacimiento del zapatismo, partí de la idea de que la promulgación del Plan de Ayala significó un cambio de calidad del movimiento insurreccional del sur. El carácter de esa transformación fue profundo, porque los zapatistas reformularon el Plan de San Luis, y adicionaron la necesidad de expropiar a los monopolizadores de las riquezas nacionales. Al tiempo que se deslindaron de los de arriba, expresaron el principio de reivindicación de los más pobres, los que ni siquiera tenían títulos de propiedad sobre tierras usurpadas; así levantaron el derecho al bienestar y a la prosperidad para todos.

¿Qué es lo que llevó a los zapatistas a la ruptura con el gobierno surgido de la revolución antidictatorial? La traición de Madero, sin duda. Ellos lo repiten sin fatiga ninguna en el Plan de Ayala. Pero el agravio cometido solo, no produjo la rebeldía y la certeza necesarias para emprender una lucha fundadora, como la que hicieron los zapatistas, durante diez años. Además, se precisaba una idea de la fuerza propia y de sus potencialidades. Los zapatistas lograron ampliamente su percepción en los meses de la guerra contra Porfirio Díaz, contra Francisco León de la Barra y en las negociaciones con Madero.

El propósito central de este trabajo es rastrear, en la experiencia inmediata de los zapatistas, el progreso de su fuerza. Por ello, lo hago desde el ángulo de la guerra; también, por una paráfrasis: la guerra es la guerra y hay que estudiarla como la guerra.

La guerra revolucionaria no es un asunto técnico, un recuento de tácticas y de muertos ni un instrumento o una vía que se pueda manipular a voluntad. La guerra revolucionaria es un hecho histórico *total;* un proceso que sintetiza las contradicciones de una sociedad; que condensa la economía y la política, la geografía y la cultura, la división social y la capacidad organizativa, la tecnología y la moral. Es el momento culminante del rol protagónico de las masas y de los individuos; de la razón y de la emoción y, como provincia entre la vida y la muerte, de los símbolos y los actos.

Ignoro qué ruta es la más adecuada para un estudio de esta na-

turaleza, y en Clausewitz encontré sólo una clave general: seguir las vertientes principales que desembocan en el mar de la guerra; asumir la actitud del explorador.

Así transcurren los dos primeros capítulos, tratando de atrapar la época de la guerra zapatista, su tecnología, su pensamiento, la expansión territorial de los dominadores, los lazos de cuatro siglos, las relaciones de parentesco del poder, el racismo y las doctrinas militares que acompañaron al imperialismo en la cuna. Es un marco histórico amplio, pero necesario para comprender la guerra zapatista en una dimensión no sólo coyuntural y local. Es también una perspectiva que rehúsa seguir la línea de achicar al zapatismo; de reducirlo a su limitada área de Anenecuilco; es decir, se rechaza ubicar el conflicto sólo en su terreno, para llevarlo al del contrario. Resultaría impertinente la historia de la guerra sin el opuesto. Además, el zapatismo es confluencia y enfrentamiento, no se le puede concebir inmóvil o unilateral.

En los capítulos restantes, el norte principal es la sucesión de los acontecimientos. La campaña militar contra la dictadura se analiza a partir de los documentos telegráficos de Porfirio Díaz, al parecer, no recogidos aún en la historiografía del zapatismo. Con ellos ha sido posible precisar fechas, lugares, personajes y batallas; pero, sobre todo, el proceso en el que los poderosos se hicieron débiles y los humildes fuertes. A través de esos documentos se descubre también que no hay nada más lejano de la realidad que la idea –tan frecuente en la desconstrucción del zapatismo– de que la guerra del sur tuvo poca importancia y que sólo fueron acciones aisladas de pequeños grupos guerrilleros.

El progreso enorme de las fuerzas material y moral de los zapatistas en ese periodo; la emergencia de un cuadro de dirigentes propio; la ruptura violenta con las haciendas y con las figuras de autoridad paternalistas y prepotentes; así como la germinación de su independencia política son procesos clave para entender lo que sucedió después, a lo largo de la revolución.

La modificación abrupta de las relaciones de fuerza, a través de la guerra antiporfirista, liberó potencialidades entre los oprimidos. La vida y sus expectativas cambiaron. Se quebró la legitimidad de los poderosos; sus leyes, símbolos de autoridad y ritos de dominación, también. Hasta el misticismo de unas elecciones, ganadas casi por unanimidad, fue echado a tierra por los nuevos patrones de condena moral de la injusticia, que desplegaron los zapatistas.

La guerra, al desplazar a los hacendados, reveló que la injusticia no sólo brotaba del régimen agrario que los insurrectos vivieron cotidianamente. Injustos y agraviantes fueron también los acuerdos de Ciudad Juárez, la denigración desde la prensa, los asesinatos y la permanencia del antiguo régimen dentro del que se ostentaba como nuevo. Qué triunfos son esos en que, los que pierden son los ganadores y a los que combatiendo hicieron posible la victoria, se les exige sumisión; reclamó Zapata una vez, al recordar esos meses de victoria aparente en que terminaba de fraguar la fundación del zapatismo.

En aquel momento, el orden volvía por sus tres fueros: el monopolio de la riqueza, el monopolio de la verdad y el monopolio de la violencia. Madero negó que hubiera prometido el reparto de tierras de los latifundios; la inferioridad y la depravación de los zapatistas se hizo tema predilecto de la opinión pública; mientras que el desarme de los rebeldes fue la preocupación central del posporfirismo.

El cerco de la infamia, el sitio legal y militar sobre los pueblos del sur durante los meses siguientes a la derrota del dictador, desembocó en una nueva guerra. Se trataba de una guerra a la defensiva, que los zapatistas no querían, pero en la que salieron adelante. Recuperaron la iniciativa política y militar; además de que, al amagar la capital de la república, alimentaron la leyenda que cobija a los rebeldes de todos los tiempos.

El año de 1911, con su velocidad implacable, vio nacer al zapatismo. Desde el primer hecho de armas hasta el Plan de Ayala, la rebelión del sur se transformó radicalmente. Pero, además, al reemprender la revolución, en noviembre de 1911, los zapatistas fracturaron la historia de los pueblos oprimidos en México. Dieron comienzo a la era de la necesaria *autoemancipación.* Promulgaron la lucha hasta vencer o morir, sin que ninguno de los hombres de arriba estuviera enterado. En Ayoxuxtla no hubo pastor de rebaño, ni luces de inteligencia sibilina, que los acompañara; sólo triste amargura, dos violines, una bandera y su decisión inquebrantable de ser libres.

Apenas tres semanas habían transcurrido desde que el gobierno de Madero, el más democrático formalmente, se había instaurado en el país; y ellos, en la soledad de la agreste miseria, le declaraban la guerra. ¿Con qué permiso señores? En sus actos, los rebeldes respondían para la historia: ¡Con el nuestro!

Su gesta debería ser contada en sus propias palabras; imaginando cómo sobrevivía la esperanza, en medio de la guerra. Muchas

son las cosas que se pueden aprender aún de su voz sonriente o apagada en los archivos y viejas canciones; igual que de la viva voz de los zapatistas de hoy que enarbolan nuevamente la dignidad. Tan semejantes son la una a la otra, que parece apropiada la figura espiral del desenvolvimiento de la historia.

Las fuentes primarias que se trabajaron para este estudio son, centralmente, la colección de documentos telegráficos de Porfirio Díaz, bajo la custodia de la Universidad Iberoamericana; así como el archivo zapatista y el del gobierno de Francisco León de la Barra, integrados al Fondo Magaña del Centro de Estudios sobre la Universidad, CESU-UNAM. Otros grupos documentales que se investigaron son: la colección de entrevistas del Programa de Historia Oral del Museo Nacional de Historia, que fueron realizadas en la primera mitad de los años setenta bajo la dirección de Alicia Olivera de Bonfil; los acervos Alfredo Robles Domínguez, Genovevo de la O, Emiliano Zapata, Revolución y Gobernación del Archivo General de la Nación y el Fondo Rafael Chousal, del CESU-UNAM. También se consultaron las fichas microfilmadas de los documentos del Archivo Histórico de la Defensa Nacional, en El Colegio de México, además de los Debates microfilmados del Cogreso estadounidense, en el Instituto Mora, pero fue casi nula la información obtenida en ambos. En cuanto a la investigación hemerográfica, se consultaron *El Diario* y *El Correo Español*, también *El Imparcial* y *El País* en la Hemeroteca Nacional.

Para dar seguimiento a los sucesos militares, se elaboraron varios mapas, pero deben tenerse presentes sus limitaciones. Fueron elaborados a partir de distintas fuentes, de las que se debió descartar información contradictoria. Se decidió, asimismo, dar mayor crédito a los telegramas que a otras fuentes. Se aconseja adoptar una actitud de reserva sobre la ubicación de algunas posiciones que no se localizaron en los mapas actuales; mismas que se hicieron por referencia oral.

* * *

Al acercarse el final de este trabajo no dejé de pensar en los que, de manera especial, están presentes en él. En primer lugar está mi padre; quien, además de médico y de ingeniero social, como le llama un amigo a los que construyen una nueva sociedad, era un apasionado de la historia y de la historia militar. Él fue de esa generación de provincia que, para seguir estudiando la secundaria, tuvo que venir a la ciudad de México; y que en la "cuatro", al son de la Marsellesa, vivió la preguerra. En la Prepa uno y en la Casa del Estudiante Taxqueño, que fundó junto con otros compañeros en la calle de Mixcalco, abrió los ojos, en medio de la guerra.

De él aprendí las raíces del pensamiento social; era juarista y defensor de los principios de la revolución mexicana. Fue admirador de y experto en la revolución francesa. A sus hijos nos inculcó, desde adolescentes, la lectura del periódico y de la revista política. Más tarde, sin embargo, pude apreciar que lo decisivo fue su ejemplo: como médico preocupado por las grandes carencias de nuestro pueblo, como constructor de escuelas municipales y obras de servicio social, como sindicalista y como camarada; porque así llamaba él a sus amigos. A pesar de ser cristiano repudiaba acaloradamente la noción de caridad; muchas veces escuché sus argumentos. Era decidido defensor de la dignidad. La obra del doctor Francisco Pineda Flores está ahí, en el corazón de mucha gente, en la construcción material que promovió en el estado de Guerrero, y en este trabajo.

Aquí está presente también, por supuesto, mi madre, Ana María Gómez Villalobos, con sus cuidados especiales y su incentivo para estudiar. Sobre todo, ella está en este trabajo con su fortaleza, que es el mayor ejemplo que nos ha dado. Mi madre es, además, la institución a quien debo la beca principal de esta investigación. Ella también está en estas páginas por el descubrimiento reciente de su dura capacidad de crítica política y por sus referencias indispensables sobre la forma de vida suriana. Con ella, el reconocimiento es también para mis hermanos, Ana Lilia, Alfredo, Mariza y Rosa Virginia.

Quien más presente está, sin embargo, es Dulce María, compañera, sobreviviente de ocho mil trescientos siete días caminando al sol en el desierto. Siempre desconfiando y aligerando el duro peso cuando se desata la tormenta; viendo por dónde seguir en medio de la soledad. Ella es el aliciente de este estudio, la opinión en cada línea, la crítica sin miramiento, la que nunca dudó que este proyecto debía salir. A ella y a mis padres, dedico este trabajo. Itzam y Mariana son el oasis, por momentos olvidado absurdamente. Su pensamiento fresco, el reclamo de vivir con alegría, ha sido importante para buscar nuevas formas de expresión. Él, además, contribuyó en la elaboración de los mapas. Fuimos compañeros en recorridos, que pretendieron ser fines de semana zapatistas, por Anenecuilco, Tlaltizapan y Chinameca.

Académica y políticamente, la deuda es impagable. Reconocerla

toda en estas páginas representaría otro trabajo; pero siempre he tenido en mente a Jaime Osorio y, de modo especial, a Ruy Mauro Marini, el maestro durante diez años de trabajo conjunto y casi veintidós de gran amistad.

Adriana López Monjardin asumió la dirección de este estudio con el entusiasmo de siempre y, en gran medida, su conocimiento de los movimientos sociales, su habilidad de conducción e iniciativa hicieron posible que el resultado final que aquí se presenta no tuviera el esquematismo con el que se concibió la investigación.

Guardo un compromiso especial con los compañeros de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, que me permitieron la consulta de los materiales del Programa de Historia Oral del Museo Nacional de Historia, así como por haberme dado orientaciones y ejemplo de respeto hacia los zapatistas. Mi reconocimiento es además al trabajo que han realizado especialmente Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda.

Este estudio se realizó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, dentro de su programa de maestría en Antropología Social, entre 1992 y 1994, cuando fue jefe de carrera y luego director de la escuela el doctor Alejandro Figueroa Valenzuela. A través de él mi aprecio a todos los compañeros.

México, Distrito Federal, 12 de enero de 1996



CAPÍTULO 1

# Azúcar

Al iniciar el año de 1909 se efectuaron elecciones extraordinarias en Morelos, por la muerte del gobernador, coronel Manuel Alarcón. Los contendientes fueron el teniente coronel Pablo Escandón y Barrón y el ingeniero Patricio Leyva, opositor. Era la primera prueba del pacífico y fecundo encauzamiento a la democracia; después de que Porfirio Díaz reconoció la mayoría de edad de la nación, ante un periodista estadounidense.

Durante toda esa campaña electoral, el presidente de la república fue informado de los malos gérmenes sembrados entre "la gente proletaria, pues se les ofrece que entrarán en posesión de tierras que disputan algunas haciendas y pueblos";[1] pero, los signos de preocupación en el gobierno alcanzaron el punto más alto del termómetro político el primero de febrero, a raíz de un motín ocurrido en la ciudad de Cuautla. "Imbéciles, vagos mal agradecidos", gritó don Hipólito Olea a la multitud reunida, bajo presión, en la plaza. Los esporádicos vivas a Leyva y gritos en contra de los gachupines sacaron de sus casillas al científico orador. La masa enardecida le respondió con piedras, en tanto los cuerpos rurales intervinieron para disolver el mitin escandonista.[2]

A pesar de la inconformidad, finalmente Escandón fue impuesto y gobernó el estado de Morelos, durante los últimos dos años de la dictadura porfirista. Sin embargo, los hechos de Cuautla y otros semejantes –principalmente en Jojutla– anunciaron un giro vertiginoso de la vida política en Morelos. Públicamente, la multitud había desafiado los guiones de un rito político destinado a reproducir las certidumbres, lealtades y expectativas del orden; destinado a construir las apariencias monolíticas de la dominación.

Los agravios y las humillaciones cometidos por los poderosos hacendados habían permanecido silenciados durante mucho tiempo. Ahora, el ambiente tenía menos signos de la tolerancia que envuelve adecuadamente los odios acumulados. Era el comienzo del reino de las explosiones sociales, anunciado, casi siempre, por actos de público desafío que restauran la moral de los agraviados. Se trataba de retos en que grita de frente la dignidad pisoteada y la emo-

ción impacta hondamente a los participantes, al generar el sentimiento de haber restaurado la verdad y de haber dado, como en todo desafío, un paso irreversible.[3] Si era pública la humillación, público tenía que ser el reto.

Los campos se definieron, las identidades escamoteadas se electrizaron. Luego, la guerra zapatista amplió las rupturas, catalizando y produciendo a la masa protagonista de la otra revolución mexicana, la revolución de fuera.[4]

*Cuestión de linaje*

El capitalista más emprendedor, el más activo y el más inteligente fue, para los liberales radicales de *El Siglo XIX*,[5] Manuel Escandón Garmendia. Y el contrabandista más famoso; aquel que siendo cónsul británico propició, en 1856, el envío de los buques de guerra ingleses sobre Veracruz, para defender sus negocios, fue Eustace W. Barron. La unión de esos clanes parió al último gobernador porfirista de Morelos, don Pablo Escandón y Barrón.

A Manuel Escandón Garmendia se le consideró, junto con Francisco Zarco, el alma del gabinete del gobierno provisional de Juárez, en 1861; pero en realidad su alianza con los liberales fue material, más que espiritual. Siendo conservador y promonárquico,[6] él y otros miembros de su familia tuvieron de socios a celebridades como Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto, Manuel Payno y Benito Juárez.[7]

El primero de la dinastía Escandón, Pablo Escandón y Cavandi, llegó a México en 1770. Era un comerciante asturiano que al casarse con Guadalupe Garmendia y Mosquera quedó vinculado a una de las familias más beneficiadas del estanco del tabaco, en Orizaba, y ligado también al ejército colonialista: los dos negocios más rentables durante el periodo de la guerra de independencia.

Su descendiente Manuel tuvo once hijos, de los cuales el mayor, Manuel, fue quien mejor explotó las relaciones coloniales que traspusieron la declaración de independencia. En efecto, bajo las siete presidencias del *impávido teniente coronel* de la milicia realista, Antonio López de Santa Anna, Manuel Escandón y socios se enriquecieron rápidamente gracias a varios contratos para la reparación de caminos que unían México, Cuernavaca, Querétaro, Guadalajara, Los Lagos, Zacatecas, Veracruz, Puebla y Jalapa. También por la concesión del derecho de peaje y la del servicio postal entre México, Veracruz, Puebla y Toluca.

Era la época de los bandidos de Río Frío, de las diligencias y su



lujosa terminal en el Palacio de Iturbide, obra maestra de la arquitectura barroca, propiedades de don Manuel. Por el poder de su firma adquirió parte importante de las acciones de las minas de Fresnillo y Real del Monte, empresas de tabaco y fábricas textiles; logró contratos para la venta y el abastecimiento de cañones, fusiles y sables, así como para la construcción de puertos, aduanas y muelles. La mayoría de esas operaciones se realizó exclusivamente con los bonos y valores del tabaco que el gobierno emitía y él capitalizaba.

> Nos fuimos a la revolución los que teníamos algo de valor y los que estábamos muy oprimidos. Yo veía el mal trato que le daban a mi padre y a mí me podía. Por eso me fui, porque trataban muy mal a mi padre y el tanto que le daban no alcanzaba para que comiéramos; no comíamos ni un pedazo de carne en toda la semana... ésa fue la causa de que yo me fui, luego más nos animó mucho el que iban a repartir la tierra, eso también nos animó mucho, mucho, mucho...
>
> ¿Y ustedes por qué les llamaban a ellos científicos?
>
> Porque todo lo tenían, eran dueños de todo, nosotros no teníamos absolutamente nada, nada.
>
> Macedonio García Ocampo,
> teniente de caballería del Ejército Libertador[8]

En la época de la guerra con Estados Unidos, Escandón fue comisionado por el gobierno para negociar la deuda en Inglaterra. Además de querer arreglar la deuda en su favor y en contra de las finanzas públicas, hizo contratos simulados de venta para poner bajo protección de la bandera inglesa propiedades de "destacados mexicanos".

Don Manuel y su socio Mackintosh planearon quedarse con la "indemnización" estadounidense por la Mesilla, pactada por el general Gadsden y Santa Anna. La Mesilla, Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas formaban –forman– parte, junto con el Istmo de Tehuantepec, de los intereses yanquis sobre México.[9]

"Es imposible –escribió un diplomático francés– que puedan imaginarse en Europa el grado de corrupción que impera aquí cuando se trata de repartir los dineros públicos. No queda ya ni un céntimo de los cuatro millones de pesos pagados hace poco por la venta de la Mesilla... He aquí cómo procedió el general Santa Anna:

adjudicó la suma a Escandón, uno de sus grandes amigos y el agiotista más desvergonzado de la república, aunque también el más rico; éste debe dar al presidente quinientos mil en plata, un millón en valores y un millón quinientos mil en bonos de la deuda interior a la par, ¡comprados por él en plaza con noventa y cuatro por ciento de pérdidas! ¡Quién puede imaginarse algo semejante!"[10]

Mi papá era pobre, apuradamente iba ganando para darnos de comer, nada más tenía una vaquita que ordeñaba. Él trabajaba en la hacienda de Chinameca, cuando era el corte de caña iba a hacer la molienda en la hacienda; era carretonero, andaba acarreando la caña para el casco de la hacienda, apuradamente ganaba veinticinco centavos diarios. Mi mamá lavaba para ayudarlo, nos daba quintoniles y verdolagas; a veces, como tenía unas gallinas, nos daba un huevo a cada uno y cuando había carne la veníamos a probar hasta los quince días. Pasamos la pobreza... mi papá, como no tenía tierra, sembraba en la sierra, había de esos que le nombraban tlacololes, abríamos el monte, hacíamos empalizada en el cerro.

Mi papá me llevaba y me decía, "anda hijo, vamos a desmontar" y sembrábamos una, dos, tres maquilitas en el monte. Así teníamos maicito. Cosechábamos cuatro, cinco carguitas de maíz, que Dios nos socorría; desgranábamos y entonces mi papá se iba a Jonacate y llevaba una carga de maíz, dos pesos le pagaban. Y con eso compraba a mi mamá sus nagüitas de percal y a mí me compraba mis huarachitos, me compraba mi sombrerito, mi riatita de lazar, porque me gustaba andar travesiando becerros. Dos pesos... y todavía nos llevaba a comer a una fonda, muy pobremente.

Florencio Castillo Pineda,
soldado del Ejército Libertador[11]

A la caída de Santa Anna, Manuel Escandón, que había colocado como ministro de Hacienda a su empleado Manuel Olazagarre, se refugió en Veracruz. Pero sólo por poco tiempo, pues en 1856 Ignacio Comonfort le dio la concesión para construir y explotar el ferrocarril de Veracruz, que habría de conectarlo con Acapulco o algún otro puerto del Pacífico, "procurando que toque [...] grandes poblaciones como Puebla, Querétaro y Guadalajara". El camino de fierro fue pieza clave de la expansión capitalista en México,



intensificó los lazos comerciales con Europa y ensanchó el mercado interno. Con él fue posible la introducción de la maquinaria más moderna de la época para la elaboración de azúcar en los ingenios de Morelos. Por sí mismo, fue el ferrocarril fuente de grandes ganancias para Escandón y sus asociados.

La concesión otorgada a Manuel Escandón incluía, entre otras cosas, que los terrenos necesarios para el ferrocarril y sus instalaciones, propiedad de la nación, le serían entregados libres de toda retribución y a perpetuidad. Quedaban exentos de impuesto los materiales necesarios, por treinta años; la vía misma, por cincuenta años; las exportaciones, hasta una suma de quinientos mil pesos, por veinticinco años. "Las minas, criaderos de carbón de piedra y de sal, aguas fósiles y demás materiales subterráneos explotables que se encuentren en las obras y excavaciones serán en plena propiedad del dueño del camino."[12] Además, el gobierno le asignó a la compañía los reos condenados a obras públicas; y los obreros del ferrocarril quedaron exceptuados del servicio militar.

Por si fuera poco, el gobierno de Juárez eximió a Escandón, en 1861, de la obligación contractual de construir una penitenciaría, una casa para inválidos y de la entrega al erario del veinte por ciento de las utilidades del ferrocarril. A beneficio de la compañía también se creó un derecho especial del quince por ciento a las importaciones marítimas de todas las aduanas; se le otorgó la mitad de los terrenos baldíos de Tehuantepec y Sonora; y nuevos bonos, por un valor de dos millones de los pesos de aquéllos.

En eso estaba el negocio, cuando murió Manuel, por lo que su hermano Antonio quedó al frente de los affaires. Cuando llegaron los franceses, con el espíritu emprendedor que caracterizaba a la familia, Antonio vendió la concesión a los invasores.[13]

La república restaurada, a pesar del escándalo, fue benigna y generosa con la compañía. Nuevos bienes pasaron a propiedad de los Escandón, como las haciendas azucareras de Atlihuayán y San Gabriel, en el estado de Morelos; además de la finca conocida popularmente, en el siglo pasado, como *La Casa de los Perros*, el edificio Guardiola, sede del Banco de México desde 1927. En un acto de complacencia retrospectiva, Antonio Escandón mandó erigir, en 1877, en el corazón del Paseo de la Reforma, el monumento a Cristóbal Colón.

Jugó un dicho Pablo Escandón, gachu..., español legítimo y jugaba Patricio Leyva, hijo de don Francisco Leyva, de un revolu-

cionario, de un divisionario... y yo pues tenía como dieciocho años, me incliné por el ingeniero éste, Patricio Leyva.

Y como don Porfirio Díaz era presidente de la república impuso al español Pablo Escandón y después quedó siempre ese remordimiento ¿verdad? Porque yo sabía, sabíamos todos bien, que los españoles nos habían conquistado y habían matado a nuestros abuelos, bisabuelos, y todos ellos. Duraron trescientos años gobernando a México los españoles y don Porfirio Díaz, ya era más Real su gobierno que mexicano...

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[14]

A mediados del siglo XIX, los europeos no se resignaban a ver frustrado el sueño de conquistar Asia. Se habían topado, siglos antes, con un gran obstáculo y a la vez fuente de riquezas, al que llamaron América; y aún después de trescientos años seguían empeñados en resolver el problema logístico que les significaba esta gran masa de tierra. El ferrocarril los alentó poderosamente a continuar su empresa, en la que una de las zonas viables de tránsito era, precisamente, México.

He aquí el motivo central de las intervenciones militares que convulsionaron al país, a mediados del siglo pasado: el nuevo reparto del mundo propiciado por el ferrocarril.

El militarismo acompañó ese nuevo monopolio de la tierra. En la Convención Ferrocarrilera de Nueva Orleáns, en 1858, Judah Benjamin, representante de la *Lousiana Tehuantepec Company*, señalaba claramente: "Y al cruzar este Istmo ¿qué es lo que tenemos adelante? El mundo oriental. Su comercio ha provocado muchísimas contiendas sangrientas. Su comercio transforma a los países que lo reciben en imperios, y privados de aquel recurso, se convierten en sacos rotos, sin provecho, sin valor. ¡A Nueva Orleáns pertenece ese comercio!"[15] Y de Nueva Orleáns llegaron las armas que salvaron a Juárez en Veracruz, luego vino el acuerdo de Robert McLane y Melchor Ocampo en el que el gobierno liberal cedía el Istmo y la Baja California. El traficante de esas armas fue, ni más ni menos, José Ives Limantour, padre.

Este otro personaje llegó a México, en el siglo pasado, después de la declaración de la independencia, a probar suerte. Luego de vivir en Acapulco se estableció en la ciudad de México para dirigir una empresa de importación de armas y exportación de productos agrícolas. No era el único francés que hacía esa combinación. Clemente Jacques además de encurtidos –por lo que tenía negocios en Jojutla– fabricaba también confeti y municiones; cuestión de mentalidades.

"El 12 de junio de 1858, el gobierno constitucional tomó a Limantour mil rifles y una semana después, quinientos más. A estos cargamentos siguieron otros, de modo que el gobierno recibió de Limantour el total de tres mil rifles, dos mil setecientos mosquetones (carabinas de caballería), dos mil carabinas y dos mil sables. Estas armas, las últimas de las cuales se recibieron en los primeros días de marzo de 1859, antes de que Miramón estableciera el sitio de Veracruz, sin duda salvaron al gobierno constitucional."[16]

En agradecimiento los liberales vendieron a Limantour bienes de "manos muertas", al cinco por ciento de su valor. Y fue de esta manera como la familia Limantour se hizo de la propiedad de los conventos de Santa Clara, La Concepción, Jesús María, La Encarnación, Santa Teresa, Santa Inés, el Colegio de San Ildefonso, parroquias, obras pías, oratorios, cofradías y archicofradías, de la ciudad de los palacios.[17] Era otro capitalista emprendedor del siglo.

Como en tantas operaciones semejantes, éstas se mantuvieron en disputa legal hasta 1892, ya entrado el porfiriato, cuando se expidió la ley del 8 de noviembre según la cual: "los terratenientes recibirían a cambio del pago de un moderado impuesto de la secretaría de Hacienda, un certificado de que sus fincas estaban libres para siempre de todas las responsabilidades provenientes de las leyes de nacionalización, como también de todos los impuestos causados hasta la fecha".[18]

El oficial mayor de Hacienda de entonces era José Ives Limantour, hijo. Fue redactor de dicha ley y, como titular de esa secretaría desde febrero de 1893, la llevó a la práctica. Resolvió bien el litigio que su padre había dejado pendiente.

El otro hijo, Julio Limantour, se mantuvo en la esfera del capital financiero. Participó en la Cervecería Moctezuma, la Compañía Nacional Mexicana de Dinamita y Explosivos, en la Fábrica de Papel San Rafael, la Textil de San Ildefonso, Cigarrera del Buen Tono, en el Banco Nacional de México y la *Société Financière pour l'Industrie au Mexique*, entre muchas empresas más.

¿Quién iba a pensar que los Limantour, que perdieron su goleta *Ayacucho* en California en 1841, llegarían tan alto, en tan poco tiempo?

Son los milagros del liberalismo realmente existente; del tráfico de armas y la corrupción, que no aparecieron en *El vuelo del águila*

–la telenovela del buen masón– quizás por olvido o porque otra próspera familia de contrabandistas de aquella época fue la de los Milmo.

En tiempos de paz no le quitaban a uno las armas. Si usted encontraba en algún camino a la Comisión, los rurales, y llevaba su rifle bajo la pierna no le decían por qué traía esa arma. Lo que le pedían, luego, luego, encontrándolo, le decían: "alto, a ver, sus papeles de contribución". Porque se pagaba contribución personal en aquella época y cargábamos credenciales.

"Sí señor, aquí los traigo", metía usted a las cantinas –porque usábamos caballos y cantinas, ahí cargábamos un carricito y ahí metíamos los papeles–, estaba uno al corriente. Veía el cabo aquel, o lo que era, comisionado rural, y le decía: "está bien", y si no la presentaba usted, se lo llevaban.

¿Y cuánto pagaba de contribución?

Veinte centavos, había unas moneditas de veinte centavos y de a veinticinco, al mes pagaba uno los veinte centavos y le entregaban una estampilla, era mensual.

Isaac Perdomo Martínez,
mayor del Ejército Libertador[19]

Walther Bernecker, autor de *Contrabando, ilegalidad y corrupción en el México del siglo XIX* y de *De agiotistas y empresarios, en torno de la temprana industrialización mexicana,* señala que casi ningún otro tema de la actividad económica y política mexicana aparece en las fuentes documentales del siglo pasado, con tanta continuidad, como el contrabando. Don Walther quedó sorprendido de lo poco que se ha investigado y escrito al respecto. Es él quien ahonda en los antecedentes matrilineales de Pablo Escandón.

Según un documento confidencial, que encontró en los archivos de la *Foreign Office,* Eustace W. Barron nació en 1790, en Cádiz; fue oficial de la armada española y después fue hecho prisionero en Ayacucho. Luego se dedicó al contrabando y fue el principal en las costas del Pacífico. Desde entonces se hizo llamar súbdito inglés. Se estableció en Tepic en 1823 y fundó una sociedad con el escocés, radicado en San Blas, William Forbes. A fines de esa década ya era cónsul británico en México; el socio, a su vez, era cónsul de Estados Unidos y de Chile.

La *Barron and Forbes Co.* comerciaba con Europa, China, norte y



sudamérica, y estableció una fábrica textil, La Jauja, donde estampaba el sello de "Lo hecho en México está bien hecho" a los textiles que introducía de contrabando.

Fue tal el descaro de Barron que llegó con Santa Anna a ver "si no le alquilaba las aduanas del país", a nueve millones de pesos anuales. Era uno de los veinticuatro de *Forbes* de aquella época.

Otra de sus inversiones, por veinte mil pesos, fue para el derrocamiento del presidente provisional Martín Carrera y la ascensión de Ignacio Comonfort. Tuvo problemas, sin embargo, al patrocinar un levantamiento en contra de Santos Degollado, el jefe liberal de Jalisco, y éste proscribió los negocios del contrabandista.

En reclamo, apareció el primer buque de guerra de la *West India Station,* frente a las costas de Veracruz y puso un ultimátum de diez días al gobierno, el 18 de agosto de 1856.

Antes que terminara el mes, el ilustre Ayuntamiento de Tepic, renovado recientemente, declaró unilateral y unipartidaria; es decir, sin vigencia, la prohibición que pesaba sobre *Barron and Forbes Co.* El gobierno mexicano se comprometió a pagar una indemnización por ciento cincuenta mil pesos; el negocio reanudó sus actividades y volvió a florecer. En 1857, Barron y Manuel Escandón eran los accionistas principales del Ferrocarril de México.

Eustace Barron, hijo, fue "uña y mugre" con Isidoro de la Torre, otro de los hacendados del azúcar, quien más tarde fue consuegro de don Porfirio y socio del capitán de Marina José Ives Limantour, padre, en el contrato para el abastecimiento de víveres, vestuario y armamento a las tropas mexicanas de California, en 1848.[20]

El hijo –que heredó el nombre de Eustace, el negocio y el consulado– sacaba, además, plata y oro de contrabando. Quizá de allí resultó la estrecha amistad con Manuel Escandón (dueño de Fresnillo y Real del Monte), que daría como resultado el matrimonio de su hija Catalina Barron con Antonio Escandón (hermano de Manuel). El retoño del matrimonio se llamó Pablo, como el primero de la dinastía Escandón.

Pablo Escandón y Barrón era algo más que gachupín, hacendado y gobernador porfirista de Morelos. Educado por jesuitas en Inglaterra, teniente coronel del ejército, jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz y encargado de protocolo de la entrevista Díaz-Taft en 1909, era sobre todo: destacado miembro de la generación del cambio de aquellos años; uno de los más pujantes generadores de empleo.

La industrialización llegó a Morelos en ferrocarril.

En 1873 se concluyó el camino de fierro de Veracruz a la ciudad de México y los ramales hasta Cuautla y Yautepec, en 1881 y 1883.[21] El ferrocarril posibilitó la introducción de la tecnología más avanzada para la producción de azúcar y el incremento en la circulación del producto.

La hacienda de Atlihuayán y anexas, con sus 11 753 hectáreas, propiedad de Pablo Escandón logró 1.13 millones de kilogramos de miel, 3.58 millones de kilogramos de azúcar y 630 mil kilogramos de mascabado, en la zafra de 1911-1912.

En plena abundancia, Vicente Alonso fundó la hacienda de Chinameca en 1906, la más grande y moderna; la primera del siglo XX, con sus 64 486 hectáreas.

> Y de ai', permitió que ese Alonso comprara un pedazo y de ai' se cercara lo que hacía un día andando; abarcando todo, con el apoyo del general Díaz, quitándole a los pueblos vecinos que no tenían la culpa. Y así está esa hacienda, tiene veintidós ranchos.
>
> Esos ranchos son de a mil cabezas cada rancho. Y se hizo dueño desde Chinameca hasta el río grande, en cuadro. Le digo que en un día es pa' andarlo todo... Había trece haciendas por todo el estado y las trece hacían lo mismo. Con dueños extranjeros, y adjudicándose como hizo Alonso que compró una tierrita pa' agarrarse mil.
>
> Y de ai' depende la injusticia...
>
> Constancio Quintero García,
> mayor del Ejército Libertador[22]

La hacienda de Temilpa, abandonada en 1887, fue rehabilitada con defecadoras, evaporadoras y centrífugas, que fueron los inventos que dieron repunte a esta industria. El producto, azúcar refinada, granulada y en cubitos, potencialmente podía ya competir en el mercado europeo y estadounidense. En 1903, Díaz inauguró el ingenio restaurado por su nuevo dueño el gobernador y coronel Manuel Alarcón.

La hacienda de Tenextepango, desmantelada en 1881, pasó a manos de la familia de la Torre, con un valor mercantil de trece mil cuatrocientos pesos. Después de ser equipada con nueva tecnología, en 1909, estaba valuada en un millón trescientos mil pesos. Esta hacienda, ya modernizada y con nuevo sistema de riego, arrojaba, en 1907, mil quinientas toneladas de miel y dos mil quinientas toneladas de azúcar para beneficio del yerno del dictador, Nachito de la Torre.[23]

> Sembrábamos unos maicitos allá en los cerros, pues ya el español cabrón, nos había quitado todas las tierras. La hacienda cercana era la Calderón, de don Vicente Alonso; había ganado de ellos, la gente del rancho de Ajuchitlán y Santiopan trabajaban de vaqueros; en el puro cerril, eran tlacololes, los cerros así. Después de ello veía yo que pues, ¡Arajo!, ¡No se podía vivir!
>
> Espiridión Rivera Morales,
> coronel del Ejército Libertador[24]

De 1870 a 1909, mientras la producción de azúcar aumentó cinco veces, la superficie de cultivo aumentó tres veces. Morelos se convirtió, así, en la tercera región más grande productora de azúcar, a nivel mundial; después de Hawai y de Puerto Rico.[25] Las exportaciones nacionales de azúcar aumentaron casi ocho veces en los últimos veinte años de ese mismo periodo.[26] Los progresos del capitalismo se tradujeron muy pronto en crecientes dificultades para la realización de la plusvalía en el mercado, crisis, y las consecuentes secuelas de acaparamiento, especulación, quiebras, formación y guerra constante de los trusts.

Uno de los dolores de cabeza de los señores del azúcar fue la distribución del producto; que estuvo mucho tiempo en manos de los bodegueros, también españoles, de la ciudad de México. "Frecuentemente el mayorista adelantaba al hacendado una fuerte suma de dinero como avío para el financiamiento de la zafra. Esta forma de crédito parece haber estado generalizada hasta alrededor de 1900, momento en el que comienza a crecer significativamente el sistema bancario en provincias... El adelanto creaba un compromiso de venta del hacendado con su aviador, y naturalmente reducía muy sensiblemente su capacidad de negociación de los productos respecto del precio de realización de su zafra."[27] En parte, el problema de financiamiento pretendió resolverse con la creación, en enero de 1903, del Banco de Morelos, que tendría derechos de emisión de moneda. Las diosas de los griegos fueron seleccionadas para representar la prosperidad impresa en billetes de cinco, diez, veinte, cincuenta, cien y hasta mil pesos morelenses.

Más tarde, el gobernador Alarcón decretó exceptuar del impuesto a las transacciones de propiedad.

Cuando Porfirio Díaz visitó Morelos, en febrero de 1907, pudo apreciar el momento que vivía el país; desde un ángulo distinto al del ajetreo y el formalismo de Palacio. Conoció directamente los fuertes reclamos por despojo de tierras que hacían las juntas de defensa de pueblos, en que destacaban los de Ayala y Anenecuilco por su conflicto contra la hacienda de su yerno y de Vicente Alonso. Pero sobre todo, desde el mirador de la prosperidad azucarera morelense, Díaz empezó a cavilar la idea de pasar a retiro: "El hecho de que el precio de los valores mexicanos bajara once puntos cuando estuve enfermo en Cuernavaca, indica la clase de prueba que me persuadió a vencer mi inclinación personal, para retirarme a la vida privada". El dictador avistaba el tránsito a la democracia porque –dijo– los progresos del capitalismo han hecho surgir a la clase que podía lograr la conciliación y una nueva forma de estabilidad. "La democracia dependerá, para su desarrollo, de los esfuerzos de la clase media activa, trabajadora, amante del adelanto, la cual proviene en su mayor parte de la clase menesterosa y en menor escala de la rica; es la clase media la que se ocupa de la política y promueve el adelanto general. En otros tiempos no teníamos clase media en México porque la inteligencia y energías del pueblo estaban completamente absorbidas en la política y en la guerra."[28]

Con el despliegue capitalista porfiriano había florecido la pequeñaburguesía. En Morelos, los administradores de haciendas eran personajes importantes de la vida social. Los Ruiz de Velasco, Orihuela, Pelayo, Sixto, de Elías y Rivera no pasaban inadvertidos por la calle. "Capataces y administradores, fueran mexicanos, cubanos o españoles, aplicaban las medidas dictadas por los propietarios de las haciendas, distanciándose y enfrentando a los campesinos. No pertenecían a la clase propietaria, pero representaban sus intereses dentro de las unidades productivas y mayoritariamente se aliaron a los hacendados cuando estalló la revolución."[29] Como responsables de muchos agravios, fueron el blanco de la venganza, especialmente de los peones y obreros textiles,[30] en ocasiones, más que sus patrones que huyeron de una rebelión que gritaba, de nuevo, "mueran los gachupines..."

> Porque tenían su costumbre de que allí entraban todas las muchachas ¿verdad?; y la que le gustaba al administrador la pedían y se la habían de dar, pero no para siempre, nomás para una nochi.
>
> Y cuando se casaba un operario, un trabajador tenía que depositar a la muchacha allá en el curato, para que el cura o el administrador o el hacendado le enseñaran sus obligaciones primero, así se acostumbraba en aquel tiempo [así] nos platicaban los mismos viejos de aquella época. [El cura], ése vivía en México, nomás venía a visitar allí. Allí el administrador era el de todo. Sí, pero era español, no era indio ¿eh?; por eso, cuando la revolución, los trabajadores de la hacienda fueron los que más se sublevaron, de allí salieron coroneles, generales, capitanes...
>
> Próspero García Aguirre,
> general del Ejército Libertador[31]

Otros eran comerciantes y prestamistas locales; o funcionarios del banco y mayordomos, como Ambrosio Figueroa. Pero también surgió un sector más ilustrado y liberal de la pequeñaburguesía. Miguel Salinas, como muchos profesores, empezó modestamente impartiendo clases en Tlaltizapán y Tlaquiltenango. Más tarde fundó, en Cuernavaca, una escuela privada por la que pasaron personajes relevantes de la historia morelense como Domingo Diez y León Salinas, su hijo. Don Miguel llegó a ser secretario de la Escuela Nacional Preparatoria y del Museo Nacional de Historia y Arqueología. Domingo fue ingeniero especialista en obras de riego, trabajó para las haciendas de El Puente y de Chinameca (bajo las órdenes del ingeniero Guillermo Hay); y también, en la construcción del canal de San Antonio, para regar los llanos de Jojutla y Tlaquiltenango. Cuando se metió a la política, de diputado fue hecho prisionero bajo el gobierno de Huerta, y luego sirvió en los ferrocarriles del ejército de Carranza. León Salinas también fue ingeniero, pero su especialidad fue la construcción de caminos de fierro. Proyectó y construyó el Ferrocarril Interoceánico de Cuautla a Puebla, el ramal de la hacienda de Chinameca y la ampliación del riego en la hacienda del Hospital. En 1914 se incorporó al ejército constitucionalista para hacerse cargo del tramo de ferrocarril que va de Córdoba, Veracruz, a la frontera con Guatemala. Fue el que terminó, en los años veinte, los caminos México-Acapulco y México-Puebla; además de trabajar en el de México-Laredo.

> Porque los españoles tenían la costumbre que el día que estaba llegando la semana mayor que dicen ¿verdad? hacían jubileo. El

jubileo era que se confesaban todos los operarios de la hacienda y el cura estaba en su, allá en el jacalón como ahora ¿verdad? No me acuerdo cómo se llama, dónde se sentaba...

En el confesionario...

Ajá, el trabajador estaba por fuera hablándole por unos agujeritos que tenía y le preguntaba:

–¿Cómo te llamas?

–Fulano de tal –dice éste.

–¿Dónde trabajas?

–Señor, trabajo en la jartería, o trabajo en el purgar –decía. Y luego le decía éste.

–¿Cómo te ha ido, como vas –dice– de tu vida, vas bien?

–No señor, vamos muy miserablemente porque nos pagan cincuenta centavos diarios.

–¿Y tú que trabajas en el purgar, este, no te llevas un pedazo? No es malo, dice, el patrón es rico.

Pero era para sacarles la verdad...

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[32]

El ingeniero Felipe Ruiz de Velasco, hijo del administrador de la hacienda de Zacatepec, junto con su tío el ingeniero Patricio Leyva participó en la construcción del canal de El Higuerón, de doce kilómetros, y en la desecación de la zona pantanosa de Zacatepec, e hizo de esas tierras las más fértiles de la región. Este ingeniero no era tan liberal; con su hermano Tomás enfrentó a los zapatistas en Mesón de Aráoz.

De los ingenieros que trabajaron para las haciendas, el más viejo era Patricio Leyva. Su carrera estaba estrechamente vinculada al ejército federal, donde obtuvo el grado de teniente de infantería en 1892. Fue también el único de esa camada que, por la vía electoral, se pronunció en contra de Porfirio Díaz. Su candidatura al gobierno de Morelos dio lugar a una amplia movilización política en todo el estado.[33] Leyva fue designado por Madero jefe del levantamiento armado en Morelos, pero prefirió no comprometerse hasta esos extremos. Más tarde fue diputado maderista, desde su curul apoyó las propuestas de reparto legal de tierras. Dice Womack que el único intelectual de la región que se incorporó al zapatismo fue el profesor Otilio Montaño.



Y dígame, la gente de la clase media como Remigio Alfaro, ¿ellos no se incorporaron a la revolución?

¡De guaje!, ésos eran contrarios.

¿Y no veían con simpatía al movimiento?

¡No, qué va! Ésos precisamente dejaban la Villa [de Ayala] y se iban a la defensa, allá a Cuernavaca apoyando a que se defendieran ellos. No, esa gente no, la gente política no.

Serafín Placencia Gutiérrez,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[34]

Por designación de Madero, la jefatura del movimiento en Morelos, si no era aceptada por Leyva, debería recaer en Pablo Torres Burgos, originario de Villa de Ayala. Él, junto con Refugio Yáñez, Francisco Franco y Luciano Cabrera habían formado en 1909 el Club Liberal Melchor Ocampo, para dar apoyo a la campaña electoral de Leyva. En ese club, participaron también Eduviges Sánchez, Teodoro Placencia y Emiliano Zapata.

### *Tierras, montes y aguas*

Durante siglos, el cultivo de la caña de azúcar fue un jugoso negocio porque los hacendados, desde Hernán Cortés, no desembolsaron nada para adquirir tierras, montes y aguas.

Se lo adjudicaron todo, como derecho patrimonial, a partir de una guerra. Uno de los grandes privilegios de la dominación colonial fue el que "salía barato hacerse rico", es una regalía de la guerra.

Se adueñaron de las mejores tierras para la agricultura y de aquellas en las que brotaban las corrientes de agua. Se adueñaron, también, de los montes para asegurar el abastecimiento de leña indispensable para el cultivo de caña y la producción de azúcar, mieles y aguardiente.

Además, las haciendas apañaron terrenos para el ganado. Las bestias eran de extrema necesidad para el arado, para el transporte de caña al ingenio y para la tracción de las prensas. Los grandes volúmenes son característica primordial de esa industria, en que sólo la décima parte del peso de la caña se conservaba como producto final.

Los pastizales y potreros representaban frecuentemente la mayor superficie del terreno que poseían las haciendas. Sólo una mínima parte se destinaba al cultivo de la caña.

La hacienda de Tenango y Santa Clara, por ejemplo, a fines del siglo pasado sólo cultivaba directamente el 3.4 por ciento de la extensión total, la mayor parte con caña de azúcar. Y de ésta, sólo un tercio se empleaba en la cosecha del ciclo anual, ya que otro tanto se dejaba en descanso y el otro tercio de la tierra estaba plantada para el próximo ciclo, como era práctica común en todo Morelos. El ingreso bruto de la venta de azúcar y subproductos de una superficie cultivada de aproximadamente dos mil doscientas hectáreas, era del orden de los doscientos mil pesos; cuando el presupuesto anual del gobierno del estado de Morelos andaba en los trescientos cincuenta mil.[35]

La hacienda nos quitó las tierras, nos quitó la vida misma.

Luis Piñeiro Muñoz,
soldado del Ejército Libertador[36]

En el distrito de Jonacatepec, al oriente de Morelos, el despojo de tierras dejó totalmente encerrados los pueblos de Tlacotepec, Zacualpan, Temoac, Huazulco, Amayuca, Jantetelco, Amacuitlapilco, Chalcatzingo, Jonacatepec, Atotonilco, Tetelilla, Telixtac, Amilcingo, Popotlán y Tepalcingo. Otros dos, Axochiapan y Atlacahuayola en tres de sus cuatro lados lindaban con la hacienda. El pueblo de Tequesquitengo, en esos años, fue inundado para almacenar agua. Actualmente es laguna de turistas.

Muchas de las obras de irrigación, que representaban un tercio del valor de las haciendas, tampoco habían significado gastos considerables, pues no eran más que adaptaciones de los sistemas de riego existentes antes de la invasión española.

Al principio del siglo XX, el monopolio de la tierra era tal que la mitad de la extensión territorial de Morelos estaba en manos de las haciendas y una cuarta parte más, en la zona de bosques comunales, se había concesionado a los productores de papel.[37]

La monopolización de la tierra engendró una compleja red de relaciones sociales. La aparcería arraigó la mano de obra y ajustó las relaciones de dominación con los pueblos a una forma de autoridad paternalista. Las fiestas, especialmente, el juego de toros, también tuvieron importancia en la reproducción de las relaciones de poder, tanto como las deudas.



Pagábamos pisaje de ganado a la hacienda, nos cobraba como sesenta pesos anuales y ai' estábamos viviendo y cumpliendo con el rodeo... y teníamos que ayudarle a la hacienda a encerrar, porque allí tenía caporales y les ayudábamos a jerrar, o a dar rodeo para que le dieran sal. Ésas eran las fatigas que teníamos, y esclavizados, porque terrenos no teníamos. Puros terrenos prestados, eran de la hacienda, y el terreno donde teníamos ganadito, también era de la hacienda y le pagábamos esos pisajes.

Así fue pasando y vino la revolución.

Isaac Perdomo Martínez,
mayor del Ejército Libertador[38]

Con el azúcar se impuso también un ordenamiento racista que permeó a toda la sociedad. En el ingenio, desde el siglo XVI, la diferencia de raza definió la división del trabajo: españoles, indios y negros. Y después, la esclavitud no desapareció con la modernización capitalista.

El trabajo asalariado en Morelos, a principios del siglo XX, era más frecuente que en otras entidades, como Jalisco, pero esa relación no excluía la esclavitud. Ésta no desapareció con la modernización capitalista de la nueva tecnología. Los trabajadores renuentes o rebeldes de los estados eran deportados a las plantaciones henequeneras de Yucatán y Quintana Roo, o a las tabacaleras de Valle Nacional, en Oaxaca. Éstas también fueron la forma real en que el liberalismo regulaba el mercado de trabajo.

La esclavitud porfiriana no fue una cuestión exclusiva de Oaxaca, Yucatán y Quintana Roo; no fue asunto de unas cuantas plantaciones enclavadas en el sur y sureste de la república. Fue un problema que implicó a la mano de obra y a los rebeldes de todo el país. "Cada año llegan a Valle Nacional cosa de quince mil esclavos nuevos, con excepción de muy pocos mueren a los siete u ocho meses, debido a la forma inhumana en que los hacen trabajar, azotándolos y matándolos de hambre, según propia confesión de los amos. Antonio Pla, gerente general de un tercio de las plantaciones de tabaco en Valle Nacional, informa que cuando comienzan a morirse como moscas, ya no vale la pena conservarlos y resulta más barato dejarlos morir. Si alguno llega a evadirse y llega a El Hule y de allí, mendigando, pretende seguir hasta Córdoba, Veracruz, invariablemente cae en el camino para no levantarse más. Mas nunca faltan, pues los jefes políticos los venden a los españoles dueños de las hacien-

das de Valle Nacional, en cuarenta o cincuenta pesos, lo que es más productivo que señalar penas a los delincuentes que caen en sus garras. De los que salen de la ciudad de México, se descuentan diez pesos por cada uno para el teniente coronel Félix Díaz, según testimonio de un cuñado de éste que oculta su nombre."[39]

En Morelos los salarios fueron superiores a la media nacional de veinticinco centavos.[40] No era, como se ha pretendido a veces, un régimen "atrasado" o feudal. Tal situación iba acompañada necesariamente con prolongadas jornadas de trabajo y, en el caso de la operación dentro de los ingenios, explotación intensiva de la fuerza de trabajo. En las obras de construcción del ferrocarril, por otra parte, el jornal llegó a estar cerca de un peso. Un estudio de la economía de Morelos ubica el jornal agrícola promedio en tres reales ($ 0.375) y los salarios, dentro del ingenio, en cinco reales, para el caso de Zacatepec. En Atlihuayán tres y medio y seis reales respectivamente. Otros estudios, muestran que a consecuencia de la modernización de los ingenios no existió expulsión de trabajadores, pues si bien se dio un aumento de la productividad, también se produjo un aumento aún mayor en la producción,[41] en la demanda de mano de obra, de tierras, montes y aguas.

> Un peón no ganaba más de veinte centavos, un jornalero veinticinco centavos, dos y medio, después le empezaron a subir hasta que llegó a tres reales; y a un gañán le pagaban cincuenta centavos, eso era lo que ganaba un peón. Y se trabajaba de las seis hasta metesol, de seis a seis, por tres reales; porque después le aumentaron a tres reales y a los que arreaban yuntas, gañanes, a ésos les pagaban cincuenta centavos...
>
> Isaac Perdomo Martínez,
> mayor del Ejército Libertador[42]

Desde el comienzo de la colonización y de la formación de haciendas azucareras surgió la división entre los trabajadores del campo y los del ingenio. Hubo, incluso, disposiciones virreinales que prohibieron explícitamente el empleo de indios en los trabajos del ingenio. También existieron rígidas normas para diferenciar a los pobladores de diversos asentamientos, reconociendo su condición de poblado, villa, rancho, real y ciudad. El orden colonial fue racial. En las haciendas operó jerarquizando y fragmentando los diferentes estratos. Los realeños o *la gente*, eran principalmente los



administradores y empleados de confianza encargados de la operación. Se apoyaban con mayordomos, el segundo de campo, el purgador, los azucareros, el jefe mecánico, jefe de almacén, etcétera. Todos vivían dentro del casco de la hacienda. Otro segmento de confianza, pues cumplían tareas de enlace con los pueblos, eran los arrendatarios o *achichintles*. A los predilectos les llamaban *dedos chiquitos*. Todos eran *hijos de la hacienda*.[43]

Con la industrialización que se produjo a fines del siglo XIX, la jerarquización de la fuerza de trabajo aumentó y se hizo más compleja. Entre los trabajadores del ingenio los oficios se convirtieron en estructuras rígidas, con marcado carácter hereditario. Eran los tacheros, centrifugueros, tripaleros, prenseros, mecánicos, fogoneros, herreros, carpinteros y albañiles. Otro tipo de trabajadores permanentes que dirigían el trabajo de campo fueron el capitán regador, el polilla, el guardacaña, el capitán de corte. Los peones, en el campo, servían como gañanes en la preparación, siembra y escarda; también hacían funciones de carretoneros y macheteros. Los hijos muchas veces eran aguadores y los más grandes, bagaceros, cadeneros y polillas, que barrían, acarreaban leña y tiraban la basura.[44]

En el proceso de producción, en Morelos, las relaciones "horizontales" también fueron contradictorias y así se manifestaron también dentro del zapatismo.

> Venían cuadrillas de Yecapixtla, de Toluca, a veces venían de más lejos, de Guanajuato, de Querétaro, por donde quiera venían cuadrillas a trabajar con la hacienda... Unos nunca se levantaron, por eso Felipe Neri, aquí en Cuahuixtla, había muchos que les mochó la oreja. Porque venía y decía:
>
> –Vénganse a la revolución, o dejen la hacienda.
>
> Los agarraba por el campo, y le contestaban:
>
> –Sí mi general.
>
> Pero al poco tiempo que los soltaban se iban de nuevo a trabajar. Y pasaba Felipe Neri de repente, porque era arrancado, aunque estuviera el gobierno aquí. Ése pasaba por la orilla del pueblo con su gente, porque era de por sí valiente y los volvía a agarrar, y decía:
>
> –A ustedes ya los agarré el otro día, ¿verdad?
>
> Y zas, les mochaba la oreja, un pedazo.
>
> –¡Ándele!, para que los conozca, y otro día que los vuelva a agarrar, los fusilo.

Pero ni ansina... había muchos que le lloraban a la hacienda porque eran serviles de la hacienda, eran mandatarios, eran mozos, trabajaban adentro, polleros y la chingada, con perdón tuyo. Claro que allí estaban mamando, la hacienda les daba de comer y su sueldo. ¡Pues por eso le lloraban a la hacienda!

Isaac Perdomo Martínez,
mayor del Ejército Libertador[45]

Son muchas las evidencias de la composición social amplia y multisectorial del zapatismo. Internamente las relaciones fueron contradictorias, resultado de la ordenación jerárquica del régimen de las haciendas.

El zapatismo real fue un movimiento de campesinos comuneros, peones, rancheros, abigeos, obreros, estudiantes, cantineros, exseminaristas, mineros, periodistas, predicadores, arrieros, carboneros, fogoneros, profesores, hombres, mujeres, niños, ancianos, homosexuales, valientes, traidores, indios, ladinos, mestizos, morelenses, poblanos, guerrerenses, tlaxcaltecas, mexiquenses y algunos palestinos, entre muchos otros.

En gran parte del sur, la contradicción pueblos-haciendas no fue la única, aunque sí la estructuradora del levantamiento plural, multiclasista. Fue el conflicto que direccionó los choques y las alianzas. La idea de los de Anenecuilco, sus raíces y razones, sólo es válida en parte. Si se reduce sólo a eso, da cuenta de un zapatismo imaginario, o mejor dicho, desconstruido.

La revolución representa las aspiraciones de varios millones de hombres, la regeneración de un país oprimido... hace más de cuatro siglos.

Emiliano Zapata Salazar,
general en jefe del Ejército Libertador[46]

No era un arcaismo la dimensión histórica que los zapatistas dieron a su lucha. Tampoco pura memoria de los agravios, desde que fueron despojados de su territorio a través de una guerra. Sino una realidad, tan cotidiana para ellos, como para los hacendados españoles.

La situación era distinta para la emergente pequeñaburguesía. En ésta, la contradicción pueblos-haciendas, no tenía los matices



antagónicos, el cuestionamiento de la vida misma, que implicaba la disputa por la tierra. Su cultura estaba lejos de entender o de aceptar el significado que tenía la tierra para los zapatistas, ni el agravio que implica el despojo hecho por los hacendados.

Por eso, cuando los campesinos del sur se lanzan a la guerra, en marzo de 1911, sin el jefe que los encabezó en las luchas de 1909, el ingeniero Patricio Leyva, dan inicio al proceso fundamental de su independencia política. Ese proceso continuará, poco después, con la renuncia del profesor Pablo Torres Burgos a la jefatura del levantamiento en el sur, rechazando los métodos plebeyos de la revolución,[47] y arribará a un punto decisivo al promulgarse el Plan de Ayala.

Este amplio movimiento nunca estuvo exento de fuertes y a veces lacerantes contradicciones internas. En Morelos, los campesinos fueron la fuerza que, como se verá, bajo la fluidez de la coyuntura política que vivía México en 1911, direccionó en mayor medida los cambios; la que orientó los choques, en ocasiones, casi sólo con su formidable carga de odio.

A partir de una cultura con fuertes raíces en la historia, en la guerra los zapatistas generarían una nueva identidad política, con sus propios patrones de condena moral, con sus nuevas definiciones de amigos, enemigos y traidores, con sus propios diagnósticos y remedios.

CAPÍTULO 2

# Orden y progreso

El monopolio de la tierra representa una de las caraterísticas principales del orden porfiriano. En Morelos tuvo, desde 1880, la moderna expresión que se puede formular como: apropiación + industrialización. El orden, sin embargo, nunca es unisustentable. Por siglos el monopolio de las armas y el monopolio de la verdad han contribuido a mantener y a reproducir la desigualdad; así como, en la modernidad, se han requerido también configuraciones trifásicas de dominación.

En la república romana el *ordo* era un regimiento de infantería, de filas muy apretadas que se desplegaban en la batalla. En su origen, la ordenación otorgaba al individuo una posición, una inscripción; unía al mismo tiempo que clasificaba. Luego, con San Agustín y su análisis de *los tres justos*, la clasificación se prolongó, del uso de las armas al uso del sexo. La pureza jerarquizó a los hombres en obispos, monjes o continentes y casados fieles. Con el control del coito se sacralizó el concepto de orden y con éste el de autoridad; es decir, el de la desigualdad. La figura ternaria según la cual "unos oran, otros combaten y otros, además, trabajan" reforzaba eficazmente la primacía de la iglesia. Se decía que, desde sus orígenes, el género humano estaba dividido en tres, como la "divina trinidad". Era el orden medieval del sacerdote, el guerrero y el labrador.[1]

Cerca de cuarenta generaciones europeas imaginaron la perfección social como una trifuncionalidad, bajo las más diversas formas. El centro siempre fue la posición principal, la del rey. A su derecha, en los ritos de coronación, se ubicaba el poseedor de la verdad, el sacerdote; y a la izquierda, el representante del monopolio de las armas, el guerrero. Quizá, desde entonces, los soldados han despreciado a los intelectuales y viceversa. Así también, la alteración de tal sistema de clasificación se aceptó como sinónimo de desorden: un cura armado, o un guerrero pensante, implicaba alta subversión; de igual manera como el anarquismo simbolizó, con el negro y el rojo, la unidad de la astucia y la fuerza. La sofisticación del orden ha reclamado esa separación imaginaria que, sin embargo, opera en unión.

La espada, la cruz y la propiedad han sido históricamente detentadas por la misma mano, sucesiva o simultáneamente. Del guerrero o del sacerdote nacía el hacendado; desde Hernán Cortés hasta Pablo Escandón, pasando por agustinos y jesuitas, entre otros. No es extraño advertir entonces que, cuando se pasó de la división moral a la división funcional, los nuevos sacerdotes de la verdad, los científicos, fueran a la vez hacendados; o que Limantour, ministro de Hacienda, se convirtiera en el autor principal del programa militar de la dictadura, en 1911. Como no fue sorprendente tampoco que, en años más recientes, Robert McNamara pasara, de dirigir la guerra contra Vietnam, a presidir el Banco Mundial.

El ferrocarril y el telégrafo, por ejemplo, no sólo sirvieron para mercadear y para alentar la ilusión del progreso positivo, sino también fueron decisivos en la construcción de un poder militar centralizado.

*El poder y las armas*

La del zapatismo, era la época del endiosamiento de una mercancía especial, la maquinaria. Los recientes avances tecnológicos apenas empezaban a cambiar la manera de vivir y de morir. La guerra zapatista, esa gran "locura" de retar a una fuerza tecnológicamente superior, se ubicó en el inicio de la nueva era del armamento. La carabina Winchester 30-30 que, cuando se conseguía, era la preferida de los campesinos para el combate, había sido inventada y perfeccionada, recién, en 1894; así como el Máuser, del ejército federal, en 1889. Ambos fueron ejemplares de la más avanzada ingeniería militar, además de contribuir a la consiguiente transformación radical de la manera de hacer la guerra. Los fusiles de repetición fueron un producto directo de la gran industria, una expresión particular de la producción de máquinas por medio de máquinas.

> Todos llevaban un cuerno nada más de alarma y machete. O el que podía tener una escopeta o una pistolita, eso era lo que llevaba. Las primeras armas que se consiguieron fue cuando se atacó Chinameca. Ahí fueron las primeras armas, unos rifles Savage que había, como los 30-30 ¿verdad? Y ya con esos eran los primeros.
>
> Pedro Placencia,
> soldado del Ejército Libertador[2]



El gran salto tecnológico de las armas comenzó dos décadas después de las guerras napoleónicas. Un cambio en el método de carga del fusil, por el culo del cañón en lugar de la boca, retrocarga en lugar de antecarga, hizo realidad el sueño que los armeros acariciaron durante siglos. La bala cónica alargada sustituyó a la esférica; apareció el depósito tubular y el cargador de *magazine.* Se desarrolló el cañón con estrías;[3] Austria, al aprovechar las ventajas de las estrías, probó exitosamente reducir el calibre de la bala con lo que hizo posible, por la disminución de la carga, una mayor dotación individual del soldado y la tendencia a su autonomización.

La cooperación en la guerra se convirtió, por tanto, en refinada habilidad. De acuerdo con las interpretaciones de Marx sobre la transformación tecnológica del siglo XIX, puede afirmarse que, en la guerra, el nuevo armamento potenciaba la fuerza combativa individual y creaba una fuerza combativa nueva, la fuerza de masa. "La cooperación no tiende solamente a potenciar la fuerza productiva individual, sino a crear una fuerza productiva nueva, con la necesaria característica de fuerza de masa." Para ilustrar, anota a pie de página la idea de John Bellers: "Un hombre solo, sería impotente para levantar una tonelada de peso, diez hombres tendrían que esforzarse para levantarla; en cambio cien podrían hacerlo fácilmente, incluso sin desplegar cada uno de ellos más fuerza que la de un dedo". Agrega Marx que "aparte de una nueva potencia de fuerzas que brota de la fusión de muchas energías en *una,* el simple *contacto social* engendra en la mayoría de los obreros [y los soldados] una emulación y una excitación especial de los espíritus vitales, que exalta la capacidad individual de rendimiento de cada uno".[4] La relación estrecha de la guerra y la economía presenta una veta extensa para el análisis de la historia militar. La sola observación analógica de dos instituciones, la fábrica y el ejército, puede ser fuente de indicios para la investigación si, por ejemplo, se abordan cuestiones como la supeditación al mecanismo automático y las jerarquías, la nivelación y la diferenciación de trabajos, el aprendizaje, la disciplina, la concentración, etcétera.

> ¿Cómo hacían las bombas?
>
> De los cueros frescos cortábamos las ruedas así ¿verdad? Las llenábamos, y las cosíamos, de dinamita... y la mecha adentro de la dinamita, y salía la mecha. Ya bien cosido, ya después que se secaba, apretaba solito el cuero ¿verdad? Así es que iba bien dominada. Y echábamos algunas municiones ahí. Cuando

reventaba la bomba aquella, donde había gente, pues mataba a varias, nada más el tronido.

Serafín Placencia,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[5]

El empleo del cartucho metálico, en lugar del de papel, planteó la posibilidad de resolver el problema de encontrar un sistema que permitiera la repetición del disparo de manera fácil, segura y cuantas veces fuera necesario. Pero la pólvora negra, empleada desde siempre en las armas de fuego, era un gran problema, pues dejaba residuos que obstruían el desplazamiento de los mecanismos, por lo que se tenía que recurrir a golpes de piedra para destrabarlos. La aplicación de la pólvora sin humo, como propelente del proyectil, la realizaron, por primera vez, los franceses en 1886 (fusil Label) con lo que dejaron obsoletas para siempre todas las armas basadas en la pólvora negra. Estos únicos cambios en los fusiles lograron que, entre 1848 y 1895, el alcance del tiro se incrementara cuatro veces y, en adición, resultara diez veces más preciso y diez veces más rápido.[6]

Eran dos cañones improvisados, de tubos de agua...

Disparó el primer cañonazo con cortadillos. Le dice el general Castillo al artillero:

–Para dispararle a la máquina debe ser con bala rasa, ni un solo disparo con cortadillos.

–Sí mi general, es lo que estoy preparando.

El cañón resiste el disparo de bala rasa y se escuchó el golpe que dio la bala en la máquina. Hizo como explosión y los que estaban parapetados allí, salieron como ratas corriendo por el terraplén, dando demostraciones que tenían pocas ganas de seguir peleando...

El cañón de Cipriano Jaimes al segundo disparo se reventó.

Joaquín Nava Moreno,
soldado del Ejército Libertador[7]

En la artillería se aplicaron todas las innovaciones del fusil; se desarrolló, también, la granada de explosión por impacto; se resolvió el problema del retroceso del cañón y se aprovecharon las ventajas del tiro curvo. Surgieron los prototipos de la ametralladora,



del mortero de trinchera moderno y de la granada de mano. La caballería se benefició por la maniobrabilidad y la repetición del fusil, así como por la crianza de caballos de razas más resistentes en campaña.

La acería alemana de Alfried Krupp, *El Rey del Cañón*, es un ejemplo de esa gran industria. En 1862, en sus instalaciones de Essen, contaba con ciento sesenta y un hornos de fundición, forjas y hornos de cemento, treinta y dos máquinas de vapor, doscientas sesenta y tres máquinas herramientales y dos mil cuatrocientos obreros.[8] Con el advenimiento del ferrocarril, despegó la fortuna de los Krupp. Para 1902 la empresa ya tenía cuarenta mil trabajadores. Más tarde, el nieto, del mismo nombre, fue convicto por crímenes de guerra en Nüremberg; especialmente por el empleo de esclavos y como condena, los aliados le obligaron a entregarles el setenta y cinco por ciento del valor de su negocio. Amaba a su madre, por eso bautizó con el nombre de Gran Berta, el cañón que permitía bombardear París desde una distancia de ochenta y dos millas.[9]

Hicimos un cañón de mismo de un tubo, fíjese. Y también espantamos al gobierno con un cañón de ésos. Porque como las cámaras que había, ¿se acuerda usted?, a esas cámaras también les metíamos y retacadas con esta pólvora ¿verdad? y pedazos de fierro y todo eso ya le ponían. Lo dirigía uno, a la cámara ¡Pum! Salían los fierros a donde estaba el gobierno y si agarraba lo que agarrara, pues mataba. Después hicimos un cañón ya grande también, y también lo llenamos con eso, pero pegamos con la granada arriba de la iglesia del pueblo... Ese Trinidad [n.s.e.] como fue él de Pachuca, ése que sabía algunas cosas de las minas, ése fue el que preparó el cañón.

Serafín Placencia,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[10]

La máquina de vapor, produjo grandes avances en los transportes marítimo y terrestre, que fueron aplicados extensamente en la guerra, mismos que facilitaron la creación, el traslado y el abastecimiento de grandes ejércitos. En 1844, Samuel Morse estableció la primera red telegráfica del mundo y desarrolló el código binario de punto y raya. El telégrafo se incorporó rápidamente al arsenal de los ejércitos desde la guerra de secesión; luego, en Crimea, aseguró una rápida comunicación entre el mando y la tropa en el campo

de batalla. Trajo consigo también la aparición de los estrategas de gabinete, y su intromisión, en la batalla, fue causa de no pocas derrotas. Michael Faraday y Charles Wheastone iniciaron la investigación para transmitir señales acústicas por medios electromagnéticos. A partir de la enseñanza de sordomudos, Alexander Graham Bell estableció el prototipo para la comunicación telefónica, en 1876. Luego, el sistema se perfeccionó con los transmisores de carbón de Tomás A. Edison, que permitieron elevar la calidad de la señal auditiva. Los avances en las comunicaciones y la difusión de los movimientos militares, realizada por la prensa, obligaron también al desarrollo de medidas de encubrimiento y engaño.

La codificación de mensajes, empleada desde antes que Tacticus escribiera *Sobre la defensa de fortificaciones*, hacia el siglo IV a. C., tuvo un impulso sin precedentes con las guerras, la tecnología y los estudios del siglo XIX sobre la escritura cuneiforme y los jeroglíficos de Egipto. El mayor conocimiento de las unidades mínimas que se combinan en palabras, frases y oraciones dentro del texto y su formulación matemática, permitió profundizar los dos métodos principales de la codificación: la sustitución y la transposición. Se pasó de la sustitución monoalfabética a los sistemas multiliterales, con variantes de dos o más valores, a la sustitución periodizada y a los sistemas fraccionados de criptografía.

Tácticamente, bajo las nuevas condiciones tecnológicas de la guerra, ni la infantería, ni la caballería podían seguir con el sistema de ataque frontal ante el fuego combinado de la artillería, las ametralladoras y los fusiles. Los efectos inmediatos de estos cambios fueron la extensión, la dispersión y la flexibilidad de las formaciones de combate.

En medio de la transformación tecnológica hubo quienes pensaron, en el cambio de siglo, que la creciente potencia de fuego debía conducir a resolver la batalla a distancia, gracias a una victoria "mecánica", con el mínimo riesgo para el combatiente. Era, cuando menos, desconocer el fundamento humano de una lucha y de una victoria.

> Peleaba con esas perillas de los catres, las quitábamos. Y les echábamos picadillo de fierro o piedritas y una pólvora y una mechita y ¡vámonos! Hasta con hondas...
>
> José Lora Mirasol,
> capitán primero de caballería del Ejército Libertador[11]



En el pensamiento militar, el creciente peso de las medidas defensivas que aparecieron para contrarrestar el poder de fuego que se había desarrollado, impulsó, a su vez, un aumento en la valoración y el empleo de los servicios secretos. Su objeto era aprovechar mejor la sorpresa, proveer la información necesaria para explotar la iniciativa y, también, ocultar los propios planes.

La principal manifestación del efecto tecnológico se presentó, sin embargo, en la batalla desde posiciones atrincheradas. Su mayor expresión, la primera guerra mundial, tuvo gran influencia en el pensamiento político por medio de Antonio Gramsci, ágil observador de las correlaciones de fuerzas. Pero, como se sabe, el equilibrio de la guerra de posiciones fue sólo temporal; tres décadas después, el sistema de trincheras más perfecto fue totalmente insuficiente para detener la ofensiva de las divisiones acorazadas nazis. El tanque fue el arma que restituyó el papel decisivo a la ofensiva en la guerra. Ya no hubo Gramsci para entonces y cierto pensamiento político se mantuvo a la zaga, con la idea de que el estado fortificado podría ser ganado por la ocupación sucesiva de posiciones.

> Ellos tienen trincheras de piedra y un solo hombre bien armado en trinchera vale más que cinco o más hombres armados que pelean en campo libre. Y es preferible torearlos para que nos sigan a algún lugar que nos convenga.
>
> Joaquín Nava Moreno,
> soldado del Ejército Libertador[12]

En México, el monopolio de las armas dio un paso decisivo –simultáneo al aceleramiento de la concentración de tierras y a la industrialización– cuando Porfirio Díaz disolvió la Guardia Nacional, entre 1879 y 1893.[13] En el inicio de ese periodo egresaron, además, los primeros cuadros técnico-profesionales del Colegio Militar y Francisco del Paso y Troncoso fundó el Cuerpo Especial del Estado Mayor. Victoriano Huerta apareció en su plana mayor, desde el comienzo en 1879, con el grado de capitán primero. En 1881 se dio de alta, en el cuerpo de élite, al teniente Arnoldo Casso López; en 1892, al teniente Porfirio Díaz, hijo.[14]

La Guardia Nacional surgió en 1846, sustentada y dirigida por los grupos de adinerados y caciques regionales. Tuvo una estructura sedentaria destinada, principalmente, a sofocar revueltas locales; y otra móvil, que salía a dar combate, según las múltiples necesidades

apremiantes de esos años. En sus filas hicieron fama hombres como Ramón Corona, Ignacio Vallarta, Bernardo Reyes, Evaristo Madero, Jesús Carranza, Juan Álvarez y el mismo Porfirio Díaz. "Los 'notables' se reunían en la casa de uno de ellos o en el Ayuntamiento y procedían a elegir a sus comandantes por voto directo y secreto. Cada dos años se procedía a una nueva elección de jefes y oficiales, y los antiguos podían ser reelectos. Por lo general la conscripción era voluntaria y por una sola vez, pues bajo ningún pretexto se podía obligar a un miliciano a reengancharse al haber cumplido el plazo reglamentario... los ciudadanos que ingresaron en ella desarrollaron un concepto de soberanía, que lógicamente arrancó de la defensa de la patria chica y de lealtad a su región pero que ulteriormente se desplazó a la defensa de la nación."[15]

Aun cuando el ejército profesional se nutrió de los mejores hombres de la Guardia, no faltaron los levantamientos locales que reclamaban la disolución del nuevo ejército y el respeto a la soberanía de los estados. Tales conflictos fueron encuadrados, según el pensamiento vigente, en el esquema que opone el atraso al progreso. El general Eduardo Paz, en su *Reseña histórica del Estado Mayor mexicano*, publicada en 1911, opinaba al respecto: "El inteligente señor Ricardo García Granados tiene razón: nuestra masa aborigen o no, evolucionará mañana y, bajo un sistema educativo razonable, transformará su mezquino sentimiento de la patria chica, por el grandioso de la patria grande".[16] Uno de los requisitos del ejército profesional centralizado fue la erección de un mando desarraigado. Su contrapartida necesaria era la movilidad y el enlace; sólo de esa manera podía ser una realidad el mando central. El ferrocarril y los telégrafos lo hicieron posible. Durante el porfiriato, la red ferroviaria alcanzó una extensión de casi veinte mil kilómetros; la telegráfica, más de treinta mil.

Los militares porfiristas, además, no se contentaron con ser espectadores de la carrera armamentista de la época. El modelo Remington, de un tiro, se adoptó en México desde 1868, aunque su empleo sólo se extendió hasta 1874, con un proyectil de quince milímetros, que luego fue reemplazado por el de trece y once milímetros, sucesivamente. "Por último el fusil Máuser de siete milímetros, modelo español, fue repartido a los batallones y regimientos en junio del año de 1898 y en la actualidad [1911] se hallan dotadas de ese armamento las diversas dependencias del Ejército."[17]



Aquí en Tilapa tuve la primera arma. Fue un rifle Máuser de un tiro que tenía la mira de bronce. De los veracruzanos, ése fue el primer rifle que avancé yo. Todos llevaban escopeta, pistolas de pedernal, todo eso.

José Lora Mirasol,
capitán primero de caballería del Ejército Libertador[18]

El general ixtlahuaquense Manuel Mondragón diseñó, a partir del Máuser, y construyó en 1908, el fusil que lleva su nombre. De poco más de un metro de longitud y cuatro kilos de peso, este fusil estaba provisto de una recámara fija para diez cartuchos de seis milímetros y tenía una mira con alza graduada para distancias entre trescientos y dos mil metros. Fue el primer fusil semiautomático adoptado por un ejército (por recuperación de gases su máxima cadencia de tiro era de sesenta disparos por minuto), aunque sólo se repartió un pequeño número de esas armas a uno de los batallones que hicieron la campaña del yaqui. Mondragón también le dio su nombre a un cañón y fue el promotor del artillamiento en los puertos de Salina Cruz y México. Íntimo amigo de Bernardo Reyes, Félix Díaz y Victoriano Huerta, participó en el cuartelazo contra Madero, fue premiado con la subsecretaría de Guerra y Marina, durante el gobierno del usurpador y a su derrota huyó del país.[19]

El ejército porfiriano fue dotado, también, de piezas de artillería Bange, Saint Choumond, Senider Cunet, de ochenta, setenta y setenta y cinco milímetros; además del Krupp de tiro rápido de cincuenta y siete milímetros; de ametralladoras Colt y del fusil ametralladora Rexer. Para las transmisiones a largas distancias aprovecharon el telégrafo de la línea del ferrocarril y, en menores tramos, el teléfono de campaña.

Necesitamos un alambre de riel y los aventamos sobre el alambre para oír las cosas del gobierno... hablamos como teléfono, con un alambre aquí en el riel y en el alambre arriba...

¿En los cables de...

En los cables, sí. Oíamos que hablaba el gobierno. Que iban a salir, en fin, la cantidad de gente, pa'tal parte, pa'tal parte...

Serafín Placencia,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[20]

La codificación de mensajes telegráficos era empleada regularmente. El sistema más común era el de sustitución monoalfabética. En algunos casos se usaban códigos de dos o de cuatro dígitos que reemplazaban palabras o frases frecuentes. Cada jefe político o militar, de cierto rango, manejaba una tabla de códigos exclusiva para comunicarse con algún otro personaje de rango. Así, eran diferentes los mensajes cifrados de Porfirio Díaz con Pablo Escandón, de los que intercambiaba con el gobernador de Puebla. Durante la guerra, Porfirio Díaz estableció su cuartel general en la calle de Cadena, en su casa, donde también existía una central telegráfica. Desde allí despachaba todas las comunicaciones apoyado en un equipo del Estado Mayor, pero en el que tuvo un prominente papel su secretario particular, Rafael Chousal. Porfirio Díaz dirigió personalmente las operaciones militares; y sólo en muy pocas ocasiones, como en el envío de algunos telegramas despachados por la madrugada o cuando enfermó, las órdenes salieron firmadas por su hijo Porfirio Díaz o por Chousal. Para dar una idea aproximada de la importancia del telégrafo en la guerra, y de la carga de trabajo que implicaban las comunicaciones en el equipo de trabajo de don Porfirio, cabe tener en cuenta que recibió aproximadamente siete mil trescientos documentos telegráficos, correspondientes a los últimos tres meses de la dictadura. Muchos son copias decodificadas; en otros, la decodificación aparece entre las líneas del texto original; no todos tienen el estilo telegráfico, más bien son cartas telegrafiadas; y hay, frecuentemente, los que ocupan varios folios. En la mayoría de ellos, al calce aparece manuscrito el borrador de la contestación con la abreviatura *P. D.* del presidente.

La red que abastecía de información era muy extensa. Además de los gobernadores, los jefes políticos y los oficiales, telegrafiaban a Porfirio Díaz administradores de haciendas, caciques, soplones o simples ciudadanos, entre otros. Las administraciones locales o la central de telégrafos, el secretario de Guerra y los gobernadores, enviaban duplicado de los mensajes que pasaban por sus manos y que consideraban pertinentes "para conocimiento del señor presidente".

Por supuesto, la telegráfica era sólo una de las vertientes de información. Había también las propias del servicio de seguridad pública y los detectives profesionales contratados especialmente. La *Furlong's Secret Service Co.*, con oficinas en St. Louis y Cincinnati le cobraba mil dólares mensuales al secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, por andar husmeando lo que hacían los



maderistas en Estados Unidos. Para el 14 de abril, al señor Furlong ya se le hacía "mucha chamba" por esa cantidad, pues además tenía que contratar infiltrados de origen mexicano. Por eso aumentó la tarifa al doble o, como llegó a decir, por lo menos mil quinientos.[21]

> Nosotros poníamos emboscadas, sabíamos que iba a salir el gobierno, pues. Sabíamos que fulano, zutano ahí tiene que pasar. Y ahí cuando pasaban *pac, pac, pac* y a matar al gobierno. Ya nos traíamos las carabinas de ellos y el parque, hasta cañones y ametralladoras. Y así nos hacíamos pues de armamento, del mismo gobierno...
>
> Serafín Placencia,
> capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[22]

Los federales de Porfirio, fieles seguidores de la escuela militar francesa, otorgaban especial importancia a la artillería; la empleaban como apoyo del ataque, más que en su preparación. La infantería funcionaba según la moda del orden lineal: exploradores, tiradores y sostenes, que cubrían las bajas de la primera línea y la apoyaban con fuego cuando avanzaban. A la ofensiva, los adelantos del fusil, arma individual, afectaron hasta desaparecer el sistema de tiro controlado directamente por el oficial. Lo anterior puso en primer plano la propia iniciativa del soldado. El talón de Aquiles de los federales, su sistema de reclutamiento, fue, por lo tanto, causa de grandes problemas; si es que no, de la misma ineficacia del ataque. En general, cuando las cosas se complicaban, los pelones preferían la defensiva.

Los zapatistas, por su parte, distinguieron el sistema de reclutamiento forzoso, la leva, del voluntario. Aplicaron una política diferenciada a los prisioneros que hacían.

> ¿A dónde se lo llevaron?
>
> Pues, por donde quiera. Mi papacito fue por el norte, fue por Veracruz, por allá andaba con Victoriano Huerta. Pero después, como ve usted que Victoriano Huerta pues lo derrocamos, perdió, y ya después ni hizo caso de los soldados. Ahí los dejó, los ejércitos. Y ya los ejércitos, ya dejaron por allá las armas y reconocieron cada quien por sus pueblos. Y tampoco les hacían nada los revolucionarios, porque decían: "no, estos se fueron de forzosos", no les hacían nada, llegaban así. Lo mismo cuando

llegaban a avanzar a algunos prisioneros de esos forzosos, no los pasaban por las armas, les daban garantías. A los que pasaban por las armas era a los voluntarios, se nombraban.

Macedonio García Ocampo,
teniente de caballería del Ejército Libertador[23]

Durante la revolución, la infantería federal se concretaba a ocupar las organizaciones del terreno y combatía apoyada por el fuego artillero y el de ametralladoras, que eran colocadas en primera línea (por lo que las capturaban con frecuencia). "Evitaron la batalla campal a todo trance, trataron de combatir siempre bajo la protección de los poblados de acuerdo con la importancia estratégica que le daban a cada uno de ellos. En cada población organizaban su defensiva a base de puntos fuertes, en ocasiones unidos por trincheras o loberas y en general haciendo amplio uso del terreno, concretándose a resistir el ataque, salvo raras excepciones, pues el contraataque en pocas ocasiones fue desencadenado y cuando éste se realizó, se utilizaron las tropas llamadas irregulares o auxiliares."[24]

Por razones de política, pero también de doctrina, desde 1900 Bernardo Reyes estableció doce jurisdicciones o zonas militares que tenían, cada una, a su cargo treinta jefaturas de armas, con un carácter más administrativo que de otro tipo. Bajo esta fragmentación, de un total de veinticuatro mil soldados federales, cada jefe no llegaba a tener fuerza superior a ciento cincuenta efectivos[25] y, con ésta, nadie podía pretender hacerle sombra al viejo dictador.

Era, como el de Napoleón III, esencialmente un ejército para el consumo interno; efectivo para someter rebeliones escasamente organizadas y armadas; capaz de imponer la paz de los cementerios, pero incapaz frente al reto mayor de una revolución.

Con escopetas, bombas que se hacían provisionales de cuero, de perillas de catre, de botes de salmón, con todo eso se hizo la primera etapa de la revolución.

Por eso, nosotros así lo decimos: que tomamos el ejemplo de Morelos.

Porque así fue, con machetes y pistolas de chimenea y bombas que se hacían de botes, así fue como empezamos.

Jesús L. Ahedo,
coronel del Ejército Libertador[26]





El doctor Porfirio Parra, científico con asombroso currículum de excelencia académica y fundador, con Justo Sierra, de la Universidad Nacional, dijo: "no es paz de los sepulcros, sino la prolífica, la risueña, la bendecida paz que impera en la Naturaleza en las doradas mañanas de la primavera y en las rubias tardes de otoño, en que las ciclópeas energías naturales, obrando en concierto y en cabal armonía determinan la prodigiosa fecundidad de la tierra y la inefable sonrisa del cielo..."[27] No era pieza de una tertulia literaria, sino el discurso del presidente de la Cámara de Diputados en respuesta al informe del presidente de la república. Tampoco era un momento cualquiera, dos meses antes el ejército había masacrado a los obreros en Río Blanco.

Con la gran industria, la verdad de la nueva forma de dominación se había sacudido, en parte, la ideología sacra. Desde José María Luis Mora, el nuevo paradigma del orden era la industria. Los heraldos de la nueva era, del futuro positivo, eran el ferrocarril y el telégrafo. El trabajo, la industria y la riqueza, decía Mora, son los que hacen virtuosos a los hombres. "El que está acostumbrado a vivir y sostenerse sin necesidad de abatirse frente al poder, ni mendigar de él su subsistencia, es seguro que jamás se prestará a secundar miradas torcidas, ni proyectos de desorganización, ni tiranía."[28]

Pero, en muy poco tiempo, fueron abandonadas las ideas de los liberales radicales; porque el reino de la libertad sólo podía aparecer como consecuencia del progreso y éste requería, como previa condición, el orden.

*Orden y progreso* era el lema de los nuevos sacerdotes que monopolizaban la verdad; que consideraban que la política debía quedar en manos de un grupo especializado, los científicos, tal como los ferrocarriles sólo podían ser conducidos por técnicos. *La Libertad*, se llamó el periódico que agrupó a esos intelectuales y que desapareció en 1884. Un nuevo órgano, más moderno, lo sustituyó con un nombre más adecuado y científico: *El Imparcial*. Los intelectuales también abandonaron el positivismo de Comte y abrazaron el de Stuart Mills y de Spencer que pregonaba toda la libertad, pero para enriquecerse.[29]

Lo que no desecharon fue el racismo que cultivaron de jóvenes, como en el caso de Justo Sierra, pues su familia vivió de cerca la guerra de castas en Yucatán. Para estos liberales "cuando se trata de semejantes revoluciones sin ideal de ninguna clase, y promovidas

por una raza de tan cortos alcances intelectuales, que no pueden comprender la razón y la justicia; cuando es imposible explicarles lo que es la prescripción, principal derecho que se puede alegar contra la usurpación que pretenden los indios haberse hecho en lo que nunca han poseído con caracteres de propiedad, no hay más que apelar, para evitar mayores males, al recurso único que tiene la civilización contra la barbarie: a la fuerza".[30]

Con la aplicación de la fuerza más brutal, creían que se lograría "que comprendan los indígenas que somos los más fuertes y sus amagos de comunismo inconsciente cesarán".[31] Para el selecto grupo porfirista, la tierra debería estar en manos de quien la capitalizara. Ideológicamente estaban obligados a demostrarse la inferioridad de una idea de patria ligada a la tierra y del mismo amor a la tierra de los pueblos originarios. "Mal pueden los indígenas experimentar un sentimiento patriótico que difícilmente se puede probar que hayan tenido en otra época, y que denota un adelanto intelectual a que nunca han llegado... lo que se nota en ella [la raza] es ese amor a la tierra, amor exclusivo, y que no tiene por rival ningún otro en el corazón del hombre que vive en los albores de la civilización."[32]

El racismo es un pilar fundamental del capitalismo histórico que opera como ideología; que justifica la jerarquización de la fuerza de trabajo, al afirmar que los que están económica y políticamente oprimidos, son cultural y racialmente "inferiores".[33] El racismo de la colonización se acelera bajo el moderno cambio tecnológico de los monopolios y el nuevo reparto del mundo.

El racismo, que funcionaba desde hacía mucho tiempo, con la industrialización adquirió nuevas características. Al convertirse en fundamentales, por ejemplo, los problemas de la vejez, las enfermedades, los accidentes, la natalidad o la mortalidad, surgió la noción de población y con ésta, la necesidad de su regulación o control desde el estado. En la sociedad de la normalización, desde entonces, el poder se extiende a lo biológico a través de la regulación. En la guerra, este biopoder delineó nuevas tendencias: "¿Cómo se puede hacer la guerra contra los propios adversarios y exponer a los propios ciudadanos a la guerra, hacerlos matar por millones (como sucedió a partir de la segunda mitad del siglo XIX) sino activando el tema del racismo? En la guerra, desde ahora, se tratará de destruir no sólo al adversario político, sino a la raza adversa... Partiendo de tales premisas, se hace comprensible cómo y por qué los estados más homicidas son también forzosamente los más racistas".[34] Las guerras de la era industrial se presentaron ya no con el aval de la salvación eterna, sino con el discurso de la verdad y del progreso, la ciencia y las nuevas técnicas para regular y jerarquizar a la población.



Lo moderno, es decir, la recuperación del genocidio, fue uno de los rasgos más prominentes de la historia militar del siglo XIX. Ese acontecimiento fue observado por un estudioso de la guerra y la revolución, Federico Engels: "Dondequiera que un pueblo opone al invasor la guerra no regular 'el conquistador no tarda en convencerse de que no puede aplicar aquel código tradicional de la sangre y el fuego. Los ingleses en Norteamérica, los franceses mandados por los generales de Napoleón en España o los austriacos de 1848 en Italia y Hungría se vieron obligados enseguida a aceptar como legítima la resistencia del pueblo, por miedo a las represalias en las personas de sus propios prisioneros'. Ni siquiera los prusianos en la insurrección de Baden o el mismo Papa después de Mentana se atrevieron a fusilar indiscriminadamente a los prisioneros de guerra, por muy irregulares y rebeldes que fueran. Y en los tiempos modernos, sólo los ingleses, en la represión desencadenada contra el levantamiento de los *sepoy*, en la India, y los franceses mandados por Bezaine, en México, cometieron la villanía de aplicar este arcaico código de guerra del *stamping-out*".[35]

Estratégicamente, el conjunto de las transformaciones tecnológicas dio lugar al salto de la concepción de guerra limitada a la de guerra total. El concepto napoleónico de la *nación en armas* fue reemplazado por el de *nación en guerra*,[36] que supone la necesidad de valorar la relación de *fuerzas globales*; así como la búsqueda de la victoria mediante la liquidación del potencial de guerra por medio del ataque indiscriminado y masivo sobre la población civil.

Era, además, una concepción probadamente eficaz para someter rebeliones con tácticas de guerrilla y apoyo popular. Para enfrentar a la guerrilla independentista de Cuba, dirigida por Antonio Maceo, el general español Valeriano Weyler instituyó un programa brutal con el cual obligaba a cientos de miles de cubanos a vivir en campos de concentración, donde murieron decenas de miles en menos de dos años (1896-1897). El control de la población, como dispositivo de guerra, era novedoso y mostraba eficacia para hacer frente a movimientos rebeldes con amplio apoyo popular. Así lo entendió Winston Churchill,[37] quien entonces se desempeñaba como reportero de guerra del ejército británico en Cuba y se encargó de difundir la experiencia en la prensa europea.

Más tarde, el mayor general Hebert Kitchner y el propio Chur-

chill aplicarían con éxito esas nociones en Sudáfrica, para derrotar a los *boer* en 1902. Esta guerra fue la más larga y la más costosa para Inglaterra, durante el periodo comprendido entre las guerras napoleónicas y la primera guerra mundial. El objetivo principal de los lores de la banca era apoderarse de los más grandes yacimientos de diamantes y oro en el mundo; en un momento en que el sistema monetario, y especialmente el británico, dependía crecientemente de ese metal. La guerra duró tres años. Sonadas derrotas estremecieron al imperio británico en el cenit de su esplendor. Cerca de quinientos mil soldados no podían con sesenta y cinco mil guerrilleros, hasta que aplicaron una salvaje guerra en contra de la población civil. En los campos de concentración murieron más de veinte mil mujeres y niños, en un lapso de quince meses.[38] Los *boer* eran europeos de origen holandés. Nada tenían que ver con los pueblos *bantú*. La paz se firmó el 31 de mayo de 1902, en la cual quedó Sudáfrica como dependencia británica y sus recursos naturales como propiedad de los flemáticos monopolios.

No hay ninguna casualidad en el hecho de que Lenin haya dedicado las primeras líneas de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* para referirse a la guerra de independencia de Cuba y a la guerra *boer*. La razón está en que para Lenin: "El imperialismo se formó plenamente en el periodo 1898-1914. La guerra hispanoamericana (1898), la guerra anglo-boer (1899-1902), la guerra ruso-japonesa (1904-1905), y la crisis económica de Europa en 1900, son los principales jalones históricos de esta nueva época de la historia mundial".[39]

En el campo de la guerra sucia, la guerra a la población civil, los militares porfiristas no quedaron a la zaga. Tenían experiencia acumulada desde que estalló la llamada guerra de castas en Yucatán. Contaban, además, con las bases ideológicas de los liberales del siglo XIX, quienes habían adoptado a tal grado las ideas racistas del progreso, que en ello no se diferenciaban mucho de los conservadores. El historiador Luis González sostiene que el nuevo orden liberal del siglo XIX era poblacionista. Señala que, según Francisco Zarco, sólo las inmigraciones "serían capaces de poblar a México, hacer valer sus riquezas e introducir las invenciones de la tecnología. Para Juárez, por lo mismo, 'la inmigración de hombres activos e industriosos de otros países, era, sin duda, una de las primeras exigencias de la república'. Según el mismo señor presidente, 'otra de las grandes necesidades de la república era la subdivisión de la propiedad territorial' a través de tres trucos: el deslinde y la venta de terrenos baldíos, la desamortización y fraccionamiento de los latifundios eclesiásticos y de las comunidades indígenas, y la venta en fracciones de las grandes haciendas privadas".[40] Pero los "indios no querían el reparto de tierras de la comunidad entre sus condueños, no querían ser propietarios individuales; parece que hubieran olfateado el futuro",[41] y desde entonces se rebelaron. Hubo excepciones honrosas en las filas liberales, pero al no poder con la aplanadora, se refugiaron en la literatura de temas autóctonos.

Bajo la idea de la inferioridad del "indio", no resultó extraño que las frecuentes rebeliones fueran reprimidas brutalmente. Las bayonetas que derrotaron a los cangrejos de Luis Bonaparte en Puebla para, finalmente, alcanzar la cima del cerro de Las Campanas, se volvieron contra los pueblos originarios.

Porfirio Díaz, héroe de Puebla, es el ejemplo más relevante. Pero, en el campo de batalla, ese honor correspondió a otros, entre ellos al general Francisco Leyva, primer gobernador de Morelos. A los quince años, Leyva Arciniegas ya era subteniente y en 1855 combatió por el Plan de Ayutla. Más tarde, a las órdenes del general Moreno, entró victorioso en Puebla con las tropas republicanas. Ya como coronel, tuvo a su mando las tropas que en la garita de San Lázaro defendieron de los invasores franceses a la ciudad de México. Durante el periodo de repliegue republicano fue encargado de organizar guerrillas en el sur del país, con lo que obtuvo, entonces, el grado de general. Luego de la restauración de la república, en 1886, prestó sus servicios para aplastar la rebelión yaqui en Sonora. A pesar de sus diferencias con Porfirio Díaz, aceptó comandar el 19° Batallón, que intentó someter a los zapatistas, a principios de abril de 1911.[42]

Los conflictos rurales armados fueron, en el siglo XIX y principios del XX, protagonizados por mayas, tzotziles, coras, huicholes, nahuas, ñahñú y rarámuri, entre otros.[43] Los más extensos y duraderos ocurrieron en la periferia, Yucatán, Quintana Roo y Sonora. Chiapas en 1869 fue un caso especial, entre otros motivos, por haber abierto el ciclo de rebeliones masivas que tuvo que enfrentar el liberalismo triunfante. Hacia el centro, el occidente y en las huastecas hubo mayor influencia de curas, conservadores, liberales y socialistas fourerianos, aunque también pudo observarse la incidencia de la Comuna de París, como lo señala Gastón García Cantú.[44] La mayoría respondía, de una u otra manera, al despojo de tierras llevado a cabo por las haciendas. Pero también fueron significativos los movimientos maya, tzotzil y tarahumara, en respuesta a

los agravios que no estaban vinculados exclusivamente con la posesión de las tierras. Por lo general fueron movimientos masivos; se llegó incluso al punto de la formación de ejércitos de once mil hombres, siempre mal armados, que atacaban haciendas, poblaciones o ciudades bajo cuatro metas: apertrechamiento, castigo, reparto y, aunque no siempre era el caso, proclama. Casi todos recorrieron el ciclo: alzamiento, negociación, traición y represión. Los levantamientos espontáneos y mesiánicos fueron, en realidad, los menos.

La estrategia poblacional, para suprimir la insurgencia en el siglo XIX, comenzó a probar con resultados la política de deportación. Las zonas henequeneras de Yucatán y Quintana Roo fueron el destino de muchos rebeldes, entre ellos, algunos que después participaron en las filas zapatistas.

En la guerra del yaqui, a partir de febrero de 1902, los federales modernizaron sus métodos. "Los puntos sobresalientes de esta política eran: no se podían instalar rancherías de indios sino en los lugares que fijaran las autoridades; los indios que residieran en los pueblos o en sus cercanías serían reconcentrados en tales rancherías; en cada hacienda o grupo de haciendas habría una ranchería especial para los yaquis; las rancherías debían hallarse siempre en lugares de fácil acceso para las tropas; en cada distrito se formaría un padrón de todos los yaquis mayores de quince años, a los cuales se pasaría revista mensual: indio no consignado en el padrón, que tampoco pudiera justificar su procedencia, sería remitido como sospechoso."[45] En Sonora, el gobernador Rafael Izábal y el general Lorenzo Torres, entre otros próceres porfirianos, serían más tarde los ejecutores de la guerra de exterminio y la deportación masiva de los yaquis.

En el aplastamiento de las rebeliones indias se formaron los oficiales más sanguinarios que combatieron a los zapatistas: Juvencio Robles, experimentado en la guerra de exterminio en contra de los yaquis; Aureliano Blanquet, Luis G. Cartón y Arnoldo Casso López tenían méritos, en su hoja de servicios, por acciones semejantes en contra de los mayas. Fue el mismo caso el de Victoriano Huerta quien, al partir en campaña contra los levantamientos mayas en 1902, prometió al general Bernardo Reyes, entonces secretario de Guerra: "destruir por completo a los indios". A su regreso, con orgullo, informó: "la civilización y el progreso de la gente de razón ha doblegado a los indios". La racionalización del genocidio no era la excepción, sino la doctrina. Yes que, como decía Porfirio Díaz, el moderno dictador ladino, para ellos: "fue mejor derramar



un poco de sangre para salvar mucha. La derramada era mala sangre; la que se salvó, buena... Los indígenas son dóciles y agradecidos todos ellos, con excepción de los yaquis y una parte de los mayas".[46]

La guerra sucia, la guerra en que la población civil fue convertida en blanco militar, también la aplicó Madero en contra de la "locura" de los zapatistas. ¡Orden!, era el grito de guerra de la civilización en contra de los pueblos originarios. ¡Orden!, retumbaron los fusiles en Cananea y Río Blanco. ¡Orden!, sentenciaron todos los gobiernos contra la rebelión del sur. ¡Orden!, tronaron los cañones de la república de los poderosos.

Por locura o mala sangre, con el argumento de un demócrata o de un dictador; tal fue el dispositivo ideológico que la modernidad levantó para enfrentar las rebeliones. En todo caso, la "locura" de los zapatistas no fue la arremetida contra los muros del poder; ni siquiera el desafío a una fuerza tecnológicamente superior, sino, principalmente, el haber convertido las amarguras incubadas en esperanza.

CAPÍTULO 3

# El grito de Ayala

En los capítulos anteriores se han presentado algunos elementos del orden porfirista al tomar como punto de referencia tres monopolios: de la tierra, de las armas y de la verdad. La intención ha sido mostrar que operaron estrechamente articulados. Las referencias genealógicas permiten observar, en parte, cómo se reprodujo esa articulación; pero, además, muestran que las relaciones de parentesco siguen siendo, aun con el progreso tecnológico, elemento clave de la dominación. A través de ellas se han presentado algunos destacados miembros del orden porfiriano.

La dominación, además de implicar estructuras de clase, integró relaciones étnicas de poder, originadas históricamente a partir de la invasión europea del siglo XVI y recreadas con la independencia formal; pero sobre todo con el advenimiento de la gran industria. La jerarquización étnica de la fuerza de trabajo, acompañada por una ideología científica que trató de justificar "la inferioridad de los indios", estuvo presente con plenitud en una metafísica de la muerte, que impuso sus formas racistas a la manera de hacer la guerra. Por esto, la guerra sucia; la guerra que toma a la población civil como objetivo militar fue un método general aplicado, tanto por la dictadura de Porfirio Díaz como por el gobierno del demócrata Madero; por el usurpador Huerta, como por el constitucionalista Carranza. El racismo fue su común denominador; pero no sólo como hecho coyuntural, sino también como parte de una cultura del poder[1] que, en términos braudelianos, pertenece a la historia de larga duración.

Se ha visto también que durante el siglo XIX esa ideología de la "inferioridad de los indios" estuvo ligada a la nueva fase de expansión del monopolio de la tierra, que impulsó el gobierno porfirista. Los pueblos, decían los liberales, no pueden reclamar ningún derecho de propiedad porque, como tal, nunca lo tuvieron. Son inferiores porque el carácter de su relación con la tierra, de sentimiento (amor a la tierra), más que de razón o derecho (propiedad privada), no les permite tener una noción de patria, que para la ideología burguesa de aquella época era requisito fundamental de

la ciudadanía; del reconocimiento de los derechos políticos. Como veremos en adelante, la noción de patria es, según la retórica de Gildardo Magaña, el eje de diamante sobre el cual gira el sistema de ideas zapatista, el paradigma de la tierra.

Tu ya no eres república indiana, hoy colonia te vas a nombrar; vas a ser sojuzgada de España, y tus hijos esclavos serán.

Anularon nuestra independencia, los que gozan de la libertad; y el pueblo sufre con paciencia los baldones y tanta crueldad.

Al mirar que ya los españoles son los dueños de este patrio suelo, son las pruebas de que estos señores vendrá tiempo en que nos peguen fierro.

Se halla el territorio mexicano invadido por esa nación; los primeros son los hacendados que nos tienen en gran confusión.

Cura Hidalgo, si resucitaras, qué dijeras en esta ocasión, al mirar la república indiana gobernada por un español.

*Corrido a la Patria* (fragmentos),
anónimo, copiado por Martín Urzúa,
Jonacatepec, Morelos, 1910[2]

Durante un tiempo predominó la idea de que los hacendados de Morelos eran el equivalente de los señores feudales de la época medieval y que la revolución mexicana era la revolución burguesa que venía a liberar a la sociedad de las viejas ataduras que dificultaban la modernidad. Tal visión se ha ido disolviendo, especialmente por los estudios de historia económica y de una observación minuciosa, a partir del análisis de casos y la historia regional. No ha ocurrido, sin embargo, un avance semejante en la interpretación del zapatismo.

Por desgracia, la historiografía del zapatismo, salvo algunas excepciones, ha enfatizado el carácter local de esa lucha. Algunos, al seguir la ruta trazada por el positivismo del siglo pasado, lo reducen a una expresión de "comuneros pueblerinos", "semiprimitivos", sin proyecto nacional.[3]

A tres de febrero del noventa y cinco la perla de las Antillas, ¡Viva Cuba libre! grito soberano levantando sus guerrillas.

Independencia y derechos, democracia y libertad, son ninfas de amante emblema, su pendón de autoridad.



Antonio Maceo y Máximo Gómez emprendieron la campaña, para destronar la atroz tiranía que allí ejercitaba España.

Los españoles mirando lo difícil de su empresa han sufrido mil reveses por el clima y por la guerra.

El diez y seis de diciembre, día infausto y proceloso, la muerte besó a Maceo en un combate glorioso.

Para despedirme valiente guerrero, ofrezco las mustias flores, pues en ellas van, de alguien que te admira, los merecidos honores.

Acepta la siempreviva de un patriota mexicano que te ofrece ante la tumba un respeto inmaculado.

Corrido *Cuba Libre* (fragmentos),
anónimo, copiado por Martín Urzúa,
Jonacatepec, Morelos, 1910[4]

Curiosamente, la interpretación localista ha sido retomada por el pensamiento neoliberal para, a partir de un solo elemento (los títulos primordiales de Anenecuilco), reinventar la historia al hacer que los campesinos surianos aparezcan como luchadores de la propiedad privada. Allí buscó justificarse la contrarreforma agraria de Carlos Salinas.

En parte, esas concepciones se basan en una tradición del pensamiento social estadounidense, que reformula las principales tesis evolucionistas, particularmente desde las universidades de Chicago y Harvard. Pero su influencia en México no es tan reciente, tuvo como exponentes a Sol Tax, Ralph Beals y Robert Redfield. La idea de la comunidad *folk* fue desarrollada por Redfield, en sus estudios *Tepoztlán, a Mexican Village* (1930) y *Chan Kom, a Maya Village* (1934). Distingue dos tipos extremos de comunidad, la *folk* en donde las relaciones se dan a partir de la confianza íntima, de amistad y cooperación; y la comunidad *societaria*, que es urbana, donde las relaciones parten de la competencia, el trabajo, el intercambio comercial y predomina la desconfianza. El mayor contacto con la civilización posibilita la transición, el *continuum folk-urbano*, de las culturas tradicionales campesinas hacia la modernidad.[5]

Al respecto, en *Las clases sociales en las sociedades agrarias* (1969), Rodolfo Stavenhagen observó que, sin embargo, los teóricos del indigenismo fueron más lejos que los antropólogos Sol Tax y Redfield al transitar, del marco de la comunidad como entidad aislada, al de región indígena o intercultural definida por la existencia de

un centro urbano, ladino, rodeado de comunidades indígenas satélites. Para Stavenhagen, la idea de Sol Tax de comunidad indígena completamente aislada es del todo equívoca, y la de Redfield acerca de un *continuum folk-urbano* carece de objetividad. La comunidad debe ser vista dentro de un todo estructurado.[6]

John Womack, hijo, autor del más completo estudio sobre el zapatismo, considera éste como la lucha de unos campesinos "que no querían cambiar y que, por eso mismo hicieron una revolución... lo único que querían era permanecer en sus pueblos ý aldeas, puesto que en ellos habían crecido y en ellos, sus antepasados, por centenas de años, vivieron y murieron: en ese diminuto estado de Morelos del centro sur de México".[7] La idea de Womack acerca de que el ejército zapatista de 1913-1914 era "simplemente una liga armada de las municipalidades del estado",[8] por lo mismo, es la predominante. Por desgracia eclipsa otras observaciones suyas, como aquella de que, en 1914, la estrategia militar de avanzar sobre la ciudad de México "reflejaba el claro sentido que Zapata había adquirido de la constitución federal de la política mexicana",[9] y de que en las grandes campañas contra Huerta, los guerreros aficionados habían comenzado a convertirse en profesionales.

> Creían los privilegiados porfiristas de esa tierra, que el pueblo
> sería burlado otra vez como con Leyva; hoy los rifles en la mano
> tenían por votos la guerra y por casillas tomaron del gobierno
> las trincheras.
>
> Llegó el diecinueve de mayo glorioso para los libertadores, y
> el Quinto de Oro, siendo tan famoso corrió de sus posiciones;
> aunque para ellos fue muy vergonzoso, por tener tanto renombre, salieron corriendo aquellos colosos hacia donde el sol se
> pone.
>
> *Bola de la toma de Cuautla por Zapata* (fragmentos),
> Marciano Silva, coronel del Ejército Libertador[10]

No se trata de discutir el grado de aislamiento de las comunidades rurales, sino de desechar el evolucionismo que, con la imagen de comunidades semiprimitivas volcadas por sentimiento hacia su vida interior, pretende la inferioridad de los pueblos; y sus experiencias de lucha, como el zapatismo, son meras expresiones localistas de una realidad desarticulada, es decir, derrotada de antemano. Lo que muestra la historia del zapatismo es la existencia de una articulación mucho más allá de las divisiones administrativas estatales del México imaginario o superpuesto, y la importancia que tuvieron esas relaciones en el enfrentamiento militar, en la victoria sobre el ejército federal de Porfirio Díaz.

*Territorio*

El impacto de la tesis de la comunidad campesina como una unidad aislada fue menor en el campo de la antropología, al que tuvo en la historia de las luchas campesinas; en parte debido a que bajo los imperativos de la política indigenista estaba obligada a una confrontación empírica más inmediata.

Desde que fue creado, en 1953, el primer Centro Coordinador Indigenista en San Cristóbal de las Casas, tanto Gonzalo Aguirre Beltrán, como Ricardo Pozas Arciniegas privilegiaron el análisis regional. La idea de Aguirre Beltrán era inducir el desarrollo desde el centro rector, la ciudad coleta, a toda la región de refugio.[11] Ese enfoque espacial no era novedoso, ya había sido considerado por Gamio y, luego, por Julio de la Fuente bajo el concepto de regiones interculturales.

Desde 1933, Walter Christaller había desarrollado la *Teoría de la Plaza Central*, según la cual una de las principales funciones de los centros urbanos regionales consiste en la mediación de su entorno rural y el medio exterior. La plaza central unifica y jerarquiza las relaciones estructurales de regiones que están organizadas nodalmente, no están aisladas.

Pero, además, el análisis regional estaba presente también en la historia religiosa y militar de México. Robert Ricard, en *La conquista espiritual de México*, observó en 1947 tres niveles de conquista territorial, cuando analizó la distribución de las órdenes religiosas y conventos: "Llamamos *misión de ocupación* a los sectores en los cuales los conventos forman una red bastante estrecha, a distancia racional unos de otros y agrupados en torno a un centro... *de penetración* a la fundación precaria de casas esporádicas, en zonas de difícil relieve, de clima penoso, aún no del todo pacificadas o circundadas de territorios totalmente indómitos [por ejemplo] los agustinos con su misión en el actual estado de Guerrero [en la región de la montaña]. Estas misiones del segundo tipo acompañan o preceden a la conquista militar, en tanto que las del primero la siguen y, como es natural, la consolidan. Consideramos finalmente, como casas *de enlace* a las series de conventos que, en vez de presen-

tarse en forma concéntrica alrededor de una casa principal, como las primeras, forman una línea directa, que liga un grupo cualquiera a la ciudad de México".[12] Tales eran, por ejemplo, las misiones agustinas en el estado de Morelos, que enlazaban a la capital, con la avanzada de la colonización en la montaña de Guerrero. Ricard observó también que, en el despliegue de las misiones evangelizadoras había un punto de semejanza con la conquista y la ocupación militar. ¿Cómo no iba a haberlo?, si el más ilustre de los frailes agustinos de esa época, Andrés de Urdaneta, era además un militar, con experiencia de combate en las guerras de Portugal e Italia.

Catalina H. de Giménez, en su estudio sobre los corridos zapatistas publicado recientemente, *Así cantaban la revolución*, señala que: "El área cultural del estado de Morelos desborda en mucho sus límites administrativos actuales, que fueron establecidos en 1869 por el presidente Juárez. La creación del estado de Morelos se debió a requerimientos policiaco-militares; se trataba de crear una región militar autónoma con el objeto de controlar las múltiples bandas paramilitares que habían surgido durante la campaña contra los franceses. Su primer gobernador fue un compañero de armas del presidente Juárez, el general Francisco Leyva. Era de suma importancia lograr la pacificación de esta rica zona agrícola al sur de la capital".[13] Si se examina el mapa de difusión de los corridos zapatistas, al poniente hasta el valle de Toluca, al oriente el estado de Puebla, al norte el valle de México y al sur hasta la Costa Chica de Guerrero, señala que corresponde no sólo con el área de extensión del zapatismo, sino con un territorio cultural de habla náhuatl, por lo que llama la atención para que se valore la identidad cultural en la interpretación del zapatismo. A través de la recopilación y el estudio de más de quinientas composiciones, llega a la conclusión de que el pensamiento zapatista está impregnado de memoria étnica y que su lucha quizá tuvo algo de guerra de castas. Dentro de esa amplia región, la zona de Cuautla, que es la de los principales bastiones zapatistas, tuvo desde antes de la colonia una importancia especial entre la costa del sur y el centro. Jonacatepec, luego, fue uno de los centros más importantes de los arrieros del sur, durante el auge de la ruta México-Acapulco. "Entre sus arrieros más famosos se destacan nada menos que José María Morelos y, un siglo más tarde, los hermanos Zapata."[14] Mariano Matamoros fue cura de Jonacatepec, antes de incorporarse al ejército insurgente.



Emiliano quedó como caballerango de don Ignacio, allá en México y de allí se trajo esa impresión de que a los caballos del señor ése les daban un trato mejor que los indios de aquí del país.

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[15]

Antes de la invasión española, esa región fue área clave ligada a Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan; así como productora muy importante de algodón (varias especies, entre ellas la del árbol, *quauhixcatl)* y de tejidos, además de maíz, chile, frijol, aguacate, capulín, guayaba, camote, chía, cacao y amate, entre otros bienes. El agua abundante era aprovechada mediante canales de riego. Pero no tenían sal,[16] y la conseguían en la montaña de Guerrero, región que, en la guerra, fue retaguardia de los zapatistas. También se abastecían de sal de Tlaxcala y Puebla. Como se sabe, la ocupación colonial de Morelos la inició el propio Cortés, al suplantar el cultivo de algodón por el de la caña de azúcar. Allí "se vino a implantar dentro de una zona indígena, con algunos negros y pocos españoles, una economía típicamente capitalista de casi monocultivo de la caña de azúcar y con gran producción azucarera que se encontraba completamente en manos de unos cuantos personajes poderosos o de ricas órdenes religiosas de la ciudad de México. Estas circunstancias explican el estado de tensión constante, desde fines del siglo XVI, y más marcado que en otros lugares, entre las comunidades indígenas y las haciendas que se apoderaban de sus tierras, no tanto para ensanchar sus dominios como para privar a los indígenas de sus medios de subsistencia y obligarlos a trabajar como peones en sus plantaciones de caña".[17]

En la zona de ocupación morelense, la lucha entre los pueblos y las haciendas era cotidiana. Se desenvolvía en los espacios públicos y ocultos. Las fiestas no eran ajenas al conflicto permanente por la tierra, muchas veces los organizadores aparecían como propietarios privados de parcelas, que en los hechos se trabajaban colectivamente, en desafío a las leyes liberales de desamortización. Pero también operaban contribuyendo a la reproducción de las relaciones de subordinación de los pueblos frente a las haciendas, "parte del funcionamiento de estos eventos procedía de la élite misma, como estrategia para mantener buenas relaciones con sus asalariados y medieros".[18] Una constante fue la donación de toros

para la fiesta del pueblo, cobrada muchas veces con nuevas extensiones de tierra que pasaban a manos de la hacienda.

Yo ya lo conocía. Mire usted, en 1909 yo comerciaba con ganado y con este motivo fui a Tlaquiltenango, donde vendíamos todo el ganado. Cuando llegué se celebraba la fiesta de la Candelaria. A mí me gustaba el caballo, ya que teníamos suficientes y estaba joven. Zapata también era magnífico jinete y le encantaban los toros, además era muy bueno para lazar. Bueno, pues nos juntamos en los toros y ahí fue donde nos conocimos; me lo presentó Catarino Perdomo, tío de Elpidio Perdomo que tendría en aquel tiempo unos diez u once años; también me presentaron a Emigdio Marmolejo que después fue general zapatista. ¡Bueno para el caballo también ese hombre! Pues en los toros estuvimos tomando cervezas y copas, toreamos y esas cosas; por cierto que esa vez el toro le lastimó una pierna a Emiliano Zapata. Comentando lo del accidente y tomando copas fue como nos hicimos amigos.

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[19]

Guillermo Bonfil llevó a cabo una investigación de varios años sobre las ferias de cuaresma en la región de Cuautla, a partir de 1968. Encontró documentos de 1775 que se refieren a la posesión y los linderos de las tierras del pueblo de Tlayacapan, muy posiblemente asociados al origen de la danza de los vaqueros. "Se menciona por varios testigos el hecho de que antiguamente la hacienda de Pantitlán contribuía anualmente para la celebración de la fiesta titular de Tlayacapan enviando azúcar, miel, dinero y 'un día de toros' en reconocimiento de los agostaderos que se le permitían usar para su ganado. Las descripciones que dan los testigos de la llegada de los toros se relacionan muy estrechamente con lo que se cuenta en la danza de los vaqueros [...en la que] se relata la llegada de un grupo de vaqueros que llevan los toros de una hacienda para la fiesta de Tlayacapan; las peripecias de ir a lazar los toros, perseguirlos por el monte, encerrarlos en el corral y finalmente llevarlos a su destino, dan lugar a todos los cambios de ritmo y movimiento de la danza y a una gran diversidad de tonos que van desde lo jocoso hasta lo severo y casi solemne."[20]

Al observar la función e importancia económica de las ferias de



la región, así como su articulación con los tianguis de origen prehispánico, Bonfil señaló la existencia de un ciclo anual cuyos momentos culminantes son las ferias de Amecameca y Tepalcingo (a pocos kilómetros al sur de Anenecuilco), como parte de un sistema regional estructurado, muy amplio que comprende Morelos, Guerrero, Puebla, Oaxaca, Estado de México y Tlaxcala. También hay que incluir los pueblos del Distrito Federal que participan directamente en estas ferias, como Milpa Alta, Topilejo y Xochimilco, entre otros. Es decir, un territorio cultural que corresponde exactamente a la región en que se desarrolló la guerra zapatista.

También Bonfil apunta las diversas formas de relación que se establecen en las ferias y que no tienen un carácter circunstancial, por sus distintos niveles de organización y porque la participación se repite anualmente. "Desde este ángulo la feria y su recurrencia anual son factores de identidad colectiva, elementos de la conciencia local y regional, ocasiones para que se expresen muchas manifestaciones culturales que forman parte del patrimonio tradicional de una región; todo ello, en fin, como marco común que facilita la vinculación social entre habitantes de una vasta zona."[21]

En Morelos, como en muchas partes del país, las fiestas, además de su función económica, son factor de cohesión interna y cumplen un papel en las relaciones de fuerza.[22] Las fiestas regionales contrarrestaban las tendencias atomizadoras que imponían las políticas liberales respecto de la propiedad de la tierra, las divisiones administrativas del territorio y las políticas culturales que condenaban lo indígena y exaltaban lo mestizo.

Algunos tenían casas de tejas y adobe y, eso sí, rebocadas; la mayoría tenía casas de zacate, de basura, de bajareque, de vara y lodo y de arriba de palma, de zacate de cerro y trenzada de vara enlodada. La mayoría comía frijolitos y picante y se vestía de cotón y calzones y unos sombreros de petate gruesote que valían veinte centavos, sombreros grandes y una capota así de larga y huaraches pata de gallo. Era barato el calzado, yo me acuerdo, iba a Jojutla porque allá íbamos a placear a veces y allá entraba un calzado taxqueño, unas botas re'bonitas, de abrazadera de mosca, me costaban dos cincuenta... Sabíamos lazar bien y andábamos a caballo, teníamos espuelas de las buenas, de Amozoc, y todos los caporales usaban zapatos de orejas, de riendas, de dos riendas, unos zapatotes corrientes que tenían como agujetas una correa. Usaba la espuela con las botas de Taxco de Alarcón,

pero nada más las usaba para el caballo, llegando a la casa se los quitaba uno... y el huarache. Era barato todo en ese tiempo, la vida era muy barata, no se ganaba dinero, pero era muy barata. Con dos pesos ibas a la plaza bien abastecido de mandado, la vara de manta valía diez centavos, manta de primera... con poquito que ganaba el peón pasaba su vida, pobremente, pero pasaba su vida... No trabajábamos en la hacienda, nosotros trabajábamos solos, independientes, sembrábamos de temporal nada más, alquilándole tierras a la hacienda de Chinameca; a Vicente Alonso que era el dueño de todo eso...

Isaac Perdomo Martínez,
mayor del Ejército Libertador[23]

Como se sabe, los templos cristianos hacia donde se efectúan las peregrinaciones más importantes corresponden a santuarios de la época anterior a la invasión española y Morelos no es la excepción. El testimonio de la ocupación no sólo está en las construcciones mesoamericanas cubiertas por templos cristianos; sino también, a la inversa y en vivo, en los mismos atrios con sus danzantes concheros; en la Danza Azteca de la Gran Tenochtitlan que hasta hace no mucho tiempo agrupaba a decenas de miles de personas del centro y del sur de México,[24] recorriendo las ferias y organizándose independientemente del rito litúrgico.

Lo común es la observación folklórica de las fiestas, que aparecen con otras marcas, se resaltan ciertos rasgos y la comprensión se hace más misteriosa. Para Guillermo Spratling, por ejemplo, estar presente en una fiesta, donde se reúne gente de todos los pueblos de un amplio territorio, es ver a México. Dice, quien se quedó a vivir en Taxco desde 1929, que "codearse con la población indígena, ver sus sonrisas y ocupaciones, observar cómo comen sus alimentos sencillos, cómo discuten sus problemas agrarios, con una copa de tequila, cómo se acuestan en el suelo para pasar la noche y ver sus danzas y el misterio de los rostros de los danzantes es una experiencia profunda no fácil de describir".[25]

En el México profundo que sobrevive a la colonización, el que no necesita de anuncios en los periódicos para congregar multitudes espontáneamente, las danzas de los Concheros, de los Tecomates, Tlacololeros, del Tigre, hacen recordar la época prehispánica; sus representaciones de la vida, de la fuerza y el valor, de la siembra y la guerra.[26] Pero no siempre, prácticamente nunca, se tiene acceso a los códigos ocultos de los pueblos originarios en el presente. Sólo cuando éstos se hacen públicos por medio de violentos levantamientos, puede atisbarse que esa cultura y sus valores no son reminiscencias de una civilización muerta.



La cohesión territorial emergió con un acontecimiento decisivo: un jinete de fiestas regionales, Emiliano Zapata Salazar, conocido por su valor y habilidades, fue elegido por los representantes de los pueblos –y no sólo por los de Anenecuilco– para encabezar la guerra. Del estudio del corrido y de las fiestas ha surgido, poco a poco, una evidencia fundamental que la región cultural es la misma región de la guerra zapatista. "Las máscaras que usan en esas danzas nos dicen más de los indios que los santos de yeso en nichos de mármol falso";[27] y las guerras que hacen, también.

El indigenismo en México dio, como uno de sus frutos, la noción de región de refugio. Pero, si hay repliegue, es obvio que hay también terreno perdido, ¿o no? Sin embargo, el indigenismo no podía ir del concepto de refugio al de zona de ocupación, porque iría directamente en contra del dogma de la integración. Aunque estas dos nociones del territorio sean inherentes desde una perspectiva militar, en el indigenismo se disocian, y se oculta una de ellas. La política indigenista cumple así una función de dominación también territorial.

El terrirorio es el marco inicial y más concreto, en que se observa la vinculación de la cultura y la guerra; y sobre todo, el punto de partida para entender el significado de la demanda zapatista, que no fue de parcelas de labor, sino siempre y enfáticamente: tierras, montes y aguas, en una palabra, territorio. Le llamaron también: *To tlalticpac-nantzi mihtoa* patria, nuestra madrecita tierra, la que se dice patria.

### *La coyuntura*

El 10 de marzo de 1911, segundo viernes de cuaresma, transcurría la feria de Cuautla, entre la de Jiutepec y la segunda más grande en todo el país, la de Tepalcingo; población muy antigua que pagaba como tributo a Tenochtitlan el equivalente a diez mil fanegas de maíz, ocho mil de frijol y cuatrocientos cántaros de miel de abeja.[28] Había ambiente especial en toda la región, jaripeo y peleas de gallos. Con sus peregrinaciones desde Xochimilco, Jalatlaco, Iztapalapa, Milpa Alta, Topilejo, Atlacholoaya; sus fuegos artificiales de Cholula, sus puestos de dulces de Jantetelco, piña y mamey de Chie-

tla, cocos y machetes de gavilán de la Costa Chica de Guerrero, sombreros de Tlapehuala, espuelas de Amozoc, cuchillos de Oaxaca, lacas de Olinalá, reatas de San Juan del Río y Tepoztlán, rebozos de bolita de Tenancingo, aperos para animales, mercados de mulas y bueyes, y hierbas medicinales de distintos rumbos;[29] con todo su intercambio y las danzas y las máscaras de zompantle, las ferias de cuaresma hacían parte, una vez más, del ciclo anual de la vida en la región. Eran los días previos a las primeras lluvias, cargados de simbolismo, en un territorio que no entra en la definición de región de refugio de Aguirre Beltrán, sino en la de zona de ocupación.

El tal Pablo Escandón, como gobernador de Morelos no descuidó las ferias de la cuaresma de 1911. Preocupado por los peligros del tumulto envió un telegrama cifrado a Porfirio Díaz donde le advertía: "pasado mañana empieza la feria de Tepalcingo, distrito de Jonacatepec, donde se reúnen más de cincuenta mil gentes en los alrededores, siendo una de las ferias más grandes de toda la república. Había yo contado mandar allí el destacamento de Jonacatepec, el de Cuautla y lo poco que pueda yo reunir de la fuerza del estado. Por mi telegrama de ayer verá usted que se ha mandado retirar los veinte guardias de Jonacatepec de orden de Rojas. Creo, salvo su mejor parecer que deben volverse esos guardias para poder mandar cuando menos cincuenta hombres a Tepalcingo".[30]

Por esos días, algunos conspiradores de Morelos, encabezados por Gabriel *El Viejo* Tepepa, combatiente de la batalla de Puebla contra los franceses y que a sus setenta años era de los más aguerridos, ya estaban en armas desde principios de febrero.

*El Viejo* Tepepa fue, en la revolución de los pueblos del sur, lo que muchos viejos han representado en otras luchas semejantes, el eslabón de los procesos de liberación; la continuidad indispensable de la memoria histórica; con su carga decisiva del ejemplo y el respeto.[31]

> Una vez que tuvo noticias el general Tepepa de que avanzaba el gobierno para ese rumbo ordenó a todos nos fuéramos acomodando en unos corrales... y él cogió diez hombres para ir al encuentro con el gobierno y lo siguieran para que entraran a la emboscada que les había puesto... Así lo hizo el general Tepepa, lo descubre el gobierno y lo viene tiroteando y él también le viene contestando y entra a la emboscada, allí se acabó ese batallón de infantería y una parte de los rurales que encabezaba el comandante Zárate, que eran rurales, fuerza del estado de Morelos, habiendo caído prisioneros ahí varios infantes y tres oficiales que son Ismael Velasco, Encarnación Vega Gil y Jesús Vega Gil...
>
> Jesús L. Ahedo,
> coronel del Ejército Libertador[32]

Los últimos preparativos del núcleo rebelde para empezar la guerra se hicieron en la feria de Cuautla. El viernes 10 de marzo de 1911, se reunieron el profesor Pablo Torres Burgos, Emiliano Zapata y Rafael Merino. Es probable que, en alguna medida, los comentarios y las decisiones tomadas en Cuautla tuvieran en cuenta las graves noticias de esa semana. El miércoles anterior los periódicos habían informado de una decisión del gobierno de Estados Unidos. "Veinte mil hombres del ejército americano han recibido órdenes de marchar violentamente a concentrarse en la frontera mexicana", encabezó a ocho columnas *El Diario*, de la ciudad de México. La movilización yanqui en Texas se anunciaba como un simulacro de guerra, que reuniría una cuarta parte del ejército vecino además de los cruceros de la 5a. división de la flota del Atlántico, la flota del Pacífico y los infantes de marina; ya desde entonces instalados en Guantánamo.

El solo anuncio de la movilización desencadenó una ola de aclaraciones que nadie pedía, al menos públicamente. En Nueva York, Gustavo Madero declaró que su hermano Francisco pensaba seriamente abandonar las armas para evitar la intervención, pero que faltaban las garantías de respeto a su vida.[33] Un alto funcionario del Departamento de Estado, sin identificarse, aseguró que los Estados Unidos verían muy bien al general Bernardo Reyes en el mando del ejército federal. El embajador mexicano en Washington, Francisco León de la Barra, dijo a la prensa que la situación no era grave, puesto que el presidente Taft anunciaba un viaje de doce días a la frontera sur. Su colega, Henry Lane Wilson, declaró, en su estilo particular, que Díaz estaba, el 20 de febrero, bien de salud y que en México "no ha de haber más de dos mil millones de pesos de capital americano invertido" y setenta y cinco mil residentes.[34]

Las otras potencias se pronunciaron. En Londres los encargados de relaciones exteriores afirmaron que los súbditos de la corona británica, residentes en México, no se habían quejado de haber sufrido vejaciones. La poderosa compañía inglesa El Lloyd Marítimo se daba vuelo asegurando empresas por los daños que pudieran sufrir a consecuencia del conflicto en México. París negó categóricamen-

te haber influido sobre el gobierno estadounidense en su decisión militar. Berlín, por su parte, dijo no haber formulado petición alguna a Estados Unidos. La prensa alemana, sin embargo, se dividió ante los acontecimientos; según *El Diario*: el *Post* denunció que las maniobras eran el primer paso de Taft para anexar México; en tanto los periódicos liberales sostuvieron que "dados los rumores de las intrigas que desarrollan los japoneses en Centroamérica y México para adquirir preponderancia, está en el papel de los Estados Unidos defender los intereses alemanes en México, en caso de llegar a ser necesario".[35]

Japón y su posible influencia en México eran motivo de alarma para los europeos y de irritación para los gringos. Aspiraba tener mejor posición en el nuevo reparto del mundo que se venía haciendo. Así las cosas, De la Barra desmintió en Washington que el gobierno encabezado por Díaz hubiera dado la concesión de una estación naval y privilegios especiales en el ferrocarril de Tehuantepec a los japoneses, que tampoco lo habían solicitado.

Para tranquilizar, para marcar la pauta del guión público frente a la crisis internacional que se comenzaba a dibujar, fue emitido un informe oficial. De acuerdo con el gobierno de Porfirio Díaz, el 10 de marzo, la situación era la siguiente: sólo en Chihuahua el ambiente es "desagradable", porque todavía no se domina la rebelión; en el resto del territorio hay paz, a "excepción de algunos grupos de bandidos que carecen de significación política"; ninguna empresa o individuo extranjero ha presentado queja; los negocios marchan bien, sobre todo en los bancos, ferrocarriles y comercio exterior (como ejemplo se menciona que, en los últimos seis meses, las importaciones habían aumentado en tres millones de pesos); la salud del presidente, excelente, y pronto establecerá reformas que ha estado estudiando; las relaciones con Estados Unidos y otras potencias también son excelentes, "no existe temor de que ocurra conflicto alguno con Estados Unidos". En conclusión: "la situación completa, aunque algo desagradable, no es en modo alguno peligrosa, ni para el capital mexicano ni para el extranjero. Firma Enrique C. Creel, secretario de Relaciones".[36]

La dictadura estaba minimizando al movimiento maderista en el mismo momento en que Estados Unidos mostraba militarmente su preocupación acerca de la capacidad del gobierno para controlar el levantamiento. Este comportamiento político de los científicos no implicaba lo que usualmente se conoce como política del avestruz. El desprecio al oponente es un acto de reproducción de las



apariencias de hegemonía que tiene, casi siempre, una gran eficacia simbólica.[37] Éste es parte de la lucha por imponer la definición de una situación, una tarea de primer orden para la hegemonía, es decir, para la primacía ideológica. Pero en este caso, también fue una estrategia de la dictadura para ofrecer al maderismo la posibilidad de reconsiderar la vía violenta; significaba dejar la puerta abierta a la transacción con el empleo, simultáneo, de gestos de fuerza.

El domingo siguiente se anunció una propuesta presidencial para suspender las garantías individuales a quienes cometieran actos que atentaran en contra de las vías férreas, telefónicas, telegráficas, instalaciones eléctricas; así como a quienes llevaran a cabo plagios, asaltos en caminos, a poblaciones y fincas rústicas. Lo que esta suspensión de garantías significaba fue mencionado en la iniciativa, que días después aprobó el congreso: juicio bajo leyes privativas y formación de tribunales especiales, pérdida de los derechos del acusado a saber el motivo de su detención y el nombre del acusador; a que se le tomara declaración en el plazo de cuarenta y ocho horas; a carearse con testigos; a tener datos para preparar su descargo; a que se oyera su defensa; a que las penas le fueran aplicadas exclusivamente por autoridades judiciales. La pena de muerte, se decía, quedaba apegada estrictamente al artículo 23 constitucional.[38] Porfirio Díaz no concedió la exclusión de los ciudadanos estadounidenses que el gobierno de Washington pidió.

Ese fin de semana, también empezaron a conocerse detalles de la derrota que sufrieron las fuerzas encabezadas por Madero en Casas Grandes, Chihuahua, el día 6 de marzo. El saldo del ataque fue cincuenta y un muertos, doce heridos, muchos detenidos, entre ellos sesenta maderistas de nacionalidad estadounidense, y la captura de la mayor parte del equipo. La jefatura del movimiento también fue afectada. El jefe de ingenieros del Consejo Estratégico de Madero, Eduardo Hay, fue detenido. El único oficial de carrera que seguía al apóstol, Rafael Aguilar, se retiró criticando duramente la disciplina, la táctica y la estrategia del movimiento. El ataque a Casas Grandes se había decidido con una subvaloración de la fuerza enemiga, sin esperar la llegada de refuerzos de Pascual Orozco y Luis A. García.

Las diferencias dentro de la dirección maderista se habían manifestado ya en un incidente, el 14 de febrero, cuando los jefes militares que sostuvieron la lucha desde fines de noviembre manifestaron su desacuerdo con Madero por designar como miembro

del Estado Mayor a Giuseppe Garibaldi (nieto). Madero exigió la subordinación completa de sus oficiales; no veía que en una guerra irregular la disciplina es diferente a la de un ejército de línea o a la que rige la hacienda, por más moderna que ésta sea. Con prepotencia, civilidad le dicen algunos, les contestó que la función de los oficiales de un ejército era sólo cumplir las órdenes de la autoridad superior, no discutirlas.[39]

En el ataque a Casas Grandes, "la fuerza rebelde, a cuyo frente estaba Madero, contaba aproximadamente seiscientos hombres. Dividida en tres columnas, se lanzaron al ataque, pero sus diversos asaltos no lograron vencer las defensas que sostenía una guarnición de quinientos hombres. La artillería federal provocaba muchas bajas entre los rebeldes. Los atacantes sintieron la llegada de una columna federal (enviada de Ciudad Juárez en los últimos días de febrero en auxilio de Casas Grandes) cuando fue atacada su retaguardia. La artillería a dos fuegos provocó la retirada de los maderistas, que se efectuó hacia el sur, principalmente, sin orden y con grupos dispersos en varias direcciones".[40] Al mando de los federales estuvo el coronel García Cuéllar, quien resultó con una herida que le costó la pérdida de un brazo. Este oficial informó que los rebeldes "tuvieron que retirarse bajo un terrible fuego que le hicieron los cañones de tiro rápido", Krupp.[41]

El otro reporte de guerra de importancia, en la prensa de ese fin de semana, era de signo positivo. En Yucatán los federales fueron derrotados por los rebeldes yaquis. El mayor Cristóbal Carrillo, al llegar vencido a Mérida contó a los reporteros: "el combate fue heroico pues el ejército se batió bravamente, no obstante que los yaquis insurrectos y los jornaleros tenían magníficos rifles, todos modernos y una gran cantidad de parque pues las balas enemigas llovían por todas partes y de las alturas sobre los soldados... En vista de la ventaja que tenían sobre ellos los contrarios, por las posiciones que ocupaban y por el número, haciendo de todo punto difícil la toma de Catmis, se efectuó la retirada en completa disciplina".[42] El gobernador de la entidad pidió licencia y lo sustituyó el general Luis del Carmen Curiel.

La situación del movimiento maderista, en el momento que los zapatistas iniciaron la lucha armada en Morelos, no era precisamente óptima. Si observamos la estrategia que se proponía seguir Madero, los resultados después de tres meses y medio, hablan por sí mismos. Cuenta Francisco Vázquez Gómez que a principios de noviembre preguntó a Madero, en San Antonio Texas, con qué elementos contaba para la revolución que pensaba hacer, y la respuesta fue, poco más o menos: "Aquiles Serdán dará el golpe en Puebla; Cosío Robelo, en la capital; Robles Domínguez, en Guerrero, Ramón Rosales, en Hidalgo; Abraham González, en Chihuahua, y Soto al sur del estado. Además, mi tío Catarino estará cerca del Bravo con seiscientos hombres montados y armados para recibirme el 19 en la noche. Por otra parte, el ejército federal se volteará y dentro de quince días estaremos en la ciudad de México, con toda seguridad".[43] Como se dice, hacía cuentas muy alegres. Womack toma la referencia de Roque Estrada, que en lo sustancial no es muy diferente: "Madero sabía que no podía sostener una insurrección general, ni económica ni políticamente. Le costaría demasiado y probablemente se saldría de cauce. De manera que su plan revolucionario final estableció pocos centros de acción. Madero propuso dar tres golpes (a las ciudades de Puebla, Pachuca y México) cuando volviese a entrar en el país por el norte. Los revolucionarios y sus simpatizantes civiles y militares se levantarían 'como un solo hombre', se apoderarían de las calles y de las guarniciones en esas ciudades y obligarían al gobierno a tratar con Madero, mientras avanzase éste triunfalmente por Chihuahua".[44]

Pero Madero, educado en Europa y Estados Unidos, y su flamante Consejo Estratégico no tomaron en cuenta un factor central, la condición humana, y llamaron a la revolución en México, en punto de las 6 de la tarde, del 20 de noviembre. Cuando ingresó al país la noche anterior, Tío Catarino y su grupo, que debía darle calurosa bienvenida, nunca llegó. Las armas y municiones que pagó por adelantado jamás aparecieron.[45] Se sumió en la decepción y regresó a Estados Unidos. Dicen que no se le volvió a ver por un buen tiempo. El segundo intento de ingreso al país también fracasó, pues la inminente toma de Ciudad Juárez, a principios de febrero, falló por la derrota de Pascual Orozco. El tercer intento funcionó, a fuerza, porque en Texas ya se había dado la orden de arrestarlo. Aunque Madero deseaba un momento más auspicioso, el 14 de febrero tuvo que cruzar la frontera oeste de El Paso, disimuladamente.[46] Luego, se produjo la derrota de Casas Grandes.

Desde otro ángulo, al centrar la atención en la Segunda Zona Militar, el principal teatro de operaciones –Chihuahua y Durango– donde la dictadura concentró más de cinco mil efectivos y el maderismo jugaba su principal carta, la situación en ese momento mostraba una leve recuperación de la tendencia descendente de los efectos de las acciones sobre el ejército federal. Desde diciem-

bre de 1910 hasta marzo, el número de heridos por mes fue ciento cincuenta, noventa y tres, sesenta y tres, setenta y uno y el de muertos cincuenta y nueve, ciento seis, veintisiete, cuarenta entre los federales.[47] Desde el punto de vista de las bajas que causaban a los federales, para el mes de marzo había un ligero repunte, en relación con febrero.

El ejército de la dictadura no se derrumbaba, ni se volteaba. Sí, en cambio, se estaba extendiendo territorialmente el movimiento armado. "Desde el inicio de marzo fue notable el incremento de la actividad insurgente, y no hubo ni un día de ese mes que no se diera cuando menos una acción armada; el número de éstas casi se duplicó, en relación al mes anterior, alcanzando la cifra de ciento cuarenta."[48]

No era ése el objetivo de los dirigentes de la lucha antiporfirista, pues el control de la situación peligraba. Así entendieron muchos la movilización estadounidense en la frontera y se dieron a la tarea de buscar un arreglo con el dictador. Los más activos fueron los Madero, que ya habían invertido en la guerra ocho millones de pesos, al endeudarse con los bancos de México.

La situación interna del maderismo se volvía más conflictiva debido a que su vocero, Francisco Vázquez Gómez, percibía "*limantourismo* en la familia Madero" (papá, tíos, hermanos); e "intromisión de limantourismo en los asuntos de la revolución". Se negó, por ejemplo, a acudir el 24 de febrero a Corpus Christi donde se efectuó un encuentro entre los Madero y el enviado del ministro de Hacienda, el terrateniente Íñigo Noriega, "porque todo se reduce a pedir perdón y amnistía. Pancho y yo hablamos en El Paso de una transacción o arreglo posible; pero esto oficialmente y en virtud de un pacto o convenio formal y público, mas no en comisiones secretas, sin poderes y cuyo compromiso nadie garantiza". El distanciamiento fue mayor cuando escribió molesto a Gustavo Madero "parece que en Corpus Christi creen que esto es asunto de familia; y si es así yo no tengo nada que hacer".[49]

Vázquez Gómez en esto tenía razón. "Desde el punto de vista de la fortuna de la familia, la revolución era un desastre. Impulsados por la comprensión de ese hecho, Ernesto Madero, Evaristo Madero (hermano de Ernesto y tío de Francisco) y Rafael Hernández llegaron a Corpus Christi para discutir las bases de la paz con don Francisco [padre] y Alfonso Madero, esperando llegar a algún acuerdo informal que pudieran presentarle después a Díaz. Aun cuando más tarde Ernesto lo negó, hay evidencia de que también



debía participar en las conversaciones un representante del gobierno mexicano."[50]

Para comienzos de marzo, las vías del arreglo estaban allanadas desde los dos campos. Las maniobras militares de Estados Unidos acelerarían la *transacción* a la democracia.

> Nos fuimos a Villa de Ayala a pegar el grito. Allí nos levantamos con otros cien ya con escopetas, con rifles de doce, granaderos, y puñalitos nomás, y otros con el corazón nomás.
>
> Serafín Placencia Gutiérrez,
> capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[51]

### *El grito*

Ésa era la coyuntura, en que los de Ayala y Anenecuilco iniciaban la guerra. El porqué esperaron cuatro meses para levantarse, es una cuestión que tiene que ver especialmente con la búsqueda de un acuerdo directo con Madero, para lo cual viajó Pablo Torres Burgos a Estados Unidos. El siguiente relato del coronel zapatista Joaquín Páez López ayuda a comprender los motivos de la paciencia, en los días difíciles del inicio de la revolución. "Modesto [Rangel] nos refirió que acababa de regresar de Plan de Amilpa, en donde había tenido oportunidad de conocer a un señor Zapata que había sido uno de los agentes más activos del leyvismo en toda aquella comarca, y que platicando con él le había dicho que no era conveniente precipitarse para comenzar la lucha armada, pues primero debería saberse por qué íbamos a pelear; que pronto regresaría Torres Burgos del norte y que si este señor traía de parte de don Francisco I. Madero ofrecimientos que convinieran al pueblo campesino, entonces sí ya sería tiempo de hacer lo que se pudiera, pues no sería patriótico ni razonable derramar sangre nada más para quitar al general Díaz y poner en su lugar a Madero, sino que era necesario que este último señor estuviera dispuesto a devolver sus tierras a los pueblos y que, al implantarse un gobierno, se comprometiera a resolver el programa del campo en toda la república, puesto que era una vergüenza que teniendo un territorio tan extenso, los mexicanos y especialmente los campesinos, se estuvieran muriendo de hambre en su propia Patria; que era muy bueno el sufragio efectivo y la no reelección, pero que antes que pensar en la política había que pensar en la tortilla para todos los mexicanos y no solamente para una manada

de lobos voraces que se habían apoderado de toda la riqueza; que esa bandera no era nueva, sino que ya antes la había enarbolado Morelos y que era natural que nosotros hijos del estado que lleva su nombre defendiéramos esos ideales."[52] Había en esta espera la decisión de dar inicio a una lucha irrevocable; por ello, la defensa de sus principios sería una de las cosas que más exigió Emiliano Zapata.

Y ya me fui porque ya 'taban haciendo un fierro en la hacienda, ¡yo lo vi!, como era yo tranquero, tenía yo que ir a cobrar dieciocho centavos diarios cada ocho días. Y 'taban haciendo un fierro así, redondo con dos manitas, para pegárselo a cada hombre que vivía en las haciendas para que si se iba uno de malas, de ésta a Tenextepango o a otro estado lo encueraran y vieran si llevaba el fierro lo condujeran a su destino. ¡Ya iban a jerrarnos como animales! Ya nos cobraban diez centavos por una gallina cada ocho días. Por vivir en el mundo, de once años, a mí ya me cobraban veinte centavos cada mes. Así que esa injusticia nos hizo montar a caballo y irla a rifar...

Constancio Quintero García,
mayor del Ejército Libertador[53]

Para entonces, otros grupos ya se habían levantado en armas. Gabriel Tepepa no quiso esperar más y el 7 de febrero tomó por la fuerza su pueblo natal, Tlaquiltenango. Lo siguió Margarito Martínez, Emigdio Marmolejo, Lorenzo Vázquez, Jesús Capistrán, Francisco Alarcón, Timoteo Sánchez y Pioquinto Galis, cada uno con su gente.

En Tepoztlán Lucio Moreno, que recién había salido de la cárcel por sus actividades políticas, y Bernabé Labastida, apenas regresó de su deportación en Quintana Roo, tomaron venganza y comenzaron a operar en los alrededores. Amador Salazar, primo hermano de Emiliano Zapata, antiguo peón de hacienda, también a su regreso de la leva, se sublevó en Yautepec.

En el sur de Puebla habían comenzado a operar por el rumbo de Izúcar de Matamoros, Francisco Mendoza, Alejandro Casales, Jesús "El Tuerto" Morales y Sabino P. Burgos, al mando de Agustín Casales quien, en la segunda batalla, en Ahuehuetzingo, fue hecho prisionero y colgado por los federales.

En Guerrero, Jesús H. Salgado, Julián Blanco, Martín Vicario, Federico Morales, Ambrosio y Rómulo Figueroa habían encabezado alzamientos en la Costa Chica, el centro y el norte del estado.



Eran todas acciones de menor envergadura, pero al tener ocupadas a las partidas federales, limitaban su movilidad y agrupamiento, para hacerlas caer en una situación defensiva, de la que todos los alzados del sur se veían favorecidos.[54]

Al parecer fue el grupo de Tepepa, el que después de la ocupación de Tlaquiltenango, volvió a atacar el 7 de marzo, en el rumbo de Jojutla, a la cabeza de unos cuarenta hombres. Informado Escandón, envió por tren un contingente de rurales que los persiguió en su retirada hacia Huautla y Los Hornos, aparentemente para refugiarse en la montaña de Guerrero. Los alzados tomaron caballos y cortaron las líneas de teléfono y telégrafo. El 11 de marzo atacaron Axochiapan, sin reportarse heridos o muertos.[55]

Fue en la noche ¿verdad? cuando amaneció nomás fue el alboroto y que echaron por ahí de tiros y que echaron discursos ahí en el kiosko y se fueron por ahí de Moyotepec y de muchas partes se juntaron, se hicieron hartos. Pero ese Pablo no sé qué instrucciones tendría de Madero, que no quería que la gente saliera y Zapata ya le andaba por levantarse...

Pedro Placencia,
soldado del Ejército Libertador[56]

No se conoce evidencia documental de las instrucciones que trajo del norte Torres Burgos; incluso hay quien sostiene que nunca se entrevistó con Madero. Puede suponerse, sin embargo, que ésas correspondían al objetivo maderista de lograr una solución negociada del conflicto. Las recomendaciones que se daban a otras fuerzas consistían, en ese momento, en no arriesgar las fuerzas.[57]

El movimiento revolucionario en el sur, muy especialmente entre los de Ayala y Anenecuilco, manifestó desde el principio un sentido de la historia; que mantiene vivo el recuerdo de los agravios y traiciones; que percibe el sometimiento como una situación transitoria, reversible, y que proyecta los acontecimientos históricos a su propia actuación. La memoria histórica no era sólo una reflexión, sino principalmente una fuerza más en la construcción de su identidad política. Pensaron en la guerra de independencia, en cómo se inició y, por eso, decidieron levantarse en armas a las once de la noche y dar el grito en el kiosko de Villa de Ayala para arengar a la población; abrieron simbólicamente la cárcel y luego iniciaron una marcha para recorrer pueblos y llamar a las armas.

Los símbolos de aquella insurrección, que acababa de cumplir cien años, estuvieron presentes en muchos episodios de la guerra zapatista; en el estandarte guadalupano con el que entraron a la ciudad de México, como en la consigna, a veces vuelta realidad, de "mueran los gachupines". Esa memoria histórica, en el caso de Emiliano Zapata venía heredada de su abuelo, José Salazar, quien de muchacho cruzaba las líneas del sitio de Cuautla para llevarle apoyo al general José María Morelos.

En el kiosko de Villa de Ayala, el profesor Pablo Torres Burgos fue el encargado de leer el Plan de San Luis; el comandante de la policía local, Bibiano Cortés, lejos de oponerse entregó las armas a los insurrectos, incorporándose a la rebelión apenas iniciada. Era otro de los conspiradores de Ayala. Salieron por el sur rumbo al Rancho de San Rafael Zaragoza donde se sumó la gente que seguía a Catarino Perdomo. Su primera meta era llegar a Quilamula, un lugar seguro en la sierra de Huautla. Para ganar tiempo, un grupo cortaría los hilos telegráficos y de teléfono. El profesor Otilio Montaño, luego de la lectura del Plan de San Luis, lanzaría la consigna de la otra revolución que comenzaba, "Abajo haciendas. Viva Pueblos".

Lo ocurrido esa noche en Villa de Ayala, la declaración de guerra, no apareció en la prensa y tampoco generó una movilización de guardias rurales. No por ello careció de significación política y militar. Fue la declaración abierta del sentimiento de agravio compartido por miles de campesinos, oculto por generaciones, que aceptaba la repetición de las apariencias hegemónicas de sumisión e indignidad que impusieron los españoles de las haciendas desde que ocuparon el territorio de esos pueblos. Nada podría explicar el crecimiento extraordinario de la rebelión en el sur, la velocidad del escalamiento de la coyuntura revolucionaria, sin esa historia de ocupación en la que, a pesar de la brutal ofensiva colonial y capitalista, pudo mantenerse la civilización negada.

"La importancia del rechazo público a reproducir las apariencias hegemónicas ayuda a explicar por qué la primera declaración abierta de los códigos ocultos toma, tantas veces la forma de ruptura pública con un ritual de dominación establecido públicamente."[58] El discurso de reto al poder, respaldado por la presencia de campesinos armados y decididos a morir, pronunciado desde el kiosko; así como la apertura de la cárcel, son actos simbólicos en contra de los ritos de dominación y castigo que, en ese plano, resarcieron humillaciones y temores experimentados por todos, al igual que la rabia



contenida. Ese tipo de actos son la ruptura del silencio de los dominados, que electriza rápidamente las coyunturas revolucionarias. Tienen fuerza política, por el enorme impacto moral que provoca sobre quienes hacen el desafío y quienes lo atestiguan; generan la experiencia de que por fin se ha dicho la verdad, al sustituir a la mentira; implican una fuerte sensación de recuperar la dignidad, la autoestima, el espíritu aguerrido indispensable para luchar en condiciones desventajosas; producen la sensación de realización personal, de satisfacción, de orgullo y exaltación; provocan el rechazo violento a las traiciones y a las componendas. Para muchos representan un paso irreversible. Son actos carismáticos que obtienen su fuerza social en virtud de que su raíz se encuentra en los guiones ocultos de la resistencia de los dominados, no en cualidades supuestamente innatas de algunos individuos.[59]

Si sólo fueran meros actos simbólicos carentes del respaldo material de la fuerza militar, más temprano que tarde, pasarían a formar parte de lo que pudo ser y no fue. De hecho, los pueblos del sur al desafiar públicamente a los dominadores adquirieron el reto de ser capaces de derrotarlo en los campos de batalla. Y en las semanas que siguieron al Grito de Ayala pudo observarse el empeño que pusieron y los éxitos que obtuvieron con grandes sacrificios.

Su rebelión, sin embargo, iba, desde que nació, en el sentido contrario de la estrategia maderista que muy pronto, con la presión estadounidense, encontró el espacio para hacer la paz con la dictadura al excluir, en Ciudad Juárez, los reclamos agrarios de los pueblos.

CAPÍTULO 4

# Nace un ejército

Los sublevados de Ayala tomaron rumbo al sur; siguieron el curso del río Chinameca hacia el enjambre de cerros de Huautla, sin bosque, con laderas escarpadas y cañones profundos. Allí existía un mineral y sólo se cultivaba maíz, frijol y chile para el autoconsumo; había poco ganado pero era una reserva de territorio que servía sólo a quienes la conocían; una zona de refugio, colindante con Puebla, con abundantes veredas de arrieros y abigeos, que comunican con la sierra madre del sur en los estados de Guerrero y de Oaxaca.

En el camino se fueron sumando rebeldes de Moyotepec, San Rafael Zaragoza, Quilamula y Los Hornos. Siguieron hasta Huachinantla, Puebla; la primera población tomada por asalto, donde se incorporaron Margarito Martínez y Amador Acevedo, antiguos seguidores de Aquiles Serdán. Después de recoger caballos siguieron, el 16 de marzo de 1911, a Mitepec donde al grito de ¡Viva Madero! entraron sin cometer ningún asesinato y sólo llevaron las armas y algunos caballos. Allí se encontraron con la fuerza de cien hombres que mandaba Gabriel Tepepa, quien venía de haber atacado Tecolapa, Guerrero. No obstante que cortaron la línea de teléfono de Huachinantla, esa misma mañana fue enterado del hecho el general Luis G. Valle, jefe de la Séptima Zona Militar con centro en la ciudad de Puebla. Éste, de inmediato, telegrafió a Chilpancingo para tratar de movilizar una fuerza del 2° Batallón que, sin embargo, esa mañana ya debía haber llegado a Olinalá.[1]

> El primer chingadazo que tuvimos fue en Los Hornos, cuando me fui yo a dar de alta. Apenas llegué, que me dan mi caballo; ya llevaba yo el rifle de mi abuelo. Cuando fuimos eran como las dos, por ahí; nos fuimos a un llano grande, ancho, está el cerro. Nos juntamos con los de Casasano y de Cocoyoc, ya éramos compañeros... Juramos la bandera de Zapata: ¡Juren bandera!
>
> José Carmen Aldana Aragón,
> coronel del Ejército Libertador[2]

Eran los primeros días de una guerra campesina en el valle cálido, con su retaguardia en la montaña, en medio de una crisis política y la sublevación generalizada. La guerra se daba en una zona casi por cuatrocientos años ocupada; con sus haciendas capitalistas azucareras en manos de españoles criollos y peninsulares. No se iniciaba como el movimiento de los pobladores del monte que bajan al llano, con las implicaciones de desconfianza y dificultad para establecer contactos y desarrollar su fuerza en las cercanías de los centros urbanos. Nacía en el suelo raso de Amilpanecapan producto, inicialmente, de las contradicciones entre las haciendas y los pueblos; y daba su primer paso buscando refugio temporal en las montañas del sur. La vida, la fuerza y las razones de su lucha, hacían ver la guerra como posibilidad inmediata en el valle. En muy poco tiempo llegaron a realizarla con fuerza. Quizá por ello, también, vieron en la montaña sólo una retaguardia y no una base fija para el asiento de su cuartel general, desde donde podían coordinar todas las acciones, dar instrucción, entrenamiento y educación a la tropa; así como levantar un sistema de abastecimientos.

Era la guerra en un territorio densamente poblado, a un paso de la capital, y uno de los más comunicados, a pesar de que, por su superficie reducida, sólo abarcaba una porción pequeña de los 19 748 kilómetros de las vías férreas del país. En este terreno, las cortas distancias, a diferencia del norte, facilitaban la movilidad, la rapidez, los golpes sucesivos y el repliegue. El problema militar principal de los zapatistas era neutralizar los refuerzos, el armamento y la eficacia de las tropas federales que fueron enviadas.

*Autonomía*

Desde el asalto a Huachinantla, en el mando fragmentado del porfirismo comenzaron a manifestarse desacuerdos en torno a la distribución de las fuerzas federales. La jefatura de armas de Chilpancingo estaba subordinada a la Séptima Zona Militar en Puebla; y la de Cuernavaca dependía directamente de la Comandancia de la ciudad de México. Los rebeldes, que operaban en la jurisdicción de los tres estados, provocaron nuevas dificultades, pues siempre los gobernadores (teniente coronel Pablo Escandón en Morelos, teniente coronel Rafael J. Isunza en Puebla y el ingeniero Damián Flores en Guerrero) reclamaban cuando una fuerza del gobierno era movilizada a otro estado vecino; aunque también casi siempre dijeron que los sediciosos venían de fuera. Era una de



las consecuencias inmediatas de la táctica de Porfirio Díaz para dispersar el mando y evitar que, en el seno del ejército, apareciera otro caudillo militar con fuerza, como había ocurrido con el general Bernardo Reyes, creador de la segunda reserva (servicio militar) y aspirante a la presidencia, "exiliado" en Europa. Decía Damián Flores a don Porfirio, por esos primeros días de la guerra zapatista: "Muy respetuosamente me permito informar a usted que por orden del jefe de la Séptima Zona Militar se ha dispuesto salgan para Chiautla, Puebla, las fuerzas que se hallan en Distrito Zaragoza, Guerrero y que con dificultad han podido moverse de aquí. Muy respetuosamente suplico a usted que por ningún motivo se me quiten esos elementos, pues peligran poblaciones de Tlapa y Huamuxtitlán. Bandoleros de Chilapa fueron rechazados ayer".[3]

Un poco apertrechados, los rebeldes bajaron del monte el día 20 de marzo, a los valles de Morelos. Torres Burgos se dirigió a Jojutla y Tlaquiltenango a buscar nuevas incorporaciones. Rafael Merino fue hacia Jonacatepec. Zapata y un grupo marcharon al pueblo de Axochiapan, Morelos, cuya importancia local era que constituye un punto intermedio para el comercio, menor pero, alternativo a las plazas regionales de Cuautla y de Izúcar. Incendiaron los archivos y tomaron víveres y caballos. Pero también aparecieron problemas en las filas de la revuelta.

> Seguimos y al primer pueblo que entramos en Morelos fue Axochiapan, eran como las seis de la mañana... Juan Sánchez llevaba como asistente a Juan Vergara y empezaron a tomar, mientras nosotros nos reunimos aparte porque no nos despegábamos Catarino Perdomo, Emiliano Zapata, Margarito Martínez y yo. Resulta que Juan Sánchez, ya estando tomado, fue a la casa de Natividad Pacheco y le exige a la señora que le dé quinientos pesos y cincuenta pares de zapatos para nosotros, todo con gritos y exigencias. Mientras tanto yo andaba persiguiendo un caballo muy bueno que tenía el cura y que quería Emiliano. Pues lo andábamos buscando porque el cura lo había escondido y no lo podíamos hallar. En eso estábamos cuando nos llegó la noticia... y que llega Juan Sánchez a caballo, ya muy borracho, echando caballo encima y exigiendo lo que quería. Ya le hablé y le dije:
>
> –Hombre, Juan, esta señora es familiar mía y no es para que la maltrates en esa forma.
>
> A lo que me contestó.

**Operaciones rebeldes 11 a 20 de marzo de 1911**



–¡Y qué, si yo soy el jefe! –al tiempo que echaba el caballo encima e intentaba sacar su arma... unas cuantas horas nos volvemos a topar y de nuevo otra dificultad. Entonces le dije a mi compadre Margarito, que era el que más me seguía "mejor vámonos para Guerrero, con estas cosas no se puede".

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[4]

De allí Zapata regresó a Villa de Ayala, donde también cortó las líneas de teléfono y telégrafo y salió el 23 de marzo rumbo a Tlaquiltenango, perseguido por las fuerzas del coronel Rojas y la Seguridad Pública del estado. El 24 en la mañana, la columna, integrada por cuatrocientos hombres, tomó esa población y después, en acción conjunta con las otras fuerzas, asaltó Jojutla. En esas condiciones, de rápido crecimiento, la dispersión de la fuerza rebelde no podía ser más que una maniobra táctica para el repliegue; mientras, la concentración comenzó a requerirse como condición indispensable para lograr la superioridad en el ataque. Jojutla había sido abandonada por los rurales, cuando se enteraron del inminente asalto. Los rebeldes "saquearon tiendas de comerciantes españoles destruyendo el aparato telegráfico federal y liberaron a los presos que había en número de noventa".[5] Entonces protestó Pablo Torres Burgos que "pretendía hacer una 'revolución ordenada', pero Tepepa se opuso y opinó que había que emprender un movimiento radical y hacer sentir el peso de la indignación popular en los intereses y en las personas de los expoliadores del pueblo".[6] Al no poder imponer su autoridad, Torres Burgos y sus dos hijos se separaron del movimiento; al día siguiente fueron sorprendidos y fusilados por las tropas del gobierno. Los oficiales mintieron al reportar haber tenido un enfrentamiento con una numerosa partida rebelde, que había sido totalmente destruida en Rancho Viejo. Pablo Escandón secundó la versión, al anunciar que "fuerzas portáronse gran bizarría". En la capital, *El Diario* publicó que "el capitán Francisco Gálvez dio muerte al cabecilla Torres Burgos, en lo más reñido del combate".[7] Los tres cadáveres fueron exhibidos en la Plaza de Cuautla. De esta manera, en pocos días de lucha, el movimiento de Morelos quedaba sin los dos jefes designados por Madero; el primero, el ingeniero Patricio Leyva, había rehusado de antemano ponerse a la cabeza de la insurrección del sur.

Vine a Jojutla un día, el día 20, y supe que el gobernador Pablo Escandón iba a venir a Jojutla el 23... y le dije a mi hermano y a los otros dos [Apolonio Hernández y Tranquilino Figueroa]:

–Muchachos, el gobernador viene a Jojutla. Vámonos a buscar la revolución, la bolita que anda por ahí, andaba por Cuautla, por Juchitlán. A ver si agarramos al gobernador en Jojutla el 23.

Sí, que nos vamos los cuatro. Llevábamos una pistolita española nomás, mi hermano un machete largo y nosotros también machete y todos teníamos caballos propios. Yo me llevé uno y mi hermano el otro. Nos fuimos, dimos vuelta y llegamos a Huautla y descansamos en Juchitlán... El 22 llegamos al Limón ya tarde, ya como a las cinco de la tarde, y como el Limón está al pie del Cerro Prieto y pa'cá es un plancito, tenían vigilantes los meros. Digo, los cuatro de a caballo, nos vieron luego luego y que nos van a encontrar. Y ya llegué y pregunté quién era el jefe. Y había tres jefes. Estaba Juan Sánchez, Emiliano Zapata y Gabriel Tepepa. Los tres tenían nombramiento de coronel, sí, que se disputaban la supremacía ¿verdad?, pero en paz, no con alevosía. Llegué yo, me encontraron.

–¿De dónde viene?

–Pues vengo del municipio de Jojutla.

–¿Qué cosa hay por allá?

–Pues ahorita, digo, lo que hay que mañana tiene que entrar el gobernador Escandón a Jojutla y yo me vine con el fin de que a ver si lo podemos capturar allí en Jojutla.

Y les pareció mi idea. Luego luego se empezaron a arreglar y a reunirse todos y salimos para acá, para Jojutla. Pero como está lejos, atravesando ahí cerros y ríos no pudimos llegar el 23 y llegamos hasta el 24 a las 10 de la mañana. El gobernador se fue el mismo día, no lo logramos. Nada más agarramos dos rurales y desarmamos la policía; que también el jefe político se nos chispó ¿eh? Nomás agarramos la policía, abrimos la prisión y nos fuimos otra vez al cerro, otra vez pa'llá. Allá nos juntamos con este Francisco Mendoza. También andaba con gente, también tenía el nombramiento de coronel, pero nada más ellos se lo daban ¿verdad? No había todavía jefe supremo...

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[8]



Para una gavilla de bandoleros sólo hubiera sido suficiente nombrar al reemplazo de Torres Burgos; para una chusma, como le llamaban los porfiristas, e incluso una gran banda milenarista, según antropólogos, también. Pero estos rebeldes eran algo especial. En esa ocasión se autonombraron Ejército Libertador del Sur; levantaron un acta, el 25 de marzo, en Jolalpan, y por común acuerdo otorgaron el grado de coronel a los catorce principales jefes de grupo. Nueve eran originarios de Morelos: de Anenecuilco, Rafael Merino, Juan Sánchez, Maurilio Mejía y Emiliano Zapata; de Tlaquiltenango, Gabriel Tepepa; de Tlaltizapán, Próculo Capistrán y Catarino Perdomo (San Pablo Hidalgo); de Santa Rosa Treinta, Emigdio Marmolejo; de Cuautlixco (Municipio de Cuautla), Jesús Jáuregui. Cuatro eran nacidos en el estado de Puebla: de Petlalcingo (Municipio de Acatlán) Jesús Morales; de El Organal (Municipio de Chietla) Francisco Mendoza; de Huachinantla, Catarino Vergara y Amador Acevedo. Y uno era de Huitzuco, Guerrero, Margarito Martínez. También se acordó, por unanimidad, designar a Emiliano Zapata jefe supremo del Ejército Libertador del Sur.[9] Era la primera medida para estructurar una fuerza que, dos semanas después del grito de Ayala, sumaba ya ochocientos alzados. Formalmente, este acuerdo se inscribía en los lineamientos del maderismo, pues el Plan de San Luis facultaba a los jefes de fuerzas voluntarias a tomar el grado correspondiente al número de fuerzas a su mando. Pero con el desarrollo de los acontecimientos, esta medida adquirió un significado mayor. Al elegir autónomamente su propia jefatura, los zapatistas dieron el primer paso de su independencia política respecto del maderismo.

### *Crecimiento*

El rápido aumento cuantitativo de la fuerza, que obligaba a atender las necesidades de organización y dirección, impuso también un proceso de escalamiento del conflicto. En la medida en que aumentaba la tropa revolucionaria, lo hacían también sus necesidades de víveres, armamento, municiones y caballada. Su satisfacción no era posible asaltando poblaciones pequeñas. En este sentido, la toma de Jojutla daba inicio a las acciones militares sobre objetivos logísticos de mayor envergadura. Y ambos factores, la cantidad y el nuevo tipo de blancos de ataque, provocaron de inmediato el reforzamiento militar de la zona, tanto en lo que se refiere a guarniciones, como a columnas móviles para la persecución.

Por gestiones de Escandón, ante el teniente coronel Porfirio Díaz, hijo, se mandó a Morelos un batallón con ametralladoras, a las órdenes del teniente coronel Chicarro, el mismo día que fue tomada Jojutla. La misión era acabar con "la gavilla de revoltosos" en ese rumbo y, cumplida la misión, regresar inmediatamente a México. La introducción de ametralladoras y más tarde de artillería, cuando además se pasó a la lucha por posiciones, era una medida que estaba en correspondencia con el carácter de masa que adquirió la rebelión. Más temprano que tarde se dio el enfrentamiento entre grandes agrupaciones.

El ataque a las vías de ferrocarril, y a las redes telegráficas y telefónicas, tuvo un efecto decisivo para reducir la eficacia de las tropas federales de refuerzo; se retardaron sus movimientos y se acrecentó la dificultad para coordinarse. En esas semanas fueron atacadas las estaciones de Parres, Tres Marías y Fierro del Toro, El Parque, Treinta y Puente de Ixtla; fueron destruidos los puentes de Amacuzac y El Muerto, el de Atencingo en Puebla no alcanzó a ser inutilizado; y se volcaron trenes sobre la vía México-Cuernavaca. También quedó interrumpido el tránsito en los tramos Cuernavaca-Iguala y Cuautla-Puebla. Los cerros, los ríos, las pugnas internas y el temor al odio manifestado cotidianamente por los pueblos, hicieron otro tanto.

En sus trenes "salían violentamente" de México o de cualquier otro punto, pero después se arrastraban como caracoles. El sabotaje sobre las comunicaciones neutralizaba lo que parecía una ventaja decisiva de la tecnología más moderna; hizo que los juanes jalaran con mulas la artillería y la pesada carga; y dificultó también el reabastecimiento de municiones. Una parte de los refuerzos eran zapadores; otra parte, tropa destinada a guarniciones y servicios, y la restante era fuerza de combate. Entre los zapatistas todos eran combatientes, de agrupaciones ligeras y móviles, a pie o caballo.

En ese momento, el ciclo anual de temporal marcaba la proximidad de la siembra. Los campesinos tenían su reserva de maíz y de tiempo. En las haciendas era época de zafra, por eso cuando el ejército zapatista empezó a atacarlas, rompió las dependencias cotidianas del trabajo y del sustento; así se nutrió de un nuevo contingente social, los peones del azúcar, los asalariados de la agroindustria de punta, los más pobres y vilipendiados en el llano; los proletarios, pues. Los zapatistas no destruyeron las modernas máquinas de los ingenios; fueron tras las carabinas Winchester y Savage, que allí habían empezado a concentrar las haciendas para la



autodefensa. El zapatismo nunca fue un movimiento que viera a su enemigo en las máquinas recién introducidas; nunca tuvo esa inclinación "tradicionalista" de muchas revueltas obreras de Inglaterra y Francia, ocurridas hasta la segunda mitad del siglo XIX.

> Esas gavillas no se sabía quién las mandaba, pues estaban lejos. Ya al venir 1911, nosotros trabajábamos aquí en San Juan Chinameca, arriba estábamos haciendo una atarjea grande para que pasara el agua, y entonces ya vimos: bajaron de ahí de San Rafael, pero hartos de a caballo y unos a pie. Llevaban sus reatas y por ahí bajaron, pero hartísimos...
>
> Les decían los rebeldes. Allá se oyó decir: los rebeldes ya van pa' abajo.
>
> Agapito Pariente Aldana,
> soldado del Ejército Libertador[10]

La flamante hacienda de Chinameca, propiedad del español Vicente Alonso y luego de su viuda, fue la primera en ser atacada. A las siete de la mañana una locomotora rompió el portón del lado de Huichila, los zapatistas entraron al patio disparando sus armas, pero no hubo resistencia. Se apoderaron de veinte arrobas de pan, cincuenta cajas de vino y cinco de jerez. Al parecer no hicieron un brindis de honor, pues cuando se terminó el vino, los seiscientos atacantes vaciaron diez barriles de alcohol, según contó a la prensa un empleado anónimo, quien declaró: "El cabecilla le quitó las botas de piel inglesa al administrador. Tomaron tres mil pesos de la caja fuerte y veinticinco rifles Savage... El señor Carriles entregó veinticinco rifles Savage, quinientos cartuchos y treinta caballos que también exigieron los rebeldes. Además quitaron todas las pistolas a los empleados, así como el parque de esas armas".[11] Al oscurecer se retiraron rumbo al monte muchos, a lo mejor todos, con dolor de cabeza; Zapata, feliz con las botas de Carriles.

Un tren fue asaltado en Tenextepango; y se habló del intento de destrucción del puente La Güera, cerca de Cuautla, construido por el difunto consuegro de don Porfirio y dueño de la hacienda de Tenextepango, el español Isidoro de la Torre y Goríbar.

Después, fue tomada la hacienda de Rancho Nuevo, donde recogieron cincuenta Savage. El 3 de abril, entraron a la hacienda de Tenango, propiedad de Luis García Pimentel, hijo de otro peninsular, el historiador Joaquín García Icazbalceta. Informó Pablo Es-

candón a Porfirio Díaz esa misma noche: "Tengo una vez más la pena de dar a usted una mala noticia pues que hoy una gavilla numerosa procedente de Puebla asaltó la Hacienda de Tenango que se encuentra cerca del límite de aquel estado con el de éste; los revoltosos quemaron el campo de caña, así como las casas de los trabajadores y volaron con dinamita la tienda de esa finca. Todavía en estos momentos están los rebeldes en Tenango. He podido organizar ya, con fuerza del 18 Regimiento y del estado, una columna de ciento cincuenta hombres de caballería que al mando del mayor de ese regimiento partirá mañana de esta capital con el único fin de perseguir a los bandoleros".[12]

–¿De los peones que vivían dentro de las haciendas, no se incorporaron a ustedes?

–Sí, los que vivían mal, claro que sí, se fueron a la revolución. Pero dónde va usted a darse cuenta de tanta gente desconocida.

Serafín Placencia Gutiérrez,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[13]

El coronel Rojas estaba imposibilitado de concurrir a ese punto, pues tenía órdenes de apoyar al gobernador de Guerrero, que en esos días llevaba a cabo un plan para cercar y desbaratar a las fuerzas de Ambrosio Figueroa, en Huitzuco. A Rojas le correspondía el papel de cortar la retirada figueroísta hacia el norte y avanzar por el monte desde Jojutla hacia Guerrero, pero ponía objeciones: "Para ejecutar ayuda señor gobernador de Guerrero he tomado informes: el enemigo está en punto llamado Gallegos eminencia grande, llena en su cima de peñones formidables, antes de llegar a ese punto hay que pasar dos cañadas muy hondas que tienen muy vigiladas y que, al entrar, con dificultades saldríamos de allí. No se presta nadie para guiar a las fuerzas. Tengo ciento veinticinco hombres, habría que dejar en esta plaza cincuenta y sólo se cuenta con setenta y cinco. Es muy poca fuerza y con seguridad se perdería".[14]

Paralelamente, los señores Tomás Ruiz de Velasco, Lamadrid, Mazari, Zepeda y Bonuet en representación de Clemente Jacques Cía.,[15] entre otros, pidieron a Porfirio Díaz que no disminuyera la guarnición de Jojutla. Zepeda viajó a la ciudad de México, comisionado por el coronel Rojas para exponer la gravedad de la situación al presidente y quizás algo más. Figueroa era conocido por los propietarios y administradores de Jojutla, allí había sido mayordomo



**Operaciones rebeldes 21 de marzo a 20 de abril de 1911**

Ciudad de México
N
O
E
S
Huejotzingo
Puebla
Tepoztlán
Cuernavaca
Atlixco
Yautepec
Cuautla
Anenecuilco
Huaquechula
Ayala
Jonacatepec
Zapata
Tepexi
Puente de Ixtla
Tlaltizapán
Tepexco
Izúcar de Matamoros
Ahuatlán
Jojutla
Chietla
Taxco
Atencingo
Axochiapan
Huautla
Iguala
Huachinantla
Jolalpan
Chiautla
Coyuca de C.
Figueroa
Huitzuco
Teloloapan
Mitepec
Tecopala
Ixcamilpa
Tepepa
Huamuxtitlán
Olinalá
Chilapa
Chilpancingo
Tlapa
Atoyac
Coyuca de B.
Ayutla
Cuautepec
Ometepec

de las criollas hermanitas Ruiz de Velasco, sobrinas del ingeniero Patricio Leyva. Desde esta población y de la ciudad de México se armó un plan alternativo para anular, inicialmente con un armisticio, a Figueroa y a Zapata. Desde que regresó al país, el 20 de marzo, el secretario de Hacienda, José Ives Limantour apoyó este plan.

–El señor Lamadrid de Jojutla ¿era español?

–Era español. Tenía un campo que se llama todavía Porfirio Díaz, pero ya es de otro. Ése lo tenía Carlos Lamadrid y de ahí, de esa casa mataron a un general zapatista, a don Gabriel Tepepa. Y por eso, cuando entró don Lorenzo Vázquez le saqueó la tienda, echó afuera todo lo que tenía.

Él se fue para España, se fue bien rico. Todos los españoles tuvieron que irse para su tierra, pero hasta ahora en la revolución de Zapata.

Nomás que ora en la campaña de Franco, se nos metieron otra vez, pero ya ahora ya mansitos, ya no como aquella vez [ríe]...

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[16]

Andaba Zapata afectado de erisipela en una pierna, hasta el grado de no poder caminar. En esos días llegó Juan Andrew Almazán que, según Alfonso Taracena, informó a Zapata acerca de las negociaciones que llevaban los maderistas en Estados Unidos y sus discrepancias. Se quedó Zapata unos días en Tepexco, estado de Puebla, mientras Amador Acevedo, Fermín Omaña y Francisco Mendoza fueron a atacar Chietla, al mando de cuatrocientos hombres. Hacia esa zona, el general Luis G. Valle había ordenado que se desplazara una parte de la fuerza federal de Jojutla. Cuando los sublevados llegaron a la estación, entraba también una partida de doscientos cincuenta rurales; y después de un breve enfrentamiento tuvieron que retirarse.

La llegada de un contingente más de refuerzos, ciento cincuenta efectivos del 19 Batallón, con una sección de ametralladoras, no tranquilizó al gobernador de Morelos, quien ya preveía, el 1 de abril, que en muy poco la situación sería insostenible "principalmente porque cada lugar que no puede substraerse a los rebeldes, por falta de fuerza, los vecinos muy fácilmente se pasan a los revoltosos y además las fincas azucareras van paralizando sus zafras, lo



que deja sin trabajo a mucha gente, dando ocasión a que ésa se levante también".[17]

Las fuerzas zapatistas volvieron sobre Morelos, donde Tepepa se topó en la madrugada del 5 de abril con una columna de ciento cincuenta de caballería del 18 Regimiento, al mando del mayor Villegas. Al ser derrotado, Villegas se replegó hacia Jonacatepec, donde había una guarnición de cincuenta hombres.

Los zapatistas eran mil doscientos y entusiasmados se lanzaron sobre esa cabecera de Distrito, donde libraron un enfrentamiento que duró toda la noche; hasta que desistieron y enfilaron nuevamente hacia Chiautla, pasando por Tepalcingo. No sabían que a los federales se les había acabado el parque y habían huido hacia Cuautla, por lo que abandonaron a los rurales y al jefe político de Jonacatepec, Alfonso Esnaurrízar.

Al día siguiente, el teniente coronel Escandón escribió una extensa carta a Porfirio Díaz, para dar cuenta de la situación que estimaba verdaderamente crítica: "Las partidas de rebeldes que han aparecido últimamente por casi todos los rumbos del estado, asediando continuamente y saqueando los pueblos donde no hay defensa posible y creen encontrar recursos, ya constituyen una dificultad muy seria; pero lo más grave es que esas partidas tienden a organizarse y a reunirse para operar sistemáticamente y contra plazas de importancia". Como prueba, señala que en Jonacatepec, "el enemigo era temible, no sólo por la fuerza de que disponía (algo más de mil doscientos hombres), sino porque en buena parte, no se trataba ya de una chusma, sino que desde luego llamó la atención del jefe de la columna, a quien tengo por un entendido y bravo militar, por la organización que observó. Según informes que ha dado, los rebeldes ejecutaron con bastante habilidad movimientos tácticos encaminados a envolver la columna de ataque, lo cual pudo evitarse. Tras de un combate reñido de más de tres horas, en que los rebeldes desplegaron un valor en ocasiones temerario... obligaron al jefe de la columna a replegarse sobre Cuautla, para amunicionarse; y el inspector de Seguridad Pública del estado, con una fuerza no mayor de cincuenta hombres se replegó a Jonacatepec, para defender aquella plaza hasta donde fuera posible. Cortadas nuestras comunicaciones con Jonacatepec, ignoro absolutamente hasta este momento la suerte que habrá corrido aquella población y la fuerza que allí quedó... estimo absolutamente indispensable la presencia aquí de UN JEFE MILITAR MUY ENTENDIDO, con facultades de mover las fuerzas disponibles como

sea necesario y que atienda todas las necesidades de orden militar... Con toda sinceridad, digo a usted que no tengo confianza en las capacidades y ni siquiera en la voluntad del señor coronel Rojas".[18] El militar entendido que mandó don Porfirio, para gran disgusto de Pablo Escandón, fue el veterano general Francisco Leyva, quien se hizo cargo de la jefatura de las armas en Morelos.

El general Francisco Leyva se encontraba ya retirado, pero su presencia en Morelos, en el lado porfirista, podía influir políticamente en los sublevados. Al menos eso fue lo que intentó, a su llegada a Cuernavaca, al emitir un manifiesto, en lugar de emprender acciones militares. El envío del general Francisco Leyva quiso ser un hecho simbólico-político para doblegar a los insurrectos, dentro del esquema negociador que ya se había puesto en marcha en el norte. Pero como los símbolos son símbolos, a Leyva lo acompañaba el Quinto Regimiento, conocido por su eficacia militar y llamado el Quinto de Oro. El manifiesto de Leyva era básicamente un llamado a la unidad, al olvido de diferencias ante el riesgo internacional, como le decían a la intervención estadounidense. Decía el manifiesto: "Los acontecimientos políticos que se han desarrollado en el país han dado lugar a que la nación pueda verse envuelta en un conflicto internacional, lo que sería doloroso y de fatales consecuencias. [El gobierno ha dado] pruebas inmediatas e inequívocas de la resolución de llevar a la práctica lo más pronto posible las promesas de su programa, como lo prueban las iniciativas presentes ante las Cámaras sobre la no reelección y la reforma de las leyes electorales para hacer el sufragio efectivo... Debemos todos los mexicanos, ante la actitud de nuestro gobierno, unirnos, para facilitar su labor en el desarrollo de su programa; y ayudarlo, olvidando los males que por su naturaleza sean irremediables... Os invito, por lo tanto, ciudadanos morelenses, a que por las circunstancias anormales por que atraviesa la Patria os unáis y olvidéis vuestros resentimientos en bien de vuestra Patria y de vuestro estado". Pero, su unidad terminaba donde comenzaba el zapatismo. No era un llamado para los que "mal aconsejados y sugestionados por individuos de perversas intenciones, que no persiguen fines nobles y levantados se han entregado a verdaderos actos de pillaje y devastación destruyendo el ferrocarril, atacando las haciendas y saqueando las tiendas en las poblaciones, propiedades en su mayor parte de extranjeros".[19] La reincorporación de Leyva, y su posición política, encajaban completamente con la directriz que había trazado Limantour, convencido de que en la situación difícil



del gobierno, debería emplearse mucha severidad para los que se habían levantado en armas y, a la vez, mucha diplomacia para ganar hombres de prestigio, para evitar que rompieran lanzas en contra de Porfirio Díaz.[20]

Nosotros somos disciplinados, decían con grande satisfacción, no pistoleros como esos vagos huamuchileros sin instrucciones, nosotros somos condecorados, los más valientes de la nación y el azote de los malcriados que se han lanzado a la rebelión.

Lo que es aquí no se pasean como allá en Chiautla no, con música y fina atención; porque los hombres que defienden esta plaza son de purito León lo que es aquí con la ametralladora basta para hacerles su recepción, y si no corren ya verán lo que sacan los indios en la ocasión.

Fragmento del corrido *El Quinto de Oro*,
Marciano Silva, coronel del Ejército Libertador[21]

Los acontecimientos militares, mientras tanto, continuaron su dinámica. El 6 de abril, cuando las tropas de Zapata y Tepepa andaban por el rumbo de Jonacatepec, un contingente de seiscientos rebeldes tomó por asalto la población de Huaquechula, Puebla. Incendiaron los archivos y persiguieron a las autoridades del lugar. El general Valle envió inmediatamente un refuerzo de cincuenta hombres del Primer Regimiento a la ciudad de Atlixco, que por esta acción quedaba seriamente amenazada. Según informe del comandante del 10° Cuerpo de Rurales, los rebeldes derrotaron a esa fuerza, a seis kilómetros de Atlixco, el día 7. El general Valle informó a Porfirio Díaz del repliegue con heridos. La situación fue de alarma, tanto por la importancia industrial de la zona, como por el corredor que quedaba abierto para los rebeldes hacia la estación de San Marcos, donde se unían las vías férreas que comunicaban a México con Puebla; y a Puebla con Atlixco, Izúcar y Cuautla. Telegrafió el jefe de la Séptima Zona Militar al presidente: "Informa capitán, que los rebeldes que lo batieron son independientes de las demás gavillas merodean al sur de este estado; aquí no tengo fuerza que mandar y sí juzgo seriamente amenazado Atlixco, tanto por número considerable rebeldes que tengo informes mayor que ayer, cuanto por las varias poblaciones que tienen cerca. General Leyva aún no llega con Regimiento a Cuautla y Rojas no puede moverse para ésta; vía férrea sigue cortada. Violentamente necesito artillería y fuerza suficiente

para atacar, perseguir e impedir vayan sobre Atlixco, pues aún no sé hayan llegado allí y también para dejar guarnición aquí".[22]

El mismo día, el jefe político de Atlixco informó que los rebeldes en esa zona habían aumentado a mil. Mientras tanto, Leyva seguía en Cuautla sin poder desplazarse, por las acciones de sabotaje a la línea Interocéanica del tren. El asedio sobre Atlixco obligó a intentar, primero, mover fuerzas desde Tlaxcala, pero finalmente, el día 8, la secretaría de Guerra y Marina ordenó al 29 Batallón, al mando del coronel Aureliano Blanquet, que se encontraba en Santa Rosalía, Chihuahua, que retornara urgentemente a la capital del país para ser enviado a Puebla.[23] Comenzaba a convertirse el sur en el teatro de operaciones que más preocupó a la dictadura, en sus últimos días; situación que llevó a Francisco Vázquez Gómez a considerar que "el triunfo militar de la revolución se debió, más que a la toma de Ciudad Juárez, a la formidable amenaza de la capital de la república por los rebeldes del sur".[24]

*La batalla por posiciones*

La guerra en el sur no sólo era más intensa sino, además, estaba comenzando a cambiar de forma. La ausencia de un frente de batalla definido empezaba a dibujarse amenazadoramente sobre posiciones estratégicas. Atlixco, y también Puebla se sentían en peligro grave. Díaz era categórico en ordenar que las columnas federales no se dividieran, al dejar guarniciones para defender pueblos, pues significaba exponerlas al fracaso por el número reducido y, por otra parte, se debilitaba la tarea de persecución de las gavillas. Sin embargo, la creciente fuerza de los rebeldes, su amenaza sobre centros de importancia, impedía que el ejército federal se dedicara a misiones de ataque; al quedar obligado a destinar, cada vez, mayor atención y recursos a la defensa. La relación de fuerzas se estaba modificando rápidamente.

Entrampado en la contradicción de concentrar tropas para operaciones ofensivas y la necesidad de guarnecer y preservar sus posiciones, reclamo de los ricos y mandos locales, Porfirio Díaz trató inútilmente de resolver la situación militar por medio del aumento de efectivos. El mecanismo, sin embargo, era lento frente a las exigencias de la situación. Los voluntarios reclutados deberían pasar revista ante las autoridades de Hacienda, para que se autorizara la paga de un peso a la tropa y hasta un peso setenta y cinco centavos para sargento primero.[25]



Esa nueva campaña de reclutamiento se producía tras el fracaso de otra, llevada a cabo mediante el sistema de sorteo, durante el mes de marzo. En aquella ocasión el gobernador de Colima, desacreditado por el proceso amañado referente al Crimen de los Tepames, licenciado Enrique de la Madrid, le había planteado al presidente Díaz la imposibilidad de incrementar significativamente el reclutamiento: "Cada mes he mandado verificar sorteo habiendo remitido hasta hoy treinta y cinco reemplazos, únicos que encontraron útiles entre más de cien sorteados, pues la generalidad son desechados por palúdicos o pintos. Sin embargo, continuaré con toda eficacia verificando más sorteos, pudiendo estar seguro que haré todo lo posible para remitir, el mayor número sin omitir esfuerzo alguno, pues usted sabe que siempre he tenido entera satisfacción en obsequiar fielmente sus respetables recomendaciones".[26]

En el frente de guerra en que la chusma zapatista había llegado a dos mil y avanzaba hacia Chiautla, amenazando Izúcar, el procedimiento de aumentar los haberes para elevar el número de efectivos ya estaba fuera de lugar. Los requerimientos administrativos chocaban con la urgencia de la situación militar. Para el jefe político de Izúcar, Vicente Popoca, la situación era peligrosa, aunque todavía conservaba el optimismo; le decía a don Porfirio: "Tanto el mensaje cifrado como el que dirige al gobernador ordena que fuerza se organice aquí se lleve a Puebla. Malo es llevarlos como reemplazos; no creo conveniente si algunos siguieran por afecto. Ruégole que ordene me sean remitidos cuando menos cien armas dotadas, hago levantamiento y en seguida los llevo a Puebla ante jefe de Hacienda. Coronel Huerta del estado con doscientos cincuenta pasó ésta, rumbo a Atlixco, dejando enemigo libre por Chiautla y probable avancen para este Distrito. Como dije en mi anterior estas chusmas hay que perseguirlas con tenacidad para evitar el gran pánico que hay en toda esta zona y se necesita una columna de quinientos hombres ¿me la da? Pero sin más jefe que yo, en combinación con el general Leyva".[27] En la respuesta que Popoca ya no recibió, porque tuvo que evacuar Izúcar al día siguiente y refugiarse en Atlixco, Porfirio Díaz ratificaba la necesidad de llevar a los voluntarios a Puebla "para que ahí sean armados, pues las armas no se pueden mandar porque en el camino peligran. A los voluntarios se les pagará pasaje a Puebla lo mismo que el regreso y percibirán haber desde que se filien".[28]

Mientras Atlixco era asediado, Zapata se dirigió a Chiautla y le

puso sitio, donde demandó la rendición del jefe político José María Andónegui, quien se negó.

Almazán y un muchacho de nombre Ocampo eran los que estaban haciendo el tratado, pero no pudieron entenderse con el jefe político. Entonces éste se retiró, a reserva de pensarlo. Mientras el prefecto estaba con nosotros, tratando de llegar a un acuerdo, mucha gente que tenía en el fuerte empezó a desertar y naturalmente que cuando regresó y vio esto, se intimidó y quiso esconderse. Pasadas unas horas nosotros, que no nos habíamos dado cuenta del incidente, atacamos, pero casi no encontramos resistencia. Cuando localizamos al prefecto, el mismo pueblo pedía que se le castigara por todos los desmanes que había cometido, asesinatos y muchas otras cosas crueles. Emiliano nos mandó llamar a todos los jefes y acordamos que se debería poner un ejemplo con él para que otros no siguieran su camino y tuvieran temor. Entonces se le mandó fusilar.

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[29]

De Izúcar, Vicente Popoca informó a Díaz, "No había dicho a usted que anteayer 9 am se rindió Chiautla sin disparar un sólo tiro. Fusilaron jefe político".[30] La prensa quiso invertir el significado del fusilamiento, para tratar de hacer un héroe, por lo que difundió que se había batido valerosamente durante cuarenta y ocho horas hasta caer preso. "El jefe político Andónegui fue paseado por las hordas a través de las calles de la población y a las tres de la tarde fue pasado por las armas."[31]

El hecho de que la guerra zapatista comenzara a tomar la forma de lucha de posiciones, desde el avance sobre Atlixco y ahora con el sitio de Chiautla, no pasaba inadvertido para el Estado Mayor de la Séptima Zona Militar, que en correspondencia a la nueva situación reclamaba urgentemente el envío de artillería y más refuerzos. El general Luis G. Valle telegrafió al presidente, para darle cuenta además de nuevos levantamientos en el centro de Puebla, Ahuetlán y Coatzingo, además de señalar "es muy urgente el envío de fuerza a esta plaza violentamente para atenderla y atender Atlixco. Indispensable artillería".[32]

El grupo que había tomado Huaquechula se unió a Zapata para avanzar sobre Izúcar de Matamoros. El general Luis G. Valle comunicó a Porfirio Díaz un informe que recibió de Atlixco: "Noticias exploradores que me he proporcionado me enteran que anoche incorpóranse cabecillas Sánchez y Gracia a Huequechula procedentes del sur con cosa de ochocientos. Unidos a los que había ascienden a más de mil disponiéndose ya a venir sobre esta plaza. Fuerza Zaragoza y Seguridad Pública inútiles; infórmanme hubo su miedo ayer por ésta. Creo necesario ametralladora para batir con buen éxito, pues por lo que he juzgado, andamos mal por aquí. Lo que tengo la honra de insertar a usted para su superior conocimiento, en el concepto de que el general Leyva me dice que hasta dentro de tres o cuatro días podrá moverse el coronel Rojas y nada me indica de la venida del medio Regimiento".[33]

Una hora y media después, Leyva informaba de los problemas que tenía en Cuautla. "Presidente de la república. Respetuosamente ruego a usted se digne acordar que el gerente general del Ferrocarril Interocéanico autorice a persona competente que se apersone a mí en esta ciudad de Cuautla para que a dicha persona le proporcione las seguridades necesarias y adecuadas para que los sediciosos no se atrevan en lo sucesivo a impedir los trabajos necesarios para restablecer los desperfectos actuales de la vía férrea, que parte de esta ciudad a la de Matamoros Izúcar y Puebla y el tráfico no vuelva a interrumpirse. Protesto a usted mis respetos. El general jefe de las Armas en el estado de Morelos F. Leyva."[34]

A estas fechas ya se nos había unido un coronel [Francisco] Gracia, del estado de Puebla y otros más. Los principales jefes que traía Zapata en ese tiempo eran: Francisco Mendoza, Jesús Morales, Juan Sánchez, Miguel Cortés, Margarito Martínez y su servidor; también Rafael Merino. Cada uno de nosotros tenía su propio cuerpo de tropa, yo tenía cosa de trescientos hombres. Así llegamos a Matamoros, rumbo a Puebla, claro que ya llevábamos mejores armas y mucho parque, pues le habíamos recogido muchas armas a Andónegui, el jefe político que fusilamos. Armas buenas y armas corrientes, como las Remington calibre 50 con balas bromosas de plomo, que cuando uno llevaba cien cartuchos de ésos, andaba cargando de seis a ocho kilos de peso; eran armas muy grandes, pero en fin, ya íbamos armados.

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[35]

Mientras tanto, una parte de los zapatistas, quinientos hombres a las órdenes de Gabriel Tepepa y Juan Andrew Almazán, llegó a Olinalá y atacó Huamuxtitlán, además de amagar Tlapa. Creyó el gobernador Flores que era tropa de los Figueroa. El general Valle, jefe de la Séptima Zona Militar, había mandado retirar fuerzas de la montaña guerrerense para defender las posiciones atacadas en Puebla. Chilapa también fue atacada. Los Figueroa, tras dispersarse en Huitzuco, cuando se intentó cercarlos, avanzaron por Buenavista hacia el estado de Morelos; para tomar más tarde Puente de Ixtla.

En Palmillas, Guerrero, se formó un grupo insurrecto, integrado principalmente por pobladores de Tlamacazapa, que asaltaron una mina en Atlixtac y ocuparon los pueblos de Texaltitla, Coamasac, Axixintla, Acuitlapán, Acamixtla y San Juan de Dios, donde tomaron caballos, armas y dinero. En Juliantla "hurtaron a don José Luna su caballo y un vestido de charro que tenía y que acto continuo, se puso el cabecilla Jesús Morán; homicida sentenciado que, al estar trabajando en el camino carretero de Iguala a Chilpancingo, se fugó. Otros de los indios de Tlamacazapa robaron a varias personas el calzado que tenían puesto. Dichos individuos andan mal armados. Unos traen consigo machetes de garabato, otros pistolas enmohecidas; otros mosquetes y escopetas y uno que otro rifles antiguos, según datos que dan algunos de los vecinos de los lugares donde se encontraron dichos facciosos que lo más del tiempo pasan ebrios. El corresponsal".[36] Los vecinos de Taxco se alarmaron y guardaron a las señoritas en la iglesia de Santa Prisca. Días más tarde, el prefecto político de allí, Juan Gutiérrez Duplan, se rindió.

Pablo Escandón, mientras, parecía disfrutar la incapacidad militar de Leyva. "Tengo el honor de participar a usted que ayer sediciosos entraron a las poblaciones de Atlacholoaya y Alpuyeca, a la hacienda de San José, cometiendo depredaciones acostumbradas. Estos momentos entra Puente de Ixtla gavilla de Figueroa. Respetuosamente Pablo Escandón. [Anotación de respuesta:] Enterado de su mensaje acerca de Puente de Ixtla. Dígame qué noticias tiene del general Leyva. Porfirio Díaz. 14 abril, 8:37 am."[37]

Le interesaba a Díaz establecer, de nuevo, contacto con los Figueroa para acordar un armisticio por separado. Por ello, tan pronto se supo que habían entrado a Morelos, Porfirio Díaz, hijo, mandó llamar con urgencia al ingeniero Patricio Leyva.[38] El 18 de ese mes de abril se entrevistaba Patricio Leyva con Limantour. El señor Manuel Amieva en una carta fechada el 19 de abril, comunicó a Francisco Vázquez Gómez lo ocurrido en el despacho del ministro de Hacienda: "Yo fui con él [Andrés Bermejillo], para que una vez que lo recibiera pudiera entrar luego yo, si Limantour se prestaba a ello... Durante la antesala lo importante que yo vi fue que recibió a Leyva, el contrincante de Pablo Escandón para el gobierno de Morelos, de suerte que yo supongo que como las cosas andan por allí tan tirantes, este último se ha 'enfermado' y me supongo que mandan a Leyva en su lugar, cosa que me presumo que si llega a suceder lo nulificará, pues ahora el que se arrima al gobierno para desempeñar algún puesto importante, se sacrifica y convierte en víctima, no durará en el puesto y perderá la estimación de la opinión pública..."[39] Pero no era el interinato lo que estaba a la orden del día, pues ni siquiera Madero pedía en sus condiciones la renuncia del gobernador de Morelos, quien también era suegro del tesorero de la Federación, Javier Arrangoiz. El asunto era la negociación con Ambrosio Figueroa.

*Inicio de la salida negociada*

En el sur, la salida negociada a la crisis había sido iniciativa de Guillermo de Landa y Escandón,[40] senador porfirista por Morelos en dos ocasiones, gobernador del Distrito Federal desde 1903 y sobrino del gobernador de Morelos Pablo Escandón. A mediados de marzo había enviado a Guerrero, para hacer los primeros contactos, al teniente coronel Fausto Beltrán, originario de Teloloapan.

Pero, accidentalmente el 18 de marzo, el prefecto político de Iguala detuvo en Huitzuco a Beltrán. El gobernador Damián Flores, oriundo de Tetipac; experto en minas pero que se las daba de estratega,[41] considerándolo sospechoso telegrafió inmediatamente a Porfirio Díaz: Beltrán "dice ser agente de usted para entrar en arreglos con los sediciosos, trae una clave del gobernador del Distrito [Federal] en que éste recomienda que se tenga confianza en los informes de Beltrán y se le permita volver a México. En vista de los antecedentes de Beltrán hoy lo remito a México consignado al gobernador del Distrito a fin de que ante dicha autoridad explique su conducta".[42] La respuesta de Díaz quedó anotada por su secretario en el mismo telegrama: "Beltrán no tiene comisión mía; pero sé que sirve al gobernador acá Distrito".[43]

Desde que regresó al país el secretario de Hacienda, José Ives Limantour, elaboró un plan anticrisis que trataría de aprovechar la iniciativa tomada por Guillermo de Landa y los ricos de Jojutla.

Limantour veía la crisis política de la dictadura desde el ángulo

de las finanzas y en Europa había podido constatar sus graves efectos. "Los negocios privados de que tengo conocimiento y que se estaban arreglando en el momento en que llegaron las malas noticias, se han suspendido en su mayor parte o desbaratado definitivamente; y esto es quizá de mayores consecuencias todavía, porque si se interrumpiera por bastante tiempo la corriente de capitales hacia nuestro país, es casi seguro que sobrevendría una crisis económica de intensidad tanto más grande cuanto que hace muy poco tiempo cesó la anterior y que la producción agrícola ha dejado mucho que desear en la república. Es de todo punto necesario, por lo mismo, que nos esforcemos *todos* en restablecer cuanto antes, a la misma altura en que estaba anteriormente, la confianza de que hemos disfrutado."[44]

Ese *todos*, empresarial, incluía a los Madero que tenían en Francia a Gabriel, hermano del pretendiente, esperando el resultado de la segunda emisión de los bonos hipotecarios del Ferrocarril Mexicano del Centro, cuya concesión fue otorgada en 1910 a Gustavo A. Madero. Para Limantour, estaba "fuera de toda duda que muchos de los grandes negocios de la familia [Madero] dependen, para su realización, del buen crédito del país en el extranjero".[45]

Con esa información, a su paso por Nueva York, Limantour negoció en el Hotel Astor, las bases de paz con Francisco Madero, padre, Gustavo A. Madero y Francisco Vázquez Gómez. Las condiciones de aplicación inmediata, para la suspensión de hostilidades que recogió Limantour fueron la renuncia de Ramón Corral, la libertad de los presos políticos y el decreto de amnistía; así como la renuncia de los gobernadores de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Zacatecas, Yucatán, Puebla, Guerrero, Hidalgo, México y Guanajuato. Los interinos serían nombrados a propuesta de los maderistas, entre ciudadanos que no hubieran participado en hechos de armas. Entre las condiciones de ejecución no inmediata que exigieron los maderistas estaba la reforma a la Ley Electoral Federal, elecciones en los estados citados, y el establecimiento del principio de no reelección en la Constitución.[46]

La dictadura, entonces, pasaba su más grave crisis pero no estaba paralizada. Desde mediados de marzo, Porfirio Díaz había anunciado, a través de un periodista estadounidense, una reforma para el campo. El proyecto de ley, que el presidente mandó al Congreso en abril, consistía en fraccionar terrenos nacionales susceptibles de irrigación, para vender en pequeños lotes; comprar a particulares, con el mismo objeto, y adoptar medidas para asegurar la



productividad, especialmente con obras de riego.[47] La iniciativa pasó a las ágiles comisiones de Fomento y de Hacienda de la Cámara de diputados.

En su informe, el 1 de abril, Díaz anunció también una reforma electoral, reconoció la necesidad de la no reelección y de corregir abusos de las autoridades judiciales.[48] Su proyecto de reforma al artículo 78 establecía cuatro niveles del principio de no reelección: el presidente nunca podría ser reelecto para ese cargo ni para el de vicepresidente; el vicepresidente tampoco sería reelegible, ni podría aspirar a la presidencia, en el periodo inmediato; el secretario del despacho encargado del poder ejecutivo al celebrarse las elecciones, no podría aspirar a esos dos cargos; y quedaban imposibilitados para la presidencia y vicepresidencia, en el periodo inmediato, los ciudadanos ligados por parentesco consanguíneo, dentro del cuarto grado, con los funcionarios que ocuparan esos mismos cargos.[49]

El Congreso, curiosamente, no aprobó el último punto de la reforma. Las relaciones de parentesco eran, desde hacía casi cuatrocientos años, un pilar fundamental, racial, de la autoridad y del poder económico, que muchos sacrificios les había costado. Su etnicismo era inquebrantable. Era posible modernizar la política un poco, con eso de la no reelección, pero no tanto como para liberalizar el poder de la sangre. Ni los Madero habían llegado tan lejos. Este aspecto del proyecto, casi pasó como una puntada de don Porfirio; al fin de cuentas, ladino.

La reforma a la Ley Electoral empezó a discutirse, pero no alcanzó a ser aprobada durante el gobierno de Díaz. La posición mayoritaria del último congreso porfirista consideró que el sufragio universal directo para toda clase de elecciones era "fundir dos atrocidades en una gran calamidad". Las razones de la democracia liberal, en esa discusión, fueron expuestas con brillantez: propiedad privada y sumisión cultural.

Aseguraban los diputados que el sufragio universal sólo podía ser válido para elecciones municipales, pero que en elecciones estatales y nacionales debería ser exclusivo de los ciudadanos que tuvieran mil pesos en bienes raíces o instrucción escolar castellana.[50]

Para un obrero adulto de la principal fábrica textil del país, la de Metepec, aquella cantidad representaba los ingresos de veintiún años, trabajando catorce horas diarias.[51] La consigna liberal desde los tiempos de Juárez fue que si el indio quería ser ciudadano, primero tenía que castellanizarse. Era como un rito de purificación

positivista, que reemplazaba a la sagrada comunión que impartían los misioneros en los primeros trescientos años.

Por esas fechas, el gobernador de Puebla, José Rafael Isunza, lanzó estas frases híbridas a propósito de las reformas a la Ley Electoral: "abrirán las puertas del augusto templo del derecho, dando acceso a él libremente, a todos los ciudadanos de buena fe, sin distinción de clases ni partidos políticos, que lleven como santa ofrenda de patriotismo, la eucarística cédula que contenga el nombre del que sintetice sus esperanzas de civismo".[52]

Los trabajos de ese congreso no fueron vanos, en su espíritu se llevaron a cabo las elecciones que dieron la presidencia, meses después, al apóstol Madero. Este discurso híbrido de la democracia burguesa, moderna, es también el de una transición de significados:

indio → cristianización → hombre
indio → castellanización → ciudadano

lo que, junto con la genealogía de la propiedad (haciendas, ferrocarril, industria, minas y monopolio de las armas, entre otros), expresa la continuidad en las relaciones de dominación; así como su racismo intrínseco, a pesar de los cambios formales.

Además de lanzar su propuesta de no reelección, el presidente Díaz modificó casi por completo su gabinete. En razón de quitar simpatizantes a los rebeldes, desplazó al vicepresidente Ramón Corral; quien zarpó de Veracruz el 12 de abril, rumbo a Europa. Lo despidieron las salvas de honor del Fuerte de Santiago, no los personajes que habían sido allegados. Se pensaba que Corral era quien atraía los ataques políticos de amplios sectores. No era partidario de concesiones al enemigo y menos de la renuncia del presidente. Desde París, todavía insistió en sus argumentos al escribirle a Porfirio Díaz a principios de mayo: "La separación de usted presenta una perspectiva de anarquía que hará más inminente el peligro del norte. En ningún caso los Madero podrán dominar la revuelta, porque su influencia no alcanzará sino a una pequeña parte de los grupos rebeldes, y aún contra la voluntad de dichos señores, seguirá existiendo el motivo que se invoca para la intervención. Este peligro, el verdadero y grande peligro, no creo que pueda conjurarse sino de dos maneras: o destruyendo los principales focos de la revuelta por medio de una acción militar rápida y eficaz, o por la actitud del Congreso de los Estados Unidos que, por un sentimiento de alta justificación, se oponga a los designios del Departamento de Estado".[53]



El hombre fuerte del nuevo gabinete continuó siendo José Ives Limantour, quien no dejaba de ver el peligro yanqui al que aludía Ramón Corral. Pero como francés, que seguía siendo, Limantour se inclinaba por un cierto menosprecio del poder estadounidense y propiciaba la orientación de México hacia Europa. Ya en ocasión de haber sido el primer encargado de negociar un tratado de libre comercio de México con Estados Unidos, en 1891, había dado muestra de ello, al rechazarlo. Ese ánimo continuaba plenamente vigente. En Nueva York, al tiempo que se divulgaba la noticia de la movilización de tropas estadounidenses en la frontera con México, en marzo de 1911, Limantour declaró, en tono desafiante, que "la intervención significaría la guerra". Semanas después el general Reyes lo secundaría en España, al declarar que "en caso de una intervención por parte de los americanos todos los mexicanos, sin distinción de partidos ayudarían al gobierno a combatir al enemigo".[54]

Ninguna de las propuestas que hizo Limantour encontraron oposición de Díaz, debido a que todas habían sido ya consideradas y puestas en marcha. Lo que hizo el ministro de Hacienda fue tratar de imprimirles mayor orden y dinamismo. Incluso el retiro de Porfirio Díaz estaba en la agenda de los acuerdos del grupo selecto del porfirismo. Con dificultad habían logrado convencerlo para que aceptara la reelección de 1910 y se había establecido, entonces, que la transmisión del cargo se efectuaría "a los pocos meses de comenzado el nuevo periodo, y escogiendo él [don Porfirio] la oportunidad y la forma de hacer entrega provisional, que se transformaría más tarde en definitiva... Meses después, en noviembre, cayó todo por tierra por la revolución que estalló en aquellos días".[55]

Al inicio, el cambio de gabinete, las reformas administrativas y políticas sembraron esperanzas de un próximo acuerdo que permitiera el control de la situación y si fuera necesaria la renuncia del general Díaz, que ésta se llevara a cabo en las condiciones decorosas que él reclamaba. En esos días primeros de abril de 1911, don Porfirio decidió renunciar a la presidencia de la república, como puede observarse en una carta que Ramón Corral le envió desde París: "Con la presente remito a usted mi renuncia, para ser presentada junto con la de usted, como me lo indicó a mi salida de esa capital".[56]

La guerra, cada día más extendida y radical, imposibilitó la condición de Porfirio Díaz de un retiro decoroso; pero además mostraba que existía un conflicto más profundo del que contenía la reforma maderista: la fuerza de masa había comenzado a ser también protagonista.

Cuando teníamos tiroteo y había oportunidad, los pobres compañeros pacíficos iban, y el gobierno tiraba harto parque, y lo juntaban y nos lo daban y nos volvíamos a reponer, de ese modo le peleábamos al gobierno.

Ese gobierno de línea se nos metía como borregos, y cuando se nos metía a las montañas, a los cerros, les poníamos unas emboscadas en las barrancas que, ¡hasta quedaban encimados! y ahí agarrábamos todo el armamento y parque.

Fue cuando se empezó a hacer la gente de armamento bueno, máuseres y treintas y de infantería. Puras carabinas Máuseres de este pelo, grandotas, de bolita, ¡buenas! Entonces nos empezamos a hacer de armas pero, a pura lucha. Porque Zapata no pedía a ninguna nación, a ninguno le pidió ayuda, nos hicimos a pura canilla de armamento, ¡A pura canilla!

Isaac Perdomo Martínez,
mayor del Ejército Libertador[57]

*Izúcar*

Los zapatistas, mil ochocientos según recuerdo de Amador Acevedo,[58] avanzaban sobre Izúcar; lugar donde se pintaban la cara, tomada y defendida por Morelos cien años antes y donde, después, Vicente Guerrero resistió el ataque de más de dos mil realistas, en 1812.

Popoca, el jefe político de la plaza, recibió la orden de evacuar y se refugió en Atlixco, a donde llegó también un contingente de mil trescientos efectivos de refuerzo con ametralladoras y artillería, al mando del coronel Aureliano Blanquet. La línea del Ferrocarril Interocéanico estaba interrumpida entre Atlixco e Izúcar, a la altura de la estación de Teruel. El día 17 de abril entraron los zapatistas a Izúcar; quemaron los archivos, liberaron a los presos y asaltaron las casas de los vecinos ricos, la administración del timbre y la oficina de correos. Emiliano Zapata envió una parte de su fuerza a ponerle emboscada a Blanquet quien, a su vez, dispuso una contraemboscada.

... y se nos vienen encima, saliéndole a su encuentro nuestra infantería, un grave error, pero ¿qué sabíamos de táctica? Emiliano ordenó que fuera la infantería quien les hiciera frente, haciendo caso omiso de la caballería con que contábamos. Esas fuerzas de infantería iban al mando de Jesús Morales y se sale a la Galarza, un pueblo cerca de Tepeojuma, adelante de Matamoros, con unos cuatrocientos o quinientos hombres, pero naturalmente que en las primeras de cambio fueron derrotados con muchas bajas. Ese encuentro fue en la mañana; para la noche llegaron noticias a Matamoros de que venía el gobierno con mucha tropa, así como de la derrota de Jesús Morales.

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[59]

La victoria de Blanquet fue aplaudida con entusiasmo por la prensa capitalina que pidió su ascenso a general brigadier. *El Imparcial* sacó un tiro especial y *El Diario* publicó un extenso reportaje en los siguientes términos:

"Puebla, 20 de abril. La batalla más sangrienta que se ha registrado desde que se inició la revolución, ocurrió hoy por la mañana entre la hacienda de San José Teruel y el pueblo de Tepeojuma, entre tres mil insurrectos al mando del cabecilla Zapata y las fuerzas federales a las órdenes del Coronel Blanquet, jefe del 29° Batallón.

"Las fuerzas del gobierno que combatieron estaban formadas por el 29° más una Compañía de Dragones del 1° y otras fuerzas de infantería del 1° también, haciendo un total de mil trescientos soldados.

"Brillante estratagema.

"Los insurrectos se hallaban posesionados del pueblo de Tepeojuma y el coronel Blanquet estaba en Teruel con sus fuerzas. El citado jefe militar ordenó a sus dragones que en número de ciento cincuenta salieran a atacar a los rebeldes con intenciones de que una vez que entraran en batalla se siguieran batiendo en retirada con objeto de sacar a los rebeldes fuera del poblado.

"La estratagema dio el resultado apetecido pues el enemigo al ver que huían los jinetes, se pusieron a perseguirlos hasta llegar a una gran planicie, donde ya estaban preparadas para el ataque todas las fuerzas de Blanquet.

"La batalla al poco tiempo se hizo encarnizada y duró cerca de hora y media, dando por resultado la derrota completa de los rebeldes, que sufrieron pérdidas considerables así como también las sufrieron los federales.

"Hasta los momentos de enviar mi telegrama no se ha rendido el parte oficial porque no se acaba de levantar el campo, pero se calculan de dos a trescientos muertos insurrectos, doscientos prisioneros y gran número de heridos. Se les recogió además una

ametralladora y algunas provisiones de boca y pertrechos de guerra. En el campo quedaron muchos caballos muertos que pertenecieron a los insurrectos, diciendo algunos informes que ascienden a cuatrocientos.

"De parte de los federales no se tienen ningunas noticias, pero se supone que también sean de alguna consideración.

"Ésta ha sido la primera batalla que presentan los rebeldes a campo abierto, recibiendo descalabro, pues los que no fueron heridos o muertos emprendieron la fuga desordenada por diversos rumbos."[60]

El mismo Blanquet era más modesto en el parte de guerra que envió: "Izúcar, abril 19. Señor secretario de Guerra y Marina: Hónrome participar a usted que ayer 18 emprendí mi marcha de Atlixco a Tepeojuma. En este lugar el enemigo me tenía preparada una emboscada de la cual me libré, batiéndome con éxito. El combate duró dos horas sin pérdidas ningunas por nuestra parte, causándole al enemigo dieciocho muertos y muchos heridos, que se llevaron. Se les recogieron cuarenta y cuatro caballos ensillados, gran número de armas, entre rifles y pistolas, así como varios machetes. Pernocté en dicho punto".[61]

Según el corresponsal de *El Diario*, al saber de la derrota los rebeldes abandonaron Izúcar "violentamente y cuando llegaron las tropas del gobierno no hubo necesidad de disparar un solo cartucho". Lo cierto es que el combate continuó en la ciudad.

> Entonces Zapata ordenó que ahí los esperáramos y así lo hicimos. Para el lado de San Juan Epatán se fue un grupo con Lorenzo Vázquez; para el lado de la estación me mandó a mí y a otros jefes para que ahí los esperáramos pero no pudimos resistir. La ofensiva federal se inició más o menos como a las seis de la mañana, pero como a las once tuvimos que abandonar la plaza, con grandes bajas.
>
> Amador Acevedo,
> coronel del Ejército Libertador[62]

El coronel Aureliano Blanquet avanzó, la madrugada del día 19, hasta el cerro de Santiago, donde se había parapetado un grupo zapatista. Su vanguardia rompió fuego con artillería e hizo retroceder a los sublevados hasta el centro de Izúcar, donde se defendieron por más de cuatro horas y media, según informó Blanquet. "Los rebeldes fueron cediendo y replegándose hasta el interior de la plaza atacada... las metrallas abrieron enormes boquetes en varios edificios de la ciudad y reventaban continuamente barriendo a los sediciosos."[63]

> Ahí en el rastro nos encuartelamos, traía yo un caballo tordillo, pero bueno, llevaba yo seis bombas de cuero con dinamita adentro, con su mecha...
>
> Serafín Placencia,
> capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[64]

En el rastro de Izúcar murió, dirigiendo la resistencia al ataque, Rafael Merino, coronel del Ejército Libertador del Sur, y uno de los cuatro más activos organizadores de la conspiración en Villa de Ayala. También cayó combatiendo Bibiano Cortés, el jefe de la policía que se levantó con los zapatistas, desde el grito de Ayala.

> Se vinieron todo el río. Cuando sentimos ya estaban allí en la plaza, porque el río pasa ansina allí en la plaza... Entonces llegó un señor que nos dio permiso de que rompiéramos la pared para poder salir por ahí, entonces nos dio una barreta y empezamos a tumbar los adobes y por ahí nos chispamos. Próculo Capistrán entonces andaba trayendo cinco mulas, andaba trayendo unas cajas ansina, unas con dinero, otras con parque...
>
> Mateo Díaz Lozano,
> coronel del Ejército Libertador[65]

Con sus heridos, los zapatistas se replegaron a la montaña. Zapata dio orden de reconcentrarse en Jolalpan. Blanquet, a pesar de las protestas del jefe de la Séptima Zona Militar, fue obligado a suspender la persecución, por lo que debió regresar a dar resguardo a la zona industrial de Atlixco y Metepec, donde los rebeldes habían hecho agitación entre los obreros de la industria textil.

*Vindicta pública*

En ese momento de la campaña, el general Luis G. Valle había agotado los fondos extraordinarios que recibió. Fausto Beltrán retomó contacto con los Figueroa. En la ciudad de México se descubrió el

llamado Complot de Tacubaya, de capitanes, tenientes y licenciados. En el norte, los magonistas ingresaron armados al país y de inmediato se les acusó de filibusteros; mientras que los federales recuperaron Agua Prieta, que había caído en poder de Pascual Orozco.

El 20 de abril, Porfirio Díaz dictó un telegrama para la prensa internacional, que publicó de inmediato el editor del *Daily Mail*, en Londres: "No es cierto que el gobierno mexicano esté dispuesto a admitir proposiciones de paz de los revoltosos incondicionalmente. Mis esfuerzos de treinta años como gobernante han sido siempre en pro de la paz de este país. Hoy que la veo alterada en una parte del territorio nacional, procuro su restablecimiento; si esto se pudiera obtener con menos derroche de sangre e intereses, evitando el peligro de dificultades internacionales y sin faltar al Decoro del Gobierno Nacional, no tendría dificultad en hacer alguna concesión. Hasta este momento no he recibido proposición alguna de persona autorizada".[66] El día 22, Madero designó a Juan Sánchez Azcona como su Comisionado de Paz, que junto con Gustavo A. Madero y los representantes del gobierno acordaron al día siguiente, en El Paso, Texas, un armisticio de cinco días, para negociar la paz en Ciudad Juárez.

Dos días después de pactada la tregua en el norte, el 24 de abril, Francisco Mendoza, uno de los jefes zapatistas más humildes, carbonero, encabezó el asalto de la hacienda donde había sido peón; la de Atencingo, propiedad del español Ángel Díaz Rubín.

> Entonces empezó el temor de los españoles contra la gente de Zapata, o sea nosotros. Figúrese usted que iba conmigo quien después iba a ser un general de prestigio, Pancho Mendoza, uno de los principales jefes que tuvo Zapata. Él era de los comprometidos con Aquiles Serdán, llevaba treinta o cuarenta hombres. Cuando salimos de Chietla, en vez de venirse atrás de mí se cortó y se fue rumbo a Atencingo, en donde había una hacienda en la que había trabajado y por lo tanto odiaba a muerte a los dueños que eran españoles. Llegó a la hacienda, agarró a once gachupines y los mandó fusilar, sin más ni más, sin juicio sumario ni nada. Pues pasó una cosa muy curiosa: de los once que fusilaron, cayeron diez muertos y a uno no le pasó nada, pero del susto cayó también. Ya cuando pasó todo y la gente se retiró, se puso de pie, corrió y se fue... Con ese motivo cundió el terror entre los españoles y empezaron a salirse yéndose a México. Así fue como después, al sólo escuchar el nombre de Zapata, les temblaban las quijadas a todos.
>
> Amador Acevedo,
> coronel del Ejército Libertador[67]



En Atencingo la rebelión asumió abiertamente la forma de ruptura. El embajador plenipotenciario de España en México, Bernardo Jacinto de Cólogan y Cólogan, demandó castigo inmediato y presentó una enérgica protesta en la secretaría de Relaciones, cuyo titular era ya en ese momento Francisco León de la Barra, quien "ofreció satisfacer la vindicta pública a la mayor brevedad posible".[68] Antes de una semana, la secretaría de Guerra informaba al representante de Alfonso XIII que ya se había iniciado el castigo. El teniente coronel Fausto Beltrán aprehendió a "dos de los bandoleros que se apoderaron de la Hacienda de Atencingo y asesinaron en ella a seis súbditos de su Majestad Católica... y tras un brevísimo juicio sumario se ordenó pasarlos por las armas, cumpliéndose la sentencia enseguida". Según Beltrán los detenidos "confesaron circunstanciadamente su delito y la participación que en él tuvieron".[69] Para Cólogan y Cólogan, el mal estaba en el mismo Zapata, a quien consideraba "zafio y eminente bandido, hospedado durante quince o veinte años en la cárcel de Cuernavaca".[70] El Casino Español mandó erigir un monumento a las víctimas de Atencingo, en los terrenos del Panteón Español de la ciudad de México. Las consecuencias del conflicto con los españoles no quedaron ahí. Ya durante el gobierno de León de la Barra, Madero exigiría a Zapata la entrega de Francisco Mendoza para enjuiciarlo.

En cinco semanas, la guerra zapatista, declarada en Villa de Ayala con muy pocos alzados y casi sin armas, se había transformado en una fuerza que había causado alarma en Puebla, la segunda ciudad más importante del país. La gran tensión acumulada, los agravios y los odios étnico y de clase, hicieron que operara con gran fluidez el desarrollo del movimiento armado.

Tal transformación, que inicialmente se manifestó como un acelerado crecimiento cuantitativo de la fuerza levantada en armas, enseguida comenzó a mostrar cualidades divergentes del maderismo, su autonomía y su inclinación a la ruptura violenta del orden de las haciendas. Este proceso no ocurrió por simple relación de causa-efecto, es decir, miseria-rebelión, pues, como ha señalado Barrington Moore, el repertorio humano ante las privaciones y la injusticia

es tan diverso como las variadas formas de escape o las formas de organización con objetivos económicos o políticos, por ejemplo. En cada individuo que tiene ante sí un proceso revolucionario como el zapatista, así sea el más agraviado, existen serios obstáculos que vencer antes de poder practicar actos de violencia revolucionaria. Sobre todo, en este caso, las circunstancias históricas inmediatas y excepcionales desempeñan un papel muy importante.[71] Con el desencadenamiento masivo de la guerra, se produjeron nuevos acontecimientos cuyo efecto fue, además del escalamiento del conflicto, el de producir una ruptura; un umbral de sangre entre las haciendas y los pueblos.

Este proceso era, por un lado, un rompimiento de las relaciones de autoridad. Y aquí no es vigente la propuesta de Eric Hobsbawn de que el rebelde consigue apoyo local en contra de una autoridad central débil y caprichosa, porque la debilidad de la autoridad central fue el resultado de la acción revolucionaria y no al revés. A menos que creyéramos ingenuamente que la debilidad es ajena a la correlación de fuerzas.

En los años previos a la rebelión, la dinámica capitalista del azúcar, exacerbada por el carácter racista de la dominación, erosionó posibles formas de solidaridad entre los oprimidos para ayudar al opresor. Las débiles relaciones amistosas entre los pueblos y las haciendas, presentes por ejemplo en las fiestas, prácticamente desaparecieron en los constantes enfrentamientos por las tierras. Y no fue necesario el surgimiento de novedosos patrones de condena moral para explicar y juzgar los sufrimientos. Los gachupines de carne y hueso estaban allí, en las antiguas y en las nuevas haciendas, desde hacía cuatrocientos años. Lo especial de este momento era la posibilidad de contar con nuevos amigos, gente de arriba, y establecer una alianza con ellos.

> Zapata nos decía, que seguramente era el momento propicio para que los pueblos se rehicieran de lo que antes habían sido dueños... y que Madero sería el único jefe que iba a responder a las necesidades de los pueblos. Eso nos platicaba en conversaciones sencillas, porque poco tiempo teníamos para esas pláticas.
>
> Amador Acevedo,
> coronel del Ejército Libertador[72]



Con la guerra, las relaciones entre los pueblos y las haciendas se polarizaron. Al ser las haciendas azucareras, no sólo la fuente por excelencia de los agravios e injusticias; sino además un lugar accesible para obtener víveres, dinero, caballos y armas, se convirtieron en el blanco de las acciones zapatistas. Con la paralización de la zafra y la huida de los administradores, los peones y trabajadores de los ingenios –atados por relaciones de poder diferentes, basadas en el salario, carentes de tierras y de títulos de propiedad– se percataron de pronto que su seguridad era ya imposible bajo las condiciones anteriores y avistaron una nueva situación si, como se decía, se repartían las tierras. Para ellos, que no habían encendido el proceso, también se esfumaron las figuras de autoridad.

Por otro lado, sin embargo, el levantamiento masivo nunca habría tenido su trascendencia histórica sólo a partir de sus bases agraristas; ello fue posible porque el ejército campesino, con la ruptura de las relaciones con la hacienda, pudo remecer un orden de larga duración. Para esto, el fusilamiento de españoles constituyó también un umbral difícil de revertir; fue lo que confirió un carácter especial al zapatismo. No era una simple acción de armas, para las que Limantour aconsejaba mano dura. Eran hechos de sangre, que los hacendados españoles y Madero, Figueroa, Blanquet y Huerta, entre otros, sólo vengaron con otros hechos de sangre y la misma guerra sucia que llevaron a cabo en el territorio zapatista.

La guerra era también, incluso en cinco semanas, una experiencia práctica que develaba la otra cara de los opresores. La fuerza de éstos, todo el mundo la percibía en la vida cotidiana del trabajo, en su cercanía con Porfirio Díaz, en la introducción del ferrocarril o en la calidad de sus armas y sus caballos; y hasta en la cohesión endogámica de sus relaciones de parentesco. La reproducción de las apariencias de hegemonía y la prepotencia en todos los terrenos multiplicaba, además, el efecto del monopolio del poder. Sus debilidades, que eran menos visibles, con la guerra salieron a luz. Los administradores de pronto, cuando no huían, aparecieron cobardes y suplicantes; los pelones cuando tuvieron que dar combate en condiciones no tan ventajosas, rehuían la batalla; los oficiales muchas veces mostraron falta de iniciativa y descoordinación; el instrumento que los articulaba, las comunicaciones, el ferrocarril, el teléfono y el telégrafo, fueron sumamente vulnerables y una acción pequeña produjo graves trastornos. No por casualidad Porfirio Díaz decretó penas severas; en los hechos, el fusilamiento sin juicio previo para quienes atentaran en contra de esos medios. La prepo-

tencia y el paternalismo, las figuras de la autoridad, se encerraron casi completamente en los cuarteles y en las ciudades.

La modificación abrupta de las relaciones de fuerza, a través de la guerra, liberó fuerzas potenciales entre los oprimidos. La vida y sus expectativas cambiaron. Nuevas exigencias se presentaron para los jefes de los contingentes rebeldes que crecían constantemente, igual que los problemas a resolver, de todo tipo. Las habilidades de mando aparecieron como cualidades accesibles para un carbonero, un arriero, un peón o un fogonero; y se empezó a cultivar (de cultura), en el mismo sentido del enfrentamiento, comenzando por rescatar el orgullo por lo propio. La producción de nuevos elementos de identidad es parte integrante del proceso en que los movimientos de liberación se sobreponen a la autoridad.

Como proceso revolucionario real, que supone el desarrollo de nuevas fuerzas culturales, políticas y militares, de manera cruda y plebeya, esa generación cultural no fue pura; aunque así busque manifestarse por el carácter moral del deslinde.

Todo ello era parte de la guerra zapatista en su inicio. El elemento clave estaba en que, con el nacimiento del ejército zapatista y los otros ejércitos revolucionarios, se alteraba una de las condiciones centrales del orden: el monopolio de las armas.



CAPÍTULO 5

# Cuautla

En mayo de 1911 el gobierno de Porfirio Díaz entró en la fase terminal de su crisis. El movimiento armado finalmente se generalizó, al abarcar veintiséis estados de la república y el Distrito Federal. Las iniciativas locales comenzaron a desbordar la estrategia maderista, basada en la idea de que en quince días el ejército federal se voltearía. Ni una sola de sus agrupaciones importantes lo hizo. Para derrotar a un ejército profesional, bien armado, pero fraccionado, los revolucionarios de principios de siglo acentuaron, con sus iniciativas, el punto más débil de ese ejército; lo dispersaron en cientos de posiciones; con lo que entorpecieron constantemente sus movimientos y su coordinación, mediante el sabotaje a las vías de ferrocarril, telégrafos y teléfonos.

Al inicio de la guerra, los rebeldes "al actuar separados los grupos que se habían unido en noviembre, lograron fraccionar las unidades del ejército. Es una característica generalizable a toda la revolución, antes de la etapa de concentración de grupos, en cada lugar: el brote o acciones de partidas relativamente cortas con un bajo nivel técnico obligaba a enviar fracciones de tamaño proporcional a combatirlas. Además de su dispersión, la movilidad de las agrupaciones insurgentes era su característica central".[1]

Pero al extenderse el conflicto y formarse grandes agrupaciones insurrectas, el gobierno se vio obligado a asumir la defensa de las principales ciudades; perdió terreno y, con ello, a la opinión pública. No se trató de un error de conducción, pues Porfirio Díaz sabía bien que debía evitar a toda costa la dispersión de sus fuerzas. Sin embargo, los acontecimientos impusieron una situación en que la única manera de preservar la fuerza federal consistía en replegarla y concentrarla en las ciudades. De hecho, logró su objetivo, el ejército no fue aniquilado y este factor tuvo la mayor importancia en el periodo que siguió a la caída de la dictadura.

Con el repliegue de los federales, el movimiento armado antiporfirista puso sitio sobre algunas ciudades. En el norte, Madero agrupó su fuerza principal frente a Ciudad Juárez al emplear, a su favor, el peso de la presión que el gobierno de Estados Unidos ejer-

cía sobre Porfirio Díaz. Bajo estas condiciones, del porfirismo a la defensiva, y dispuesto a negociar una salida decorosa, el desenlace se veía próximo. Por otro lado, cuando las tropas rebeldes atacaron las ciudades estaban ya en el límite de sus fuerzas.

La opinión pública que ocho meses antes festejaba los cien años del grito de Dolores, experimentó en mayo grandes cambios. "Uno de los principales –dice Limantour– fue la impresión que recibieron las masas de todo el país al darse cuenta de que el gobierno, que creían fuerte, había perdido sus energías, volviéndose así incapaz de mantener el orden público y de llenar las justas aspiraciones de la nación."[2] El régimen de la verdad[3] porfiriana resentía también los cambios militares de la relación de fuerzas. El efecto fue la aparición de más brotes de rebelión, incluso en la ciudad de México, así como frecuentes choques entre los diversos órganos de prensa.

*Intento de neutralización*

La guerra quebraba la sociedad porfirista, aunque no exclusivamente a ella. Dentro del mismo movimiento maderista surgieron fuertes conflictos, el mayor de ellos en el sur, ocurrió entre los zapatistas y el movimiento encabezado por Ambrosio Figueroa.

En su repliegue a las montañas, luego de la derrota de Izúcar –a petición del representante de Madero, coronel Guillermo García Aragón– los zapatistas se encontraron en Jolalpan con los Figueroa y firmaron, el 22 de abril, un pacto. En éste, el acuerdo de reconocimiento mutuo no fue el aspecto esencial, sino el punto cuarto: "ambos jefes aceptaron la proposición del señor delegado, pactando que *todas sus operaciones militares* las practicarían en lo sucesivo con *acuerdo previo* entre ambos".[4] Luego de haber designado al jefe del levantamiento en el sur y a su relevo, ingeniero Patricio Leyva y profesor Pablo Torres Burgos, respectivamente, ésta fue la segunda tentativa de control que el maderismo quiso ejercer sobre los zapatistas. La nueva intención fracasó a los pocos días.

En Jolalpan también se acordó atacar Jojutla. Al avanzar hacia esta población, en los Hornos, Zapata recibió informes de que Figueroa había acampado muy cerca de Jojutla, sin ser atacado por las tropas del gobierno, al mando de Fausto Beltrán; y que la artillería se hallaba concentrada en el punto por donde los zapatistas iniciarían el asalto. Emiliano vio los signos de una traición y resolvió no acudir a la cita de Jojutla.

En efecto, Figueroa había llegado a un acuerdo con Beltrán para firmar un armisticio. Invitó a Zapata a suscribirlo el día 30 de abril en Tlaquiltenango. Emiliano Zapata rechazó tajantemente la propuesta. Según un telegrama del general Francisco Leyva a Porfirio Díaz, la invitación de Ambrosio Figueroa a Zapata fue para suscribir las siguientes cláusulas:

"1a. Que se suspendan las hostilidades por parte de las fuerzas insurrectas de Guerrero y Morelos por el término de ocho días a contar del siguiente en que este convenio quede firmado.

"2a. Que durante este tiempo ni las fuerzas federales atacarán a los insurrectos, ni éstos a aquellos, manteniéndose en el estado de pura expectativa.

"3a. Que a las fuerzas insurrectas se les designará un lugar apropiado donde residan durante el armisticio de que se trata.

"4a. Que todos los gastos que eroguen las fuerzas reivindicadoras durante el tiempo que va a durar el armisticio serán expensados por el gobierno en cuyo nombre contrata el jefe de las Armas ya mencionado como según el tratado que acabamos de celebrar."[5]

En apariencia, no había más compromiso que el de un cese al fuego, lo que por sí mismo representaba una ventaja para la dictadura. Pero en realidad Figueroa había convenido que sus fuerzas salieran de regreso a Guerrero y, según informó Fausto Beltrán a Leyva, aquéllas "quedaron obligadas en el armisticio a evitar que otras gavillas ataquen las plazas ocupadas por fuerzas del gobierno y cometan depredaciones en las que no estuvieran defendidas".[6] Encerraba una emboscada en contra de las otras fuerzas. Era, pues, la culminación de la guerra por ciertos medios, los de los Figueroa.

La secuencia de los hechos hace suponer que, a cambio de su actitud a favor de la pacificación de Guerrero, los caciques de Huitzuco obtendrían el gobierno del estado, con la salvedad que deberían culminar esa negociación en la ciudad de México. Allá se dirigieron Francisco Figueroa y José Soto en compañía de Fausto Beltrán, tal como lo había planeado Limantour.[7]

Tan pronto como esta comisión llegó a la capital, el gobernador interino de Guerrero, Silvano Silva, recibió un telegrama de la presidencia con las siguientes indicaciones: "En obsequio de la paz de ese estado y entretanto llégase a un acuerdo sobre la persona que debe regir los destinos del mismo, el señor presidente de la república por mi conducto suplica a usted se sirva dar por insubsistentes las recomendaciones que hícele el 29 abril último y 2 del presente y continúe usted como gobernador interino de ese estado".[8]

La amplia difusión periodística que se dio a la visita de esa comi-

sión, a sus entrevistas con el secretario de Guerra, con el de Hacienda, Relaciones, con el gobernador del Distrito Federal y hasta con Porfirio Díaz, fue un golpe publicitario muy importante en ese momento, cuando la dictadura más necesitaba concentrar sus fuerzas y recuperar a la opinión pública del país y en el extranjero, sobre todo, porque por esos días se produjo la toma de Ciudad Juárez. José Vasconcelos, entonces representante de Madero en Washington, escribió a Francisco Vázquez Gómez: "Espero que la toma de Ciudad Juárez decida a Figueroa a continuar la lucha sin atender a armisticios que no tienen ningún objeto en su caso, sino dar tiempo al gobierno para concentrar sus fuerzas. El armisticio de Figueroa nos ha hecho mucho daño aquí, porque el gobierno lo presenta como prueba de que tratará separadamente con cada grupo rebelde".[9]

Otra había sido la actitud de Francisco Madero, ya que avalaba a los Figueroa. En telegrama que les dirigió a los comisionados –recibido por la secretaría de Guerra en la ciudad de México, que facilitó esta comunicación– los autorizó a que negociaran el "arreglo de los asuntos locales"; es decir, la gubernatura, recomendándoles abstenerse de negociar la paz en todo el país, dado que ya lo hacía una comisión oficial.[10]

Con la promesa de la dictadura de reconocerlo como gobernador, regresó contento Francisco Figueroa a Guerrero. El paso siguiente era reunir a los principales jefes guerrerenses en Tixtla; designar gobernador de común acuerdo y regresar a México a recibir la bendición. En Cuernavaca, Figueroa externó a la prensa todas sus esperanzas de que se iba a llegar a un fácil acuerdo; y antes de que el dictador se arrepintiera, o se le olvidara, el futuro gobernador de Guerrero comenzó a expedir salvoconductos, en Morelos, para que cuadrillas de trabajadores empezaran la tarea de restablecer las comunicaciones telegráficas y ferroviarias. En ese momento, las tropas zapatistas se encontraban en la situación más difícil del sitio que pusieron a Cuautla. *El Diario* informó que los encargados de las reparaciones "van provistos de un salvoconducto extendido por el señor Francisco Figueroa, representante de los insurrectos. En ese documento recomienda el señor Francisco Figueroa a sus correligionarios que no entorpezcan el trabajo de los celadores y que les presten ayuda y garantías".[11]

Pero la toma de Ciudad Juárez, ocurrida el 10 de mayo, y una agresión en contra de otros jefes guerrerenses cambiaron la situación. El 11 de mayo, Francisco Figueroa informó a Porfirio Díaz: "Encuentro serias dificultades por últimos sucesos norte. Armisticio a punto de romperse. Haré último esfuerzo".[12] Por su parte, el otro comisionado figueroista, José Soto, comunicaba el 12 de mayo al presidente Díaz: "Urgente. Disponen rebeldes de Guerrero demos por terminados trabajos en favor de la paz, con motivo de la agresión que fueron víctimas los comisionados en Chilpancingo. Sin embargo, tengo esperanza que el señor Francisco Figueroa, que debe haber llegado a Huitzuco anoche, *haga cambiar resolución.* Va según me manifestó, animado de los mejores propósitos en vista última conferencia con usted Las gestiones con el señor Zapata fueron *inútiles* según me he informado aquí".[13]

> Francamente, no quiero tener tratos con quien, al empezar la lucha, entró en convenios sospechosos con el gobierno y quiso ponerme un "cuatro" cuando acordamos atacar Jojutla. Tengo también en mi poder las proposiciones que se me hicieron para que yo defeccionara de la revolución y me uniese al gobierno, y que, me aseguraron, son iguales a las que hicieron a Figueroa; sólo que mi contestación fue tomar Cuautla.
>
> Emiliano Zapata,
> general en jefe del Ejército Libertador[14]

No pudieron los Figueroa cambiar la resolución y el 13 de mayo el armisticio se rompió, aunque no el reconocimiento, con bisagra en el lomo, hacia don Porfirio. El mismo día de su renuncia, el 25 de mayo, junto con los desolados telegramas de sus amigos, llegó uno procedente de Chilpancingo. Era del profesor Francisco Figueroa que le decía al general Díaz: "Hónrome comunicarle insurrectos Guerrero me han nombrado gobernador provisional estado. Comienza a restablecerse orden y a repararse vías comunicación. Deseo realizar paz y comunicarme señor Madero. *¿Se me reconoce y se aceptan mis servicios?*"[15]

En este proceso, la posición de Emiliano Zapata, al principio, trató de ser manipulada por la prensa, que le atribuyó haber solicitado la paz, junto con los Figueroa. Poco después, sin embargo, *El País* publicó una carta que Zapata dirigió a Fausto Beltrán, con la respuesta a nuevos intentos para que, con módico soborno de por medio, firmara el armisticio:

"Debo manifestar a usted –dice Zapata– que es necesario que desechen esa farsa ridícula, que los hace tan indignos y tan despreciables y que tuvieran más tacto para tratar con gente honrada,

pues deben ustedes saber que las negociaciones de paz se arreglan con los ciudadanos presidente y vicepresidente de la república, señores Francisco I. Madero y doctor Francisco Vázquez Gómez, que son la cabeza y los únicos encargados de arreglar la paz y no conmigo que soy un simple elemento en mi categoría de general, no sólo por los estados de Guerrero y Morelos sino por toda la república. Ruego a usted y a todos sus secuaces se dirijan a la cabeza y no a los pies para arreglos de paz y no me confundan a mí con Figueroa, que no es más que un pobre miserable que sólo lo impulsa el interés y el dinero.

"Por último diré a ustedes que yo me he levantado, no por enriquecerme, sino para defender y cumplir ese sacrosanto deber que tiene el pueblo mexicano honrado y estoy dispuesto a morir a la hora que sea porque llevo la pureza del sentimiento en el corazón y la tranquilidad en la conciencia. Emiliano Zapata. Posdata: aprovecho la oportunidad que ya que usted se apena por la paz, de una manera pacífica me entregue la plaza de Cuautla, Morelos, en bien de los vecinos de la ciudad, que serán las víctimas que sufran las consecuencias; que yo no necesito que me hagan favores pues nunca he pedido clemencia mas que a Dios, ni la necesito de nadie más que de Él. Vale."[16]

*La ofensiva final*

Rechazado el armisticio por los zapatistas, y en las condiciones militares imperantes, la continuación de la guerra en Morelos pudo haber seguido la ruta de sólo distraer el mayor número de fuerzas federales, con el objeto de dificultar su concentración en contra de los rebeldes del norte. Pero el ánimo de una tropa cada vez más numerosa y mejor armada, las pruebas de vulnerabilidad que habían dado las fuerzas militares del gobierno y su nueva táctica, limitándose a la defensa de las principales ciudades, inclinaron la balanza a favor de una línea militar ofensiva.

"En la primera quincena de mayo se da un repliegue generalizado de las fuerzas principales a las plazas más importantes, especialmente a las capitales de los estados en que se encontraban. Esto ocurrió en Hermosillo, Chihuahua, Torreón, Culiacán, Mazatlán, Durango, Zacatecas y Chilpancingo, y poco después en Cuernavaca y Puebla. Quizá el general Porfirio Díaz, que dirigía la campaña desde la ciudad de México, previó la posibilidad de que ante la superioridad numérica de los insurgentes cayeran guarniciones formadas con fracciones de distintas unidades militares y tipos de fuerzas, como sucedió en Ciudad Juárez. En ese caso, la conveniencia de reconcentrar las fuerzas pudo parecer aconsejable, y así lo dispuso. El precio era alto, pues significaba dejar el campo y las ciudades secundarias en manos de los revolucionarios o atendidas a sus propios recursos defensivos que normalmente se mostraron insuficientes. Era, también, perder aún más la iniciativa, es decir, asumir una posición más defensiva."[17]

El repliegue de los federales a las ciudades significaba el reconocimiento tácito de su incapacidad para liquidar a los rebeldes, es decir, una situación de un relativo equilibrio de fuerzas. Representaba también la pérdida de control sobre una parte del territorio que era, al mismo tiempo, según Clausewitz, una señal de la fuerza moral en descenso. El aspecto principal que hubo detrás de ese repliegue fue la ausencia de fuerzas de reserva; un factor decisivo, en las condiciones propias de la guerra en la época, pues, cualquier pérdida o desgracia en el campo de batalla debería ser remediada con tropas frescas. "Desde el momento en que sus reservas comienzan a debilitarse más que las del enemigo, puede considerarse que se ha producido la decisión."[18]

Limantour observó con bastante preocupación, a su llegada a México, la insuficiencia de los efectivos en el ejército. Los batallones tenían de cuatrocientas a cuatrocientas cincuenta plazas; mientras que, según el Presupuesto de Egresos para tiempos de paz, deberían contar con cerca de seiscientas. En las agrupaciones de caballería esta deficiencia era mayor. Y el problema se hacía bastante grave al considerar su despliegue, que es un factor decisivo de la fuerza o debilidad, ya que de éste depende la oportunidad y la rapidez con que se ejecuta una acción.[19] "La mayor parte de las tropas se hallaban paralizadas en la capital, o en diversos puntos del país donde se temían levantamientos. Las que salían para la campaña no llevaban la debida dotación de parque, pertrechos y demás cosas indispensables, y llegaban por pequeños destacamentos y sin precaución a los lugares en donde se encontraba el enemigo. Un sinnúmero de marchas y contramarchas inútiles cansaban a los soldados y los desalentaban."[20]

> Sí, nosotros recortábamos el plomo y le hacíamos bolas, como quien'tá machucando piedra. Y luego con el cuero de las reses, metíamos una mechita que tantito apuntara al cuero y la dinamita bien atacada. Y sí, ai van las pedradas cáindo.

¡Carajo! ¡Ruunn! Abarcaban más ancho que de aquí a la calle... Harto gobierno, de un chingadazo se morían más de cien pendejos.

Feliciano Trejo Torres,
soldado del Ejército Libertador[21]

Debido a ello, el programa militar del secretario de Hacienda consistió básicamente en aumentar las tropas de infantería, caballería, cuerpos rurales y fuerzas auxiliares; para tratar que estas últimas asumieran la defensa territorial en cada estado, con el fin de liberar de esa tarea al ejército federal. Consideró que el fracaso de ese plan dio como resultado la derrota final. "A pesar de los grandes alicientes pecuniarios [un peso diario] y de otro género que ofrecimos a los que se engancharan en el ejército, sólo se consiguieron unos cuantos centenares de hombres; de suerte que las fuerzas del gobierno, en lugar de aumentar, se redujeron considerablemente, no sólo por las bajas que sufrían combatiendo contra un número de insurrectos muy superior, sino por la necesidad de fraccionarse en multitud de destacamentos que ejercían en muchos lugares verdaderas funciones de policía. Llegó la escasez de tropas a ser tal, que desde fines de abril quedó México casi sin guarnición, sólo con el número de soldados necesarios para las guardias de los cuarteles y edificios públicos. Esta situación dio lugar a que habiéndose acercado los zapatistas a las orillas de la capital no se pudiese enviar contra ellos más que una pequeña columna de mil doscientos hombres formada a toda prisa con policía rural y destacamentos recogidos de muchas partes, y cuyo mando fue confiado al general Victoriano Huerta, columna que por cierto tuvo que regresar dos días después a México donde su presencia fue juzgada indispensable para mantener el orden público que ya comenzaba a alterarse en las calles."[22] Sólo cabe hacer el señalamiento de que Huerta, uno de los generales más eficaces y sanguinarios de la dictadura,[23] no se trasladó a las orillas de la ciudad de México, sino que llegó hasta la ciudad de Cuautla, con un batallón de infantería, caballería, sección de ametralladoras y una batería de artillería de tiro rápido, según información de prensa y de los mismos telegramas de Porfirio Díaz.[24] Tuvo que permanecer, sí, varios días en Tres Marías, no precisamente para comer quesadillas, sino para que pudieran ser reparadas las vías del tren, que habían sido blanco de los sabotajes zapatistas.



La lucha por el control de las ciudades significaba el inicio de una nueva etapa, más difícil, de la guerra. Los zapatistas habían pensado lanzarse sobre Puebla, pero luego de la derrota de Izúcar y el fracaso de la alianza con los Figueroa, decidieron ir sobre Cuautla, según el testimonio del general Amador Acevedo.

El objetivo que decidieron atacar, una ciudad que entonces contaba sólo con cinco mil habitantes, no era fácil. Además de las características del terreno, que ayudaban a la defensa, durante las últimas semanas Cuautla había sido reforzada con ametralladoras y piezas de artillería, así como con oficiales y tropas experimentadas, cuya efectividad se multiplicaba varias veces en el combate desde trincheras. Los zapatistas, por su parte, se apertrecharon mejor con rifles y municiones; y empezaron a emplear extensamente la dinamita.

El primer paso de la ofensiva de los rebeldes del sur fue la toma de Jonacatepec, desde el sur, la cabecera distrital más cercana a Cuautla.

Había más o menos como ciento ochenta federales y cuarenta o cincuenta rurales del estado, cuyo jefe era el "chato" Boni. Después de dos días y medio de asedio se rindieron, habiéndoles hecho muchas bajas, entre heridos y muertos. A los que quedaron vivos los hicimos prisioneros y recogimos todas las armas. El "chato" Boni era un mal hombre, que se había hecho odiar por sus hechos, era un hombre avejentado, grueso, chaparro, no hubo nadie que pidiera clemencia por él, así es que se le formó cuadro y lo fusilamos; a toda la demás gente se le dio libre, menos al jefe político de ahí, al que también fusilamos. Entonces decidimos atacar Cuautla y nos organizamos, pero resulta que a un general Gracia se le pone que atacáramos Atlixco.

Amador Acevedo,
coronel del Ejército Libertador[25]

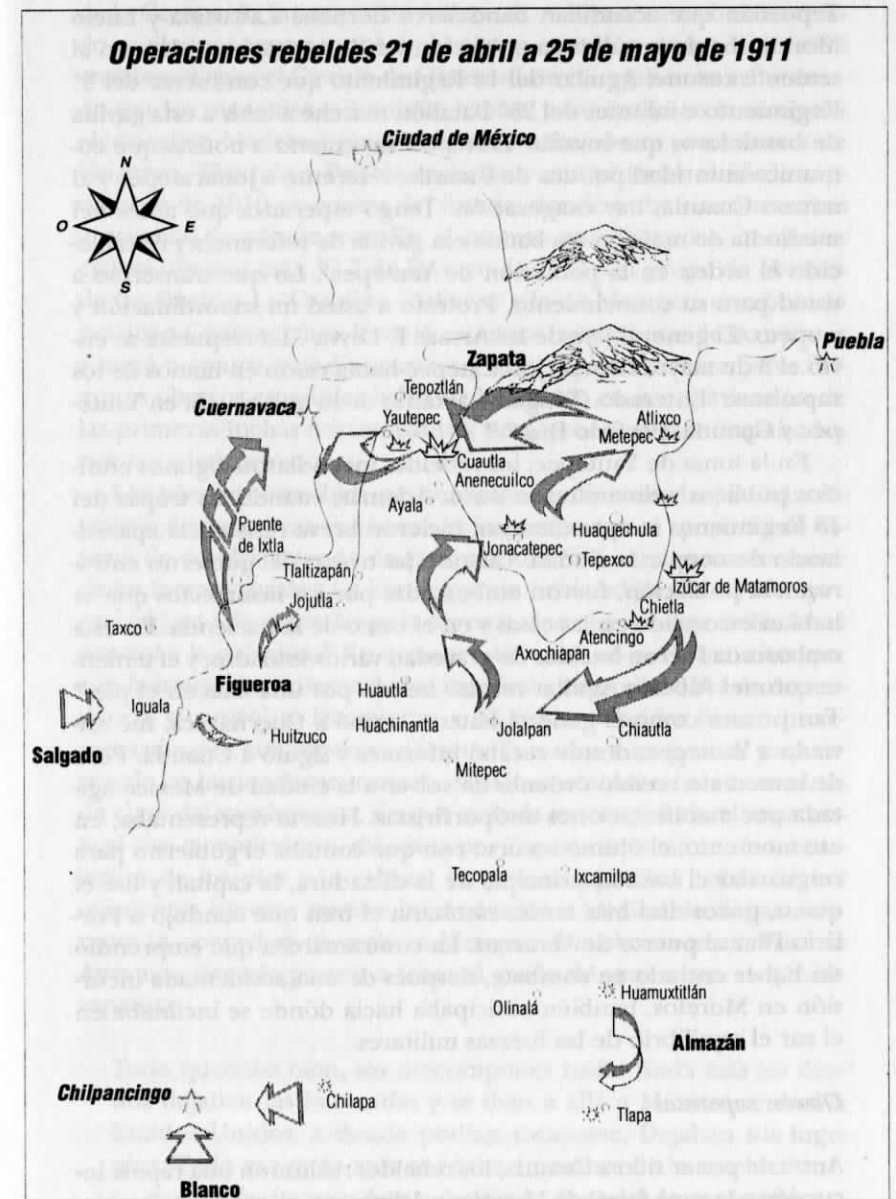
El enfrentamiento de Jonacatepec duró desde el 30 de abril hasta el 2 de mayo; los federales resistieron parapetados en la iglesia y el palacio municipal durante cincuenta horas de tiroteos continuos. Se dice que poseían, al comenzar el asedio, veinte mil cartuchos. Los atacantes eran inicialmente ochocientos y en el transcurso de la batalla fueron incrementándose hasta sumar dos mil. La toma de Jonacatepec, además de un rechazo contundente a las ma-

niobras de pacificación por separado, significaba un nuevo impulso al proceso de ruptura. Los zapatistas no sólo fusilaron al jefe político, Alfonso Esnaurrízar; quien tenía el grado de capitán primero de caballería, sino también al capitán Ángel V. León, quien estaba al mando de un destacamento del 19 Batallón, y a los jefes de las fuerzas rurales, Ponciano Romo y Bonifacio Herrera; además liberaron a los presos y establecieron autoridades locales. Este hecho y la dureza del combate configuraban los nuevos signos de esta fase de la guerra; la asociación entre la disputa del espacio urbano y la emergencia violenta de los nuevos elementos de autoridad.

Ocurría en los mismos días en que la partida rebelde al mando de Lucio Moreno, que operaba en el rumbo de Tepoztlán, atacó un convoy procedente de México en la estación del Parque. En el tiroteo resultó muerto el doctor Olssen Seffer, de nacionalidad sueca. El corresponsal de *El Diario*, informó que los rebeldes en número de seiscientos, suponían que en el tren viajaba el jefe político de Cuernavaca, a quien pensaban fusilar,[26] coincidiendo temporalmente con el escándalo público y los reclamos de venganza de la colonia española, por los fusilamientos de Atencingo.

En la batalla de Jonacatepec, nuevamente jugaron a favor de los zapatistas los problemas internos del porfirismo, sólo que con mayor influencia pues ninguna fuerza federal acudió en auxilio; en parte, debido a la ausencia de información, otro tanto, por subestimación y, sin duda también, por los conflictos del mando en la zona. El general Valle logró que Blanquet se quedara a operar en el territorio del estado de Puebla y que el coronel Rojas, antes destacado en Jojutla, pasara con sus efectivos a guarnecer Izúcar y Atlixco. No consideraba pertinente incursionar en Morelos, "pues el general Leyva tiene elementos suficientes no sólo para batir enemigo sino para cooperar en persecución y ocupación lugares recuperados".[27] Por su parte, Leyva estaba más preocupado por el asalto al tren en el Parque y la toma de Yautepec, que por lo que ocurría en Jonacatepec; no obstante haber recibido informes de las autoridades de Cuautla: "Presidente Porfirio Díaz. Tengo la honra de manifestar a usted que hoy, por esta vía, digo al ministro de Guerra lo siguiente: 'Hoy a las 6 y 50 pm recibí los cuatro mensajes enviados por usted. Enterado del contenido de ellos, con referencia al que dirigió el coronel Munguía del 5° Regimiento a ese ministerio, tengo el honor de manifestar a usted que, habiendo esta Jefatura de Armas recibido noticia de que la gavilla sediciosa procedente de





Tepoztlán que acaudillan bandoleros Bernabé Labastida y Lucio Moreno había invadido la población de Yautepec, he ordenado al teniente coronel Aguilar del 18 Regimiento que con fuerza del 5° Regimiento e infantes del 25° Batallón marche a batir a esta gavilla de bandoleros que invadió Yautepec. En cuanto a noticia que comunica autoridad política de Cuautla, referente a Jonacatepec y al mismo Cuautla, hay exageración. Tengo esperanza que antes del mediodía de mañana sea batida esa gavilla de referencia y restablecido el orden en la población de Yautepec'. Lo que transcribo a usted para su conocimiento. Protesto a usted mi subordinación y respeto. El general jefe de las Armas F. Leyva". La respuesta se envió el 3 de mayo, cuando Jonacatepec había caído en manos de los zapatistas: "Enterado. Téngame al tanto de lo que ocurra en Yautepec y Cuautla. Porfirio Díaz".[28]

En la toma de Yautepec, los rebeldes incendiaron algunos edificios públicos y dinamitaron otros. Además, cuando las tropas del 18 Regimiento se aproximaron, hicieron breve resistencia aparentando desocupar la ciudad. Cuando las tropas del gobierno entraron a la población, fueron emboscadas por los insurrectos que se habían escondido en las casas y en el casco de la hacienda. En esta emboscada fueron heridos de gravedad varios soldados; y el teniente coronel Alberto Aguilar resultó herido por una bala en el pie.[29] Tan pronto como el general Huerta arribó a Cuernavaca, fue enviado a Yautepec, donde recabó informes y siguió a Cuautla. Pero de inmediato recibió órdenes de volver a la ciudad de México agitada por manifestaciones antiporfiristas. Huerta representaba, en ese momento, el último recurso con que contaba el gobierno para resguardar el bastión principal de la dictadura, la capital, y fue él quien, pocos días más tarde, escoltaría el tren que condujo a Porfirio Díaz al puerto de Veracruz. La contramarcha que emprendió sin haber entrado en combate, después de una accidentada incursión en Morelos, también anticipaba hacia dónde se inclinaba en el sur el equilibrio de las fuerzas militares.

### *Obreros zapatistas*

Antes de poner sitio a Cuautla, los rebeldes realizaron una rápida incursión a la zona fabril de Metepec y Atlixco, en el estado de Puebla. En los terrenos de la hacienda de San Diego, que antiguamente habían sido propiedad del coronel Javier Rojas, se habían edificado las tres plantas textiles (hilados y tejidos, blanqueado, y estampado) de la Compañía Industrial de Atlixco, S. A. Los obreros habían tenido ya algunas experiencias de huelga y represión, como la de 1906 encabezada por el Círculo de Obreros Libres, organismo influenciado por los magonistas. También habían participado en la campaña electoral de Madero y junto con otros trabajadores procedentes de Veracruz, Tlaxcala y Puebla realizaron una protesta el 16 de septiembre de 1910 en contra del fraude, donde hubo cinco muertos y decenas de prisioneros. En el intento por liberarlos, murieron cuatro obreros más. El 7 de febrero de 1911, un grupo de obreros de las fábricas La Carolina (Atlixco) y la de Metepec, encabezado por Juan Cuamantzi, se levantó en armas, saqueó una de las plantas y mató a cuatro guardias rurales y seis empleados extranjeros. Algunos obreros españoles habían participado en la organización de las primeras luchas reivindicativas, pero pronto fueron expulsados por los administradores.

Los salarios miserables que percibían los obreros y las jornadas de trabajo de doce y catorce horas, se imponían con el apoyo de un sistema de deudas y tienda de raya; además de la vigilancia constante de las fuerzas rurales. La libre empresa había edificado en Metepec un conjunto de viviendas para obreros, tipo cuartel, que facilitaba el control y la delación.[30] En estas condiciones, no es de extrañar que con la irrupción violenta de los zapatistas, esas relaciones de dependencia y control se fracturaran y las tropas rebeldes fueran incrementadas por contingentes obreros. Sumados a los peones y operarios de las haciendas azucareras, ellos iban acentuando la naturaleza de clase del movimiento; sin que todavía se rompiera la alianza vertical con el maderismo, dibujada por Zapata en términos de una relación de los pies y la cabeza. La prensa capitalina habló de mil quinientos obreros textiles incorporados a las filas de Zapata, durante la operación de asalto a Metepec. Un obrero textil, Fortino Ayaquica, llegaría pronto a tener el grado de general en el ejército zapatista.

> Todo quedaba bien, sin descomponer nada. Nada más los dueños dejaban las haciendas y se iban a allá a México, se iban a Estados Unidos, a donde podían escaparse. Dejaban sus ingenios. Todo eso nada más quedaba a nombre de la revolución. *Cuando los ingenios fueron de México, fueron de la revolución.*
>
> Serafín Placencia Gutiérrez,
> capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[31]

Éste es uno de los aspectos menos estudiados del zapatismo, que se traduce en la desvaloración del peso de los zapatistas ubicados en dos de las ramas industriales más importantes de la época, la textil y la del azúcar; pero también en los ferrocarriles. Más adelante, en su fase de mayor despliegue, al zapatismo se incorporarían intelectuales de la Casa del Obrero Mundial. Entre ellos, Antonio Díaz Soto y Gama, Luis Méndez, Miguel Mendoza López Schwerdtfeger y Octavio Jahn. Sin ahondar en la composición de clase del zapatismo, sus relaciones contradictorias y alianzas; y sin considerar las relaciones con la clase obrera, la pequeñaburguesía y la burguesía, difícilmente se puede comprender la dimensión histórica del zapatismo. Sin ésta, una de las leyes más significativas, la *Ley sobre supresión del ejército permanente*, que apuntaba directamente en contra del monopolio de las armas, parecería sólo radicalismo intelectual, aunque en la guerra zapatista fue, desde el inicio, pilar de su acción revolucionaria: "La fuerza como el derecho, reside esencialmente en la colectividad social, en consecuencia *el pueblo armado* sustituye al ejército permanente".[32]

La cuestión obrera del zapatismo es, además, una alianza que no excluye contradicciones a nivel directivo, como en el caso de las pugnas entre Antonio Díaz Soto y Gama y Rafael Pérez Taylor; pero también en la base. Es frecuente, en los testimonios zapatistas, encontrar duras expresiones de los comuneros campesinos hacia los peones de las haciendas y, en general, hacia los trabajadores asalariados. La alianza con los obreros, por su importancia, ameritaría un estudio especial.

> De mi pueblo se fueron dieciocho conmigo, eran tlacololeros; los obreros de la mina nunca se fueron, ésos fueron pendejos no fueron porque estaban bien con los de la mina, con los gringos porque les pagaban buen sueldo.
>
> Espiridión Rivera Morales,
> coronel del Ejército Libertador[33]

A principios de mayo, el coronel Rojas se había desplazado a Izúcar y estaba empeñado en convencer al grupo encabezado por Manuel Sánchez, Magdaleno Herrera y Pedro Rodríguez, que operaban por el rumbo de Acatlán, para que depusieran las armas.[34] Y cuando el general Valle se enteró que Zapata pedía la rendición de Atlixco, envió órdenes para que acudiera en refuerzo el teniente coronel Juan Castillo, al mando de una columna de cien hombres, quien se hallaba en Tochimilco apoyando la reparación de la vía del tren. También movilizó a Blanquet con doscientos más y a Rojas.[35] La acción zapatista, sin embargo, no pretendía mantener la posición de esa plaza; y una vez apertrechados, en los primeros momentos del enfrentamiento, se retiraron nuevamente hacia Morelos.



La ocupación de Metepec ocasionó un fuerte escándalo en la prensa capitalina. *El Diario* calificó este hecho como "el atentado más terrible que se ha registrado desde que la insurrección apareció en el estado de Puebla". Describe la acción al señalar que a las seis de la tarde, desde las compuertas de la fábrica se vio bajar del monte un numeroso tropel de gente montada que tomaba el camino de la fábrica. A esa hora ya se había efectuado el pago de salarios y los obreros se habían dirigido a la tienda de raya. Cuando llegaron los zapatistas, con disparos al aire y amenazas, exigieron al administrador de nacionalidad española, Faustino Díaz Caneja, la entrega de las armas y del dinero. "De la manera más comedida y sumisa" los invitó a pasar a la bodega y, con una barreta de acero, él mismo rompió las cerraduras para entregarles diez rifles y dos mil quinientos pesos.[36] Entretanto, los trabajadores se acercaron a las puertas de la fábrica. Según *El País*, las mujeres azuzaron entonces a los obreros para que saquearan la tienda de raya: "La multitud invadió los almacenes arrebatando cuanto en ellos existía con furor verdaderamente macabro –dijo el diario católico–. Hombres y mujeres en confusión horrible salieron cargados de piezas de telas y de toda clase de artículos existentes en los almacenes. ¡Y eso aconteció en el corazón de una república y de un estado que no cesara durante largos años de proclamar enfáticamente toda clase de garantías al capital!"[37] Los destrozos fueron calculados en ochocientos mil pesos y se dijo que en la acción murió el maestro del taller de tintorería de nacionalidad francesa, Y. Müller. Los representantes de la empresa precisaron, el 10 de mayo, que los zapatistas se habían llevado veinticinco rifles, mil tiros y tres mil pesos. No era eso lo más significativo, sino el golpe a una de las empresas más modernas del país y la incorporación de los obreros industriales a las filas del zapatismo.[38]

### *El colapso*

El mismo día de la toma de Metepec, Pablo Escandón pidió licencia para dejar el gobierno de Morelos; y luego salió del país en comisión

oficial para asistir a la coronación de George V, en Inglaterra. El estado de Morelos quedó acéfalo, debido a que el general Francisco Leyva se negó a ocupar el cargo de gobernador; a pesar de que la Legislatura local ya lo había designado. Leyva exigía como condición para asumir el interinato, la renuncia en lugar de licencia, de Pablo Escandón. Inútilmente Porfirio Díaz trató de convencerlo. El intercambio de telegramas sobre este asunto, entre el general Porfirio Díaz y el general Francisco Leyva constituyó un diálogo no público, que muestra el grado de deterioro del poder efectivo del presidente de la república en las condiciones de la crisis. Pocos días antes, tal insubordinación del general Francisco Leyva hubiera sido inconcebible. La acefalia duró hasta el 2 de junio, en que fue nombrado gobernador el gerente del Banco de Morelos, Juan Carreón.

El poderío militar de la dictadura y con éste, el político, se desfondaba. Las apariencias de hegemonía trataban de sostenerse con dificultad. El día 12 de mayo, cuando los zapatistas afinaban los últimos detalles del ataque sobre Cuautla, *El País* anunció que posiblemente los federales desocuparían la plaza, porque el general Leyva no quería "dar ocasión a los insurrectos de obtener una nueva y resonante victoria".

Los problemas de mando llegaban ya al grado de la incapacidad; no solamente por la falta de iniciativa y de experiencia de muchos jefes de columna, sino por la anulación del propio general Díaz que había llevado siempre la conducción directa de la guerra. Limantour en sus *Memorias* enfila su crítica en contra de la centralización que ejerció Porfirio Díaz. "La dirección de las operaciones se hallaba concentrada en la presidencia, de donde partían directamente todas las órdenes a los jefes que debían ejecutarlas, las cuales se entendían de la misma manera con la presidencia, salvando las más de las veces el conducto de la secretaría de Guerra. Dos o tres oficiales del Estado Mayor del presidente despachaban y recibían todos los telegramas, y con frecuencia ocurría que la secretaría de Guerra, ignorando el contenido de éstos, dejaba de tomar las medidas correspondientes, o dictaba por su lado providencias que en no pocos casos resultaban en contradicción con los acuerdos de la presidencia."[39] Pero, en realidad, aquí la deficiencia estribó en la duplicidad del mando y en un equipo de apoyo insuficiente, no en la centralización del mando.

El desprecio con que todos los jefes militares veían la insurrección; la creencia de que ésta podía ser aplastada en poco tiempo, al corregir sólo algunos problemas menores, tuvo un peso decisivo en la mala conducción porfirista de la guerra. El jefe científico de las finanzas criticó ampliamente la lentitud de la represión para aplastar el levantamiento en su cuna, pues consideró que una victoria como la de Casas Grandes, sobre Madero, habría extinguido la sedición de haberse producido oportunamente. Para Limantour, las fallas que mostró el ejército contribuyeron a que el movimiento revolucionario tomara, desde fines de marzo, una magnitud imprevista, y que muy pronto fue irresistible. Desde el mes de abril, poco a poco la confianza y los ánimos se abatieron para no volverse a levantar.

La conducción ejercida por el general Díaz se colapsó por la gran derrota moral que significaba retirarse de la presidencia sin el mínimo decoro. Con sus sesenta y cinco años de servicio militar, contados a partir de la guerra en contra de la invasión estadounidense, Porfirio Díaz fue un presidente obsesionado por una de las cualidades más peligrosas de un general: el sentido del honor. Éste puede ser acicate de las acciones más gloriosas o conducir a la catástrofe en el campo de batalla; lo que sucede con más frecuencia. No es difícil que ese 5 de mayo de 1911 Porfirio Díaz, atormentado por el sentimiento de derrota y la obligación de resolver la crisis en que se encontraba sumido el estado, haya recordado amargamente sus hazañas militares, las más brillantes o las más solitarias, como el épico traslado de armas cruzando el Istmo de Tehuantepec, embarcándose para llegar a Acapulco y salvar la situación de la revolución comenzada en Ayutla, Guerrero.

A principios de mayo de 1911, una extracción de muela deterioró totalmente la salud de don Porfirio. Al respecto señala Limantour: "En opinión de los médicos, no desmentida por los hechos que presenciamos meses y años después, nunca habría recobrado el general Díaz, por franco que llegase a ser su alivio, la plenitud de sus facultades... La enfermedad adelantó violentamente y para siempre, la obra destructiva de los años: en unos cuantos días acabó de apagar una excepcional actividad física e intelectual".[40]

A propósito del efecto psicológico de los momentos decisivos de la guerra, Clausewitz escribió una de sus observaciones más agudas: "El espíritu del hombre tiembla aún más ante la idea de que la decisión se haga de un solo golpe. Toda la acción está aquí condensada en un punto del espacio y del tiempo... y esta debilidad que sienten los hombres ante toda decisión importante, puede muy bien el general experimentarla en forma más intensa, cuando

debe arriesgar en una sola aventura intereses de peso tan enorme. De este modo los gobiernos y los generales se han esforzado en todos los tiempos por evitar la batalla decisiva, buscando, ya sea alcanzar sin ella su objetivo o bien abandonar ese objetivo sin que se note. Los historiadores y los teóricos se han agotado tratando de descubrir en algún otro rasgo de esas campañas no sólo un equivalente para la decisión mediante la batalla, que había sido evitada, sino por lo menos un arte superior. Por ese camino, en la época actual casi consideramos que en la economía de la guerra una gran batalla es un mal, que se hace necesario debido a algún error cometido, un estado mórbido al que nunca habría conducido un sistema de guerra medianamente prudente. Sólo han de merecer laureles aquellos generales que sepan cómo conducir la guerra sin que se produzca derramamiento de sangre, y la teoría de la guerra –un verdadero asunto digno de los sabios brahamanes– habría de estar dirigida expresamente para enseñar esto. La historia contemporánea ha destruido esta ilusión, pero nadie puede garantizar que no aparecerá nuevamente".[41]

En Guerrero, la pérdida del control militar era mayor, debido a que en las últimas semanas la insurrección se extendía por todos los rumbos y el ejército, lejos de verse reforzado, había tenido que enviar contingentes para apoyar a los que trataban de contener la rebelión en Puebla y Morelos. El jefe de la tienda de raya de la *Reforma Mining and Milling Co.* de Teloloapan expresaba así la situación: "La mayor parte del estado de Guerrero ha caído y permanece bajo el dominio de los revolucionarios, con excepción de Chilpancingo, Iguala y Acapulco... ¡Y circunstancia extraordinaria! Para obtener ese resultado no ha sido forzoso que se derramen torrentes de sangre ni que se entablen batallas serias, sino que el movimiento ha sido tan espontáneo y formidable que los rebeldes sólo han tenido que presentarse en algunos pueblos para que en masa los secunden los habitantes y se depongan en el acto a los funcionarios públicos que no son bien vistos".[42] Juan Andrew Almazán había tomado Huamuxtitlán y Tlapa, y avanzaba hacia Chilpancingo; Enrique Añorve desde Ometepec y Silvestre Mariscal desde Atoyac, se dirigieron al puerto de Acapulco; Julián Blanco de Tierra Colorada avanzó a Chilpancingo; Jesús H. Salgado tomó Teloloapan. Los Figueroa esperaron hasta el último momento para tomar Iguala y marchar a Morelos.

En el Estado de México, los pequeños grupos de obreros y campesinos tomaron fuerza a fines de abril, hasta formar un contingente de setecientos hombres; asaltaron Jalatlaco, Santa Marta, San Juan Atzingo, la Compañía Hidroeléctrica de la Alameda en el rumbo de Chalma, Malinalco y Jalmolonga.



En el norte, el 10 de mayo, las tropas de Pascual Orozco y Francisco Villa habían desencadenado el ataque y tomaron Ciudad Juárez, a pesar de la oposición de Madero. Se inició entonces la última fase de la negociación. Cuando la guerra llegó a su punto de mayor tensión, la disputa por la posesión de las ciudades y el agudizamiento de la ruptura eran inevitables. Madero hizo todo lo posible por detener el ataque a Ciudad Juárez, por su confianza en los resultados de la negociación, pero al mismo tiempo porque temía que una derrota invirtiera la situación en su contra. En el equilibrio de las fuerzas militares que se vivía en mayo, el principal dirigente del levantamiento armado titubeó, por lo cual puso en riesgo el movimiento; ya que tales equilibrios, que son siempre muy inestables, sólo se pueden resolver favorablemente por medio de la ofensiva.

Cuando Madero impidió el fusilamiento del jefe de los federales, Orozco explotó y detuvo personalmente a Madero. El incidente fue comunicado por Francisco Carbajal, representante del gobierno en las negociaciones de Ciudad Juárez, a Limantour: "Acaban de verme Francisco Madero señor y Rafael L. Hernández, para saber si he recibido instrucciones relativas al mensaje de Rafael L. Hernández dirigida a usted ayer... Creo témese por vida Madero. Acaban de surgir graves diferencias campo revolucionario. Orozco quiere fusilar general Navarro. Impídelo Madero, habiendo seria discusión entre ellos. Orozco pistola en mano, arrestó Madero pidiéndole dimisión su gabinete, dividiéndose opinión entre sus gentes, poniendo en libertad, se abrazaron ambos con placer tropas. Efecto moral inmenso en perjuicio revolucionarios".[43]

Mientras tanto, en Yecapixtla, Morelos, los zapatistas establecieron su cuartel general y llevaron a cabo los preparativos para iniciar el ataque a la ciudad de Cuautla. Allí se reunieron contingentes de diversos rumbos y formaron una fuerza de cuatro mil hombres.

### *La batalla de Cuautla*

La primera medida fue tratar de volar un puente de ferrocarril, construido con fierro y mampostería, que hizo que los trenes sólo llegaran hasta Ozumba. El 12 de mayo se llevó a cabo la última ac-

ción de preparación al tomar la hacienda de Cuautlixco, donde Zapata estableció su cuartel general; por la noche, quedó establecido el sitio, cortaron el abastecimiento de agua y pidieron la rendición de la plaza, que les fue negada. A la mañana siguiente se inició el combate.

> Zapata mandó barrenar para tumbar el puente de Nepantla... pero no le pudimos hacer nada al puente, estaba bien asegurado. Estalló el cuete. Nada más aflojó, pero no se cayó. Unas varillotas que tiene el puente...
>
> Mateo Díaz Lozano,
> coronel del Ejército Libertador[44]

En ese momento, el jefe de la plaza todavía logró comunicar la situación al general Leyva, en los siguientes términos: "Tengo la honra de comunicar a usted que hoy, como a las diez de la mañana, se avistaron por el rumbo de Cuahuixtla, por el río y por todos los rumbos de la población las gavillas de rebeldes, comenzando desde luego el tiroteo que ha continuado a intervalos, estando en estos momentos ocultándose entre las huertas y casas de varas y cortando al mismo tiempo el agua. Como por circunstancias que usted conoce este sitio no puede prolongarse por muchos días, me permito manifestarle a usted para su conocimiento, debiendo manifestarle que la moral de la tropa es buena. Cuautla, mayo 13 de 1911".[45] Sabía que una ciudad, aunque aislada, defendida por tropas selectas, con moral elevada, con fortificaciones y provista de víveres, podía resistir con éxito el asedio. Su problema principal era la escasez de parque, pero confiaba en que sería suficiente para aguantar hasta la firma de los acuerdos de paz. La toma de Ciudad Juárez, días antes, indicaba que estaba próxima.

La plaza de Cuautla estaba defendida por trescientos sesenta federales del Quinto Regimiento al mando del coronel Eutiquio Munguía, además de un reducido número de efectivos del 19 Batallón; y de los cuerpos rurales y de la policía, que en total eran cerca de quinientos defensores. Contaban con ametralladoras, pero tenían pocas municiones. Las principales construcciones de la localidad fueron convertidas en trincheras: el acueducto, las iglesias, los exconventos de Santo Domingo, San Diego y Santa Bárbara, el Palacio Municipal, los hoteles San Diego y Francés, la tienda La Propaganda, la planta de energía eléctrica y el surtidor principal



de agua, las oficinas del timbre, el correo y telégrafo.[46] También fueron aprovechados los accidentes naturales del terreno, en particular la barranca del río y lomas al oriente de la ciudad.

> Sitiamos a Cuautla el día 12 para amanecer el día 13. El Quinto de Oro se hizo del Hotel San Diego, estaba junto a la estación del ferrocarril y ya estábamos todos alrededor de la Alameda y las casas; y no los podíamos bajar del hotel. Estaban duros. Entonces una noche me pasé yo y mis tres compañeros, nos pasamos al camino de Cuautla, dimos la vuelta y entramos a la estación. Allí amanecimos dentro de la estación. Yo empecé a juntar basuritas y papeles que había allí, y un tanque estaba cerca del hotel, con el calor fermentaba, se regaba el aceite... Que le ponemos lumbre abajo y que se prende, salta pa'rriba y que corremos para acá. Y no tardamos mucho cuando el estallido del tanque y nada más veíamos pasar las ráfagas de lumbre, balas de lumbre. Por la ventana del hotel entraron balas de aceite ardiendo e inmediatamente dejaron el hotel los soldados; y como ya nos traían alrededor de la Alameda, pues casi a todos mataron al salir.
>
> Próspero García Aguirre,
> general del Ejército Libertador[47]

La orden inicial del cuartel general zapatista consistió en romper fuego en toda la línea del sitio, pero sin emprender el asalto. Se trataba, con esta medida, de ubicar las posiciones ocupadas por los federales que contestaran el fuego. La primera acción mostraba la habilidad de la defensa. El coronel Munguía había logrado disponerla sin presentar una forma susceptible de ser definida con claridad por los atacantes, que conocían perfectamente la ciudad. Con ello obligó a los zapatistas a dispersar su fuerza, alrededor de la ciudad, en muchos puntos diferentes, ninguno de ellos con la potencia necesaria para romper el cerco defensivo.

En seguida el mando zapatista ordenó el ataque y logró tomar algunas posiciones al norte, por la estación del tren y hacer algunos prisioneros. "Los sitiadores pudieron entonces tomar contacto con las primeras casas y avanzar por ellas, haciendo horadaciones. Con este sistema, en uno o dos días más ya estaba tomada como media ciudad por el norte, el occidente y el sur; en la parte oriental se había hecho poco, debido a las defensas naturales ya dichas.

El enemigo se había visto obligado a dejar sus fortificaciones de las primeras líneas, limitándose ya a defender el centro en donde los principales edificios, como hemos relatado, estaban muy bien atrincherados. En donde se peleaba con más tesón era en la planta eléctrica y en el surtidor principal de agua potable, en el rumbo de Juchitengo."[48]

Casi desde el comienzo, la batalla fue encarnizada y se combatió cuerpo a cuerpo. No ocurrió que en esta ocasión los federales dieran muestra de una moral baja, sino al contrario. Algo tenía que ver el hecho de que el Quinto Regimiento era un cuerpo selecto, pero lo decisivo era que la situación no tenía salida. Los pelones estaban obligados a una defensa cerrada, o de lo contrario morir fusilados. A ese dilema los enfrentó Munguía y fue la mejor prueba de su habilidad. Aplicó uno de los principios militares más difíciles de lograr. Dice Sun Tsu: "Enfrenta a tus tropas a una situación sin salida, de tal forma que ni siquiera ante la muerte tengan la posibilidad de huir. Porque, ¿si están dispuestas a morir, de qué hazañas no serán capaces? Entonces, los oficiales y los hombres dan lo mejor de sí mismos. En una situación desesperada no temen a nada; si no hay retirada posible son inquebrantables".[49]

Dejaron el Hotel San Diego, pero se hicieron de la atarjea. Como pasa una atarjea por el lado norte de la ciudad de Cuahuixtla, alta como de esto de alto, tres metros, ahí iba el agua arriba. Y allí estaban ellos en la atarjea y ya no pudimos entrar... y manda Zapata echar agua, meterles el agua. Pues dentro del agua nos estaban tirando y entonces, no se cómo se consiguió dos botes de gasolina y que se los avientan al agua, allá al entrar donde estábamos, en que nos tocaba ya a nosotros, y les prende, ya iba ardiendo el agua. Entonces los desbarrancó el agua, la lumbre, pa'bajo... ya nomás nos faltaba el Palacio y pues luego lo tomamos a los ocho días.

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[50]

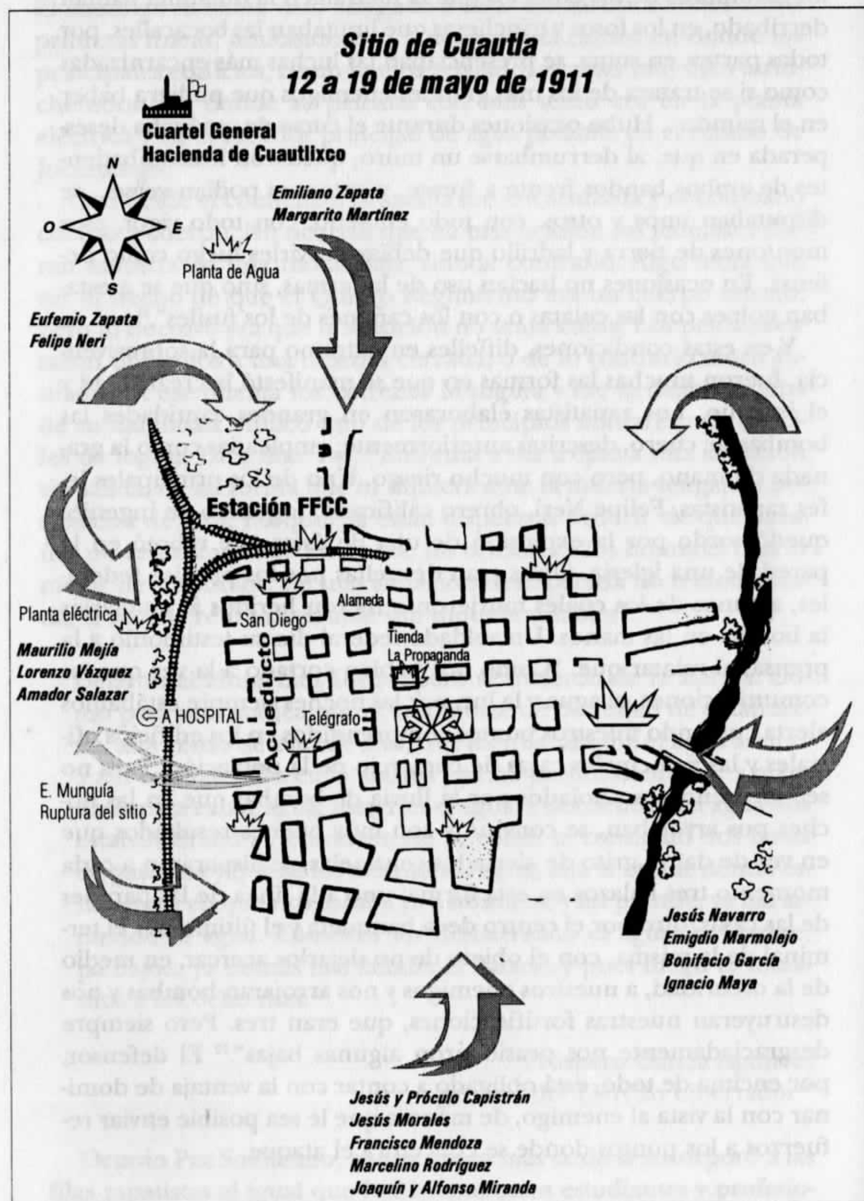
Octavio Paz Solórzano, padre, quien más tarde se incorporó a las filas zapatistas al igual que lo hicieran otros estudiantes y profesionistas de la capital, recogió un testimonio que resume la forma que tomó la lucha en el sitio de Cuautla: "Los combates se verificaron cuerpo a cuerpo en las calles, en las azoteas, entre las casas, sobre



los escombros de los edificios que la metralla o la dinamita habían derribado, en los fosos y trincheras que limitaban las bocacalles, por todas partes, en suma, se presenciaban las luchas más encarnizadas como si se tratara de los más grandes enemigos que pudiera haber en el mundo... Hubo ocasiones durante el curso de esa lucha desesperada en que, al derrumbarse un muro, quedaron los combatientes de ambos bandos frente a frente, y entonces podían verse... se disputaban unos y otros, con todo empeño, con todo vigor, esos montones de tierra y ladrillo que debían servirles luego como defensa. En ocasiones no hacían uso de las armas, sino que se asestaban golpes con las culatas o con los cañones de los fusiles".[51]

Y en estas condiciones, difíciles en extremo para la sobrevivencia, fueron muchas las formas en que se manifestó la creatividad y el ingenio. Los zapatistas elaboraron en grandes cantidades las bombas de cuero, descritas anteriormente; empleadas como la granada de mano, pero con mucho riesgo. Uno de los principales jefes zapatistas, Felipe Neri, obrero calificado, fogonero de ingenio, quedó sordo por la explosión de una de éstas que rebotó en la pared de una iglesia. Otras eran devueltas por los propios federales, algunos de los cuales murieron o fueron heridos al estallarles la bomba en las manos. Un soldado federal dio su testimonio a la prensa, al relatar que: "Como nos habían cortado a la vez que las comunicaciones, el agua y la luz, por las noches siempre estábamos alerta cuidando nuestros puntos comprendidos en los edificios oficiales y las principales casas de comercio de la población. Para no ser sorprendidos y volados por la lluvia de bombas que en las noches nos arrojaban, se convino y con muy buenos resultados que en vez de dar el grito de alerta los centinelas, se dispararan a cada momento tres balazos en esta forma: uno a la línea de las paredes de las casas, otro por el centro de la banqueta y el último por el terminal de la misma, con el objeto de no dejarlos acercar, en medio de la oscuridad, a nuestros enemigos y nos arrojaran bombas y nos destruyeran nuestras fortificaciones, que eran tres. Pero siempre desgraciadamente nos ocasionaron algunas bajas".[52] El defensor, por encima de todo, está obligado a contar con la ventaja de dominar con la vista al enemigo, de manera que le sea posible enviar refuerzos a los puntos donde se concentra el ataque.

Era una atarjea que era como de tres tantos de ésta de alto, arriba iba la atarjea así, iba para Buenavista, allí iba a echar el agua para la hacienda de Buenavista, y ésos se apoderaron de la atar-




jea, secaron el agua, se subieron y dominaban para El Hospital, para la Villa de Ayala, para San José, para Cuautlixco. Ahí quedaban dominando por dondequiera. Ellos tenían cerca de ocho, cerca de alambre de ocho guías vueltas y, eso, una zanja ahí sacando la cabeza para tirarnos. Pero nosotros rompiendo paredes, hasta que llegamos al punto donde estaba una; con bomba, ¡ándeles canijos!...

Serafín Placencia Gutiérrez,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[53]

El cuarto día de combate, Zapata ordenó cese al fuego para volver a pedir la rendición de la plaza a Munguía, quien la negó una vez más. Se reanudó el combate en medio de una atmósfera cargada, por el olor de la descomposición de los cadáveres. Al día siguiente, el 17 de mayo, con grandes dificultades los zapatistas se apoderaron del exconvento de San Diego. "El enemigo se reconcentró en sus últimos atrincheramientos, esto es, en la plaza del mercado de la parroquia, palacio municipal y otras alturas que estuvo defendiendo con denuedo el día 18. Algunos intrépidos revolucionarios iban desarmados, con botes de hoja de lata producían un ruido infernal, que unido al griterío de los zapatistas, al sonido de los cuernos y al estruendo del combate, producían un efecto horrible en los habitantes pacíficos. Los que llevaban botes tenían atadas al cuello unas bolsas conteniendo bombas de dinamita, que no dejaban de arrojar al enemigo, haciendo estragos en sus filas."[54] El día 19 de mayo el combate continuó y, por la tarde, Zapata decidió detener el fuego con objeto de permitir a las tropas un descanso y preparar el asalto final. Pero los federales, quienes prácticamente habían agotado sus municiones, aprovecharon la noche para salir; rompieron el cerco por el lado poniente, rumbo a la hacienda del Hospital, para huir luego a Cuernavaca.

En la mañana del 20 de mayo, casi sin resistencia, los zapatistas se apoderan completamente de la plaza de Cuautla; instalaron su cuartel general; establecieron autoridades y empezaron a organizar a los campesinos para recuperar sus tierras de manos de las haciendas.

*Guerreros y artistas*

La crudeza del combate, su duración y la disputa de posiciones próximas, mostró también que la guerra, además de ser un enfren-

tamiento material de fuerzas, es siempre producción de signos, intercambio de mensajes: sea para coordinar el empleo de la fuerza, para engañar al enemigo, para conocer sus planes o para atemorizarlo y desmoralizarlo; la producción de signos se emplea con el objeto de lograr la superioridad.

El *arte de la guerra* consiste, en cierta medida, en la habilidad para descifrar significados. Esta habilidad se requiere debido a una característica fundamental de la guerra, señalada por Sun Tsu hace dos mil cuatrocientos años, la inexistencia de condiciones permanentes. La variabilidad del enfrentamiento reclama una especial capacidad para modificar la táctica de acuerdo con la situación del enemigo. Pero esa situación se manifiesta de modo indirecto y muchas veces encubierto, imponiendo la necesidad de una labor de desciframiento de signos. Si los enviados del enemigo –dice Sun Tsu– pronuncian discursos llenos de humildad, pero éste continúa con los preparativos, es que va a atacar; si las palabras de sus enviados son engañosas, pero avanza con ostentación, es que va a batirse en retirada; si hablan en términos aduladores es que el enemigo desea tregua, etcétera.

El desciframiento que plantea Sun Tsu comprende la observación de fenómenos diversos, como signos de los planes y del estado de la fuerza enemiga: si los hombres se apoyan sobre las armas, es que están hambrientos; si los aguadores beben antes de entregar el agua en el campamento, es que las tropas sufren sed; si los pájaros se agrupan por encima del emplazamiento de su campamento, es que está vacío; si en el campamento enemigo se elevan clamores nocturnos, es que tienen miedo; si las tropas están desordenadas, el general carece de prestigio; si los oficiales se irritan con facilidad, es que están cansados; así como las recompensas demasiado frecuentes indican que el general se está quedando sin recursos, por ejemplo.

La obtención y la interpretación de signos, el ocultamiento de hechos y la emisión de signos falsos, son de gran importancia en la conducción de las guerras, parte integrante de ellas; tanto, que hasta podría caerse en la tentación de reducir la guerra a sólo signos, distorsionándolo todo. El supremo refinamiento guerrero no sería combatir, sino interpretar, los planes del enemigo. Sería ésta una aventura posmoderna que tan sólo representaría dos milenios y medio de retroceso en el estudio y la comprensión de la guerra. Más allá de los signos, la guerra como periodo liminal, como provincia entre la vida y la muerte, contiene una elevada producción simbólica.



Yo supe por esta razón: estábamos acarreando maíz a Chietla y me encontré una profecía en el camino, un papelito así. Era profecía de Santa Lucía, de que venía la revolución, que ya está cerca, así decía. Dice: "Vienen cuatro cosas, viene la guerra, viene la enfermedad, viene el hambre y va a haber una señal arriba". Y les platicaba yo a los viejitos y decían,

–No, que vá. El gobierno de Porfirio Díaz está bien, tiene más de noventa mil bayonetas para combatir a la revolución.

–Pues quién sabe, pero viene la revolución. Ora, pa'que nos sirva que aleguemos más: hay que esperar, primero va a haber una señal arriba.

Era un lucero que echaba harto humo; fue como cometa. Y así dijo la profecía.

Agapito Pariente Aldana,
soldado del Ejército Libertador[55]

En el sitio de Cuautla, los testimonios de ambos bandos señalan con énfasis una forma particular de este enfrentamiento, los gritos de combate, que no eran alaridos lanzados a distancia, sino mensajes que uno de los federales *clasificó* de esta forma: "El grito de combate de los insurrectos al presentarse al frente para pretender desalojarnos era el de ¡Viva México, pelones! Cuando avanzaban un poco en nuestras posiciones de las que creían iban a caer en su poder, gritaban ¡Viva la Virgen de Guadalupe! y ya para retirarse habiendo fracasado en sus intenciones entonaban un último grito de ¡Viva Madero! Nosotros también gritábamos, ¡Viva México!, ¡Viva la Constitución!, ¡Viva el general Díaz!, y a meter bala".[56] Al parecer, en la representación que este soldado se hacía de la lucha, ambos bandos se disputaban el símbolo principal, el de México. Reforzaban la oposición con marcas de identidad; en un nivel, la Virgen de Guadalupe frente a la Constitución; en otro más carnal, Madero frente a Díaz.

El *Corrido del Quinto de Oro*, de don Marciano Silva, combatiente zapatista autor de muchos de los corridos de los rebeldes surianos, recoge también este hecho, curiosamente, con la misma secuencia en los símbolos México/patria, Guadalupana, Madero/no reelección, al narrar la batalla de Cuautla. Ambos testimonios tienen la característica de ser versiones de la lucha, elaboradas inmediatamente después de los acontecimientos.

Era imposible que perdieran nombre y fama, no
los rebeldes de esta región,
porque llevaban a la virgen soberana, sí
de nuestra fiel nación;
por eso siempre cuando entraban en campaña, sí
decían con grande veneración
¡Viva la patria!, ¡Viva la Guadalupana!
y muera la reelección.

Marciano Silva,
coronel del Ejército Libertador[57]

Catalina H. de Giménez ha señalado, en su estudio sobre los corridos zapatistas, la doble función que cumplieron en la guerra: como parte fundamental de la lucha político-ideológica y como crónica de los hechos que, con el debido cuidado, puede ser fuente de la historia. Desde 1912, es decir, el año que se desplegó la guerra sucia contra los zapatistas, "posiblemente a instancia del gobierno [de Madero], en la capital se inicia una operación de contrainsurgencia ideológica haciendo imprimir y difundir innumerables corridos antizapatistas".[58] Muestra, con fuentes documentales, que Zapata era consciente del valor pedagógico de los corridos y el cuidado de don Marciano Silva para recoger los datos por él cantados. "Marciano Silva fue designado por Zapata como cronista oficial –en versos– de los hechos de armas del ejército del sur. Para el efecto había sido distinguido con el grado de coronel y al parecer Zapata le señalaba a veces el tema de sus composiciones."[59]

Pocos días más tarde, cinco mil zapatistas a caballo entraron a la ciudad de Cuernavaca, sin enfrentar resistencia alguna. Leyva y los últimos contingentes federales, provenientes de Cuautla y Jojutla, habían abandonado la capital de Morelos la madrugada del 21 de mayo.

El Quinto de Oro fue recibido con honores en Tlalpan, por el ministro de Guerra, general González Cosío, acompañado del general Mondragón; y desfilaron por las calles de la ciudad en columna. A la vanguardia iban las soldaderas a las que, sin el tono despectivo que ahora tiene, pero con el mismo sentido sexista, se les llamó marimachas, en virtud de su valiente comportamiento en el combate; luego venía la sección de rurales, un pelotón de soldados del estado de Morelos, el Quinto Regimiento montado, el 18° Regimiento a pie, otra seccción de rurales y, al final, la impedimenta.



"Al entrar en la planicie que conduce de Tlalpan a la capital los soldados eran saludados con atronadores aplausos que les tributaba la multitud que se había posesionado de la calzada para ver desfilar a la columna militar, la primera que entraba a la capital después de seis meses de lucha."[60] El coronel Munguía salió de su auto y ritualmente dio, a sus superiores, parte sin novedad.

Un remedio científico para la derrota

Con los militares de todas las armas, jerarquías y grados, de ranchero a general inclusive, que se han curado de enfermedades del estómago con las pastillas del *Dr. Richards* se podría formar un ejército más nutrido y formidable que el alemán. Las marchas forzadas sin respiro, en temperaturas, la vida irregular en campaña con todas sus peripecias, sus fatigas y otras mil peculiaridades propias de la milicia acaban por echar a perder el estómago y el sistema; y entonces es de ver cómo las pastillas del *Dr. Richards* restauran lo que se ha perdido en vitalidad y energías, así físicas como morales.

*El País*, México, D. F., 20 mayo de 1911

### *El carácter de la guerra y de la victoria*

La historia negaba categóricamente aquellas apariencias rituales de la dominación. ¿Sin novedad? Como pocas veces en cuatrocientos años, los campesinos se habían armado; tenían su ejército y su propia jefatura, encabezada por Emiliano Zapata. La toma de Cuautla y la entrada triunfal de los rebeldes en Cuernavaca, marcaron el fin de la primera etapa de la guerra zapatista. Fueron diez semanas de extraordinaria transformación de las relaciones de fuerza.

En ese lapso, el movimiento armado iniciado en Ayala por setenta rebeldes se convirtió en un ejército de cinco mil hombres. La fluidez excepcional de este fenómeno –que no es exclusivo del zapatismo, sino comprende otros movimientos de la misma revolución– constituye un hito en la historia militar del continente. Con el exclusivo propósito de tener una aproximación de su alcance, consideremos que esos cinco mil zapatistas representaban el 2.2 por ciento de la población de Morelos y que en la revolución cubana, este porcentaje correspondería a un ejército de ciento cuarenta y tres mil rebeldes; pero al momento del triunfo,

ésta contaba aproximadamente con diez mil, es decir, el 0.04 por ciento de la población total, organizada militarmente después de dos años de guerra.

> De mi pueblo todos entraron a la revolución, varios de mi familia también se fueron: mi abuelo, mi padre, mis tíos. Yo entré en 1914, tenía 14 años, me ocupaban para desarmar a los muertos, anduve con mi jefe Sabás Piñeiro, después mi jefe fue Espiridión Rivera, que después fue de la escolta del general Zapata.
>
> Luis Piñeiro Muñoz,
> soldado del Ejército Libertador[61]

En términos estrictamente militares, la masa de la fuerza sola no posee el peso *decisivo* que aparentemente tiene.[62] Sin embargo, su influencia en la guerra, sin ser determinante, nadie la pone a discusión. El problema consiste en observar de qué manera intervino este factor en el desarrollo de la etapa inicial de la guerra zapatista.

En primer término tuvo un efecto de orden político. Los actos de desafío multitudinarios, así como la toma de haciendas y poblaciones, produjeron una excitación festiva, que se orientó especialmente en contra de las principales figuras de autoridad. Propició, al mismo tiempo, una sensación contagiosa de fuerza, la bola zapatista, que dio lugar a nuevos ingresos al contingente armado. Muy pronto, el crecimiento dejó de manifestarse bajo la forma de muchas partidas rebeldes pequeñas, que surgían por distintos rumbos y tomó la de grandes contingentes que concentraban la fuerza. En este periodo de la revolución, dos fueron las más importantes concentraciones en la república: la de Pascual Orozco y Francisco Villa en el norte, y la de Emiliano Zapata, en el sur.

En la guerra, la concentración de la fuerza indica, por sí misma, la intención de dar un golpe decisivo; la proximidad de una gran batalla. Por eso, cuando el mando porfirista decidió reconcentrar sus fuerzas en las principales ciudades, se perfiló el momento culminante bajo la forma de ofensiva sobre los centros urbanos. Éste era un viraje de la situación militar, que ponía en riesgo la existencia del mismo ejército porfirista. No tanto por las consecuencias directas de las victorias en Ciudad Juárez y Cuautla, donde lejos de ubicarse el grueso de la fuerza, ni siquiera fueron enviadas columnas de apoyo a los federales sitiados, sino por el efecto dominó que era fácil de preveer en toda la república.



La derrota del ejército federal no era el objetivo de la estrategia de Madero. Su guerra tenía un propósito limitado, ejercer una presión armada, ganar una parte del ejército y, así, doblegar a la dictadura para obligarla a negociar la paz en breve plazo, quince días. Aun cuando la fractura del ejército no ocurrió y ese plazo no se cumplió, Madero siguió sosteniendo los otros elementos de su estrategia, que eran los esenciales, presión y negociaciones.

Clausewitz establece la distinción entre la guerra que tiene como propósito la derrota del enemigo y la guerra con propósito limitado. En relación con la primera señala: "La derrota del enemigo es el fin en la guerra; la destrucción de la fuerza militar del enemigo es el medio, tanto en el ataque como en la defensa... El único medio de destruir a las fuerzas del enemigo es el encuentro".[63] En este caso, el plan de guerra se orienta por el ataque al centro de gravedad de la fuerza enemiga y se rige por dos principios: actuar con la máxima concentración y tan rápidamente como sea posible.

Cuando no existe la voluntad o la capacidad para derrotar al enemigo, las guerras tienen un propósito limitado. En estos casos, el plan busca debilitar la fuerza enemiga en vista a la negociación de la paz. El ataque se dirige no al centro de gravedad sino a objetivos secundarios, para ocupar porciones del territorio. El éxito en este tipo de guerras supone lograr una situación de estabilidad, es decir, que la contraofensiva sea neutralizada, generalmente al provocar tales daños a las líneas de comunicación que el defensor no pueda restablecerlas sin grandes sacrificios, lo que le obliga a replegarse más hacia la retaguardia para proteger los objetivos principales.

La importancia de los propósitos de la guerra es de primer orden en el análisis de Clausewitz. "¿Qué es lo que ha de lograrse por la guerra y en la guerra? Mediante esta idea dominante [el objetivo] se prescribe todo el curso de la guerra y se determina el alcance de los medios y el grado de energía; su influencia se manifiesta hasta en los más pequeños detalles de la acción."[64] Hay que tener presente que el estudio de Clausewitz parte de la premisa de la guerra entre dos naciones. En ese contexto, una guerra de propósitos limitados al llegar al punto de equilibrio, normalmente no se desborda por el impulso de la tropa y los mandos intermedios en busca de objetivos mayores. En el caso de las guerras internas, particularmente en los procesos revolucionarios, la conducción de una lucha con propósitos limitados, al llegar a ese punto de equilibrio, tiende a rebasar los objetivos iniciales, de modo inevitable.

El curso que tomó la guerra antiporfirista fue más allá de los

propósitos del maderismo, pues aparecieron otras fuerzas que en una transición más o menos pacífica y breve nunca se hubieran presentado: los ejércitos formados predominantemente por campesinos, que tanto en el norte como en el sur representaron la tendencia a un cambio en el objetivo y la naturaleza de la guerra, esto es, hacia la derrota del enemigo. Las grandes formaciones del pueblo armado significaban que las relaciones de fuerza entre la insurrección y la dictadura iban del equilibrio a la superioridad de la primera; pero además, que empezaba a operar un cambio dentro del propio movimiento antidictatorial.

Esta situación se manifestó claramente en los conflictos de Pascual Orozco y Francisco Villa con Madero en el norte; y de Emiliano Zapata con Ambrosio Figueroa en el sur. Tanto Madero como Figueroa representaron una línea que trataba de evitar el encuentro, al dar preponderancia a las negociaciones. Esto iba de acuerdo con su objetivo, que no era la destrucción de la fuerza enemiga. En el otro campo se observó no sólo la inclinación a la batalla, sino a una forma particular de la destrucción de la fuerza enemiga, importante por su significado simbólico-político de ruptura: los fusilamientos. En cambio, cuando Ambrosio Figueroa supo del fusilamiento de un cacique efectuado por sus tropas, mandó aprehender al responsable de la agrupación y lo entregó a las autoridades porfiristas de Iguala.[65]

> Ya eligieron a don *Panchito* Madero como presidente de la república, figuró como presidente de la república... Lo malo que hizo don Francisco Madero, por eso le pusieron el grande apóstol de la revolución, porque él creía que todos los que lo rodeaban eran *ángeles*, dejó en pie de guerra al ejército contra el que había peleado. Ése fue el gran error.
>
> José Carmen Aldana Aragón,
> coronel del Ejército Libertador[66]

La guerra que persigue la derrota del ejército enemigo se orienta hacia la batalla decisiva,[67] sin que ello signifique la ausencia de negociaciones antes o durante la misma batalla. Cuautla era una posición clave para los zapatistas, la plaza central del valle donde hicieron la guerra cálida. Era un objetivo que en su avance no podían pasar por alto, sin arriesgar la retaguardia. Pero, también es cierto que al sitiarla reducían el impulso de la ofensiva, por invertir



en ella los días más importantes de la fase final de la guerra. Esto permitió que las tropas encabezadas por Manuel Asúnsolo, ocuparan primero la ciudad de Cuernavaca.

El problema principal de los zapatistas era alcanzar la decisión de esa batalla en el más corto tiempo; y a la inversa, para Munguía que defendió la plaza, demorarla tanto como fuera posible. Sólo ocuparon Cuautla cuando los federales se dieron a la fuga, al quedarse sin municiones. La escasa efectividad del ataque zapatista se debió a distintos factores. Influyó la calidad, más que la cantidad, de sus armas y municiones; la incipiente preparación militar de sus tropas; el hecho de tener que combatir en terreno urbano fortificado; los aciertos de la conducción de la defensa, y, sobre todo, la moral que mantuvo la fuerza enemiga.

Pero la decisión por las armas, en las batallas de Cuautla y Ciudad Juárez, no significó la destrucción del ejército federal. Por el contrario, los acuerdos entre el maderismo y la dictadura, firmados el 21 de mayo de 1911, establecieron explícitamente el desarme de los ejércitos revolucionarios:

> Convenio
>
> Único. Desde hoy cesarán en todo el territorio de la república las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la revolución, debiendo éstas ser licenciadas a medida que en cada estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.
>
> Transitorio. Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.[68]

La paz se firmó, una vez acordado el relevo de Porfirio Díaz, para restaurar el principal dispositivo del poder golpeado por la guerra, el monopolio de las armas, y las comunicaciones que son la condición sin la cual ese poder militar se nulifica.

En adelante, los rebeldes se enfrentaron al imperativo legal de abandonar las armas. Para los zapatistas, con el triunfo las condiciones de la lucha cambiaron absurdamente; parecía que la cabeza había decidido cercenar los pies. En realidad los pies sólo habían sido muletas para conseguir los propósitos limitados de la guerra maderista.

Yo como no soy político, no entiendo de esos triunfos a medias; de esos triunfos en que los derrotados son los que ganan; de esos triunfos en los que, como en mi caso, se me ofrece, se me exige, dizque después de triunfante la revolución, salga no sólo de mi estado, sino también de mi patria... Yo estoy resuelto a luchar con todo y contra todos sin más baluarte que la confianza, el cariño y el apoyo de mi pueblo, así hágalo saber a todos; y a don Gustavo [Madero] dígale en contestación a lo que de mí opinó, que a Emiliano Zapata no se le compra con oro. A los compañeros que están presos víctimas de la ingratitud de Madero, dígales que no tengan cuidado, que todavía aquí hay hombres que tienen vergüenza y que no pierdo la esperanza de ir a ponerlos en libertad.

Emiliano Zapata Salazar,
general en jefe del Ejército Libertador[69]



CAPÍTULO 6

# Detrás de la paz

El sur del país era donde más se manifestaba el cambio en las relaciones de fuerza, producido durante la guerra antiporfiriana. Morelos y Guerrero fueron desocupados por las tropas federales. Era una situación de excepción, bajo la cual, los zapatistas reclamarían el cumplimiento a sus demandas agrarias.

Aunque, en ambos casos, la insurrección había dado origen a un nuevo ejército que asumía un control territorial, eran movimientos de diferente naturaleza. En Morelos había surgido un nuevo liderazgo pero, además, en el transcurso del enfrentamiento, éste sustituyó a la conducción maderista propiamente dicha. En tanto que, en Guerrero, los Figueroa mantuvieron su hegemonía sobre el resto del movimiento.

Ese cambio cualitativo en la dirección se apoyaba en una alineación de clase más marcada, producto de las relaciones capitalistas predominantes en Morelos y Puebla. Así, dentro del mando zapatista surgieron dirigentes que carecían de propiedades, ya fueran obreros textiles, carboneros, peones o fogoneros especializados, junto a campesinos propietarios de tierras; ninguno de los jefes zapatistas era cacique en su pueblo. Una de las peculiaridades de ese movimiento fue, además, la rapidez con que emergió el nuevo cuadro de dirigentes. Después de diez semanas de guerra, y de la victoria, Emiliano Zapata era el jefe supremo de una amplia rebelión y pronto, como veremos, un símbolo.

En Guerrero predominaron, por todos lados, los agricultores, comerciantes y maestros acomodados; algunos con antecedentes militares. Se le ha llamado, a ésta, la revuelta de los rancheros; pero si se entiende ranchero como *farmer* se evocaría una realidad que no correspondería; más bien se trataba de caciques, cuyo significado es más preciso, en términos del papel que han cumplido para el sometimiento local y su articulación con dispositivos de poder a niveles regional y nacional.[1]

El movimiento zapatista tenía, además, un liderazgo que sobrepasaba la división político administrativa; su jefatura, desde el comienzo, tenía autoridad y representación social en Morelos, Puebla

y parte de Guerrero. Las operaciones militares que había realizado se extendieron en ese territorio propiciando constantes problemas de coordinación en el ejército federal. Los zapatistas habían puesto en práctica, también, una línea militar ofensiva y obtenido una importante victoria militar en Cuautla. Los figueroistas no.

*La vuelta de la reacción*

Los efectos morales del triunfo en el sur, sin embargo, eran ambivalentes como la situación que prevalecía. Por una parte, la decisión por las armas obtenida con grandes sacrificios operó reforzando las exigencias levantadas durante la revolución, principalmente agrarias. Pero, de otro lado, en lo inmediato, produjo la impresión de "un triunfo completo" y la esperanza en que sólo se cumplieran las promesas por parte de las nuevas autoridades.

Ambas tendencias se observaron desde el primer día que los zapatistas ocuparon Cuernavaca. Mientras los soldados recorrían la ciudad en busca de alojamiento, alimentos y forraje, "mostrándose muy exigentes", Abraham Martínez, el jefe del Estado Mayor de Zapata, en una ceremonia anunció que al estar satisfecho por haber cumplido con su deber, Emiliano Zapata se retiraba a la vida privada y que rehusaba toda clase de recompensas y honores; lo anterior produjo "una verdadera salva de aplausos".[2] Era el primer síntoma de que el movimiento comenzaba a perder la iniciativa, ganada en la guerra.

Un día antes, el 26 de mayo, Francisco Madero había lanzado un manifiesto en que establecía el perfil del triunfo: "Algunos sacrificios reportará la nación porque no se pueden satisfacer en toda su amplitud las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis Potosí",[3] que eran las agrarias.

En ese momento se había iniciado también la contraofensiva de un ancho espectro. Los administradores y propietarios de las haciendas, la prensa, el gobierno provisional, hasta el propio Madero y los Figueroa, atacaron en todos los frentes donde la insurrección del sur había ganado terreno, la moral, el prestigio, la nueva conducción, el control de territorio, la amplitud social, así como la posibilidad de restituir las tierras y de nombrar a sus propias autoridades. Pero ante todo, esa reacción buscaba resolver un problema crucial: la existencia de una organización armada con independencia política, que era el centro de gravedad de la fuerza zapatista. Se iniciaba el contragolpe inevitable de los poderosos para reordenar todo lo que la revuelta había desordenado.



Los métodos empleados para tratar de aniquilar el liderazgo que surgió con la guerra fueron los que se emplean, sin excepción, en condiciones semejantes: el asesinato, la cárcel y la corrupción.

Gabriel Tepepa fue el primer jefe zapatista asesinado, mediante una emboscada del figueroismo y el grupo de Jojutla. La operación militar estuvo dirigida por Federico Morales. Felipe Ruiz de Velasco, administrador de la hacienda de San Juan y El Higuerón, en Tlaquiltenango y Jojutla, informó al representante de Madero en la ciudad de México que Tepepa había sido fusilado debido a los hechos que cometió durante la guerra, al apoderarse de Jojutla.[4] En esa ocasión, como se recordará, los comercios de españoles fueron saqueados con la anuencia de Tepepa y la oposición de Torres Burgos. Después del crimen, Francisco I. Madero, seguramente previendo posibles reacciones, ordenó que urgentemente se nombrara un jefe de armas de confianza, es decir, figueroista, para Jojutla.[5]

El 30 de mayo, la prensa nacional anunció el asesinato de Gabriel Tepepa. Se presentó como una medida "para cortar de raíz el bandidaje en este estado. El cabecilla se hacía llamar general sin tener nombramiento y capitaneaba una horda de presidiarios y malhechores que se dedicaban a cometer toda clase de tropelías", publicó *El Diario*.[6] Días más tarde, cuando Madero visitó Morelos, los familiares de Tepepa le pidieron castigo para los responsables del crimen; pero el líder por el contrario, lo justificó. A Womack le llamó poderosamente la atención que Zapata no hiciera nada cuando asesinaron a Tepepa: "Fue sorprendente la rapidez y la magnitud de la recuperación de la influencia de los hacendados... La respuesta pública de Zapata a las actividades de los hacendados fue extraordinariamente pasiva".[7]

El grupo de Jojutla estaba formado por hacendados, administradores y comerciantes, entre los que destacaron Joaquín Amor, Gregorio Leyva, Pedro Lamadrid, Emilio y Manuel Mazari, E. Bonuet, Enrique Zepeda y otros, coordinados en México por Tomás y Felipe Ruiz de Velasco. Fueron ellos los que tomaron la iniciativa de la campaña en contra de los zapatistas; los que solicitaron que Federico Morales fuera designado jefe de armas en Morelos. Decían tener "muestras de sus energías en Jojutla",[8] después del asesinato de Tepepa. Con la sutileza natural de un padre que de Jojutla manda educar a su hijo a Gembloux, Bélgica, en una ocasión Tomás Ruiz de Velasco escribió en posdata al presidente de la república: "Acabamos de recibir el siguiente telegrama: Ayer regresó Figueroa,

quebró buen número... Zapata en Jojutla estorbando justicia ¿habrá modo de eliminarlo?"[9]

Estos señores consideraban una pérdida de tiempo tratar con Zapata: "nuestros intereses están consumiéndose mientras se celebran tratos con quien debiera haber sido ya pasado por las armas, pues las garantías a posteriori no nos tranquilizan".[10]

Victoriano Huerta era, también, de la misma opinión. El asesinato de Zapata fue preparado desde esos días, por el grupo de Jojutla, los militares y el llamado presidente blanco, Francisco León de la Barra, no fue ajeno a la conjura. Desde su despacho, en Chapultepec, indicó a Huerta: "Telegrafíame Zapata de Ayala, diciéndome que sólo tiene una pequeña escolta. Comunícolo a usted para que conozca el punto de donde telegrafía... Puede usted proceder con libertad..."[11]

> [Zapata dijo:] el gobierno no cumple con sus promesas; ha traicionado a la revolución y no cumple con su plan, vamos a luchar... pero ya no conociendo ese armisticio porque el gobierno quiere desarmarnos para podernos matar, así es que de aquí nos vamos. Ya entonces el 30 de agosto, ya dieron el grito por la Villa [Ayala] y salieron pa'con rumbo a Chinameca. Ya llegando pidieron permiso para jugar unos toros, allí estaba el corral hecho. Dos días jugaron, y el administrador de la hacienda llamó por teléfono a Cuautla que ahí estaba Zapata con cuarenta hombres, pero con pocas armas.
>
> Próspero García Aguirre,
> general del Ejército Libertador[12]

El 30 de agosto, Rosendo Casillas, desde la hacienda de Calderón, envió una carta al general Huerta, quien estaba en la hacienda de San Carlos, para informarle que por teléfono el señor Lugo había comunicado la presencia de Zapata en Chinameca.[13] Luego, las tropas de Federico Morales sorprendieron a los zapatistas y estuvieron cerca de su propósito de asesinar al dirigente rebelde que, igual, jugaba los toros para festejar su boda reciente.

Es posible que el mismo grupo de Jojutla estuviera detrás de cartas anónimas, que llegaron a manos del presidente. En una, "los que personifican a la clase que piensa, siente y quiere, o sea los miembros que componen la clase media" de Morelos se quejaban porque aún no se cumplía la promesa de "que el noble, humanitario, verdadero patriota y distinguido por mil títulos, jefe maderista, el simpático general Don Ambrosio Figueroa, con sus honrados y disciplinados compañeros de armas nos darían garantías en el estado de Morelos y con esa risueña esperanza, desde el rico hacendado, el activo comerciante, el laborioso agricultor, el infatigable profesionista y hasta el mismo operario del campo vivieron sufriendo los nuevos y constantes males. El remedio –agregan– que nuestro humilde concepto habría que aportar a Morelos, sería uno muy conocido y que se le ocurre a cualquiera: oponer la fuerza a la fuerza, enviando una muy competente fuerza federal, unos dos mil hombres... [y cierta] diplomacia, hasta donde esa pobre gente indisciplinada y levantisca lo permita".[14]



Un anónimo hijo del estado de Morelos también escribió: "a nombre de la parte sana de la sociedad", preocupado por la deshonra que, en el extranjero, producían "las chusmas del perverso en grado sumo de Zapata... un hombre de fango, perversidad y bandidaje que alcanzan la mostrosidad [sic] tan bien definido pillo e infame, vil, cobarde hasta lo indecible y asesino hasta la notoriedad". Clamaba del presidente, una energía "prudente", estimando que se hacía necesario, "a costa de alguna sangre, hacer sentir a la gente zapatista el respeto del gobierno... [pues] el principio de respeto a la autoridad está por completo perdido en esta canaya [sic]".[15]

Por su parte, el general Francisco Leyva hizo un detallado informe del levantamiento zapatista, para la secretaría de Guerra. En éste, se refería a los fusilamientos de Jonacatepec como "acto de criminal perfidia y de salvajismo de ese cabecilla Zapata... después de ocupada la plaza cometió, con su gente, actos de latrocinio en varias casas de familias pacíficas y estupros en mujeres honestas e incendios de archivos... tantos y tan punibles y salvajes crímenes que agravian y manchan a los defensores de elevados principios proclamados por el patriota y abnegado caudillo, señor Francisco Madero". El sentido del informe era claro, las indisciplinadas bandas del sedicioso no se inspiraban en ningún fin patriótico, ni político, sino en "el robo, el pillaje y la destrucción así como un odio profundo contra el extranjero, todo lo cual encubren bajo el manto de la revolución".[16] Este informe de Leyva, modificado en algunos detalles, apareció como cartel en varias poblaciones del estado, bajo la supuesta autoría de "los vecinos de Morelos que hemos sido víctimas".[17]

La contraofensiva que se lanzó sobre los zapatistas fue tejiendo su propio discurso; y tuvo como matriz el pensamiento racista del

siglo XIX. Ponía énfasis en la depravación de sentimientos y de costumbres; en la inferioridad, en la ausencia de fines políticos y asumía las reivindicaciones sociales como ataque a la propiedad y la familia.

Los rebeldes intentaron, por diversos medios, recuperar la iniciativa al buscar el apoyo de Madero; pero éste había signado ya un pacto con los representantes del antiguo régimen, en el que las aspiraciones agrarias quedaban al margen. Bajo estas condiciones, poco a poco se fue cerrando en torno a los zapatistas el cerco de la opinión pública, la legalidad y la fuerza militar.

Las primeras medidas de la jefatura maderista neutralizaron dos intentos zapatistas que perseguían prolongar su fuerza militar, mediante el nombramiento del nuevo gobernador de Morelos y la asistencia con tropas a la ciudad de México, para recibir a Madero. Zapata y Asúnsolo incluso llegaron a ofrecer ocho mil hombres para enviar a Durango y Chihuahua, donde no se había podido lograr, decían, el triunfo definitivo de la revolución. Pero se les prohibió terminantemente marchar a México y algunos jefes sólo asistieron con su escolta personal. Se impuso además, como gobernador, al gerente del Banco de Morelos, Juan N. Carreón, quien con una mano entregaba a Zapata cinco mil pesos para el pago de haberes de la tropa, exigidos como préstamo forzoso, y con la otra escribía telegramas a las autoridades de la capital, para inventar abusos de los zapatistas.

La dirigencia maderista asignó a Zapata funciones policiacas en Morelos. Repetidas veces fue amenazado por no reprimir enérgicamente a quienes se decía que perturbaban el orden, y que eran los mismos zapatistas. Tan pronto Madero llegó a la capital de la república, dio instrucciones para que las fuerzas que aún permanecían en armas pasaran a formar parte de los cuerpos rurales del ministerio de Gobernación, y dejar como jefe de armas de Morelos a Juan Andrew Almazán; al que los Figueroa, por esos días, consideraban ganado para su causa.

### *Reculada de julio*

Los primeros cincuenta días que siguieron al derrocamiento de la dictadura fueron constantes ataques a los zapatistas. Éstos, presionados por la agresiva campaña publicitaria en su contra, reiteraban públicamente lealtades a Madero, mientras observaban la repentina mengua de su fuerza.



Su lealtad no era artificial, sino parte de la fuerza moral del levantamiento. Estaba exaltada desde que decidieron empuñar las armas por el reto al gobierno y a los hacendados. Además, se ligaba insistente a la pureza campesina que ellos reivindicaban. Constituía uno de los principios nucleares de los zapatistas; su opuesto era la traición. Por ello, la relación tensa con Madero, después de la victoria, fue un difícil proceso moral, político y militar.

Bajo el imperio de la paz y la legalidad se inició el restablecimiento de los dispositivos de autoridad y disciplina; al quedar colocados los rebeldes en una posición defensiva, desde la cual difícilmente podían lograr el cumplimiento de sus aspiraciones de justicia.

A partir de la primera entrevista con Zapata, Madero insistió en que por haber llegado al triunfo no existía razón para mantenerse sobre las armas; en que la lucha entonces se iba a hacer en otro terreno. Aludía obviamente a las elecciones; pasaba a otro campo no reconocido, pero eficaz, de la política legalista: la corrupción. "En atención a los servicios que ha prestado usted a la revolución –dijo a Zapata–, voy a procurar se le gratifique convenientemente de manera que pueda adquirir un buen rancho." Alterado, el líder campesino respondió, basado en la lealtad con su gente, "yo no entré a la revolución para hacerme hacendado, si valgo algo, es por la confianza que en mí han depositado los rancheros, que tienen fe en nosotros pues creen que les vamos a cumplir lo que se les tiene ofrecido, y si abandonamos a ese pueblo que ha hecho la revolución, tendría razón para volver sus armas en contra de quienes se olvidan de sus compromisos".[18]

En esa reunión, Zapata dudaba acerca de la conveniencia de entregar las armas, al indicar la inclinación de los federales y del gobernador Carreón a favor de las haciendas; pero se comprometió a licenciar a sus tropas. De este modo, cuando Madero viajó a Morelos a mediados de junio, nombró representante personal a Gabriel Robles Domínguez y los zapatistas comenzaron a entregar las armas en Cuernavaca.

El 24 de junio, Zapata viajó a la ciudad de México para informar a Madero de los avances del licenciamiento. Había terminado en la capital de Morelos y continuaría en Cuautla. Insistió en la necesidad de que se restituyeran las tierras de manera inmediata. Francisco Madero entonces prometió a Zapata que en breve se efectuarían elecciones para la legislatura local, misma que daría inicio al estudio del problema agrario de Morelos.

–Porque teníamos puras armas buenas, entregamos lo más feo... nos dio diez pesos por cada carabina.

–¿A usted le dieron diez pesos por su carabina?

–A mí me dieron diez pesos, pero yo tenía 3 carabinas buenas, tenía una española, un 30-30 y tenía una chavada, pues estaba yo armado, todos tenían carabinas...

Serafín Placencia,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[19]

El licenciamiento de las tropas revolucionarias y el cambio de autoridades en Morelos planteaban nuevos problemas para la pacificación. Preocupaba a los zapatistas que se impusiera como gobernador a Ambrosio Figueroa. Habían recabado información y uno de los jefes, Margarito Martínez, había sido hecho prisionero en la ciudad de México cuando observaba las reuniones de representantes de los hacendados con Figueroa, en el Hotel San Luis. ¿Qué fuerza armada iba a imperar? ¿Quién asumiría el gobierno del estado? ¿Se cumpliría la reivindicación de tierras? Bajo estos dilemas y la campaña denigrante se produjeron los acontecimientos de Puebla, a mediados de julio de 1911.

Abraham Martínez, jefe del Estado Mayor zapatista, con buenas relaciones entre los maderistas de la ciudad de México, a principios de julio fue comisionado para investigar un complot para asesinar a Madero en Puebla. Allí, el movimiento revolucionario había tomado gran fuerza, pero los federales pudieron sostener el control de las posiciones más importantes; lo que dio lugar a una situación excepcional en que coexistían los dos ejércitos; y, en consecuencia, dos y hasta tres tipos de autoridad local.[20] Después de recabar informes, Martínez ordenó la detención de varios sospechosos. La reacción fue inmediata y el presidente León de la Barra, por conducto del ministro de Gobernación ordenó la "aprehensión y castigo de los que aparecieren culpables de hechos delictuosos, como es delictuoso el de aprehender a los ciudadanos sin orden escrita de autoridad competente".[21]

Para *El Correo Español*, dirigido por José Porrúa, "el señor Abraham Martínez que se gradúa de general, el que sin encomendarse a Dios o al Diablo, sin más ni más, dióle la manía de prender a buen número de personas, entre las que se contaban diputados al Congreso Local y uno al Congreso de la Unión. Los antecedentes de este joven general, que apenas cuenta con veintisiete años, se



reducen a que hace algún tiempo estuvo en Puebla estudiando en el Colegio del Estado, largándose al sur en cuanto la revolución estalló y uniéndose, según parece, a las tropas mandadas por Zapata, el que le nombró general en gracia de que sabía leer y escribir".[22]

Martínez fue recluido en la penitenciaría de San Juan de Dios, frente a la plaza de toros, que formaba parte de la fortaleza en que estaba asentado el cuartel del batallón Zaragoza, fuerzas estatales que los revolucionarios llamaban los pambazos. La plaza de toros, a su vez, era ocupada por las tropas revolucionarias al mando del general Francisco A. Gracia, aquel que luego de la toma de Jonacatepec sugirió a Zapata el ataque a la fábrica de Metepec.

Diversas versiones corrieron acerca de cómo dio inicio la batalla. Rafael Cañete, quien sustituyó a Isunza como gobernador, dijo a la prensa que los zapatistas habían intentado dinamitar la puerta de la penitenciaría, para liberar a Abraham Martínez. Para *El Correo Español*, fue "la embriaguez y el deseo de liberar a Abraham Martínez..." Mientras que Andrés Campos, maderista que participó en las gestiones para detener el conflicto, indicó que la versión más difundida, entonces, fue que un hijo del exgobernador Mucio Martínez y dos o tres más, desde un coche dispararon en contra del cuartel de Zaragoza y luego sobre la plaza de toros, provocando así el enfrentamiento.[23]

De inmediato acudió el 29 Batallón de los federales, al mando de Aureliano Blanquet; y en el enfrentamiento murió, supuestamente, el segundo del mando, el teniente coronel Agustín Bretón. Su cadáver, dijo *El Correo Español*, quedó tendido en la calle y después fue arrastrado hacia un mesón por las soldaderas de las tropas rebeldes y allí fue ultrajado, "con torpeza apresurada las rudas manos de aquellas mujeres furlas le despojaron de todas sus pertenencias". Pero Bretón murió, en realidad, hasta 1914 en Estados Unidos; y fue, durante el huertismo, gobernador militar de Morelos. Según ese diario, el contrataque de "las tropas del aguerrido coronel Blanquet a la plaza de toros señaló la derrota definitiva de los revolucionarios, muchos de los cuales huyeron a la desbandada... El interior de la plaza de toros se hallaba sembrado de cadáveres, el suelo encharcado en verdaderas lagunas de sangre".[24]

La plaza de toros había sido improvisada como cuartel por las tropas revolucionarias que acudieron a la ciudad de Puebla a dar triunfal bienvenida a Madero. "El área del redondel se había convertido en un verdadero mercado, que daba el aspecto de una fe-

ria... niños, mujeres y ancianos, por centenares, se encontraban, unos durmiendo y otros entonando canciones populares de tal suerte que al iniciarse el combate se produjo una gran confusión... El fuego de fusilería que vomitaban desde los prados del cuartel de San Javier, las ametralladoras que colocaron en lugares estratégicos y los cañonazos que a ciento cincuenta metros escasos disparaban sobre la plaza de toros, hicieron pronto una gran mortandad."[25] Los más de ochenta cadáveres permanecieron amontonados en el panteón de Agua Azul por cuatro días, ya que las autoridades se negaron a autorizar la sepultura, con el argumento de que faltaba practicar la necropsia.

Cuando a la mañana siguiente el líder de la revolución arribó a Puebla comunicó al presidente: "Llegué a ésta a las 10:30 am siendo objeto de entusiasta manifestación que ha borrado toda impresión por los acontecimientos de anoche que no tienen un carácter político. Fueron provocados por alarma infundada de tropas insurgentes. Para evitar ulteriores complicaciones acabo de ordenar que estas últimas desalojen luego esta plaza y se acantonen en Cholula y Atlixco".[26] Creía que su sola presencia calmaba los ánimos. Por la tarde dio un paseo en automóvil y visitó el cuartel del Carmen de los federales. Allí pronunció "una arenga cuyos principales conceptos fueron: que felicitaba al batallón por su lealtad y disciplina, encareciéndole que obrara siempre así, pues era necesario fortalecer al gobierno. Que el coronel Aureliano Blanquet había estado a la altura de su deber y que ese mismo día, por telégrafo, pediría al señor presidente de la república su ascenso al grado inmediato".[27] En la noche, Madero asistió a un banquete. Para ese momento, ya había sacado sus conclusiones: desarmar rápidamente a todas las tropas revolucionarias de Puebla y otros lugares; inyectar cien mil pesos a la administración poblana de Cañete y sustituir algún mando intermedio en ese estado. Lo comunicó telegráficamente como sugerencia al presidente provisional.[28]

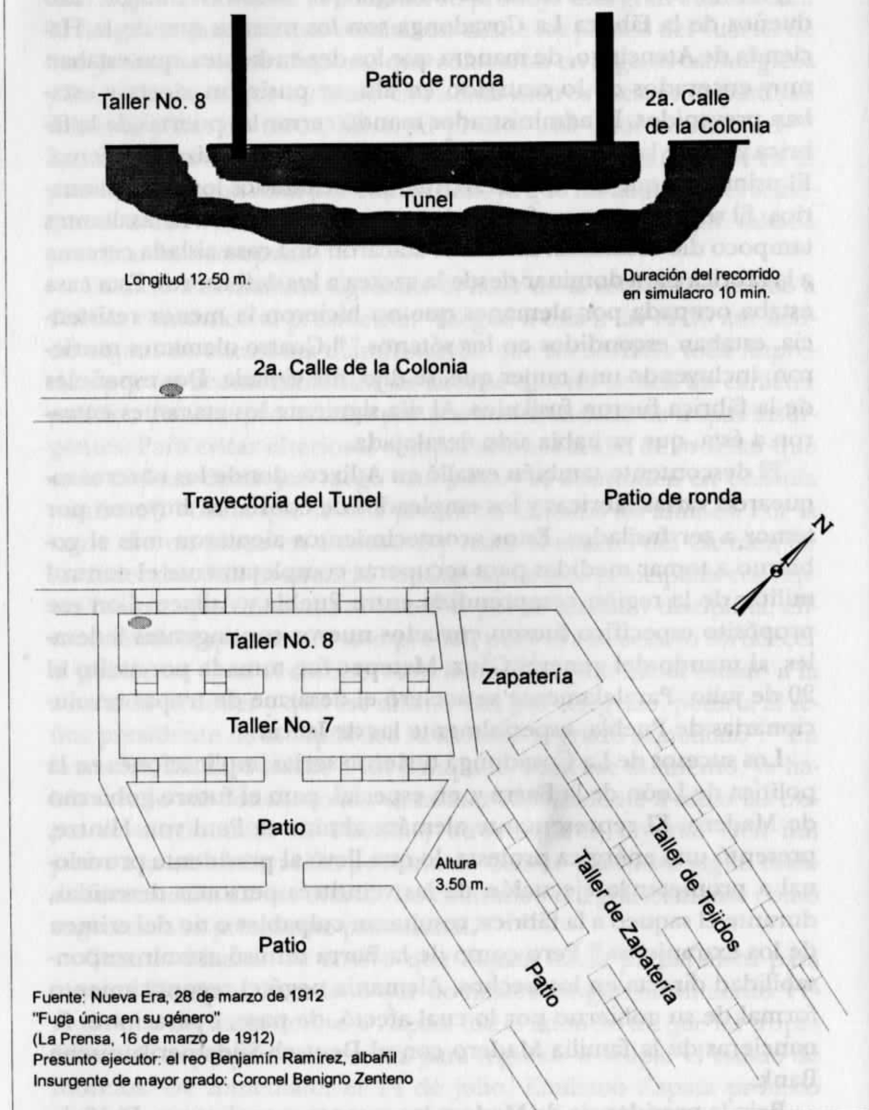
Cuando Madero se enteró que Zapata hacía preparativos para atacar a Blanquet, le ordenó que no hiciera ningún movimiento. Pero, lo que sin duda detuvo a Zapata fue el anuncio de que las tropas federales se preparaban ese día para regresar a ocupar el estado de Morelos. De inmediato, el 14 de julio, Emiliano Zapata protestó ante el gobernador de Morelos.[29] En Puebla, sólo unas hojas con su firma circularon el día 15 de julio, donde prometía vengar a los revolucionarios que murieron en la plaza de toros.[30]

No se disolvió el enardecimiento que había provocado la masacre. Una parte de las fuerzas revolucionarias se desbordó a las afueras de la ciudad buscando armas en las fábricas; y las tropas de Benigno Zenteno atacaron La Covadonga, que estaba en huelga. "Los dueños de la fábrica La Covadonga son los mismos que de la Hacienda de Atencingo, de manera que los dependientes, que estaban muy enterados de lo ocurrido en allí, se pusieron alerta y estaban prevenidos. El administrador mandó cerrar las puertas de la fábrica y desde las azoteas, con dependientes y mozos hizo la defensa. El primer ataque no tuvo éxito, fueron rechazados los revolucionarios. El segundo que ya fue hecho por mayor número de asaltantes tampoco dio resultado. Entonces atacaron una casa aislada cercana a la fábrica para dominar desde la azotea a los defensores. Esta casa estaba ocupada por alemanes que no hicieron la menor resistencia, estaban escondidos en los sótanos."[31] Cuatro alemanes murieron, incluyendo una mujer que, se dijo, fue violada. Dos españoles de la fábrica fueron fusilados. Al día siguiente los atacantes entraron a ésta, que ya había sido desalojada.

El descontento también estalló en Atlixco, donde los obreros saquearon varias fábricas y los empleados de confianza huyeron por temor a ser fusilados. Estos acontecimientos alentaron más al gobierno a tomar medidas para recuperar completamente el control militar de la región comprendida entre Puebla y Atlixco. Con ese propósito específico fueron enviados nuevos contingentes federales, al mando del general Cáuz. Metepec fue tomada por asalto el 20 de julio. Paralelamente se aceleró el desarme de tropas revolucionarias de Puebla, especialmente las de Izúcar.

Los sucesos de La Covadonga tuvieron serias implicaciones en la política de León de la Barra y, en especial, para el futuro gobierno de Madero. El representante alemán, almirante Paul von Hintze, presentó una enérgica protesta, lo que llevó al presidente provisional a prometer la ejecución de las veintitrés personas detenidas, durante el saqueo a la fábrica; resultaran culpables o no del crimen de los extranjeros.[32] Pero como de la Barra rehusó asumir responsabilidad directa en los hechos, Alemania negó el reconocimiento formal de su gobierno por lo cual afectó, de paso, operaciones financieras de la familia Madero con el Deutsch-Südamerikanische Bank.

Bajo la presidencia de Madero las cosas se complicaron. El 15 de marzo de 1912, veintiuno de los prisioneros por esos acontecimientos se fugaron de la penitenciaría. Entre ellos estaba Benigno Zenteno, quien se incorporó a las filas zapatistas. Madero ordenó el fu-



Fuente: Nueva Era, 28 de marzo de 1912
"Fuga única en su género"
(La Prensa, 16 de marzo de 1912)
Presunto ejecutor: el reo Benjamín Ramírez, albañil
Insurgente de mayor grado: Coronel Benigno Zenteno

silamiento de los guardias, sospechosos de complicidad; ofreció mil pesos de recompensa por cada reo fugado y prometió a Hintze que serían fusilados, tan pronto fueran recapturados. Entonces, Hintze convenció a Madero para autorizar la importación de quinientos fusiles y cincuenta mil tiros, destinados a la autodefensa de la colonia alemana. El hecho significaba el reconocimiento de la incapacidad del gobierno maderista para garantizar la seguridad y, en consecuencia, desprestigio ante la comunidad diplomática. Alemania, no conforme, consiguió una compensación de cuatrocientos mil marcos por parte del gobierno mexicano. Tres de los que se fugaron fueron capturados y sometidos a corte militar; se les condenó a muerte. Madero les negó clemencia, pero no alcanzó a ver el castigo. Antes fue derrocado y asesinado por Huerta y el complot de Wilson, en el que se contó, inequívocamente, con la participación de Hintze.[33]

Para el zapatismo, aquellos hechos significaron un rudo golpe que debilitó mucho su presencia en el estado de Puebla, particularmente en la zona industrial de Atlixco y Metepec; en un momento en que, a la caída de la dictadura, se iniciaba un periodo de huelgas por aumentos en salarios, reducción de la jornada de trabajo y mejores condiciones laborales. Las más difundidas por la prensa fueron: la huelga en la fábrica de papel San Rafael, la textil en Río Blanco, la minera en El Oro y Tlalpujahua, la huelga general de estibadores de Veracruz, la huelga general en el Ferrocarril Mexicano (México-Veracruz), la huelga de los peones en la hacienda Santa Clara y Tenango, Morelos, la huelga general de panaderos en la ciudad de México y la huelga en la fábrica de hilados y tejidos de La Covadonga, en Puebla.

Esa agitación laboral fue manejada con habilidad por el gobierno provisorio de León de la Barra, quien elaboró un proyecto de ley para crear la Oficina Nacional del Trabajo.[34] Madero, por su parte, recorrió las fábricas de Atlixco y Metepec predicando entre los obreros un modelo de paz y de progreso, como argumento para convencerlos de que no era conveniente realizar huelgas. Más tarde, bajo su gobierno, una huelga general de la industria textil, cuyos centros principales fueron Metepec, Atlixco y Orizaba, dio origen a la firma del primer contrato ley, en el que se establecieron las condiciones laborales para toda una rama de la industria en México.

A pesar de la pérdida de iniciativa de los zapatistas, de su achicamiento territorial y, en consecuencia, de su debilitamiento para articularse al auge obrero de Puebla, existen elementos para considerar que éste fue, también, un momento clave en el proceso de ruptura con Madero. En este desplazamiento político los rebeldes del sur cultivaron nuevas relaciones que serían, con el tiempo, especialmente influyentes durante el periodo del repliegue zapatista; como lo indica el hecho de que Gildardo Magaña ocupara la jefatura del Ejército Libertador luego del asesinato de Emiliano Zapata.

Después de los sucesos de Puebla, Zapata rechazó una invitación para dialogar con Madero, en Tehuacán; y envió como delegados a su hermano Eufemio y a Jesús Morales. Simultáneamente, junto con otros jefes revolucionarios, exigió al gobierno provisional el cumplimiento del Plan de San Luis, la expulsión de todos los elementos científicos del gabinete y el nombramiento de un general revolucionario como inspector de las fuerzas insurgentes.

Con esto, Zapata se sumaba a un grupo de jefes del ejército maderista que habían hecho un pacto para conseguir el cumplimiento de los postulados de la revolución. Entre otros, formaban parte de ese grupo Francisco J. Múgica, Heriberto Jara, Camilo Arriaga, Camerino Mendoza, Gabriel Hernández y Juan Andrew Almazán. El pacto establecía, en el punto tercero, que "cualquiera de los firmantes que haga traición a los demás o falte al cumplimiento de las anteriores cláusulas, será juzgado como traidor, quedando autorizados los demás jefes a ejecutarlo sin más formación de causa".[35] En realidad, tal cohesión en ese grupo nunca existió. Como se verá adelante, el comportamiento de Gabriel Hernández, en Morelos, ilustra la inconsistencia de ese pacto que intentó oponerse a la tendencia restauradora del gobierno.

Pero la petición, que esos jefes militares de la revolución hicieron al presidente provisional, irritó a Madero. De inmediato, colérico telegrafió a su hermano Gustavo, el empresario que era ministro de Hacienda de Francisco León de la Barra: "Reúne a jefes insurgentes y en mi nombre diles que desapruebo su conducta, que no tienen ningún derecho a dirigirse al señor de la Barra para que deje de cambiar ministros, ni para formar una agrupación de jefes insurgentes con fines políticos... que desistan inmediatamente de su actitud, que en caso contrario tendrán que sentir la fuerza



del gobierno y de la inmensa mayoría de los jefes insurgentes que están todos conmigo".[36]

Se acercaban las elecciones extraordinarias y Madero había decidido modificar el esquema de alianzas que lo había apoyado en contra de Porfirio Díaz. Disolvió el Partido Antirreeleccionista, apoyó la salida de Emilio Vázquez Gómez del ministerio de Gobernación e hizo campaña a favor de José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia, en lugar del doctor Francisco Vázquez Gómez, su compañero de fórmula en 1910. Llegó incluso a ofrecer el ministerio de Guerra al general Bernardo Reyes, uno de los personajes más connotados del viejo régimen.

El ambiente político, por ello, se crispaba más y Zapata ya había establecido contacto con revolucionarios que mostraban una creciente inconformidad hacia la política de Madero. Los hermanos Rodolfo, Gildardo y Melchor Magaña, habían iniciado meses antes las relaciones del ala izquierda del maderismo con los zapatistas. Después del frustrado Complot de Tacubaya, en contra de Porfirio Díaz, Rodolfo Magaña había huido de la ciudad de México y se había incorporado a las filas surianas. Hizo amistad con Zapata. "Oye gordito, se conoce que tú no eres ranchero y no estás acostumbrado a estas cosas porque casi no dormiste, nomás te estabas volteando de un lado para otro, ¿es duro el colchón-suelo verdad? Ya te irás acostumbrando, verás."[37] En ocasiones especiales, recuerda su hermano Gildardo que le pedía: "Oye gordito, recítanos la *Sinfonía de Combate*". Y Rodolfo Magaña se lucía con los versos del magonista Santiago de la Hoz: "Taciturno, medroso, cabizbajo, cargado de cadenas y grilletes... Allí está sin virtud y sin vigores, degradado y hambriento, soñando en sus perdidas libertades, y en sus glorias sin par de otras edades... Entró a esa paz en que los pueblos gimen, con hambre y sin virtud, bajo el azote de esa nefanda trinidad del crimen: el tirano, el burgués y el sacerdote..."[38]

Rodolfo Magaña, a la caída de Porfirio Díaz, hacía las funciones de pagador general en el ejército zapatista; cuando hubo posibilidades, ayudaba también en la búsqueda de información y enlaces. Con su hermano Gildardo se telegrafiaba en tono conspirativo. En cable le decía Rodolfo a Gildardo, "sal mañana a las cuatro como quedamos. Nomás contéstame diciendo conforme". Copias de sus mensajes paraban en los archivos de la policía, incluso en el despacho del presidente de la Barra.

Emiliano Zapata estrechó la relación con ese sector antiporfirista. Los unía la defensa de postulados que habían sido el soporte del

levantamiento armado, así como la defensa de los espacios que se habían ganado: para unos era Gobernación y la incidencia en las próximas elecciones; para otros, su condición de fuerza armada, como garantía para la restitución de las tierras. Es muy posible que desde el mes de julio, los objetivos de tales contactos hubieran estado ligados a la preparación de un nuevo movimiento armado que, por la naturaleza de sus objetivos, la defensa de la revolución, no tendría las características de aquel que había culminado recientemente. Una carta sin firma (no es la caligrafía de Gildardo Magaña), dirigida a Zapata, el 4 de enero de 1912, hace referencia a una reunión secreta efectuada meses atrás: "Hasta hoy no han entrado en acción algunos de los que no pudieron asistir a la junta verificada en Villa de Ayala en julio de 1911. Sé donde están y necesito que se pongan en actividad, así como otros grupos y otras personas que prestarán un valioso contingente".[39]

En esa carta se menciona también el contacto que Zapata había hecho con un grupo de árabes de la ciudad de México. Valentín López González señala que esa relación viene de Moisés Salomón, un compadre de Zapata nacido en Ekret, Palestina, y que llegó a establecerse en Xoxocotla y luego en Jojutla, donde tenía una tienda de ropa. Moisés Salomón, padrino de Nicolás uno de los hijos de Emiliano, fue el enlace con otros árabes que tenían negocios en la capital; entre ellos posiblemente Pedro Slín, comerciante de la calle de Corregidora. Otro árabe que llegó en 1906 con Moisés Salomón, Elías Duje, combatió en las filas zapatistas al mando de Adrián Castrejón.[40] Otras fuentes confirman las relaciones árabes de Zapata y existe una versión legendaria de que Emiliano Zapata no murió, sino que se fue para Arabia, con sus amigos.[41]

### *Invasión*

La ocupación de Morelos se inició el 10 de agosto de ese año. El capitán Girard Sturtevant, agregado militar de la embajada yanqui, formaba parte del Estado Mayor del general Victoriano Huerta. El plan consistía en asumir el control de los seis distritos de Morelos y, con dos columnas, perseguir y destruir a los zapatistas considerablemente reducidos. A su llegada a Cuernavaca Huerta envió una carta al presidente en que pedía refuerzos: "Se necesitan seiscientos caballos para que sean distribuidos en los seis distritos con la mira de garantizar los intereses de todo el estado y mil quinientos hombres de las tres armas para dividirlos en dos columnas y proceder al aniquilamiento de los rebeldes... si tengo una guarnición cuando menos de cien hombres en cada distrito o en el lugar que mejor convenga, ya la columna de operaciones se dedicará a acabar con estos elementos que tanto perjudican al estado".[42] La carta fue enviada a través de Enrique Zepeda, del grupo de Jojutla, y en ella Victoriano Huerta se despedía del señor presidente en estos términos: "Soy de la manera más respetuosa su humilde servidor que besa su mano..." Huerta estaba interesado en reforzar los vínculos entre el presidente, los mandos del ejército federal en la zona y el grupo de Jojutla.

Sólo hasta entonces empezaron a ser evidentes las consecuencias prácticas del desarme iniciado por los zapatistas; y nuevamente las haciendas de Zacatepec, Calderón y El Hospital, así como las poblaciones de Cuautla, Ayala, Yautepec, Jonacatepec y Jojutla vivieron días de gran agitación, en que los zapatistas buscaron desesperadamente armas, caballos y dinero.

Los hechos provocaron nuevas protestas de los hacendados y la exigencia de reforzar las guarniciones. De la Barra ordenó el envío de refuerzos al mando del coronel Aureliano Blanquet y el abastecimiento de municiones suficientes, incluyendo quinientas granadas, para la batería de campaña que también había solicitado Huerta.

El enfrentamiento en mayor escala era inminente. Los Magaña, Gabriel Robles Domínguez y Gustavo Madero convencieron a Francisco Madero para que interviniera, por lo que viajó a Morelos. Antes de partir, este último telegrafió a su estimado amigo, Ambrosio Figueroa para informarle que había decidido nombrarlo gobernador y comandante militar de Morelos. "Espero que su patriotismo aceptará esa invitación y nos pondrá en su lugar a Zapata, que ya no lo aguantamos."[43] Desde Cuernavaca Panchito Madero conferenció telefónicamente con Zapata.

> El señor Montaño hablaba con el señor Madero. El tema de la conversación era que en el sentir de los maderistas [zapatistas], las fuerzas federales deberían salir del estado...
>
> Montaño dejó el audífono en manos del general Zapata... Lo que el señor Madero discutía más, eran los puntos relativos a que las fuerzas federales vulneraban la soberanía del estado y que... para él, el ejército federal era absolutamente leal a la revolución triunfante y lo seguiría siendo cuando las elecciones se llevaran a cabo... Hubo una pausa.
>
> Otra persona sustituyó al señor Madero en el teléfono... Tal

vez el interlocutor del general Zapata dejó escapar la palabra miedo, pues entonces, visiblemente contrariado repuso, en forma muy enérgica, que cuando se había lanzado a la revolución dejó en su casa, colgados de un clavo, unos pantalones viejos con los que se había quedado el poco miedo que en su vida tuvo.

Y ya sin esperar que hablara su interlocutor dejó el audífono en manos del señor Montaño, indicándole que hiciera saber que si el señor Madero estaba cansado, podían aplazar la plática o suspenderla.

Carlos Pérez Guerrero,
general del Ejército Libertador[44]

Convinieron reanudar la negociación en Cuautla, era el día 14 de agosto. A la mañana siguiente, Huerta dijo a León de la Barra que hasta ese momento Madero no había podido resolver la sumisión de Zapata y el presidente, en respuesta, lo autorizaba a proceder según las instrucciones recibidas, "sin pérdida de tiempo, pues Zapata aumenta sus fuerzas".[45] Por la noche, Huerta pidió "ordene se mueva hacia frontera Morelos para una sola demostración el cuerpo auxiliar federal del coronel Rojas que está en Puebla, procurando tenga mucha publicidad por la prensa ese movimiento. Mi objeto no es que esa fuerza tome parte en las operaciones, sino solamente para llamar la atención de Zapata".[46]

Tan pronto como Madero partió de Cuernavaca, el 16 de agosto, a las diez de la mañana salió la vanguardia de la columna de Huerta hacia Yautepec. A la una de la tarde informó la marcha del resto de la columna: "mis soldados y yo abrazamos a usted y victoriamos a la república";[47] información reiterada a las 14:50 horas. La respuesta del presidente fue: "Enterado con profunda satisfacción telegrama relativo a entusiasmo de leales tropas que se hallan a su digno mando". Simultáneamente, de la Barra disimulaba ante Madero que había ordenado la suspensión del avance de Huerta. Madero había gestionado cuarenta y ocho horas de suspensión de hostilidades, para poder viajar a Cuautla. Decía a Zapata que la movilización de Huerta se había producido por una mala interpretación; pero, tanto el jefe militar, como el presidente estaban de acuerdo en que "sin una manifestación de poder incontestable del gobierno", las gestiones que efectuaba Madero carecerían de eficacia.

En esas circunstancias, el 17 de agosto, más de dos mil morelenses suscribieron una veintena de telegramas dirigidos al presidente, donde pedían el retiro de los federales. En estos documentos puede observarse la forma cómo, desde distintas posiciones sociales, se visualizaba la situación política, en los momentos que se avecinaba de nuevo el conflicto armado.

Había acuerdo, entre campesinos, comerciantes, empleados del ferrocarril, funcionarios municipales y miembros de clubes políticos, por lo menos del norte y el oriente de Morelos, en que la presencia del ejército federal violaba la soberanía y alteraba la paz. Esta percepción expresa una diferencia cualitativa con los periodos en que reina el orden, en donde el ejército aparece, precisamente, como garante de la paz y de la soberanía. Esa representación de los morelenses era, pues, un indicio de que se había producido un cambio político importante. La transformación, sin haber sido homogénea,[48] también se expresó en el surgimiento de patrones de condena moral hacia la opresión y la injusticia.

Cuautla, 17 Agosto 1911, 3:45 pm

Presidente de la república:

Los delegados de los pueblos de Atlatlahuacán, San Miguel Tlatelolco y Tetelilla, ante usted respetuosamente pedimos: que sean retiradas las fuerzas federales del estado por provocar conflicto sangriento con pueblo y Ejército Libertador, siendo esto innecesario ante la conciencia pública, pues el Ejército [Libertador] y nosotros no hemos hecho otra cosa que hacer una petición basada en la justicia al señor Francisco I. Madero y vemos que por esta causa se pretende cuchillar pueblo y ejército. Los hacendados son los que han traído este conflicto, porque no queremos ser sus esclavos incondicionales, porque su instinto siempre ha sido dominador y tirano contra los pueblos, sin tener consideración que nuestras fuerzas les han producido los millones que han atesorado. Esperamos que usted escuche la voz de los pueblos y atienda nuestras súplicas evitando a todo trance derramamiento de sangre, que ésa es para bautizar libertades.

Carmen M. Arenales, Cresenciano e Ignacio Villa, José Urbano, Eduardo Martínez, Macario Toledano, Santos Barrera, Pomposo Arenales... Siguen más de mil firmas.
[Anotación:] No se contesta por acuerdo señor presidente.[49]

La condena moral de la injusticia, expresada al representante supremo del poder estatal, suponía también una identificación de las causas del sufrimiento y la definición de enemigos y aliados. En otras palabras, ese deslinde moral y político fue parte del proceso en el que se generó la identidad política del zapatismo.

*"Muera Madero"*

Antes de reiniciar las negociaciones con Madero, los zapatistas elaboraron una carta en que resumían sus demandas. Las condiciones políticas que exigían eran: el respeto a la soberanía del estado; la destitución del gobernador Juan Carreón, con el veto de antemano contra Juan Olivares, un hombre cercano a los hacendados que se mencionaba para ese cargo; la designación del nuevo gobernador de acuerdo con las aspiraciones del pueblo y los principales jefes del ejército rebelde; así como el rechazo a la imposición de autoridades locales. Aceptaban que la legislatura, a elegirse, solucionara el asunto agrario. Las condiciones militares que propusieron eran: el retiro de las tropas federales; que grupos especialmente seleccionados de las filas zapatistas se encargaran de garantizar la seguridad pública; a cambio, mantenían su disposición para licenciar a la mayor parte de sus tropas.[50] Serenamente, analizando las demandas sin apasionamiento, Madero bien pudo haber pensado que lo que reclamaban los zapatistas era la soberanía sobre un territorio. Estos ocho puntos eran la consecuencia de la experiencia vivida en la revolución; la conclusión a que arribaban los campesinos, entonces cercados.

No reclamaban para sí el poder central; tampoco el ejecutivo del gobierno estatal, pero sí la capacidad para nombrarlo de acuerdo con sus intereses; y en su ejército veían la mejor garantía para el cumplimiento de sus peticiones justas.

Su propuesta fue realista, y no utópica, si se tiene presente el cambio de la relación de fuerzas y de significados que se había producido en la guerra. Los zapatistas subvertieron la legitimidad, porque su fuerza había derrotado al ejército-gobierno. He allí la importancia política decisiva de la batalla de Cuautla.

Pues claro que todos ambicionábamos precisamente tener terrenos, por eso precisamente ambicionamos y peleamos contra las haciendas, contra el mismo clero y contra el mismo Porfirio Díaz. Y Porfirio Díaz nos mandó un gobierno muy valiente y lo derrotamos. Y precisamente Madero decía que había triunfado. No. Triunfamos nosotros, porque matamos a ese gobierno valiente.

Serafín Placencia Gutiérrez,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[51]

La restitución de tierras, que era el núcleo de los reclamos zapatistas, representaba en los hechos la transformación del régimen de propiedad agraria, basado en las haciendas. Era el germen de la revolución social contenido en la revuelta de 1910; y que ahora, después del triunfo militar, se veía frustrada. El 17 de agosto, Emiliano Zapata decía a Madero, "si la revolución no hubiera sido a medias y hubiera seguido su corriente, hasta realizar el establecimiento de sus principios, no nos veríamos envueltos en este conflicto".[52]

Ese día Madero había emprendido su último viaje a Morelos para intentar evitar el conflicto armado. En el camino escuchó a los campesinos gritar, por vez primera, *Muera Madero*.[53]

Entonces sí, se subió [Madero] arriba de un carro del tren y empezó a arengar ahí, empezó a decir: compañeros del estado de Morelos, estoy agradecido que me haigan ayudado a derrocar al gobierno de don Porfirio Díaz, pero sí, al mismo tiempo sé decirles que las tierras son de los hacendados y el que quiera tierra que trabaje.

–¿Eso les dijo Madero?

–Sí.

–¿Usted lo oyó?

–Sí, yo lo oyí, de allí donde está la señorita, eso fue lo que dijo Madero. Entonces había fuerzas allí, soldados de nosotros ¿verdad? Habíamos ahí y luego empezaron a gritar ¡Que muera Madero! Ya las tropas, ya, ¡Muera Madero!, porque dijo que las tierras eran de los hacendados...

Félix Vázquez Jiménez,
mayor de caballería del Ejército Libertador[54]

Para los intelectuales del régimen era claro que el zapatismo tenía un carácter histórico y social. En el congreso, José María Lozano argumentaba por esos días, para exigir el fusilamiento de Zapata:

"es el libertador del esclavo es el que promete riquezas para todos... ha ofrecido el reparto de tierras y la prédica empieza a dar sus frutos, los indios se han rebelado".[55] Acusaba a Zapata de concebir un plan de comunismo agrario. Gregorio Ponce de León lo consideraba "un socialista bárbaro, sin la cultura de los europeos, que procedía más por intuición que por sapiencia; y esa intuición se la ofrecía, más que su talento osco, los odios feroces que desde la época de la conquista se tuvieron de parte de los indígenas".[56]

También en el congreso, el ministro de Fomento, Manuel Calero reconocía: "En Morelos existe un problema social de carácter agrario, producto de factores seculares [rezagos ancestrales, en el lenguaje burocrático moderno], que no es posible solucionar en unos cuantos meses. El movimiento insurreccional que acaba de sacudir a la república ha provocado por natural e inevitable consecuencia una exacerbación de odios de razas... el indígena que se cree despojado de sus tierras y de sus aguas, y el jornalero que ha sido maltratado por el capataz y todos aquellos cuya cultura rudimentaria no les permite apreciar los grandes beneficios que produce el reinado del orden y de la paz, se aprovechan de la aparición de bandas de malhechores, las refuerzan y las secundan en sus desafueros".[57] Decían, los siempre dueños de la verdad, que era la lucha del huarache contra el zapato, del calzón de manta contra el pantalón.

Pero también veían en Zapata un Espartaco y un Atila; los campesinos, un Santiago. No era posible pasar por alto el carácter militar de su fuerza, en la guerrilla de identificaciones. La rebelión zapatista fue una fuerza que históricamente abrió en México la perspectiva de otra democracia; aquélla en la que la voluntad popular tiene su base en el pueblo armado. Para los zapatistas, ésa era una condición necesaria a fin de que la revolución no se quedara a medias.

Cuando, tres meses después, los zapatistas proclamaron el Plan de Ayala y asumieron la responsabilidad de continuar la revolución iniciada, subvertieron el rito electoral. Declararon la guerra al gobierno más democrático hasta entonces; elegido con 19 997, de un total de 20 145 votos.[58]

*El cerco*

En Cuautla, el ambiente era tenso; Huerta y Blanquet amagaban desde el poniente; Casso López por Jonacatepec y las tropas de Figueroa se alistaban para entrar por el sur, rumbo a Jojutla. Zapata



invitó a representantes de los pueblos cercanos para que expusieran con detalle el conflicto que habían vivido con las haciendas. Era una medida de presión y de reto: "He querido, señor Madero –dijo Zapata– que los representantes de los pueblos estén aquí, para que oigan del jefe de la revolución lo que deben esperar de él; pues por mi parte, ya saben que no descansaré, hasta que se cumplan las promesas que hizo la revolución".[59]

Zapata no supo que, en ese momento, la preocupación de Madero en las negociaciones era que, tras el desarme de los principales cabecillas "si acaso siguen algunos disturbios no tendrán ya ninguna bandera política, sino que serán unas cuantas partidas de bandidos que prontamente serán reducidos al orden por las tropas exrevolucionarias".[60] Desarmar, quitar banderas, aniquilar; tal fue la política negociadora del apóstol de la democracia frente a los zapatistas.

Madero consideraba políticamente negativo que la acción represiva fuera emprendida por los federales, por eso mandó traer tropas exinsurgentes de Hidalgo, al mando de Gabriel Hernández, y de Veracruz, encabezadas por Cándido Aguilar, que deberían sumarse a las procedentes de Guerrero. Logró convencer a Zapata que continuara el licenciamiento, bajo el acuerdo de que el gobernador sería sustituido por el ingeniero Eduardo Hay, quien crearía de inmediato una Comisión Agraria Local y, como jefe de Armas en el estado se designaría a su hermano Raúl Madero. Las fuerzas federales se replegarían; para quedar, en su lugar, las tropas maderistas traídas de otros estados.

Su opinión sobre la cuestión agraria tenía en cuenta la necesidad de reformas, pero no era compatible con las aspiraciones de los zapatistas. "Siempre he abogado por crear la pequeña propiedad, pero eso no quiere decir que se vaya a despojar de sus propiedades a ningún terrateniente... una cosa es crear la pequeña propiedad por medio del esfuerzo constante y otra es repartir las grandes propiedades, lo cual nunca he pensado, ni he ofrecido."[61] El licenciamiento de zapatistas se reinició. En lo inmediato, Madero se ocupó de que la presencia de los federales en Yautepec no fuera motivo para que la mayor parte de las armas rebeldes se le escamotearan.

–*Cieguitos.*

–Mande usted mi general.

–Ahorita te vas a ir a Yautepec.

–¿A qué mi general?

–Te vas en calidad de espía. Échate esta bolsa aquí al hombro y ponte tu sombrerito de paisano y te vas por la Hacienda del Hospital y de ahí te vas, ya conoces el camino. Agarras San José de las Iguanas y de ahí te introduces a Yautepec a ver qué cosa hay.

–Está bien.

Pues me fui andando, llegué a Yautepec ya cuando llegué ahí ya estaban todas las fuerzas que eran del general Blanquet, muchas ametralladoras, muchos cañones, mucha gente...

Ya llegué y le dije al general Felipe Neri lo que había, que estaba lleno de tropas. Bueno pues de allí que ya empezaron a licenciar a la gente, a cada uno le iban dando cuarenta pesos:

–Ya vete pa' tu tierra, ya se acabó la revolución.

Pero otra vuelta volvió a hablar, ahí estaban todos, Pino Suárez, Raúl Madero, pues todos los que iban con Francisco I. Madero. Ya de ahí otra vuelta volvió a hablar Madero, que las tierras eran de los hacendados y que el que quisiera tierra que trabajara. Entonces el general (Francisco) Mendoza dijo que si no se cumplía lo que había prometido, que entonces nos íbamos al cerro otra vuelta. Ya de allí fue como nos fuimos otra vuelta a la revolución.

Félix Vázquez Jiménez,
mayor de caballería del Ejército Libertador[62]

Las cosas no resultaron conforme Madero había negociado con los zapatistas. En México, el ministro de Gobernación, Alberto García Granados, a quien Madero había apoyado para reemplazar a Emilio Vázquez Gómez, presionaba al presidente para que no tratara con descamisados. En una ocasión, Eduardo Hay le reclamó: "A esos descamisados, que usted propone exterminar, debe usted el cargo que ocupa, señor ministro de Gobernación y a esos descamisados se debe la renuncia del general Díaz y la derrota del ejército federal".[63] Para Gildardo Magaña, por aquellos días, ese señor era el eje de diamante sobre el que giraba la turbia política del gobierno interino.

De Morelos, el presidente recibió varios telegramas donde le comunicaban que las hordas de Zapata habían echado fuera a los presos de la cárcel de Jonacatepec; que en Jojutla, Tetecala, Tlatizapán y haciendas cercanas llevaban a cabo robos y atropellos y que



los vecinos huían aterrorizados. Los que hacían referencia a Jojutla eran los más alarmantes. Felipe Ruiz de Velasco le transcribió lo que le refirieron sus empleados; que "tropas de Zapata saquearon escandalosamente Jojutla, tanto el comercio como casas particulares, destruyendo todo. Fue un verdadero salvajismo. En las casas destruyeron muebles, instrumentos científicos, libros y se llevaron cuanto pudieron. Milagrosamente me escapé con León, me buscaron hasta debajo de las camas".[64] El gobernador responsabilizó a Lorenzo Vázquez y al expredicador protestante zapatista, José Trinidad Ruiz.

El cerco militar se estrechó más aún. El consejo de ministros exigió que Zapata desocupara la ciudad de Yautepec; a la vez que se ordenó que Ambrosio Figueroa marchara desde Iguala para tomar posesión de Jojutla y Puente de Ixtla. Lo hizo de inmediato al llevar mil seiscientos hombres y dar órdenes para que otros mil setecientos procedentes de la costa, se le incorporaran. El presidente ordenó que Casso López, de Puebla, avanzara sobre Jonacatepec; envió trescientos treinta federales y cuatro ametralladoras más, para guarnecer Cuernavaca; mientras que las tropas procedentes de Hidalgo y Veracruz, serían las encargadas de ocupar Cuautla, donde los zapatistas deberían, de inmediato, terminar la entrega de armas.

Tal concentración de fuerzas militares en contra de los zapatistas no había sido hecha siquiera por la dictadura de Díaz. La diferencia era, además, que a las tropas federales de Huerta, Blanquet y Casso López se sumaban las exinsurgentes de Figueroa, Gabriel Hernández y Aguilar. Era ésta, sin embargo, una maniobra que provocaba fricciones, principalmente entre Madero y Huerta.

Las noticias difundidas por la prensa aumentaban la inquietud. Un jefe revolucionario del Estado de México se dispuso a levantar mil hombres para hacer frente a la desobediencia de Huerta. Hubo otros que se alarmaron por lo que significaba la concentración de los zapatistas en Cuautla, particularmente el gobernador Carreón; pero lo tranquilizaba el general Federico Morales, a quien le parecía positiva para sus propósitos: "Mientras mayor sea el número más fácil es coparlos, caminando de acuerdo con las tropas federales. Yo conozco el terreno a la perfección y me comprometo a dominar los puntos del lado sur que son Chimalacatlán hasta Huachinantla, que ya éste es del lado de Puebla. Si usted puede combinar esto con el señor general Huerta, con el jefe de la plaza de Cuautla y el estado de Puebla, sírvase comunicármelo cuanto antes, que yo le aseguro un éxito completo".[65] En este telegrama se

destaca también que, en ese momento, la coordinación de las diferentes fuerzas militares se hacía por la vía de los hechos; mediante puentes, pues se carecía de un mando unificado. Esto era patente en las negociaciones, en que intervenía Madero, a distancia el presidente interino, el secretario de Guerra y el ministro de Gobernación que, jurídicamente tenía el mando sobre los cuerpos rurales, que era donde se habían encuadrado las fuerzas exinsurgentes.

Gabriel Hernández, tras llegar a Cuautla, fue acompañado por Madero a Jojutla, donde quedó encargado de la guarnición. Mientras tanto, Zapata se dirigió a Villa de Ayala, acordando regresar al día siguiente a Cuautla para terminar el licenciamiento de sus tropas.

La forma como Gabriel Hernández llevó a cabo esa misión, también habla de la naturaleza que tenía el grupo de jefes maderistas que, un mes antes, habían hecho un pacto de sangre, para exigir a León de la Barra el cumplimiento del Plan de San Luis; y al cual Zapata se había acercado. Tan pronto como el general Hernández se hizo cargo de la situación, comunicó al presidente: "Queriendo reprimir escandalosos robos y depredaciones cometidas en ésta he lanzado el siguiente aviso para ordenar turbas. 'El general insurgente Gabriel Hernández de resguardo en esta población hace saber a sus vecinos lo siguiente: Toda persona que tenga en su poder efectos de los robados en los saqueos que sufrió este pueblo y no los entregue en la alcaldía de esta ciudad en el plazo de veinticuatro horas será pasado por las armas, así como el que cometa depredaciones alguna [sic]. Se advierte al pueblo que una vez transcurrido el plazo fijado se practicará un cateo minucioso y general y a la persona que se le encuentren objetos robados, sufrirá la pena señalada. Sufragio efectivo. No reelección. Jojutla, Agosto 23 de 1911'".[66] No esperó las veinticuatro horas y ese mismo día empezó cateos y aprehensiones. Los ricos de Jojutla, preocupados de que los hombres de Hernández no pudieran reconocer "a toda la gente mala", pidieron que los apoyara Federico Morales al mando de sus tropas, por ser conocedor del rumbo.

Madero estaba seguro que con el desarme de los zapatistas, además de la presencia de Federico Morales y de Gabriel Hernández, los servicios de Huerta ya no eran necesarios. Pidió su retiro a León de la Barra. En lugar de repliegue, el 23 de agosto, Victoriano Huerta ordenó que Casso López avanzara hasta Tlayecac, a nueve kilómetros de Cuautla; mientras él se disponía a marchar, desde Yautepec, sobre la hacienda de San Carlos.

La secretaría de Guerra ordenó, sin embargo, que Casso López



esperara en Jonacatepec la llegada de Figueroa, para así poder avanzar sobre Cuautla. El levantamiento de Jesús H. Salgado en Teloloapan, Guerrero, obligó entonces al cacique de Huitzuco a regresar apresuradamente y dejar el mando de sus tropas a Federico Morales.

Esa nueva maniobra de Huerta volvió a tensar la situación en Cuautla y –afirma Gildardo Magaña– Eufemio Zapata sugirió fusilar a Madero por traición; a lo que se opuso Emiliano, porque "él es el jefe de la revolución y la mayor parte del pueblo todavía le tiene fe; que suba al poder, si lo dejan, y si estando en él no cumple los compromisos que tiene contraídos con el pueblo, ya verás que no faltará un palo en qué colgarlo".[67]

> –Dice [Madero a Zapata], deja ya ese problema agrario, te voy a dar la hacienda o la fábrica de Río Blanco. Te vas para allá, para el estado... creo que de Veracruz, te vas para allá dejas el pueblo.
>
> –Dice Zapata, yo no le ofrecí manta al pueblo, ni percales, le ofrecí tierra y agua y se los he de cumplir.
>
> –Mira, el pueblo no es agradecido.
>
> Entonces se enojó Zapata, dice:
>
> –¿El pueblo no es agradecido?, dice, mira Madero no te mato porque el pueblo no sabe que eres un traidor, voy a dejar que se desengañe el pueblo.
>
> Ya montó en su caballo y nos salimos pa'la Villa.
>
> Próspero García Aguirre,
> general del Ejército Libertador[68]

Cuando Madero regresó a la capital, dejó un escrito a los zapatistas en que se hizo constar su actitud pacífica y su disposición para considerar a algunos de ellos como "oficiales en depósito", estipulando que tal reconocimiento no amparaba a ninguno que hubiera cometido algún delito del orden común. Había exigido a Zapata la entrega de Francisco Mendoza, por los sucesos de Atencingo, y no estaba dispuesto a perdonar. El gobernador, por su cuenta, reclamaba la aprehensión de otros jefes. Pero tuvieron una respuesta violenta: "Mire, señor Madero, para que estos científicos detengan al más humilde de mis soldados, necesitan acabar antes conmigo", relata Magaña. Madero, además, firmó un documento dirigido a Zapata en que le decía "aprecio debidamente los servicios que usted prestó a la revolución, en atención a lo cual, cuando

yo llegue al poder le aseguro que le recompensaré debidamente sus servicios".[69]

Entonces dijo Zapata ¡una tizna! Vámonos a los cerros a pelear con cuerdas. Ya esto ya es política, y ¡ya!, decíamos. Nosotros nos fuimos a los cerros a poner emboscada, en los cerros y en las cañadas; para cuando saliera el gobierno, ahí esperarlo ¿verdad? ¡Ándele, duro!...

Serafín Placencia Gutiérrez,
capitán segundo de caballería del Ejército Libertador[70]

Hastiado por todas las dificultades que había pasado en Morelos, Madero decidió partir rumbo a Yucatán, dejando una extensa carta al presidente, en que le acusaba de facilitar inconscientemente, la obra del general Bernardo Reyes. Advertía además: "lo único que haré será tomar mis precauciones para prepararme yo también para la guerra civil... me retiraré a la frontera en espera de los acontecimientos". Decía no confiar en la lealtad del ejército, mientras no se hicieran "los cambios de jefes que tantas veces he indicado a usted y que usted me ha ofrecido hacer", al tiempo que pedía no licenciar más tropas insurgentes.[71] Esto, sin embargo, fue sólo una posición extrema y pasajera de la política de Madero; un forcejeo, porque el presidente interino maniobraba para aplazar las elecciones.

El 29 de agosto, el consejo de ministros ordenó a Huerta la persecución de Zapata, al atender una petición de Tomás Ruiz de Velasco. La secretaría de Guerra acordó la ocupación de Cuautla. La recuperación militar de Morelos estaba a punto de terminar y el cerco sobre Zapata se había cerrado. Al conocer la resolución del gobierno, parte de las armas entregadas por los rebeldes en Cuautla fue recuperada por Jesús Jáuregui, Emigdio Marmolejo y Juan Merino. Los zapatistas se concentraron en Chinameca.

Llegando pidieron permiso para jugar unos toros. Allí estaba el corral hecho. Dos días todos jugaron y el administrador de la hacienda llamó por teléfono a Cuautla que ahí estaba Zapata con cuarenta hombres; si lo querían agarrar, que era tiempo. Tenía cuarenta hombres pero pocas armas... [Federico Morales] salió con seiscientos hombres para Chinameca. Zapata puso una avanzada en el tecorral del camposanto de doce hombres y él se quedó con los demás adentro de la hacienda... llegaron los colorados que iban por la cañada, llegaron a donde estaba la avanzada.

Dijeron, ¿quién vive?, y dijeron que Figueroa. Los zapatistas tiraron dos bombas para comenzar y descarga y descarga. Diez y doce se tumbaban en todo el tecorral y los bomberos andaban listos y los dejaban muertos. Entonces le llegó el parte a Zapata. Estaba comiendo en la casa de Santiago Posada, cuando le llegó el parte que el gobierno lo sitiaba. Salió en su caballo y ya en el obrador se quedó parado con quince hombres que lo rodeaban armados. Y el gobierno ya venía, cuatrocientos hombres armados sobre él. Se apeó del caballo, metió mano al rifle y empezó a tirar. Montó en el caballo, se revolvió con unos y salió. Salió con dos y él, tres. Se fue pa'l cerro y allí comenzó la lucha. Entonces se fue para el Salado y ahí se internó para el cerro de Ayoxuxtla.

Próspero García Aguirre,
general del Ejército Libertador[72]

### *De nuevo la guerrilla*

En poco más de tres meses de gobierno provisional, los zapatistas fueron arrinconados progresivamente, perdieron el territorio ganado en la guerra, se replegaron hasta la montaña de Guerrero y Oaxaca; y emprendieron una guerra que no deseaban. En los primeros días de septiembre, Juan Andrew Almazán se incorporó al contingente rebelde. El 12 del mismo mes atacaron Huamuxtitlán con el objeto de abastecerse. De inmediato enfilaron rumbo a Oaxaca, pasando por Alcozauca. En la región de Silacayoapan, Zapotitlán Lagunas, Ahuehuetitlán y Mariscala llamaron, al levantamiento armado, a los mixtecos que comenzaron a formar pequeños núcleos guerrilleros. A mediados de septiembre, Zapata inició un movimiento de retorno a Morelos.

Mientras tanto, Huerta, al mando de tres mil efectivos del ejército, había llevado a cabo diversas operaciones para asegurar el territorio de Morelos. La primera fase, la ocupación de las seis cabeceras municipales, había concluido exitosamente con la recuperación de Cuautla. Simultáneamente, los rurales, seiscientos de caballería jefaturados por Federico Morales y Gabriel Hernández, emprendieron acciones de rastreo en la zona comprendida entre Chinameca, Axochiapan y Huautla. El 13 de septiembre desde Joju-

tla, una plaza decisiva para el control del sur de Morelos, Huerta envió un informe al presidente: "hemos recorrido todo el territorio del estado sembrando, si cabe la palabra, la confianza en todas partes y predicando con la palabra, con los fusiles y con los cañones del gobierno de la república la armonía, la paz y la confraternidad; en los lugares donde nos han recibido con seriedad hemos sido serios y en aquellos donde nos han recibido con dinamita y fuego de sus armas fratricidas hemos contestado en la misma forma, dejando siempre bien puesto el honor del ejército y sosteniendo incondicionalmente el poder del gobierno y de la república. En todo el estado hemos sido recibidos mal, mal, muy mal".[73]

Enterado de que Zapata había atacado Huamuxtitlán, el general Huerta empezó a prepararse para incursionar en el estado de Guerrero, pero el gobernador, Francisco Figueroa, consiguió evitarlo al argumentar que "su presencia produciría efectos contraproducentes". A cambio, Figueroa ofreció enviar una columna de mil doscientos hombres al mando del jefe exinsurgente Guillermo García Aragón, quien llegó a Chilapa el día 19 de septiembre. Desde allí, cuando Zapata se encontraba en el sur de Puebla, a ciento veinte kilómetros en línea recta, informó García Aragón que dispersaba a sus tropas para realizar un movimiento envolvente y ¡cercar a los zapatistas! A esa distancia, evidentemente nunca los enfrentó. Los vecinos de Tlapa y Huamuxtitlán se quejaron amargamente de la falta de refuerzos.

Además de guarnecer las cabeceras distritales de Morelos, Huerta estableció protección a la línea del Ferrocarril Central, desde Cuernavaca a Puente de Ixtla, y a la línea del Ferrocarril Interoceánico en los tramos de Cuautla-Puente de Ixtla, por el centro del estado; así como a la de Cuautla-Puebla, por el oriente. Seguro del repliegue zapatista hacia el sur, también dispuso una línea defensiva entre Puente de Ixtla, Jojutla, Axochiapan y Chinameca, que tenía como eje a Jojutla, centro ferrocarrilero y principal ciudad comercial, donde radicaba la columna volante de los pelones.

También fueron movilizados, en contra de los zapatistas, efectivos del estado de Oaxaca. El gobernador provisional, Heliodoro Díaz, obtuvo el apoyo del ingeniero Ángel Barrios ubicado en Tlaxiaco, para cortar la retirada zapatista de Silacayoapan.[74] Barrios había sido militante magonista, encarcelado de 1906 a 1909 por el delito de rebelión y, posteriormente, de febrero a mayo de 1911. Más tarde fue opositor del gobierno de Madero y se sumó al Ejército Libertador, donde llegó a tener el grado de general dentro del



Estado Mayor de Zapata. De Puebla, el general Agustín del Pozo, también antiporfirista con base en Acatlán, se agregó a la campaña contra los rebeldes y se puso en alerta al coronel Rojas, en esos días radicado en Tehuacán. De Guerrero, hizo frente a los zapatistas el exrevolucionario Enrique Añorve, encargado de la guarnición de Tlapa. En suma, el enemigo que enfrentaban los zapatistas concentraba a tres de los más destacados jefes del ejército federal, Huerta, Blanquet y Casso López; así como a una, poca eficaz, pero no despreciable, fuerza de tropas exrevolucionarias de Guerrero, Oaxaca, Puebla, Hidalgo y Veracruz. Más tarde lanzaron en su contra a los Cazadores de Zacapoaxtla.

Originario de la montaña de Guerrero, Almazán contribuyó en las acciones zapatistas en la zona, pero no para una mejor definición política. Los zapatistas habían sido expulsados de Morelos y obligados a replegarse sobre su retaguardia natural. Por el momento, su objetivo era sostenerse hasta el establecimiento del nuevo gobierno, con la esperanza que así cambiara su situación.

Desde una posición defensiva, definían a su movimiento como una contrarrevolución. Un mensaje donde se invitaba a Antonio Menchaca, de Oaxaca, a sumarse a su lucha señala, el 20 de septiembre: "Le participamos en conformidad con sus deseos, estamos de acuerdo en que se levante cuanto antes a recoger armas y caballos, aliste su gente y muévase cuanto antes, agitando a las rancherías y pueblos con el [fin] de que el gobierno encuentre dificultades. El tema de la contrarrevolución es: que se entregue a los pueblos sus terrenos, supresión de la contribución personal y rebajo en las demás contribuciones, multiplicación de escuelas etcétera, etcétera, y por último que el señor Madero cumpla *todo* lo que ha ofrecido. Sufragio efectivo y no reelección. El general Almazán, el general Emiliano Zapata. P. D. Supresión de las jefaturas políticas".[75]

Ambrosio Figueroa lanzó un manifiesto, el 25 de septiembre, antes de tomar posesión como gobernador de Morelos. En él definía su posición ante los reclamos campesinos: "No me pidáis la resolución del difícil programa agrario, porque ni mi competencia, ni el tiempo de que dispongo me bastarían para resolverlo. Cuando yo me levanté en armas, sólo os ofrecí libertades; éstas están conquistadas y por ellas velaré sin descanso... pondré en juego mis buenas relaciones con el honrado pueblo para hacer que la acción de la justicia caiga implacable sobre los trastornadores del orden... Morelenses: en nombre de la paz y de la prosperidad... colgad las armas y tomad los instrumentos de labranza. Sufragio efectivo. No reelección".[76]

Mientras tanto, Huerta recibió informes que le hicieron detener momentáneamente la ofensiva que había preparado en contra de los insurrectos. Había enviado al teniente coronel Fortino Dávila para negociar con Almazán. Le escribió Huerta al presidente, el 26 de septiembre, desde Chiautla: "entiendo que Almazán y los suyos, así como el resto de los zapatistas se rendirán incondicionalmente. Sobre este particular me permito respetuosamente manifestar a usted que si tratan de licenciarse de nuevo no debe aceptarse esa condición y tan sólo debe concedérseles la vida, pues han hecho muchas picardías y si se rinden no es por convencimiento, sino por necesidad. Esto con relación a Zapata y los suyos. Respecto de Almazán, me parece un hombre bueno, de alguna cultura y podría, a mi juicio, hacérsele alguna concesión; como por ejemplo, darle el mando de algún Cuerpo Rural en algún estado que no fuera ni Guerrero ni Morelos".[77] Y se despide enviando, de nuevo, un beso a la mano del señor presidente.

Al día siguiente, Huerta pidió a Nacho León de la Barra le diera un abrazo "muy expresivo al señor presidente recitándole antes aquel verso de Salvador Díaz Mirón que dice: Los claros timbres de que estoy ufano/ han de salir de la calumnia ilesos./ Hay personajes que cruzan el pantano/ y no se manchan: mi plumaje es de esos".[78] El lema del general era: Yo nunca digo lo que siento y nunca siento lo que digo. Desde hacía un mes, las críticas al gobierno provisional centraban los ataques en su contra, y presagiaba nubarrones bajo el gobierno de Figueroa en Morelos.

En esa carta informaba que, por medio de Almazán, sabía que una comisión zapatista viajaba a México para negociar la rendición. En efecto, Almazán, José Trinidad Ruiz y Jesús Jáuregui entregaron al gobierno, el 28 de septiembre, un memorial zapatista que contenía sus condiciones. Exigían la destitución de los gobernadores provisionales y el retiro de los federales de los estados de Morelos, Puebla, Guerrero y Oaxaca; el nombramiento de autoridades civiles y militares según la voluntad del pueblo o de los "gefes de la presente contrarrevolución" [sic]; demandaban la suspensión de las elecciones (locales, al parecer), la libertad a todos los reos políticos del país y "que se dé a los pueblos lo que en su justicia merecen, en cuanto a tierras, montes y aguas, que ha sido el origen de la presente contrarrevolución".[79]

La respuesta del presidente fue que esas pretensiones eran inaceptables. Percibió, además, en esta petición una maniobra de los zapatistas para ganar tiempo y les impuso un plazo de cuarenta y



ocho horas para someterse, antes de reemprender el ataque que Huerta había preparado. Los comisionados zapatistas regresaron a Morelos, dijo de la Barra a Agustín del Pozo, "para comunicarle a su jefe que este gobierno sólo está dispuesto a tratar con benevolencia, dentro de los límites de la ley, a los culpables de delitos del orden político que se sometan incondicionalmente al jefe de las armas federales antes del jueves próximo. Como ve usted, nada se dice de los delitos del orden común, cuyos autores quedarán siempre sujetos a la ley".[80] El umbral de la ruptura seguía vigente.

El plazo terminante de cuarenta y ocho horas, después de iniciada la ofensiva militar del gobierno, fue ampliado a petición de Huerta a quince días; a fin de lograr la rendición incondicional de Juan Andrew Almazán, que se efectuó el 5 de octubre. Agustín del Pozo destinó vigilantes sobre Almazán para, en el camino de regreso, determinar la posición exacta en que se encontraba Zapata, cerca de Acatlán.

De manera simultánea al inicio de la ofensiva de Huerta, aparecieron a su retaguardia brotes guerrilleros. El 2 de octubre, una fuerza jefaturada por Lorenzo Vázquez amenazó Jojutla y Tlaquiltenango, que habían visto reducida su guarnición.

Durante las dos semanas siguientes, la situación militar comenzó a cambiar. Al poniente de Cuernavaca, en los límites con el Estado de México, fueron atacados Ajuchitlán, Santa Rosa y el Colorín. El general Cándido Aguilar estacionado en Axochiapan, fue atacado por más de mil insurrectos, al mando de Francisco Mendoza, que también volaron el puente Barranca del Muerto del Ferrocarril Interoceánico. Luego, Mendoza atacó la hacienda de Atencingo y el pueblo de Axochitlán. El día 11 volvió sobre Axochiapan, que había sido desocupada por Cándido Aguilar. Otro grupo atacó Jonacatepec, donde fue fusilado el exinsurgente coronel Crispín Márquez.

Los jefes figueroistas, Federico Morales y Guillermo García Aragón, que sólo habían mostrado eficacia por medio de celadas, telegrafiaron al gobernador para comunicarle que sus caballos estaban cansados y que no podían efectuar ninguna persecución. Finalmente Morales se replegó a Cuernavaca. Los hacendados exigieron garantías al gobernador; y éste, al presidente, refuerzos, pases especiales para el ferrocarril y municiones.

Otro grupo rebelde apareció por el rumbo de Tepoztlán. Félix Franco atacó Chiconcuac, Tetecalita y San Vicente, en el centro del estado, amenazando Cuernavaca. Se le sumaron los peones de esas haciendas y de Atlacomulco. Una columna guerrillera más surgió

por el rumbo de la zona industrial de Metepec y Atlixco, encabezada por Eufemio Zapata y Felipe Vaquero. Este último tomó por asalto Tochimilco. En el norte aparecieron grupos armados en la zona de Ozumba y Tepetlixpa, Estado de México.

En la línea de frente que había establecido Huerta, al sur de Puebla, Emiliano Zapata aguardó la ofensiva federal. Presentó combate, escaramuzas solamente, en algunos poblados hasta llegar a Tehuitzingo. Allí, en hábil maniobra guerrillera dividió su columna y fingió una retirada rumbo a Acatlán. Hacia allá se dirigió Huerta. Zapata, sin embargo, regresó a Morelos, a marchas forzadas, y el 15 de octubre amenazó la hacienda de Tenextepango; además de exigir la rendición de Cuautla.

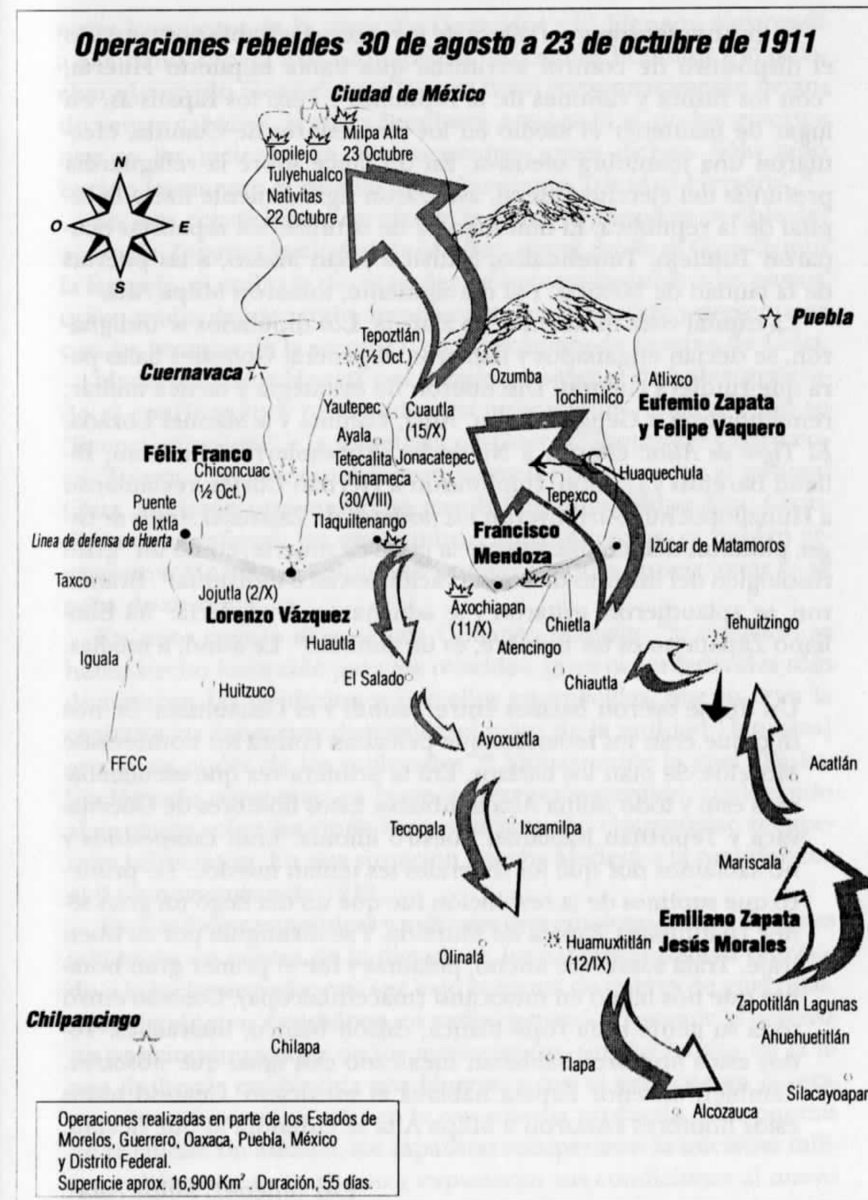
Ese día se realizaban las elecciones para presidente y vicepresidente de la república. La democracia se consternaba y Zapata se volvía leyenda.

Gabriel Hernández buscó a Zapata durante un recorrido de tres días por Piaxtla, San Miguel Amoloe, Tulcingo, Chila de la Sal y Chinantla, entre otros lugares; sin más resultado que la detención de "un individuo propagandista y enviado de Zapata para que le diera cuenta de más datos, según confesó; lo mismo que haber tomado parte en el encuentro de Axochiapan, por cuyo motivo ordené su ejecución que se verificó a las 7:30 pm".[81]

Mientras tanto, en la retaguardia de los zapatistas, las montañas de Guerrero y de Oaxaca, continuaron los combates. El gobierno de Chilpancingo se vio obligado a enviar, como refuerzo, a las tropas de Julián Blanco a la zona de Mochitlán. Una partida de quinientos zapatistas, encabezada por Jesús Morales, atacó Santa Ana Rayón, Cienaguilla, Zapotitlán Lagunas, Ihualtepec y Ahuehuetitlán en el distrito de Silacayoapan, Oaxaca. El nuevo gobernador de ese estado, Benito Juárez Maza, informó al presidente que se requerían refuerzos, provenientes de Puebla o de Guerrero; que los alzados traían una pieza de artillería y dos ametralladoras. Pocos días más tarde, *El tuerto* Morales, avanzó con su columna zapatista desde Oaxaca y se introdujo en el estado de Puebla.

El 20 de octubre, los zapatistas que operaban por la hacienda de San Vicente asaltaron un tren en la estación "El Mango". Ambrosio Figueroa pidió urgentemente un tren especial con trescientos efectivos del ejército federal para perseguir a las gavillas. De la Barra pasó el mensaje, "con la urgencia del caso", a la secretaría de Guerra, que respondió: "No hay fuerza disponible que pueda mandarse de esta capital".[82]





La contraofensiva guerrillera de los zapatistas había desbaratado el dispositivo de control territorial que había impuesto Huerta, "con los fusiles y cañones de la república". Pero los zapatistas, en lugar de mantener el asedio en los alrededores de Cuautla, efectuaron una maniobra ofensiva. En un lance sobre la retaguardia profunda del ejército federal, avanzaron sigilosamente hacia la capital de la república. El domingo 22 de octubre, los zapatistas ocuparon Topilejo, Tulyehualco, Nativitas y San Mateo, a las puertas de la ciudad de México. Y al día siguiente, tomaron Milpa Alta.

La capital vivía momentos de alarma. Los diputados se indignaron, se decían engañados y llamaron al general González Salas para que rindiera cuentas. Discutieron de estrategia y táctica militar; rememoraron a Genghis Kahn, Atila, Catilina y a Manuel Lozada, *El Tigre de Alica*; citaron a Nietzsche, Robespierre, Mirabeau, Billaud Barenns y Dantón. Imploraron a Hernán Cortés; reclamaron a Huitzilopochtli. Atribuyeron los poderes de Zapata al *Anillo de Giges*; pidieron democráticamente la pena de muerte, como un "grito fisiológico del instinto de conservación social e individual". Bramaron, se aplaudieron, gritaron y se adornaron. Uno decía: "Ya Emiliano Zapata no es un hombre, es un símbolo". Le atinó, a medias.

> Un día se oyeron balazos entre Teuhtli y el Cauauhtzin. Se nos dijo que eran los federales que peleaban contra los hombres de Morelos. Se oían los balazos. Era la primera vez que escuchábamos esto y todo Milpa Alta temblaba. Estos hombres de Cuernavaca y Tepoztlán hablaban nuestro idioma. Eran campesinos y no sabíamos por qué los federales les tenían miedo... Lo primero que supimos de la revolución fue que un día llegó un gran señor (tlatihuani) Zapata de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano (macehualcopa). Cuando entró toda su gente traía ropa blanca, calzón blanco, huaraches. Todos estos hombres hablaban mexicano casi igual que nosotros. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta se entendía lo que decían.
>
> Luz Jiménez, Milpa Alta[83]

Un día antes del ataque a Topilejo, el general Gabriel Hernández aseguraba que había impuesto gran derrota a Zapata, cerca de Tlaltizapán. Decía al presidente de la república: "Hoy a las 3 pm, entre los puntos de la presa los Dormidos y El Jilguero, sorprendí a Emiliano Zapata que capitaneaba quinientos hombres y al escuchar el nutrido fuego de mis fuerzas huyó vergonzosamente dejando veinte caballos, armas y bombas y arrojando al río los muertos que se les hicieron en los encuentros antes dichos. Sólo salió herido levemente el caballo del subteniente Trinidad Herrero".[84]

En esas condiciones, en efecto, la única explicación posible del acoso de Zapata a la ciudad de México, era el *Anillo de Giges*. Según la leyenda, el anillo le dio el poder de hacerse invisible a un pastor, quien pudo, de ese modo, levantar una fuerza militar y presentarse con las ventajas de la sorpresa, en la recámara de la reina de Lidia.

Madero acusó a Huerta y al propio presidente de haber generado el conflicto, por no atender sus indicaciones. Huerta pidió su "licencia absoluta" a la secretaría de Guerra. Tropas de Cuernavaca, Toluca y de la capital fueron llamadas para apoyar al general Cáuz. Hicieron una maniobra envolvente sobre Milpa Alta. Cuando la completaron, no encontraron a los zapatistas; ya habían regresado a Morelos. El diputado Lozano corrió a inspeccionar la alcoba de su reina.

En unos cuanto días, señala Gildardo Magaña, "la situación se había hecho favorable para los rebeldes, pues ya los federales sólo dominaban las poblaciones por ellos guarnecidas, que lo eran la capital y las cabeceras distritales; el resto de la entidad [Morelos] estaba en poder de los sublevados".[85] Militarmente la guerrilla había logrado recuperar, en parte, el territorio perdido, replegando al enemigo sobre las ciudades; políticamente, el zapatismo recuperaba la iniciativa. En esta situación llegaba Madero a la presidencia, el 6 de noviembre de 1911.

En condiciones políticas y militares desventajosas, muy diferentes a la lucha en contra de la dictadura, los zapatistas habían regresado a la lucha armada; esta vez bajo la forma de guerra de guerrillas. Con el golpeteo simultáneo en varios puntos, sin asumir la defensa de posiciones; rapidez de los movimientos, sin dar batalla en la línea de frente establecida por Huerta; y con el combate en la retaguardia del enemigo, aún en la retaguardia profunda, a las puertas de la ciudad de México, los zapatistas recuperaron la iniciativa militar, volvieron a su territorio y expusieron sus condiciones al nuevo gobierno.

El 11 de noviembre demandaron una ley agraria para mejorar las condiciones de los trabajadores del campo, la renuncia de Figueroa y el nombramiento del nuevo gobernador por parte de los

jefes revolucionarios, el retiro de las fuerzas de ocupación y el sostenimiento de una fuerza armada de quinientos zapatistas. La respuesta del presidente Madero, al día siguiente, fue decisiva: "lo único que puedo aceptar es que inmediatamente Zapata se rinda a discreción y que todos sus soldados depongan inmediatamente las armas".

Las últimas esperanzas de que el líder de la revolución triunfante escucharía la justa petición de los pueblos del sur, se rompieron. El desarme de los campesinos y la restauración del monopolio de las armas era el asunto fundamental de la naciente democracia, la condición previa para escucharlos; el requisito primario, la sumisión; luego el castigo por los hechos de sangre y atentados a la propiedad, por los delitos del orden común.

Los zapatistas dejaron de creer que los de arriba escucharían la justa petición y asumieron la emancipación como obra propia. Decidieron volver a montar el caballo y empuñar las armas, hasta vencer o morir como proclama el Plan de Ayala. Nunca los rindieron.

Así legaron la fundación del zapatismo, con su decisión inquebrantable de reconquistar las tierras, los montes y las aguas, de restaurar por fin los agravios y humillaciones de cuatro siglos: con su amor por la madre tierra, la que se dice patria.

–¿Y usted, por qué no se licenció si ya la mayoría había dejado las armas?

–Pues porque yo dije que nunca me iba a rendir. Que mejor aventaba las carabinas, pero ser rendido nunca.

–¿Qué pensaba hacer?

–Pues nada... [llora]. Es triste que uno esté con... agarra uno a Emiliano Zapata, se vuelve uno solito. Pues mejor muerto, pero nunca ser rendido.

Félix Vázquez Jiménez, setenta y siete años, *Cieguitos*,
mayor de caballería del Ejército Libertador[86]





# La ruptura

Silbatos de fábricas y talleres, treinta y tres bandas de música de todo tipo –desde militares a indígenas de Iztapalapa y Xochimilco– y campanas de iglesias anunciaron, durante la madrugada, el acontecimiento de ese lunes 6 de noviembre. Desde las cinco de la mañana una multitud se dio cita en la esquina de Liverpool y Berlín, en la capital de la república; y alrededor de las siete apareció en el balcón el homenajeado, para agradecer las mañanitas. Poco más tarde, en medio de la multitud y bajo una lluvia de pétalos y confeti, cruzó las calles del centro adornadas con arcos, flores y festones y llegó en su carruaje oficial a la Cámara de Diputados. Un destacamento de gendarmes trató inútilmente de contener la ola humana que aclamaba al nuevo presidente que rindió protesta. Al entrar a Palacio Nacional, al mediodía, los clarines entonaron el Himno Nacional y los cadetes del Colegio Militar presentaron armas.

En el Salón de Embajadores dio su primer discurso en el que remarcó el histórico hecho: "A vos ilustre ciudadano [Francisco León de la Barra, ministro de Relaciones en el ocaso de la dictadura de Díaz, hijo de un militar emigrado de Chile, naturalizado mexicano], os ha cabido la satisfacción de ser el primer presidente de nuestra república que transmita el poder a su sucesor en las condiciones soñadas por nuestros constituyentes, y yo os aseguro que vuestro ejemplo no será estéril, pues tengo la firme resolución de imitaros al finalizar el periodo presidencial a que he sido llamado por el voto libre de mis conciudadanos. Esta circunstancia me permitirá gobernar sin ningún género de compromisos y atento única y exclusivamente a vigilar que la voluntad del pueblo se respete".[1]

El ritual de transmisión de poderes continuó en el Salón Verde, donde recibió felicitaciones y buenos augurios del cuerpo diplomático, a cuyo nombre "pronunció una hermosa alocución el Excelentísimo señor embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson".[2]

Luego, el flamante presidente recibió los saludos de los representantes de los otros poderes, Lanz Duret por la Cámara de Senadores, José Castellot por los diputados, varios ministros de la Supre-

ma Corte y generales del ejército. Salió al balcón central de palacio a recibir una aclamación delirante e inmediatamente después designó su gabinete, integrado por dos de Chihuahua, dos de Coahuila, uno de Sinaloa, uno de Veracruz y uno del Distrito Federal. De ellos, el más viejo tenía cuarenta y nueve años y el más joven treinta y cinco, Juan Sánchez Azcona, periodista que estudió Ciencias Sociales en la Sorbona. Políticamente predominaba la tendencia conservadora y exporfirista que acaparaba los ministerios de Guerra, Relaciones, Hacienda, Justicia y Fomento. Mientras que los que venían de la lucha en contra de la dictadura ocuparon las carteras de Gobernación, Comunicaciones, Instrucción Pública y la secretaría particular de la presidencia.

Como ministro de Guerra y Marina nombró al general brigadier de infantería José González Salas, de cuarenta y nueve años, oriundo de Chihuahua; en cuya hoja de servicios sólo eran valiosas una Cruz de Honor otorgada por los importantes servicios que prestó, del 2 de febrero de 1901 al 30 de agosto del año siguiente, en la campaña para someter rebeliones de pueblos mayas en Yucatán, con lo que logró ascender al grado de coronel; y otra Cruz de Honor por participar, del 7 de febrero de 1906 al 13 de octubre de 1909, en el aplastamiento de las sublevaciones yaquis en Sonora, con lo cual escaló al generalato.[3]

Por la noche, las bandas de Artillería, Estado Mayor y Zapadores dieron una brillante serenata en la Plaza de Armas. El señor presidente y distinguidas familias invitadas escucharon desde los balcones el notable concierto. El gentío inmenso que se congregó admiraba las espléndidas iluminaciones de Catedral y los Palacios Municipal y Nacional. Cerca de las doce de la noche renació la calma en el pueblo de México, que durante todo el día había permanecido en ajetreo y bullir continuos, escribió el *reporter* de *El Correo Español*.

Las fiestas duraron tres semanas. Veladas, novilladas, kermesses, regatas, conciertos, festivales, romerías y banquetes fueron organizados por los revolucionarios triunfantes, por banqueros, agricultores, industriales y comerciantes, por el American Club, University Club, Country Club, Silvestre Club, Beneficencia Española, Lonja Mercantil, British Casino, Colonia Francesa y Casino Alemán, entre los más importantes.

Especial fue la expectación que provocó el gran banquete organizado por el Club Aquiles Serdán, para el sábado 11 en el Bucarelli Hall, a donde llegó el señor presidente a las nueve de la noche en punto, acompañado de su Estado Mayor. Los muros del salón esta-



ban totalmente cubiertos de grandes rosetones de flores naturales que destacaban, entre guías de laureles e insignias de Ley y Libertad, el retrato de Madero. Frente a ése, un rostro del mártir revolucionario Aquiles Serdán era flanqueado por dos banderas nacionales. Los asistentes, de rigurosa etiqueta, eran compañeros de lucha del presidente, como Ambrosio Figueroa y Venustiano Carranza; otros, sólo advenedizos y hubo también representantes del ejército porfiriano. Las damas de la elevada sociedad, con la variedad y riqueza de sus trajes y alhajas; así como los diplomáticos y sus vistosos ropajes de gala estuvieron ausentes. Los comensales disfrutaron de un apropiado Menú: *Hors d'oeuvre variés, Potage Chevreuse, Volauvent financière, Aspic de Foie Gras a la Bellevue, Sorbet au Champagne, Dindonneau Rôti, Asperges a la Japonaise, Salade Mimosa, Pâtisserie, Café-Fruits-Liqueurs, Haut Sauternes, Champagne Mumm, Extra Sec, Bas Medoc y Pommar.* El toque nacional y revolucionario lo dio el *Huachinango a la Riché*, la ensalada *Bombe Mexicaine* y el *Coeur de Filet Robespierre*.

A la hora del *champagne*, Madero hizo el brindis durante el cual acentuó que su bandera era no sólo el sufragio efectivo, sino también la no-reelección; recordó frases de George Washington y lanzó elogios al ejército. Estruendosos aplausos fueron tributados al señor presidente por su expresivo brindis; e inmediatamente el general Victoriano Huerta tomó la palabra para pedirle a Madero: "No dude usted del ejército nacional, señor presidente, pues todos son hermanos míos y le protesto a usted de nuevo nuestra adhesión y respeto". Delirante ovación –publicó *El Diario*– se tributó al general Huerta, quien estaba verdaderamente emocionado.[4] Madero sintió la necesidad de intervenir nuevamente, para señalar que él nunca había dudado del ejército y que por el contrario, siempre lo había alabado; además de guardar en ese instituto la más plena confianza. Muchos de los presentes sabían que, apenas cuarenta y ocho horas antes, Madero había ordenado a la secretaría de Guerra y Marina que dejara sin efecto la baja de Huerta y siguiera como vocal de la Junta Superior de Guerra.[5]

Después del brindis, el presidente anunció su retirada y el Himno Nacional, interpretado por la Banda de Policía, "volvió a estremecer con sus sonidos a todos los mexicanos allí presentes".[6] Cerca de las doce de la noche terminó el banquete.

Fuera de este ámbito, no todo era delicia. Una fracción de maderistas había proclamado el Plan de Tacubaya, donde se desconocían las elecciones y la imposición de José María Pino Suárez como vicepresidente. El general Reyes, contendiente electoral de Made-

ro, también se rebeló en Tamaulipas y pasó a Estados Unidos donde pronto fue aprehendido.

En Juchitán, Oaxaca, miles de indios se habían sublevado el 1 de noviembre; y el ejército federal desencadenó una atroz represión que dejó más de quinientos muertos en un solo día. La rebelión ocurrió a consecuencia de que el gobernador de la entidad, licenciado Benito Juárez Maza, trató de imponer a la autoridad local reemplazando al licenciado José F. Gómez, *Che Gómez*. Luego de la masacre, siguieron los enfrentamientos varios días y los juchitecos incendiaron el Palacio Municipal y el Hotel Central. *Che Gómez* negoció la rendición, bajo la advertencia de los indios que le dijeron: "Tú mandas y nosotros te obedecemos, pero si nos engañas no te escapas". A pesar de las negociaciones, Benito Juárez Maza ordenó la detención del dirigente juchiteco quien, en el trayecto a la capital del estado, fue asesinado por sus aprehensores. En Tizmequiach, Yucatán, estalló, por esos días, otra sublevación de indios que se apoderaron del cuartel y saquearon la tesorería y casas comerciales.

Mientras tanto, en Ayala, fracasaron las negociaciones de Gabriel Robles Domínguez para lograr la "rendición a discreción" de Emiliano Zapata. El ejército cercó a los rebeldes en el cerro del Aguacate, de donde lograron huir bastante diezmados. Al día siguiente, el 14 de noviembre, Madero declaraba a *El Heraldo Mexicano* que no había motivo para temer a "las hordas de Zapata". Dijo Madero: "Ya se notificó a éste y a sus secuaces que les sería perdonado el delito de rebelión, pero se les juzgará conforme a la ley por los crímenes del orden común que hubieran cometido. Rehusaron rendirse en esas condiciones, y en tal virtud las tropas federales y las fuerzas rurales que se hallaban en el campo de operaciones, recibieron orden de proseguir la campaña, hasta aniquilar a los rebeldes".[7]

Elegido casi por la unanimidad de cerca de veinte mil electores; ovacionado por la muchedumbre y agasajado por los miembros de los poderes, el inmaculado presidente actuaba y hablaba muy de acuerdo con los principios que adquirió desde infante. En su familia de prósperos colonos era menester un recio carácter y gran acopio de energías, desde que llegaron a esas tierras "deshabitadas" del norte de México. Tenían en alta estima el ejemplo del bisabuelo José Isidro, quien llegó en calidad de empleado de correos y posteriormente fue gobernador de Chihuahua; también fue solidario del Plan de Iguala de Iturbide y mataba apaches para defender su riqueza. Francisco fue educado además por maestros particulares; por jesuitas, en el famoso colegio de San Juan en Saltillo y, desde adolescente, según la costumbre de las familias acomodadas del norte, siguió su preparación en el extranjero, en Baltimore, en El Liceo Versalles y en la Escuela de Altos Estudios Comerciales en París; luego completó su formación en la Universidad de San Francisco, California.

"No hay que olvidar –escribió Juan Sánchez Azcona, entonces secretario particular del presidente– que Madero había consentido en ascender a la presidencia por la estricta vía constitucional y que siempre consideró como piedra angular de la redención nacional el respeto absoluto a la Constitución por parte de gobernantes y gobernados."[8]

Era un legalista y un demócrata moderno. Sánchez Azcona lo conocía bien, pues igual estudió en Europa, siendo tutor de ambos don Ignacio M. Altamirano, y compartió con Madero los placeres universales de la ciudad luz, "lo mismo en los bailes estudiantiles de *Bullier*, que en los menos inocentes del *Moulin Rouge*, que en los sólidos y muy ciudadanos del *Hôtel de Ville* y que en los ceremoniosos, encopetados y protocolares de las embajadas y legaciones extranjeras, [donde] Madero era un *habitué*".[9]

Los festejos continuaban a la par de la preocupación por los desórdenes públicos. El Congreso recibió la solicitud de incremento de haberes para los oficiales del ejército y la aprobó con una leve modificación; en lugar del cinco por ciento solicitado, concedió el veinte por ciento. El gobierno echó mano también de otras fuerzas, un poco menos institucionales. Así, Madero ordenó a la secretaría de Guerra que se le entregaran armas al exinsurgente general Francisco A. Gracia, al que le había dado instrucciones para levantar gente en Huaquechula y Atlixco, para "sofocar a las chusmas del tristemente célebre cabecilla Emiliano Zapata", en el estado de Puebla.[10]

Tal inquietud muy pronto se filtró hasta las elegantes fiestas, que continuaban celebrándose. El 25 de noviembre, la colonia estadounidense ofreció un banquete en honor del presidente en el American Club. El embajador de Estados Unidos hizo gala de sus habilidades al brindar: "Nosotros, americanos, no nos mezclamos en política o revolución mexicana, excepto, quizá, en que pudiéramos urgir más políticos y menos revoluciones... Estaremos a su lado sin reserva alguna, deseándole dicha y éxito en su gestión y también que por su mandato obtenga el pueblo mexicano felicidad y paz. Yo os ruego señores que os unáis a mí para expresar el sentimiento de que la república de los Estados Unidos Mexicanos sea una e indivisible y su presidente Madero".[11] Quizá tenía muy presente el in-

tento de un filibustero estadounidense, meses atrás, de separar a la Baja California dizque para fundar la república de Díaz. Cuando tocó el turno a Madero les dijo a los estadounidenses allí reunidos "puedo afirmar a ustedes que la ley ha recobrado sus fueros, que la paz es ya orgánica y los pequeños disturbios que se registran en algunas regiones del país son la consecuencia inevitable de la profunda sacudida que experimentó el pueblo para recobrar sus libertades políticas. Tengo la firme convicción de que muy pronto se habrá restablecido por completo la tranquilidad",[12] luego alzó su copa de *champagne* y brindó por "la prosperidad de la gran república y su digno gobernante el señor Taft". Grato sabor dejaron las palabras del presidente. Poco después, Henry Lane Wilson escribiría al Departamento de Estado: "Soy ahora de la opinión de que el señor Madero va a cambiar sus ideas de gobierno, y que a medida que pase el tiempo, se verá obligado por la fuerza de las circunstancias a regresar más y más al sistema implantado por el general Díaz, pagando así mudo y tardío, pero elocuente tributo a la sabiduría del gran presidente, su predecesor. He conversado largamente con el señor Madero en varias ocasiones... También está ansioso de que vengan extranjeros al país; y no sólo los recibirá bien, sino que estoy satisfecho de que en todo se esforzará por protegerlos. Cuando le informé recientemente, que había aproximadamente nueve mil americanos en la ciudad de México, expresó su deseo de que pronto hubiera el doble..."[13]

Ese mismo día, 25 de noviembre, en Ayoxuxtla, en la miseria de la sierra al sur poniente de Puebla, se reagrupaban varios jefes rebeldes.

Hacía tiempo que Emiliano Zapata traía la idea de tener un plan. "Porque nos tenían por puros bandidos y comevacas y asesinos y que no peleábamos por una bandera, y ya don Emiliano quiso que se hiciera ese Plan de Ayala para que fuera nuestra bandera", recuerda don Francisco Mercado.

Al principio eran sólo unos cuarenta rebeldes, que buscaron un lugar protegido de los federales, por El Salado, por Jolalpan, por Miquetzingo. Allí los guió Manuel Vergara, hasta un lugar donde Montaño, Trinidad Ruiz y Zapata se hicieron barranca abajo. Escondieron los caballos y mandaron traer papel, plumas y tinta para escribir. Los que abastecían, regresaban todas las tardes. Oían decir a Zapata "No compadre, le falta este y le falta el otro. Montaño nomás sacudía la cabeza", hasta que le gustó al jefe.[14]



Con dificultad, poco a poco, las ideas iban quedando sobre el papel. Ya no decían que su lucha era una contrarrevolución, hablaban de comenzar a continuar la revolución. Ya no sólo luchaban los zapatistas por el derecho de los pueblos a la restitución de sus tierras, montes y aguas; además, reivindicaban a los sin tierra, levantando la bandera de expropiación a los poderosos propietarios; y anunciaban la nacionalización de bienes contra los enemigos de la revolución, para indemnizar a los huérfanos y viudas del movimiento armado. Y ya no aparecía más la figura de autoridad, como Madero, destinadora de tierras y bienestar. Eran los pueblos y los ciudadanos, los operadores del cambio.

> Terminaron el plan y ya se bajaron a Ayoxuxtla, ahí llamaron a todos los jefes para que firmaran el Plan de Ayala. Ahí se reunieron. Estaba una música de como unos cinco instrumentos de Miquetzingo. Cuando Montaño leyó el plan se arrimaron todos los jefes; generales nada más había siete, coroneles diecisiete. Ya se paró Zapata y dijo: *Señores, el que no tenga miedo que pase a firmar, pero saben que van a firmar el triunfo o la muerte*, y ya se estuvieron arrimando primero los generales. Estaban Francisco Mendoza, Próculo Capistrán, Eufemio, Otilio y *el tuerto* Morales. Siete generales firmaron el plan y luego entraron los coroneles, uno era Pioquinto Galis, Emigdio Marmolejo que era de San Nicolás y no me acuerdo los otros. Y de los capitanes no me di cuenta. Yo estaba pegado a los soldados, yo era soldado, no sabía leer todavía y no me acerqué.
>
> Próspero García Aguirre,
> general del Ejército Libertador[15]

Lo que resultó de la traición de Madero no fue el desencanto de quienes se vieron burlados una vez más, ni el desistimiento y la disolución trágica de la reivindicación agraria. Lo que resultó fue la potenciación de la lucha zapatista, reproduciendo en escala ampliada un episodio de la siembra de 1910; aquél, en que el guardatierra de la hacienda preguntó a los de Anenecuilco: *¿Con qué permiso?* Y tuvo por respuesta: *¡Con el nuestro!*[16] Por eso, la de los zapatistas no fue la revolución de la simpatía general y la concordia. Pero, en Ayoxuxtla estaba presente la esperanza. Don Cristóbal Domínguez recuerda que, después de la firma, Montaño pidió pasar a jurar bandera; y que al terminar de jurar todos, cantaron el Himno Nacional,

"tocaron dos violines y un bajo, entonces hubo cohetes, de esos chiquitos que se tiran en el suelo".[17]

Ya luego que estuvo terminado el Plan de Ayala, por allá improvisaron una musiquita que no conocía ni nota y como que entonaron el Himno Nacional; y unos lloraban, porque usted ve que cuando está el Himno se enardece la sangre y dan ganas de llorar; y lloraron muchos hombres.

Ahí entonaron los pobres el Himno Nacional.

Y luego, el general Zapata se puso en el pabellón y un civil de traje, no recuerdo su nombre tenía así el lienzo y todos nosotros teníamos que pasar a jurar hasta morir o vencer. Sí, como yo que era joven, dije yo:

–¡Juro por mi honor y el honor de mis padres defender la causa hasta morir o vencer!

Y los que eran casados decían:

–¡Juro por mi honor y el amor de mis hijos defender la causa hasta morir o vencer!

Y ya luego que terminó el Plan de Ayala y el juramento, nos dijo a nosotros el general Zapata, dice, váyanse pa'sus pueblos ya no estén aquí, váyanse y por allá van a hacer la revolución con el compadre, con el amigo, con el que sea pero quiero que cada [uno levante] movimiento por allá.

Macedonio García Ocampo,
teniente de caballería del Ejército Libertador[18]

Los correos del zapatismo se encargaron de distribuir rápidamente el plan. En la capital de la república ninguno de los periódicos quiso publicarlo. Sólo el *Diario del Hogar* lo hizo el 15 de diciembre, por lo que se agotó el doble tiro que se imprimió y uno extra. Antes de sacarlo a luz Enrique Bonilla, redactor del *Diario del Hogar*, fue a mostrárselo a Madero.

–Mire usted señor, el famoso Plan de Ayala que ha proclamado Zapata desconociendo a su gobierno ¿no cree usted que debemos publicarlo?

La lectura del documento hizo brotar su recio carácter de colono próspero y demócrata moderno, y mirando a Bonilla, Madero le dijo:

–Sí, publíquelo para que todos conozcan a ese loco de Zapata.[19]



## Fuentes consultadas

ACERVOS DOCUMENTALES

*AARD* *Archivo Alfredo Robles Domínguez*
*CPD* *Colección Porfirio Díaz*
*FEZ* *Fondo Emiliano Zapata*
*FGO* *Fondo Genovevo de la O*
*FGM* *Fondo Gildardo Magaña*
*FRC* *Fondo Rafael Chousal*
*RG* *Ramo Gobernación*
*RR* *Ramo Revolución*

HEMEROGRAFÍA

*El Imparcial*
*El País*
*El Diario*
*El Correo Español*

FUENTES DE HISTORIA ORAL

Acevedo, Amador, coronel del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Píndaro Urióstegui M., México, Distrito Federal, 23 de junio de 1970 en *Testimonios del proceso revolucionario de México*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987.

Ahedo, Jesús L., coronel del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, México, Distrito Federal, 17 de noviembre de 1974, Programa de Historia Oral (PHO)/Museo Nacional de Historia (MNH), dirigido por Alicia Olivera de Bonfil (inédita).

Aldana, Carmen, coronel del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, Tepalcingo, Morelos, 2 y 30 de marzo de 1974, PHO/MNH (inédita).

Castillo Pineda, Florencio, soldado del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, en "Peones y campesinos zapatistas", *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista. Cinco ensayos*, varios autores, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México, 1980.

Díaz Lozano, Mateo, coronel del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Carlos Barreto, Villa de Ayala, 3 de abril de 1974, PHO/MNH (inédita).

García Aguirre, Próspero, general del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel y Salvador Rueda, Tlatenchi, Jonacatepec, Morelos, 16 de agosto de 1975, PHO/MNH (inédita).

García Ocampo, Macedonio, teniente de caballería del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, Juchitepec, Estado de México, 23 de abril de 1977, PHO/MNH (inédita).

Lora Mirasol, José, capitán primero de caballería del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, México, Distrito Federal, 2 y 4 de octubre de 1973, PHO/MNH (inédita).

Nava Moreno, Joaquín, soldado del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Citlali Marino, Chilpancingo, Guerrero, 25 de mayo de 1974, PHO/MNH (inédita).

Pariente Aldana, Agapito. Entrevista realizada por Alicia Olivera de Bonfil, Tepalcingo, Morelos, 2 de marzo de 1974, PHO/MNH (inédita).

Perdomo Martínez, Isaac, mayor del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, en op. cit.

Piñeiro Muñoz, Luis, soldado del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, Cuautla, Morelos, en loc. cit.

Placencia, Pedro, soldado del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, Villa de Ayala, Morelos, 29 de septiembre de 1974, PHO/MNH (inédita).

Placencia Gutiérrez, Serafín, capitán segundo de caballería del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel y Salvador Rueda, México, D. F., 13 de septiembre de 1974, PHO/MNH (inédita).

Quintero García, Constancio, mayor del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, en op. cit.

Rivera Morales, Espiridión, coronel del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, en loc. cit.

Rodríguez Meléndez, Miguel. Entrevista realizada por Aquiles Chiu, en loc. cit.

Vázquez Jiménez, Félix, mayor de caballería del Ejército Libertador. Entrevista realizada por Laura Espejel, San Juan Ixtayoapan, Tláhuac, México, D. F., 10 de agosto de 1973, PHO/MNH (inédita).



# Notas

CAPÍTULO 1
**Azúcar**

1. Los acontecimientos son estudiados por Laura Espejel y Salvador Rueda, "El desencanto porfiriano, las elecciones de 1909 en Morelos", *Desde el Diez*, boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A. C., Jiquilpan, Michoacán, noviembre de 1994.

2. John Womack, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI-Secretaría de Educación Pública, México, 1985, pp. 29-31.

3. Respecto a este tema, consultar el análisis de Adriana López Monjardin acerca del desafío de 1988 a Carlos Salinas en La Laguna: "La cultura política de los campesinos", *Coyuntura*, n. 42-43, Instituto de Estudios de la Revolución Democrática (IERD), México, noviembre-diciembre de 1993; y "Aproximación a los guiones ocultos" (inédito). El planteamiento teórico lo desarrolla por extenso James Scott en *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, 1990.

4. "La revolución ha triunfado de hecho y por derecho. Si la capital de la república no ha caído en su poder, si la metrópoli permanece aún en las garras del huertismo, es por el terror que allí reina. La leva, el espionaje y el asesinato han paralizado de miedo a los habitantes de la ciudad de los palacios.

"Pero la revolución de fuera, la revolución campesina está ya en sus umbrales, toca a sus puertas y pronto hará estremecer sus edificios y sus pavimentos con el resonar de los corceles y el grito de guerra de los libertadores." Ejército Libertador de la República Mexicana, *Manifiesto a los habitantes de la ciudad de México*, Yautepec, 24 junio de 1914, en Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda (comps)., *Emiliano Zapata, Antología*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, 1988, pp. 196-7.

5. Diario político literario fundado en 1841. Desde 1855 fue dirigido por Francisco Zarco, quien lo orientó en contra del despotismo militar, en defensa de las libertades y derechos del hombre; a favor del sostenimiento de la Constitución de 1857 y de las leyes de Reforma. Fue considerado el decano de los diarios políticos del siglo pasado. *Diccionario Porrúa, Historia, biografía y geografía de México*, 5a. ed., Porrúa, México, 1986.

6. Su hermano Antonio fue de los que, en 1863, viajaron a Europa a suplicar a Maximiliano que viniera a reinar en México. Humberto Musacchio, *Diccionario enciclopédico de México*, Andrés León, México, 1989.

7. Margarita Urías, "Manuel Escandón: de las diligencias al ferrocarril. 1833-1862", *Formación y desarrollo de la burguesía en México, siglo XIX*, Ciro Cardoso (coord.), Siglo XXI, México, 1978, pp. 29-30. Menciona, como fuentes, el Archivo General de Notarías de la ciudad de México, contratos de 1856 en adelante para integrar compañías sobre deslinde y reconocimiento de terrenos baldíos en Sonora, Sinaloa y Chihuahua; minas y salinas en Baja California; así como accionistas del ferrocarril mexicano.

8. Entrevista con el señor Macedonio García Ocampo, teniente de caballería del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, Juchitepec, Estado de México, 23 de abril de 1977, Programa de Historia Oral (PHO) /Museo Nacional de Historia (MNH) (inédita).

09. Un diputado estadounidense señaló, a propósito de las gestiones de Gadsden en México: "Con un ferrocarril en su frontera septentrional y otro atravesando su territorio meridional, activando su organización política y económica como corrientes magnéticas, la energía americana, la inteligencia americana, el sentimiento americano, se pondrán en contacto con su carácter, y su oposición a nosotros, calmada por el intercambio amistoso irá relajándose paulatinamente. Ella [la nación mexicana] recibirá en sus venas nuestra sangre sana. Ella admitirá nuestros conceptos, se compenetrará con nuestro espíritu y se asimilará a nuestro carácter y entonces todo el problema de sus futuras relaciones con nuestra república se convertirá en cuestión amistosa entre nosotros". Citado en Ralph Roeder, *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 1972, pp. 271-2.

10. Alexis de Gabriac, citado por Margarita Urías, op. cit., p. 45-6.

11. Entrevista con el señor Florencio Castillo Pineda, soldado del Ejército Libertador, realizada por Aquiles Chiu, en "Peones y campesinos zapatistas", *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista. Cinco ensayos*, varios autores, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México, 1980, pp. 141-2.

12. Archivo del Ayuntamiento, 31 de agosto de 1857, citado por Margarita Urías, op. cit., pp. 47-8.

13. Margarita Urías, op. cit., pp. 51-2.

14. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, general del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel y Salvador Rueda, Tlatenchi, Jonacatepec, Morelos, 16 de agosto de 1975, PHO/MNH (inédita).

15. Citado en Ralph Roeder, op. cit., p. 270.

16. Jean Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, El Colegio de México, México, 1971, p. 179.

17. Antonio Fernández Monjardin. *Ocurso que el Dr. Antonio Fernández Monjardin presentó en 28 de abril de 1862 al juez cuarto de lo civil Lic. Agustín Morán, reclamando el despojo que se le infirió en 24 de mayo de 1861 de una casa de su propiedad de la que se dio posesión a José Ibes Limantour* (sic), México, 1862.

18. Jean Bazant, op. cit., pp. 305-6.



19. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, mayor del Ejército Libertador, realizada por Aquiles Chiu, en op. cit., p. 135.

20. María Teresa Huerta, *Empresarios del azúcar en el siglo XIX*, INAH, México, 1993, p. 19. Isidoro de la Torre formó parte del grupo de comerciantes que, a mediados del siglo pasado, adquirieron grandes haciendas azucareras en el estado de Morelos. Además de Manuel Escandón se encuentran Pío Bermejillo, Juan Goríbar y los hermanos Mosso, entre otros. El grupo también invertía en los ferrocarriles.

21. John Womack, op. cit., pp. 12-13.

22. Entrevista con el señor Constancio Quintero García, mayor del Ejército Libertador, realizada por Aquiles Chiu, en op.cit., pp. 127-8.

23. María Teresa Huerta, op. cit., p. 43. Cfr. *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, INEHRM, México, 1991.

24. Entrevista con el señor Espiridión Rivera Morales, coronel del Ejército Libertador, realizada por Aquiles Chiu, en op. cit., p. 140.

25. John Womack, op. cit., p. 48. En algunos casos las haciendas extendieron su dominio con la compra de tierras de los proyectos de colonización italianos que fracasaron. Uno de ellos fue el de la hacienda de Ticumán, propiedad de Francisco Leyva, que absorbió las tierras de la colonia italiana "Porfirio Díaz". Otro caso es el de la hacienda Chinameca. El conflicto agrario de Morelos ha sido ampliamente estudiado por Jesús Sotelo Inclán (*Raíz y razón de Zapata*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes [CNCA], México, 1991), François Chevalier (*La formación de los latifundios en México*, FCE, México, 1956) y John Womack (op. cit.). Otras obras sobre el tema son Arturo Warman, ... *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, Casa Chata, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), México, 1976; *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México (CEHAM)-Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), México, 1984, y María Teresa Huerta, op. cit., entre otras.

26. En la zafra 1893-1894 la producción total de azúcar, mascabado y mieles fue de 48.9 toneladas; en la zafra 1910-1911 subió a 148.2 toneladas. La exportación de azúcar en 1894 fue de 1.4 toneladas y en 1910 fue de 11.1 toneladas. Cfr. Horacio Crespo, "El azúcar en el mercado de la ciudad de México 1885-1910", *Morelos: cinco siglos de historia regional*, cit., p. 204.

27. Horacio Crespo, ibid., p. 195. Indica también que todavía no se ha estudiado la repercusión que tuvo el Banco de Morelos en el financiamiento de las actividades de las haciendas azucareras.

28. Porfirio Díaz, entrevista con James Creelman, en Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Porrúa, México, 1991, p. 146.

29. Carlos Illades, *Presencia española en la revolución mexicana (1910-1915)*, Facultad de Filosofía y Letras/Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto José María Luis Mora, México, 1991, p. 79.

30. "El capital acumulado en la usura, las haciendas y el comercio, permitió a los empresarios españoles poner a funcionar sus fábricas textiles.

Las primeras de éstas estaban ubicadas junto a las haciendas. Al finalizar el siglo [XIX], los capitalistas españoles crearon sus propios bancos con la intención de financiar sus actividades productivas. Estas circunstancias delinearon el perfil del empresario español residente en Puebla, haciéndolo más moderno y capitalista que en otras regiones del país." Es el caso de la fábrica textil de Metepec en los límites con Morelos y de Mayorazgo, Carolina y Covadonga en la ciudad de Puebla, escenarios de graves conflictos. En 1914, un grupo de obreros poblanos decía en un volante: "Fuera de aquí raza espúrea de toreros, frailes, empeñeros, abarroteros y mendigos". En estas condiciones de conflicto, no escaparon de los ataques los trabajadores españoles, que también los había. Dos resineros, de la Compañía Agrícola Mexicana de Íñigo Noriega, murieron en un ataque de fuerzas zapatistas en mayo de 1913. Los treinta y cuatro restantes, de la misma nacionalidad, se fueron de México manifestando a su embajada que "por ningún motivo querían exponer su vida, no sólo por los zapatistas sino por los mismos peones indios, a cuyo lado trabajaban y que continuamente los injuriaban y amenazaban". Ibid., pp. 69 y 82-4.

31. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

32. Loc. cit.

33. La campaña electoral de 1908-1909 está documentada por John Womack, op. cit.; y por Laura Espejel y Salvador Rueda, op. cit.

34. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, capitán segundo de caballería del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel y Salvador Rueda, ciudad de México, 13 de septiembre de 1974, PHO/MNH (inédita).

35. "La caña es un cultivo noble y seguro, que con irrigación puede sembrarse en cualquier momento y cortarse igual. En las condiciones de Morelos esta planta no tenía calendario natural y el hacendado podía establecerlo libremente. Sin embargo, analizando los datos de Barret es posible concluir que el calendario de cultivo de la caña se fue ajustando al de los cultivos de subsistencia de los indios, de cuyo trabajo dependía la hacienda. Así, en el siglo XVIII la siembra de la caña se hacía en los meses de octubre y noviembre, cuando al maíz se le había dado ya el despacho o última escarda; se suspendía en diciembre, cuando se hacía la pizca o cosecha del maíz, y se reanudaba en enero y febrero. Permitía que la zafra de la caña, que también dependía del trabajo de los comuneros indios, coincidiera con los meses de secas, de enero a mayo, en que no había actividad en los cultivos de temporal." El ciclo de la caña dura más de doce meses y requiere grandes cantidades de agua. Arturo Warman, op. cit., p. 49.

36. Entrevista con el señor Luis Piñeiro Muñoz, soldado del Ejército Libertador, realizada por Aquiles Chiu, en op. cit. p. 151.

37. Domingo Diez, citado por Arturo Warman, op. cit., p. 58.

38. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, cit., p. 132.

39. Alfonso Taracena, op. cit., p. 157.

40. Aquiles Chiu, op. cit., p. 110.



41. E. Vega, "Problemas de cuantificación en historia regional", *Morelos: cinco siglos de historia regional.* cit., p. 389.

42. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, cit., p. 132.

43. Arturo Warman, op. cit., p. 67.

44. Ibid., p. 68.

45. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, cit., p. 133.

46. Acta de la conferencia con un comisionado de Madero, 19 de julio de 1912, *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana,* cit. p. 303.

47. Torres Burgos renuncia el 24 de marzo de 1911 a la jefatura del movimiento insurreccional en el sur, después del asalto a Jojutla, donde se produjeron saqueos a las casas comerciales de españoles y otros hechos semejantes. Posteriormente, los principales "cabecillas" eligen a Emiliano Zapata como jefe del Ejército Libertador.

CAPÍTULO 2

**Orden y progreso**

1. Georges Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo,* Petrel, Barcelona, 1980.

2. Entrevista con el señor Pedro Placencia, soldado del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, Villa de Ayala Morelos, 29 de septiembre de 1974, PHO/MNH (inédita).

3. Federico Engels, "Notas sobre la guerra", *Temas militares,* Cartago, Buenos Aires, 1974.

4. Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política,* t. I, (FCE), México, 1973, p. 262.

5. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

6. Federico Engels, "Introducción a la lucha de clases en Francia", en Marx-Engels, *Obras escogidas,* t. II, Progreso, Moscú, 1955, p. 266.

7. Entrevista con el señor Joaquín Nava Moreno, soldado del Ejército Libertador, realizada por Citlali Marino, Chilpancingo, Guerrero, 25 de mayo de 1974, PHO/MNH (inédita).

8. Carlos Marx, op. cit., p. 320.

9. *Encyclopaedia britannica,* Londres, 1984.

10. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

11. Entrevista con el señor José Lora Mirasol, capitán primero de caballería del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, México, D. F., 2 y 4 de octubre de 1973, PHO/MNH (inédita).

12. Entrevista con el señor Joaquín Nava Moreno, cit.

13. Alicia Hernández Chávez, "Origen y ocaso del ejército porfiriano", *Historia mexicana,* vol. 39, n. 1, El Colegio de México, México, julio-septiembre de 1989.

14. Eduardo Paz, *Reseña histórica del Estado Mayor mexicano, 1860-1911,* Secretaría de Guerra y Marina, Estado Mayor, México, 1911.

15. Alicia Hernández Chávez, cit., pp. 267-268. Para Alicia Hernández,

el debilitamiento de esas fuerzas militares regionales, así como la tradición de las soberanías estatales, que tuvieron plena vida con la guardia nacional, constituyen elementos muy importantes para explicar la derrota militar de la dictadura porfirista.

16. Eduardo Paz, op. cit., pp. VII-VIII.

17. *Revista del Ejército y de la Marina*, t. 12, n. 10, México, octubre de 1911, pp. 220-1.

18. Entrevista con el señor José Lora Mirasol, cit.

19. "Viva Villa", *Las grandes batallas del siglo XX*, UTEHA, San Sebastián, 1982. Cfr. *Diccionario Porrúa*, cit.

20. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

21. T. Furlong a Francisco León de la Barra, St. Louis, Missouri, 14 de abril de 1911, Fondo Gildardo Magaña (FGM), caja 23, exp. 7, fol. 134.

22. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

23. Entrevista con el señor Macedonio García Ocampo, cit.

24. Daniel Gutiérrez Santos, capitán primero de infantería del ejército mexicano, *Historia militar de México, 1896-1914*, t. I, Ateneo, México, 1955, p. 174.

25. Ibid., p. 21.

26. Entrevista con el señor Jesús L. Ahedo, coronel del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, México, D. F., 17 de noviembre de 1974, PHO/MNH (inédita).

27. Citado en Alfonso Taracena, op. cit., p. 124.

28. Citado en Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, FCE, México, 1990, p. 288.

29. Loc. cit.

30. Redacción de *La Libertad*, citado por Leopoldo Zea, ibid., p. 296.

31. Ibid., p. 297.

32. Ibid., p. 295.

33. Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, México, 1989, pp. 65 y ss.

34. Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, La Piqueta, Madrid, 1992, pp. 262 y 267-8.

35. Gustav Mayer, *Friedrich Engels, Biografía*, FCE, México, 1979, p. 562.

36. *Enciclopedia italiana*, Instituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1949.

37. Winston Churchill, *A Roving Commission*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1930.

38. "El hacinamiento de las mujeres y niños boer en esos campos devino en ultraje –más de veinte mil murieron en los descuidados, insalubres campos." *Encyclopaedia britannica*, cit. "En la esfera del arte militar, el uso de la pólvora sin humo, rifles de repetición, ametralladoras y cañones de tiro rápido en la guerra boer tuvo una gran influencia en el desarrollo de tácticas. El fuego tupido y efectivo requirió del abandono de las formaciones militares cerradas y de los ataques frontales. La infantería empezó a atacar en líneas extendidas, utilizando diversas formaciones para maniobrar y



adaptarse al terreno con el apoyo de la artillería." *The Great Soviet Encyclopedia*, t. I, McMillan Educational Corp., Nueva York, p. 592. Como es conocido, esta estrategia fue perfeccionada por los ingleses en Malasia y de allí se propagó rápidamente; fue empleada por los franceses en Indochina y Argelia, por los sionistas en el medio oriente y por los estadounidenses en una gran cantidad de países, bajo la denominación de guerra de contrainsurgencia.

39. V. I. Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*, en *Obras completas*, vol. XXIII, Salvador Allende, México. s./f., p. 113. En la época del imperialismo, la fuerza militar supone, más que antes, una gran capacidad de cada estado para movilizar todos los recursos necesarios, tanto humanos como materiales, para alcanzar la victoria. Y esta realidad, de la relación estrecha de las capacidades militares, políticas y económicas, sería la que llevaría, más tarde, a los ataques en gran escala sobre las ciudades. A diferencia de otras conflagraciones, la segunda guerra mundial se destacó trágicamente por el hecho, totalmente nuevo, de que el número de civiles muertos (30 millones) fue superior al de soldados (25.8 millones), debido, en gran medida, a los ataques masivos a ciudades como Varsovia, Rotterdam, Londres, Leningrado, Stalingrado y Berlín; hasta culminar de manera brutal en Hiroshima y Nagasaki. El objetivo de la guerra total, que surge con el imperialismo, es el aniquilamiento del potencial de guerra, la población, la economía, la organización de la sociedad; y no sólo de las fuerzas armadas enemigas. Tal genocidio refleja un desprecio por los seres humanos de una clase especial directamente vinculado con el racismo. La noción de guerra limitada volvió a la escena durante la guerra de Corea, por las restricciones realmente existentes que imponía a la intervención yanqui la relación mundial de fuerzas, debido al triunfo de la revolución china y a la rápida recuperación de la URSS. Acerca de la evolución de la doctrina militar estadounidense en la posguerra, cfr. Lilia Bermúdez, *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*, Siglo XXI, México, 1989.

40. Luis González, "El liberalismo triunfante", *México: economía, sociedad y política. De la república restaurada a la Constitución de 1917*, antología, t. I, UNAM, México, 1985, p. 57.

41. Ibid., p. 65.

42. *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, t. IV, INEHRM, México, 1991.

43. Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, Siglo XXI, México, 1988. Este estudio tiene como fuente principal los archivos de la Defensa Nacional. La autora propone la clasificación de los movimientos en: a] prepolíticos: bandolerismo social, sublevaciones, invasiones de tierras y saqueos de corta duración y que nunca lograron sus objetivos; levantamientos, de carácter local pero con mínima organización y liderazgo; alzamientos, con ciertos elementos de conciencia social, como la identificación de algunos adversarios comunes, donde el líder, por lo general, salía de entre la gente de prestigio de la comunidad y el enfrentamiento con las

autoridades institucionales era directo. Solían quemar los archivos donde estaban registrados los impuestos y saqueaban los registros de propiedad, por lo que tenían que enfrentarse con la policía, la guardia nacional y, en ocasiones, con el ejército. b] Políticos: rebeliones que ponían en cuestión la estructura del poder de manera consciente y organizada; estaban impulsadas por líderes no-campesinos, generalmente caciques, militares retirados y curas. Por su contenido ideológico, las rebeliones las subdivide en: *mesiánicas*, por la *autonomía comunal*, por la *democracia agraria*; *anticolonialistas* (en el contexto de la intervención francesa) y por el *socialismo agrario*. Para la autora los campesinos siempre se enfrentaban, por sí mismos, a sus explotadores inmediatos (movimientos pre-políticos) y "solamente se planteó la transformación del país cuando influencias ideológicas externas ofrecieron una interpretación de sus problemas y, a la vez, le dieron la idea de la fuerza numérica que representaban" (p. 34). Pero, ¿son, los campesinos y más aún los indios, *pre-políticos* por naturaleza?

44. Gastón García Cantú, *El socialismo en México*. Citado por Leticia Reina, op. cit., p. 40.

45. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1979, p. 60.

46. Entrevista a James Creelman, publicada en México el 3 de marzo de 1908; cfr. Alfonso Taracena, op. cit., p. 146.

CAPÍTULO 3

## El grito de Ayala

1. "La autoridad es un reflejo del hecho ya mencionado de que la sociedad humana es, en buena parte, un conjunto de acuerdos a través de los cuales algunos seres humanos se las arreglan para extraer plusvalía económica de otros seres humanos, y para convertir esto en cultura; y también del hecho de que la extracción del excedente no es todo lo que hay en las sociedades humanas y tampoco es la única fuente de cultura." Barrington Moore, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Instituto de Investigaciones Sociales (IIS)/UNAM, México, 1989, pp. 23-4 y 30.

2. Catalina H. de Giménez, *Así cantaban la revolución*, Grijalbo/CNCA, México, 1991, pp. 240-1.

3. Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Era, México, 1973, pp. 142 y ss.

4. Catalina H. de Giménez, op. cit., pp. 264-8.

5. A. España Caballero, "La práctica social y el populismo nacionalista (1935-1940)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México, panorama histórico*, vol. 2, INAH, México, 1987.

6. Guadalupe Méndez, "La quiebra política (1965-1976)", en ibid., p. 388.

7. John Womack, op. cit., p. XI.

8. Ibid., p. 221.



9. Ibid., p. 183.

10. Catalina H. de Giménez, op. cit., pp. 275-82.

11. "En las regiones de refugio el centro rector es una ciudad ladina que domina sobre una constelación de comunidades indias. En ella radica y desde ella se ejerce el control económico, político, social y religioso de la región. Es el centro de poder, y quienes lo detentan no son los indios, sino los ladinos que gustan de llamarse a sí mismos 'gente de razón' y reclaman con orgullo su ascendencia no india: europea y colonizadora. En estas ciudades, la presencia de lo indio marca la vida entera. Son indios la mayoría de los que transitan por las calles, los que acuden al mercado para vender y a las tiendas para comprar, los que se emplean en los oficios peor pagados, los que pueblan las cárceles y los que al caer la noche regresan dando traspiés, alcoholizados a sus parajes." Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, CNCA/Grijalbo, México, 1990, p. 86.

12. Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, FCE, México, 1994, p. 157.

13. Catalina H. de Giménez, op. cit., pp. 62-3.

14. Ibid., p. 91.

15. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

16. Las salinas de Chilapa eran una de las principales fuentes de abastecimiento. J. Druzo Maldonado, "Producción agrícola en el Morelos prehispánico", *Morelos: cinco siglos de historia regional*, cit.

17. François Chevalier, "Un factor decisivo de la revolución en México: el levantamiento de Zapata (1911-1919)", en José Ángel Aguilar, *Zapata (selección de textos)*, INEHRM, México, 1980, p. 120. El principal historiador del zapatismo, John Womack, es también el más escéptico acerca del factor indígena de esa lucha. Para él, había pocos indígenas en Morelos, porque hablaba náhuatl tan sólo 9.29 por ciento de la población de Morelos en 1910; y menos eran los que lo leían. J. Womack, op. cit., p. 69. En la actualidad, las estadísticas sobre población indígena ya son consideradas con más reserva. "Pocos componentes de las culturas mesoamericanas han sido agredidos tan sistemática y brutalmente como sus idiomas [...] Los censos sólo registran un dato pertinente [la condición de hablante de lengua autóctona], pero de ninguna manera suficiente [...] Estas cifras [censo de 1980] y las correspondientes a censos anteriores han sido frecuentemente criticadas y puestas en duda, hasta dar lugar a que se hable de un 'etnocidio estadístico', esto es, una reducción sustancial de las cantidades reales debida, en principio, a una insuficiente y defectuosa captación de datos. Se sabe bien que muchas personas que tienen por lengua materna un idioma indígena, lo ocultan o niegan que lo hablen; son problemas que nos remiten de nuevo a la situación colonial, a las identidades prohibidas y las lenguas proscritas, al logro final de la colonización, cuando el colonizado acepta internamente la inferioridad que el colonizador le atribuye, reniega de sí mismo y busca asumir una identidad diferente, otra." La negación lingüística de la identidad presenta su contrario en la resistencia lingüísti-

ca a la dominación "ya que la preservación de la lengua propia tiene importancia fundamental para que se mantengan los códigos más profundos que expresan una manera de ver y entender el mundo". Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, cit., pp. 46 y 199.

18. Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, Casa Chata, CISINAH, México, 1980, p. 87.

19. Entrevista con el señor Amador Acevedo, coronel del Ejército Libertador, realizada por Píndaro Urióstegui Miranda, México, D. F., 23 de junio de 1970, en *Testimonios del proceso revolucionario de México*, INEHRM, México, 1987, p. 145.

20. Guillermo Bonfil Batalla, "Introducción al ciclo de ferias de cuaresma en la región de Cuautla, Morelos (México)", *Anales de antropología*, vol. VIII, Instituto de Investigaciones Históricas (IIH)/UNAM, México, 1971, p. 181.

21. Ibid., p. 199. En este estudio Guillermo Bonfil todavía no habla de *la civilización negada por el México imaginario*; aborda sí el problema de la relación campo ciudad. "El mercado de feria resultaría un punto de contacto en el que convergen momentáneamente dos formas económicas distintas, cada una con sus propias determinantes, su propia estructura y su funcionalidad peculiar. El equilibrio o la asimetría de la relación entre ambas, es decir, el problema de las formas de explotación del campo por la ciudad, se presentaría entonces en una de sus manifestaciones más claras y masivas en ocasión de las ferias, y ofrecería, por lo tanto, un campo de análisis de primera importancia." Ibid., p. 202.

22. "Ser habitante de un pueblo implicaba ser miembro de esta organización, simbolizada en las dimensiones igualmente complejas, del sistema de la fiesta. Este sistema, aunque decadente y desintegrado, seguía reflejando principios de oposición y alianza en una sociedad desigual. Sin embargo, los principios organizacionales se modificaron en forma radical después de 1880, de tal manera que las oposiciones se volvieron más fuertes que las alianzas." Guillermo de la Peña, op. cit., p. 87.

23. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, cit., pp. 130-1.

24. "Estos grupos que hasta hace poco tenían una organización nacional unificada cuyo general comandaba varias decenas de miles de danzantes en todo el centro y sur del país, reconocen como parte de sus obligaciones rituales la de asistir anualmente a varios de los grandes santuarios, en general cuatro al año, por lo menos. Tepalcingo se cuenta entre los más frecuentados por los grupos del valle de Morelos y del sur del valle de México." Guillermo Bonfil Batalla, "Introducción...", cit., p. 175. "Las actividades de orden religioso, propias de estas ferias, pueden agruparse en dos categorías mayores: los propiamente litúrgicos, apegados a las normas eclesiásticas y oficiados o supervisados por el sacerdote (como son misas, rosarios, triduos, jubileos, impartición de sacramentos, etcétera) y, por otra parte, las devociones populares tradicionales, algunas de las cuales no se ajustan completamente a los dictados eclesiásticos, o incluso se desarrollan por completo al margen de ellos. Los ritos de los 'concheros' (las llamadas velaciones) serían un ejemplo de este último tipo." Ibid., pp. 196-7. "En el atrio predominan los ritmos de las danzas, los sonidos del huehuetl, de las guitarras de carapacho de armadillo, las chirimías, los violines y las bandas de aliento; dentro del templo es frecuente oír cantos de alabanza." Ibid., p. 199.



25. William Spratling, *México tras lomita*, Diana, México, 1965, p. 81.

26. "En la época prehispánica, la danza representaba un papel importante, para asegurar la reproducción del mundo y de la vida, la fuerza y el valor de los seres humanos, la fertilidad de la tierra, el crecimiento de las plantas, la llegada de las lluvias y la armonía del universo. Se danzaba en las festividades dedicadas a los dioses que permitían un nuevo ciclo de la vida a la comunidad, propiciaban buenas cosechas, evitaban enfermedades, ayudaban a vencer en las guerras y auspiciaban la diversión y el esparcimiento." Hilda Rodríguez Peña, "La danza popular", *La antropología en México, panorama histórico*, vol. IV, en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (coords.), *Las cuestiones medulares (etnología y antropología social)*, INAH, México, 1988, p. 333.

27. William Spratling, op. cit., p. 84.

28. En Morelos, las ferias del cuarto y del quinto viernes corresponden a la región poniente, a Miacatlán y Mazatepec. El tercer martes de cuaresma inicia la feria de Tlaltizapán con jaripeos, carreras de cintas a caballo y tapadas de gallos que promovió el general Emiliano Zapata. Allí también se tejen aún rebozos de bolita en talleres que instalaron familias de Tenancingo, Estado de México, durante la revolución. Eliseo B. Aragón, *Calendario de las ferias más notables del estado de Morelos*, El Sol de Morelos, Cuernavaca, 1950. En el marco regional, no administrativo, en Amecameca se celebra la feria del primer y sexto viernes, cuarto en Atlatlahuacan. Guillermo Bonfil Batalla, "Introducción...", cit.

29. Loc. cit.

30. Pablo Escandón, 6 de marzo de 1911, Colección Porfirio Díaz (CPD), LXX, 5 380. Hasta ese momento los partes eran sin novedad, salvo un telegrama de Porfirio Díaz, hijo, a Escandón en el que le decía el 27 de febrero: "Acabo de saber que por Jojutla en Xicatlacotla hay gavilla numerosa. Avísoselo cumpliendo con encargo hízome". CPD, LXX, 4504.

31. Con el desenvolvimiento del capitalismo y su esfuerzo por optimizar la extracción de ganancia surge también la gestión de los procesos biológicos, acompañada de la desvalorización de los roles de los viejos en la sociedad; pues se les califica a partir del criterio central de su capacidad de producción de plusvalía.

32. Entrevista con el señor Jesús L. Ahedo, cit.

33. Era una variante nueva –improvisada, pues las comunicaciones con el frente en Chihuahua no eran tan expeditas– de la estrategia de negociación maderista para poner fin a la guerra. La línea sostenida hasta ese momento era alcanzar, con el levantamiento, las condiciones para doblegar a Díaz. A su ingreso, Francisco I. Madero envió una nota al Departamento

de Estado en la que pedía reconocimiento como gobierno provisional y se comprometía a respetar las reglas de la guerra, las obligaciones internacionales adquiridas por el gobierno de Porfirio Díaz hasta el 20 de noviembre de 1910 y a aceptar toda responsabilidad por los daños de la guerra ocasionados a propiedades o personas extranjeras. Charles Cumberland, *Madero y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1984, p. 153.

34. *El Diario*, México, D. F., 10 de marzo de 1911.

35. Loc. cit.

36. Idem.

37. James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance, Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1990.

38. *El Diario*, México, D. F., 12 de marzo de 1911.

39. Charles Cumberland, op. cit., p. 152.

40. Santiago Portilla Gil de Portearroyo, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, tesis de doctorado en historia, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 1982, p. 228.

41. *El Diario*, México, D. F., 10 de marzo de 1911.

42. Loc. cit.

43. Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas (1909-1913)*, Universidad Iberoamericana/El Caballito, México, 1982, pp. 59-60.

44. John Womack, op. cit., p. 66.

45. Charles Cumberland, op. cit., p. 146.

46. Ibid., p. 152.

47. Secretaría de Guerra y Marina, *Campaña de 1910 a 1911: estudio en general de las operaciones que han tenido lugar del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911, en la parte que corresponde a la Segunda Zona Militar*, Talleres del Departamento de Estado Mayor, México, 1913.

48. Santiago Portilla Gil de Portearroyo, op. cit., p. 227.

49. Telegramas del 24 y el 25 de febrero reproducidos en Francisco Vázquez Gómez, op. cit. (Subrayados de FVG), pp. 80 y 81.

50. Charles Cumberland, op. cit., p. 154.

51. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

52. Joaquín Páez López, citado por Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata su caudillo*, INEHRM, México, 1987, p. 84.

53. Entrevista con el señor Constancio Quintero García, cit., p. 125.

54. Abordan los levantamientos en el sur varios autores de la historiografía zapatista. Cfr. J. Womack, op. cit.; Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, INEHRM, México, 1985; Alfonso Taracena, op. cit.; Octavio Paz Solórzano, *Zapata*, EOSA, México, 1986, entre otros.

55. Telegramas de Pablo Escandón a Porfirio Díaz, 7, 8, 9, 11 y 12 de marzo de 1911, CPD, LXX, 5381, 5471, 5555, 5696 y 5775.

56. Entrevista con el señor Pedro Placencia, cit.

57. Una carta de Andrés López, radicado en San Antonio, Texas, dirigida a su padre Mariano López Ortiz, el 13 de febrero de 1911, fue interceptada y así pasó a formar parte del archivo personal de Porfirio Díaz. El joven daba la instrucción de descarrilar los trenes de tropas en la vía Torreón-Chihuahua, señalando: "La cuestión está muy despacio y por ningún motivo le conviene exponerse ni salirse del programa que le indico hasta que lo vayamos a reforzar con armas, gente y parque; si no tiene gente para mandarla a volar puentes, no lo haga porque no le conviene exponerse, esto se lo digo con fundamento, lo mismo que tengo en qué fundarme para decirle que no se exponga y que no salga del lugar en que escoja para centro, hasta que reciba refuerzos de todas clases. No le puedo decir cuál es el motivo en que me fundo para decirle que no se exponga; pero esté seguro que es poderoso. En el estado de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas no hay revolución. Solamente la hay en el norte del estado de Chihuahua, Sonora, Veracruz, Yucatán y Oaxaca y donde anda usted; pero en todas partes los jefes de la revolución procuran no batirse, sino que los vayan a batir a la sierra y en sus posiciones, lo cual es mejor, porque siempre tienden emboscadas y no se exponen. Cuando tengamos bastantes elementos entonces sí nos conviene movernos en otra forma; pero por lo pronto no". *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder. Antología documental*, serie Cuadernos Conmemorativos, 53, INEHRM, México, s./f., p. 126.

58. James C. Scott, op. cit., p. 215.

59. Loc. cit.

CAPÍTULO 4

### Nace un ejército

1. Luis G. Valle, Puebla, 16 de marzo de 1911, 8:00 am, CPD, LXX, 6133. Como en muchos otros casos, el telegrama fue copiado para conocimiento de Porfirio Díaz. En este documento se indica que la fuerza estaba dirigida por Pablo Torres Burgos y que sumaban trescientos hombres. Según el testimonio de Amador Acevedo, no llegaban a cincuenta. Entrevista con el coronel Amador Acevedo, cit., p. 145.

2. Entrevista con el señor Carmen Aldana, coronel del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, Tepalcingo, Morelos, 2 y 30 de marzo de 1974, PHO/MNH, citada por Salvador Rueda Smithers, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", *Historias*, n. 3, México, enero-marzo de 1983, p. 18.

3. Damián Flores, Chilpancingo, Guerrero, 18 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6380-6383.

4. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., pp. 146-7. En Mitepec, el profesor Torres Burgos había tenido ya una fuerte discusión con Gabriel Tepepa por un caballo. Respecto a la toma de Axochiapan, Gildardo Magaña escribe que fue la primera acción de armas y que derrotaron a las fuerzas de Javier Rojas. Gildardo Magaña, op. cit., t. I, p. 110. Pero eso no concuerda con lo que informaba Pablo Escandón a Porfirio Díaz: "Gavilla procedente de Puebla a la que referime en telegrama ayer penetró Villa Axochiapan

(Distrito Jonacatepec) incendiando archivos y cometiendo otros desmanes. Evacuó el lugar dirigiéndose hoy a San Miguel Ixtlilco. Fuerza disponible (cincuenta hombres) mandela en persecución al mando inspector seguridad pública esperando logre batir gavilla o cuando menos expulsarla del estado. Hasta este momento jefe Zona Puebla pregúntame lo ocurrido y coronel Rojas no se ha movido aún de su puesto". Pablo Escandón, 21 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6481-6482.

5. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, 24 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6921.

6. Gildardo Magaña, op. cit., p. 111.

7. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, 25 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6945-6948. Cfr. *El Diario*, México, D. F., 1 de abril de 1911.

8. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit. La versión de que Pablo Escandón estuvo en Jojutla es recogida por varios autores, además de señalar frecuentemente que huyó dispuesto a presentar su renuncia como gobernador. Sin embargo, no hay ninguna evidencia de eso en las comunicaciones telegráficas con Porfirio Díaz, que se efectuaron diariamente, a veces hasta tres por día. En ninguna encontramos referencia de la visita a Jojutla; tampoco hay señal, allí, de que Escandón tuviera la intención de renunciar en ese momento: "General Porfirio Díaz. Constantemente me tienen en jaque los revoltosos de Guerrero y Puebla y en estos momentos me sería de suma utilidad que se me quedara fuerza que trajo coronel Rojas aun cuando éste regresara a Puebla; dicha fuerza compónese de cincuenta hombres; ¿sería posible que usted accediera a mi solicitud? Respetuosamente Pablo Escandón". Cuernavaca, 25 de marzo de 1911, 5:40 pm, CPD, LXX, 6966.

9. *Acta de designación del Jefe Supremo del Movimiento Revolucionario del Sur*, Jolalpan, 25 de marzo de 1911, *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, cit., p. 302.

10. Entrevista con el señor Agapito Pariente Aldana, soldado del Ejército Libertador, realizada por Alicia Olivera de Bonfil, Tepalcingo, Morelos, 2 de marzo de 1974, PHO/MNH (inédita).

11. *El Diario*, México, D. F., 31 de marzo de 1911. La entrevista está fechada en Cuernavaca el 28 de marzo.

12. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 3 de abril de 1911, 7:55 pm, CPD, LXX, 7688.

13. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

14. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 3 de abril de 1911, CPD, LXX, 7701-7702. Escandón transcribió textualmente un telegrama que recibió de Rojas, en tono de queja. Desde la llegada de Rojas lo acusaba de obrar por cuenta propia.

15. El francés don Clemente Jacques fundó esta empresa para la exportación de conservas alimenticias, en 1887. Le fue tan bien que a principios de siglo, además, fabricaba naipes, tapones de corcho, confeti, serpentinas y municiones de plomo, entre otros productos. Sus descendientes vendieron la empresa a estadounidenses en 1968. *Diccionario Porrúa*, cit.



16. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

17. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 1 de abril de 1911, CPD, LXX, 7557-7559.

18. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 6 de abril de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., pp. 193-5.

19. *El Diario*, México, D. F., 18 de abril de 1911.

20. Limantour a Porfirio Díaz, París, 17 de febrero de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., p. 137.

21. Marciano Silva, fragmento del corrido *El Quinto de Oro*, *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, cit., p. 614.

22. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 8 de abril de 1911, CPD, LXX, 8182-8183.

23. General Lauro Villar a Porfirio Díaz, Chihuahua, 8 de abril de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., p. 200. La importancia de este hecho, la toma de Huaquechula y el amago sobre Atlixco, saltan a la vista; sin embargo, la prensa no dio cuenta de ello y tampoco fue recogido por Magaña, Taracena ni Womack.

24. Francisco Vázquez Gómez, op. cit., p. 179.

25. "México 12 de abril de 1911. Como una necesidad imperiosa y urgentísima encarezco a usted que en el menor tiempo posible y con verdadero patriótico empeño, procure usted levantar el mayor número de voluntarios bajo las condiciones siguientes: enganche por seis meses solamente o prorrogables a voluntad de ellos con un sueldo de un peso diario. Una vez organizada la fuerza avise usted al Ministerio de Guerra para que éste ordene su pase de revista de entrada y comience desde luego a disfrutar su haber.

"Repito que nunca recomendaré a usted bastante su actitud en este asunto; en concepto de que para mayor y más pronto resultado conviene que se valga usted de los jefes políticos y de sus amigos en todo el estado a fin de que cada uno de ellos ejecute igual trabajo de organización. Suplícole también me dé cuenta diariamente sobre sus avances. Porfirio Díaz. A todos los gobernadores y jefes de Zona.

"Dada a los veintisiete gobernadores y a los diez jefes de zonas militares." CPD, LXX, 8508-8509. Las tarifas aparecen en la convocatoria hecha por el comandante militar de la ciudad de México, general E. Rascón, en *El Diario*, México, D. F., 15 de abril de 1911.

26. Enrique de la Madrid a Porfirio Díaz, Colima, 23 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6701.

27. Vicente Popoca a Porfirio Díaz, Izúcar, Puebla, 14 de abril de 1911, CPD, LXX, 8777.

28. Porfirio Díaz a Vicente Popoca, anotación a mano en el mismo telegrama, remitida el 15 de abril de 1911, CPD, LXX, 8777.

29. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 154.

30. Vicente Popoca a Porfirio Díaz, Izúcar, Puebla, 12 de abril de 1911, CPD, LXX, 8433-8434.

31. *El Diario*, México, D. F., 15 de abril de 1911.

32. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 8 de abril de 1911, CPD, LXX, 8184.

33. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 8 de abril de 1911, 2:16 pm, CPD, LXX, 8195.

34. General Francisco Leyva a Porfirio Díaz, Cuautla, 8 de abril de 1911, 3:50 pm, CPD, LXX, 8209.

35. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 155.

36. *El Imparcial*, México, D. F., 21 de abril de 1911.

37. Pablo Escandón a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 12 de abril de 1911, CPD, LXX, 8453.

38. Porfirio Díaz, hijo, a Patricio Leyva, México, 14 de abril de 1911, CPD, LXX, 8954. La respuesta de Leyva fue enviada de Jojutla a la mañana siguiente: "Enterado de su telegrama, dispongo marcha para ésa, Patricio Leyva". CPD, LXX, 8917.

39. Carta de Manuel Amieva a Francisco Vázquez Gómez, 19 abril de 1911, en Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas...*, cit., p. 205.

40. Fue hijo de José María de Landa, nacido cerca de Bilbao, integrante de la "Junta de Notables", como siempre supuestamente mexicanos, que llegó a la conclusión de que la mejor forma de gobierno para México era la monarquía y viajó a Europa, a convencer a Maximiliano, junto con su futuro suegro Antonio Escandón. Doña Panchita Escandón, la madre de Guillermo, fue dama de honor de la emperatriz Carlota. *Diccionario Porrúa*, cit.

41. Su plan en contra de los Figueroa consistía en una movilización simultánea desde Huamuxtitlán, Chilapa, Atenango del Río, Quetzalapa, Escuchapa y Buenavista, Guerrero, así como desde Jojutla, Morelos; para que las fuerzas convergieran en Huitzuco. Damián Flores a Porfirio Díaz, Chilpancingo, 26 de marzo de 1911, CPD, LXX, 7026-7031. Este valiente personaje informó al dictador: "que según las noticias que me llegan de todos los distritos se advierte cierta inquietud a lo cual contribuye, en mi concepto, de una manera poderosa la propagación de las noticias dadas por la prensa, que comentadas por la gente ignorante como es la del estado, las exagera siempre de un modo favorable a los sediciosos". CPD, LXX, 8740-8746. Días más tarde salió huyendo casi un mes antes de la toma de Chilpancingo: "Hónrome participarle que salió gobernador Flores, por noticias que recibió esta ciudad anoche, con familia muy alarmado de próximo ataque". Coronel Jesús Quiroz a Porfirio Díaz, Chilpancingo, 20 de abril de 1911, CPD, LXX, 9484.

42. Damián Flores a Porfirio Díaz, Chilpancingo, 20 de marzo de 1911, CPD, LXX, 6372.

43. Loc. cit., anotación de envío de la respuesta, 21 de marzo de 1911, 12:47 hrs.

44. José Ives Limantour a Porfirio Díaz, Hotel Majestic de París, 5 de diciembre de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., pp. 56-7.



45. Ibid., p. 58.

46. Francisco Vázquez Gómez, op. cit., pp. 98-100.

47. Proyecto de Ley para el Fraccionamiento de Terrenos, publicado en *El País*, México, D. F., 14 de mayo de 1911.

48. Charles Cumberland, op. cit., pp. 160-1.

49. *El Diario*, México, D. F., 25 de abril de 1911.

50. Ibid., 2 de mayo de 1911.

51. Esta fábrica, establecida en el estado de Puebla, a pocos kilómetros de Cuautla, comenzó a operar en 1902 y era propiedad de accionistas franceses, españoles e ingleses principalmente. Producía anualmente once millones de metros de telas estampadas y concentraba a dos mil obreros. El salario de los niños era de ocho centavos y el de los adultos de dieciséis centavos; las jornadas eran, según categorías, de doce a catorce horas. La Societé Financière de l'Industrie au Mexique donde Julio Limantour, hermano de José Ives, era uno de los principales consejeros, fue la institución contratada para colocar las acciones. Cfr. Samuel Malpica, *Atlixco: historia de la clase obrera*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1989.

52. *El Diario*, México, D. F., 1 de mayo de 1911. La buena fe de Isunza tuvo un antecedente cuando, al ser director del Colegio del Estado en la ciudad de Los Ángeles unos jóvenes gritaron vivas a Madero, que realizaba su campaña electoral. Les aplicó una sanción que el gobernador Mucio Martínez consideró poco ejemplar y exigió la expulsión. Isunza prefirió renunciar. Más tarde, a principios de 1911, Martínez dejó el gobierno y lo sustituyó interinamente Isunza. A Porfirio Díaz, cosas como el gesto de la renuncia de Isunza no se le escapaban fácilmente, por lo que hacía observaciones directas como la contenida en el siguiente telegrama: "Gobernador Puebla. Por mensaje de prensa se ha sabido aquí que hoy se verificará velada beneficio Serdán en la que se pronunciarán discursos alusivos y representarán sainete compuesto expresamente por ellos, algunos Colegio Estado. Es necesario impedir manifestaciones de esa clase que tienen por objeto levantar el espíritu revolucionario. Avíseme si es cierto y qué providencias se toman. Porfirio Díaz". La respuesta inmediata de Isunza fue: "Presidente de la república. Nadie habla aquí de la velada a que se refiere su telegrama cifrado de hoy. Hay aquí un solo teatro que está cerrado, por lo cual el acto sólo podría efectuarse en casa particular. Evitaré cualquiera manifestación pública del género que me indica". 10 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11101-11102

53. Ramón Corral a Porfirio Díaz, París, 4 de mayo de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., pp. 239-40.

54. *El Imparcial*, México, D. F., 29 de abril de 1911.

55. José Ives Limantour, *Apuntes sobre mi vida política*, Porrúa, México, 1965, p. 293.

56. Ramón Corral a Porfirio Díaz, París, 4 de mayo de 1911, *Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder*, cit., p. 239.

57. Entrevista con el señor Isaac Perdomo Martínez, cit., p. 136.

58. El corresponsal en Puebla de *El Diario* calculaba la fuerza zapatista en seis mil, cuatro mil, o tres mil hombres, según el estado de alarma en que él mismo se encontraba. Seis mil también se atribuía por esos días a la fuerza de Pascual Orozco, que avanzaba sobre Agua Prieta. Presuntuosamente Ambrosio Figueroa decía mandar a doce mil.

59. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 155.

60. *El Diario*, México, D. F., 21 de abril de 1911.

61. *El Imparcial*, México, D. F., 21 de abril de 1911.

62. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 155.

63. *El Imparcial*, México, D. F., 21 de abril de 1911.

64. Entrevista con el señor Serafín Placencia, cit.

65. Entrevista con el señor Mateo Díaz Lozano, coronel del Ejército Libertador, realizada por Carlos Barreto M., Villa de Ayala, Morelos, 3 de abril de 1974, PHO/MNH (inédita).

66. Porfirio Díaz, México, 20 de abril de 1911, CPD, LXX, 9516.

67. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit. Carlos Illades reseña también este hecho. "Haciendas y fábricas fueron escenario del conflicto. El 24 de abril de 1911 fue atacada por fuerzas revolucionarias la hacienda de Atencingo, propiedad del español Ángel Díaz Rubín (dueño también de la fábrica de Covadonga); en la acción fueron fusilados nueve empleados españoles y el administrador José Zarzabal. Tres de los fusilados lograron sobrevivir, aunque uno de ellos perdió un brazo y el otro le quedó inútil: 'la noticia de los fusilamientos de Atencingo cayó como bomba en la colonia española por diversas razones (tales como) la brutalidad de los hechos (y el) ser este acto el primero en que los maderistas vertían sangre española'." Carlos Illades, op. cit., p. 82.

68. *El Diario*, México, D. F., 3 de mayo de 1911.

69. Loc. cit.

70. Archivo Histórico de la Embajada de España en México, caja 280, legajo 1, folio 2. Citado por Carlos Illades, op. cit., pp. 79-80.

71. Barrington Moore, op. cit., p. 158.

72. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 151.

CAPÍTULO 5
## Cuautla

1. Santiago Portilla Gil de Portearroyo, op. cit., p. 223.

2. José Ives Limantour, op. cit., p. 267.

3. Lo que *rige* los enunciados y la manera como se *rigen* unos a otros para constituir un conjunto de proposiciones aceptables como verdaderas es una cuestión de política de enunciados, de *régimen*. Michel Foucault, "Verdad y poder", *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992, p. 178.

4. "Pacto de Xolalpan, Guerrero", 22 de abril de 1911, en Laura Espejel et al., *Emiliano Zapata, antología*, cit., pp. 98-9.

5. Francisco Leyva al general González Cosío, ministro de Guerra, copia para el señor presidente, Cuernavaca, 28 de abril de 1911, CPD, LXX, 10251-10252.

6. Francisco Leyva a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 1 de mayo de 1911, CPD, LXX, 10423-10424.

7. "Ministro de Hacienda J. Ives Limantour. Me llaman insurrectos y salgo en este momento 10 h 20 am para hablar con ellos. Dicen que saben llegó en tren fuerza gobierno a Zacatepec y quieren saber qué objeto, puesto que se está conviniendo el armisticio. Sírvase usted darme instrucciones para firmar armisticio porque me dicen ya llegaron los comisionados de Guerrero y orden para acompañarlos a México como lo solicita con insistencia. Protesto mi subordinación y respeto. El teniente coronel jefe de las armas Beltrán Fausto." Jojutla, 30 de abril de 1911, CPD, LXX, 10299.

8. Telegrama sin anotación de remitente; no lo envió el secretario particular del general Díaz, Rafael Chousal, pues se encontraba en Veracruz, camino para Europa. México, D. F., 3 de mayo de 1911, CPD, LXX, 10604.

9. Carta fechada el 11 de mayo de 1911, un día después de la toma de Ciudad Juárez, reproducida en Francisco Vázquez Gómez, op. cit., p. 178.

10. *El Diario*, México, D. F., 5 de mayo de 1911.

11. Ibid., 14 de mayo de 1911.

12. Francisco Figueroa a Porfirio Díaz, Huitzuco, 11 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11228.

13. José Soto a Porfirio Díaz, Jojutla, 12 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11298-11300.

14. Testimonio de la primera entrevista de Emiliano Zapata con Francisco Madero, celebrada el 8 de junio de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 158-9.

15. Francisco Figueroa a Porfirio Díaz, Chilpancingo, 25 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11836.

16. Emiliano Zapata a Fausto Beltrán, *El País*, México, D. F., 10 de mayo de 1911.

17. Santiago Portilla Gil de Portearroyo, op. cit., pp. 238-9.

18. Karl von Clausewitz, *De la guerra*, vol. II, Diógenes, México, 1973, p. 40.

19. Sun Tsu enfatiza, como otros autores, la importancia del terreno, la información, el factor moral y el factor oportunidad, entre otros, y considera que la simple superioridad numérica no ofrece ninguna ventaja. *El arte de la guerra*, Fundamentos, Madrid, 1981.

20. José Ives Limantour, op. cit., pp. 252-3.

21. Entrevista con el señor Feliciano Trejo Torres, soldado del Ejército Libertador, citada por Salvador Rueda Smithers, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", *Historias*, n. 3, p. 23.

22. José Ives Limantour, op. cit., p. 267.

23. Si el coronel Rojas y el general Francisco Leyva daban muestra de falta de iniciativa, Huerta era completamente el caso contrario. Algunos de sus telegramas dan cuenta de ello: "Alrededores Jojutla hay cerca tres mil hombres. Ahora es la oportunidad de acabar con ellos batiendo yo

chusmas, creo dejar expedita vía aquí a Acapulco, espero impaciente tropa. V. Huerta". Tres Marías, 28 de abril de 1911, CPD, LXX, 10091.

24. *El Diario*, México, D. F., 3 de mayo de 1911.

25. Entrevista con el señor Amador Acevedo, cit., p. 157.

26. *El Diario*, México, D. F., 1 de mayo de 1911. El general Leyva informó a Porfirio Díaz del hecho en los siguientes términos: "Hoy a las seis de la tarde llegó cadáver del desventurado doctor Olssen Seffer que desde esta mañana ordené fuera recogido con las formalidades de la ley en la plataforma del Pullman del tren en cuyo lugar, estando parado recibió una bala en la cara, de las muchas armas de fuego dispararon los bandoleros ladrones sobre el tren de pasajeros. Además fue herido el sirviente del carro Pullman y también este herido fue traído a esta plaza y colocado en el hospital para su curación. Ordené que el cadáver del referido doctor una vez colocado en el hospital fuera puesto a disposición del juez de distrito para lo que haya lugar. Sigue activándose quede expeditada la vía férrea en sus desperfectos para restablecer el curso de los trenes lo mismo que la vía telegráfica fue interrumpida. Protesto a usted mis respetos. El general jefe de las armas F. Leyva". El presidente de inmediato respondió, al anticipar las consecuencias diplomáticas y la venganza que ésta suponía: "Informe telegráficamente nombre cabecilla que atacó tren en el Parque y dé conocimiento oficial de ello a juez de distrito. Porfirio Díaz". 30 de abril de 1911, CPD, LXX, 10323.

27. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 30 de abril de 1911, CPD, LXX, 10314.

28. Francisco Leyva a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 2 de mayo de 1911, CPD, LXX, 10448-10452.

29. Francisco Leyva a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 3 de mayo de 1911, CPD, LXX, 10549-10550.

30. Cfr. Samuel Malpica, op. cit.

31. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

32. "Ley sobre Supresión del Ejército Permanente", 1 de noviembre de 1915, en Laura Espejel et al., *Emiliano Zapata, antología*, cit.

33. Entrevista con el señor Espiridión Rivera Morales, cit., p. 140.

34. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 5 de mayo de 1911. CPD, LXX, 10717-10718.

35. General Luis G. Valle a Porfirio Díaz, Puebla, 6 de mayo de 1911, CPD, LXX, 10797-10798.

36. *El Diario*, México, D. F., 8 de mayo de 1911.

37. *El País*, México, D. F., 8 de mayo de 1911.

38. En esa misma fecha se desembarcaba, en Veracruz, un cargamento procedente de Europa: veinte millones de cartuchos para fusiles y ametralladoras; diez mil granadas para cañón sistema Hotchkis, de treinta y siete milímetros y una remesa de fusiles Porfirio Díaz, mandados construir en una fábrica suiza, *El Diario*, México, D. F., 10 de mayo de 1911.

39. José Ives Limantour, op. cit., p. 253.



40. Ibid., p. 265.

41. Karl von Clausewitz, op. cit., t. II, p. 52.

42. *El Diario*, México, D. F., 12 de mayo de 1911.

43. Francisco Carvajal a José Ives Limantour, El Paso, Texas, 13 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11406.

44. Entrevista con el señor Mateo Díaz Lozano, cit.

45. Francisco Leyva a Porfirio Díaz, Cuernavaca, 14 de mayo de 1911, CPD, LXX, 11443-11444. Leyva transcribió telegrama enviado por Munguía desde Cuautla.

46. *El Diario*, México, D. F., 20 de mayo de 1911, y Octavio Paz Solórzano, "Zapata", *Tres revolucionarios tres testimonios*, t. II, EOSA, México, 1986, pp. 60-1.

47. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

48. Octavio Paz Solórzano, op. cit., p. 61.

49. Sun Tsu, op. cit., p. 141.

50. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

51. Octavio Paz Solórzano, op. cit., p. 62. No indica el nombre de quién le ofreció el testimonio.

52. *El Diario*, México, D. F., 24 de mayo de 1911.

53. Entrevista con el señor Serafín Placencia Gutiérrez, cit.

54. Octavio Paz Solórzano, op. cit., p. 63.

55. Entrevista con el señor Agapito Pariente Aldana, soldado del Ejército Libertador, realizada por Alicia Olivera de Bonfil, Tepalcingo, Morelos, 2 de marzo de 1974, PHO/MNH. Citada por Salvador Rueda Smithers, "Oposición y subversión...", cit., p. 17.

56. *El Diario*, México, D. F., 24 de mayo de 1911.

57. Mariano Silva, *Corrido del Quinto de Oro*, cit. Véase apéndice, acerca de un intento de aproximación a los significados zapatistas.

58. Catalina H. de Giménez, op. cit., p. 139.

59. Ibid., p. 136.

60. *El Diario*, México, D. F., 24 de mayo de 1911.

61. Entrevista con el señor Luis Piñeiro Muñoz, cit., p. 152.

62. En el caso de la revolución cubana, Fidel Castro expone: "Si usted analiza los recursos en número de hombres con que nosotros hicimos aquella tarea, se logró una eficacia extraordinaria [...] Incluso cuando la guerra se acabó, el enemigo, por cada soldado nuestro sobre las armas, tenía veinticinco. ¿Y cómo se pudo hacer eso? Por eso yo más bien siempre me he inclinado a creer más en los factores morales, en la conciencia del hombre, porque he visto lo que el hombre es capaz de hacer, y he tenido muchas lecciones de eso a lo largo de nuestra historia". Entrevista realizada por Gianni Miná, *Habla Fidel*, Edivisión, México, 1988, pp. 210, 214.

63. Karl von Clausewitz, op. cit., t. III, pp. 245 y 251.

64. Ibid., p. 316.

65. *El País*, México, D. F., 10 de mayo de 1911.

66. Entrevista con el señor Carmen Aldana, cit., p. 20.

67. "Consideramos que una gran batalla es la decisión principal, pero no por cierto la única necesaria para una guerra o una campaña. Sólo en los tiempos modernos han sido frecuentes los casos de grandes batallas que hayan decidido toda una campaña; los casos en que han decidido toda la guerra son excepciones rarísimas." Karl von Clausewitz, op. cit., t. II, p. 53.

68. Cuatro *considerandos* previos señalan que Porfirio Díaz "ha manifestado su resolución de renunciar a la presidencia de la república antes que termine el mes en curso", que "tienen noticias fidedignas" acerca de la renuncia de Ramón Corral y que eso significaba, por ley, que asumiría la presidencia interinamente Francisco León de la Barra, para convocar a elecciones generales. En cuanto a los reclamos que dieron motivo a que decenas de miles se levantaran en armas, el cuarto *considerando* estableció que: "El nuevo gobierno de la república *estudiará las condiciones de la opinión pública* en la actualidad para satisfacerlas en cada estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente a las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la revolución". Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 138-9.

69. Emiliano Zapata a Gildardo Magaña, Campamento en Morelos, 6 de diciembre de 1911, *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, cit. t. IV, p. 301.

CAPÍTULO 6

**Detrás de la paz**

1. Cfr. Luisa Paré et al., *El caciquismo y el poder político en México*, Siglo XXI, México, 1975. En el inicio de la revolución, los Figueroa no fueron los únicos que levantaron en el sur el estandarte del orden. Enrique Añorve, quien asumió la conducción del movimiento en Ometepec y toda la Costa Chica, decretó el 29 de mayo de 1911 la pena de muerte para quien atentara en contra de la propiedad. Una carta suscrita por decenas de revolucionarios de Igualapa, Guerrero, el 23 de septiembre de 1911, describe así la situación que enfrentaron: "Si bien es cierto que el señor Añorve al principio cumplió debidamente con sus ofrecimientos, obligando a los tenedores de escrituras a que las devolvieran como nos las devolvieron después de haber obtenido el triunfo, también lo es que pasados algunos días, el mismo señor Añorve, hallándose investido del rango de coronel y puesto de acuerdo con todos los compradores de terrenos que le dieron, no sabemos por qué interés, considerables sumas de dinero, quitó por medio de violencia y el asesinato todas las escrituras que volvió a las manos de los mismos compradores, quedando nosotros privados del derecho que teníamos como dueños legítimos desde tiempo inmemorial". FGM, 12, 6, 124.

2. *El Diario*, México, D. F., 28 de mayo de 1911.

3. "Manifiesto de Francisco I. Madero dando a conocer el triunfo de la revolución", Ciudad Juárez, 26 de mayo de 1911, *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*, IV, Manifiestos Políticos, FCE, México, 1974, p. 212.

4. Felipe Ruiz de Velasco a Alfredo Robles Domínguez, México, 26 de mayo de 1911, Archivo Alfredo Robles Domínguez (AARD), 1, 5, 209.

5. Francisco Madero a Alfredo Robles Domínguez, México, 27 de mayo de 1911, AARD, 1, 5, 138.

6. *El Diario*, México, D. F., 30 de mayo de 1911.

7. John Womack, op cit., p. 91.

8. Tomás Ruiz de Velasco a Francisco León de la Barra, Iguala, 20 de agosto de 1911, FGM, 1, 3R, 481.

9. Tomás Ruiz de Velasco a Francisco León de la Barra, México, 25 de agosto de 1911, FGM, 1, 3R, 480.

10. Joaquín Amor, Mazari y otros a Francisco León de la Barra, Iguala, 20 de agosto de 1911, FGM, 18, 8, 526.

11. Francisco León de la Barra a Victoriano Huerta, México, 31 de agosto de 1911, FGM, 14, 2, 53.

12. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

13. Rosendo Casillas a Victoriano Huerta, Hacienda de Calderón, 30 de agosto de 1911, FGM, 12, 1, 25.

14. Anónimo a Francisco León de la Barra, FGM, 12, 7, 140.

15. Anónimo a Francisco León de la Barra, Cuernavaca, 18 de agosto de 1911, FGM, 23, 9, 265.

16. Francisco Leyva al secretario del Despacho de Guerra y Marina, México, 3 de junio de 1911, FGM, 12, 1, 4.

17. *Relación de los sucesos en el estado de Morelos*, FGM, 12, 1, 19.

18. Conversación citada en Gildardo Magaña, cit., t. I, p. 161.

19. Entrevista con el señor Serafín Placencia, cit.

20. El gobernador informaba al presidente provisional: "Se ha iniciado una completa desorganización política y administrativa en los distritos, a causa de que, dependiendo el arreglo de la cosa pública de los diferentes jefes revolucionarios, no hay ni puede haber unidad de plan en la obra de los mismos, y de esto depende que en unas partes se hayan nombrado nuevos jefes políticos, en otras, se hayan suprimido estos funcionarios, de acuerdo con los principios de la revolución, sustituyéndolos con presidentes municipales; y en otras, como en Zacapoaxtla, por ejemplo, se haya prescindido de toda autoridad civil, nombrándose un comandante militar". Rafael Isunza a Francisco León de la Barra, Puebla, 26 de mayo de 1911, FGM, 1, 2Y, 750.

21. Emilio Vázquez al C. gobernador de Puebla, México, 9 de julio de 1911, FGM, 22, 1, 85.

22. *El Correo Español*, México, D. F., 13 de julio de 1911.

23. Andrés Campos, "Reminiscencias de la revolución, 12 de julio de 1911", *Revista del Ejército y de la Marina*, México, s./f., recorte, FGM, 23, 5, 79.

24. *El Correo Español*, México, D. F., 15 de julio de 1911.

25. Testimonio escrito del doctor Guillermo Gaona Salazar y el ingeniero Gustavo Gaona, 7 de noviembre de 1930, en Francisco Vázquez Gómez, op. cit., p. 326.

26. Francisco Madero a Francisco León de la Barra, Puebla, 13 de julio de 1911, FGM, 17, 10, 489.

27. Testimonio de Guillermo y Gustavo Gaona, en Francisco Vázquez Gómez, op. cit., p. 331.

28. Francisco Madero a Francisco León de la Barra, Puebla, 13 de julio de 1911, FGM, 17, 10, 490.

29. Juan Carreón a Alfredo Robles Domínguez, Cuernavaca, 14 de julio de 1911, AARD, 2, 8, 569.

30. *Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, cit.

31. Entrevista con el gobernador de Puebla, Rafael Cañete, *El Correo Español*, México, D. F., 10 de agosto de 1911.

32. Paul von Hintze a Bethmann Hollweg, 19 de julio de 1911. Citado por David G. LaFrance, "Germany, Revolutionary Nationalism, and the Downfall of President Francisco I. Madero: the Covadonga Killings", *Mexican Studies/Estudios mexicanos*, 2 (1) Universidad de California, Berkeley, California, 1986.

33. David LaFrance, op. cit. Las referencias que cita en apoyo son numerosas, tomadas de archivos diplomáticos alemanes, estadounidenses y mexicanos.

34. *El Correo Español*, México, D. F., 12 de agosto de 1911.

35. Pacto del 11 de julio de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., p. 226.

36. Francisco I. Madero a Gustavo Madero, San Lorenzo, Tehuacán, 25 de julio de 1911, FGM, 17, 10.

37. Gildardo Magaña, op. cit., p. 126.

38. Ibid., p. 168 y ss.

39. Carta anónima a Emiliano Zapata, Cuautla, 4 de enero de 1912, FGM, 28, 12, 281. Señalaba como objetivos:

"1. Es necesario *organizar, sistemar* y *generalizar* el movimiento, sosteniendo el *'Plan de Ayala'* con *exclusión* de cualquiera otro.

"2. Es indispensable establecer un Centro en la ciudad de México que sirva como punto de contacto entre todos y pueda en su oportunidad dirigir, y caracterizar, y asumir la responsabilidad política del movimiento.

"3. Es conveniente congregar todos los elementos sanos, poniendo en acuerdo a l*os partidos, grupos* y *personalidades* leales a la causa." (Subrayados del original.) Esta carta, al parecer, no ha sido considerada en la historiografía del zapatismo. Indica que en julio de 1911, desde una posición defensiva, comenzaba a articularse un amplio movimiento político, cuya tendencia se inclinaba a rebasar el tope que había impuesto Madero a la revolución. En agosto, como resultado de esa convergencia, salió a las calles de la ciudad de México una manifestación de veinticinco mil personas en apoyo a los zapatistas y reclamando al presidente de la república el retiro de las fuerzas federales enviadas a Morelos.



40. Valentín López González, *Los compañeros de Zapata*, Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1980, pp. 244-7.

41. Cfr. PHO/MNH, varias entrevistas.

42. Victoriano Huerta a Francisco León de la Barra, Cuernavaca, 11 de agosto de 1911, FGM, 12, 1, 17.

43. Francisco Madero a Ambrosio Figueroa, México, D. F., 9 de agosto de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., p. 265.

44. Carlos Pérez Guerrero, *Emiliano Zapata y la escuela del pueblo*, testimonio citado por Gildardo Magaña, op. cit., pp. 254-64.

45. Francisco León de la Barra a Victoriano Huerta, México, 15 de agosto de 1911. FGM, 14, 3, 84.

46. Victoriano Huerta a Francisco León de la Barra, Cuernavaca, 15 de agosto de 1911, FGM, 14, 3, 67.

47. Victoriano Huerta a Francisco León de la Barra, Cuernavaca, 16 de agosto de 1911, FGM, 14, 3, 93.

48. Una diferencia importante consiste en que los firmantes de un conjunto de los telegramas no tienen en consideración a los hacendados; no los mencionan. Se trata de los telegramas emitidos por los empleados, nacionales y extranjeros, del Ferrocarril Interoceánico, el delegado de la Cruz Roja, el presidente municipal de Cuautla, vecinos y comerciantes de Cuautla, los clubes políticos de Tlayacapan, Atotonilco y Zacualpan, vecinos de Jantetelco y Telixtac, firmados por más de cuatrocientas personas.

En otro conjunto de telegramas, los firmantes identifican a los hacendados como sujeto operador del conflicto y principal responsable de un posible derramamiento de sangre. Es el caso de los documentos suscritos por los de Huazulco, Amilcingo, Yecapixtla, Cuautla, Atlatlahuacán, Tlatelolco, Tetelilla, Tepoztlán, San Andrés de la Cal; por los clubes políticos de Ayala, Xalostoc, Yautepec, Huichililla, y el firmado por Emiliano Zapata. Este grupo reúne más de dos mil firmas.

La diferencia se manifiesta, además, en que el grupo de telegramas que identifica a los hacendados como enemigos es también el que ubica al Ejército Libertador como defensor de la causa de los pueblos. Pueblo y Ejército Libertador constituyen una unidad.

En términos generales se pueden apreciar dos visiones del enfrentamiento; en una se elude identificar a los sujetos del conflicto, en la otra se establecen. Cfr. FGM, 14, 4.

49. Loc. cit.

50. Emiliano Zapata, pliego de 8 peticiones enviadas a Madero después de la conferencia telefónica del 14 de agosto de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., pp. 269-70.

51. Entrevista con el señor Serafín Placencia, cit. Don Serafín explica, en otro pasaje, qué entendía por ese gobierno valiente, al referirse al triunfo obtenido por los zapatistas en Cuautla: "Un gobierno muy valiente, tenía un gobierno que le decían el *Quinto de Oro*, que había triunfado en el norte y en donde quiera y no había perdido". La identificación ejército

con gobierno es muy frecuente en los testimonios zapatistas; el gobierno entraba a las emboscadas, huía el gobierno, por ejemplo, se refieren a situaciones de la batalla.

52. Citado en Gildardo Magaña, op. cit., t. I, p. 272.

53. Ibid., p. 274.

54. Entrevista con el señor Félix Vázquez Jiménez, mayor de caballería del Ejército Libertador, realizada por Laura Espejel, San Juan Ixtayoapan, Tláhuac, 10 de agosto de 1973, PHO/MNH (inédita).

55. Gilberto Magaña, op. cit., t. II, pp. 32-3.

56. Ibid., p. 76.

57. Ibid., p. 44. Manuel Calero había contemplado enfrentar el problema agrario en dos fases. En lo inmediato, diseñó un plan de "reformas radicales" cuya esencia era reducir las tasas de interés del ocho y del nueve por ciento en que se encontraban al seis por ciento anual, para los productores agrícolas; además de ampliar el periodo en el que los deudores quedaban sujetos a las instituciones de crédito, de quince a cuarenta años. En el largo plazo, propuso el estudio del fomento agrícola, mediante fraccionamiento, riego y colonización de las tierras, para lo cual se crearía una Comisión Agraria. Memorándum dirigido al secretario de Hacienda y Crédito Público, 21 de agosto de 1911, FGM, 23, 4, 67.

58. Ibid., 22, 1, 39.

59. Citado en Gildardo Magaña, op. cit., t. I, p. 278.

60. Francisco I. Madero a Francisco León de la Barra, México, 25 de agosto de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 320-1.

61. Francisco I. Madero a *El Imparcial,* México, D. F., 27 de junio de 1912, en Gildardo Magaña, op. cit., t. II, p. 314.

62. Entrevista con el señor Félix Vázquez Jiménez, cit.

63. Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 305-6.

64. Felipe Ruiz de Velasco a Francisco León de la Barra, México, 19 de agosto de 1911, FGM, 14, 4, 229.

65. Federico Morales a Juan N. Carreón, telegrama transcrito a Victoriano Huerta, Cuernavaca, 25 de agosto de 1911, FGM, 12, 1, 23.

66. General Gabriel Hernández a Francisco León de la Barra, Jojutla, 23 de agosto de 1911, FGM, 19, 3, 103.

67. Gildardo Magaña, op. cit., t. I, p. 312.

68. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

69. Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 312 y 310.

70. Entrevista con el señor Serafín Placencia, cit.

71. Francisco I. Madero a Francisco León de la Barra, 25 de agosto de 1911, en Gildardo Magaña, op. cit., t. I, pp. 315-22.

72. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

73. Victoriano Huerta a Francisco León de la Barra, Jojutla, 13 de septiembre de 1911, FGM, 12, 1, 28.

74. Heliodoro Díaz a Francisco León de la Barra, Oaxaca, 15 de septiembre de 1911, FGM, 13, 2, 98.



75. Emiliano Zapata y Juan Andrew Almazán a Antonio Menchaca, Acaxtlahuacan, 20 de septiembre de 1911, FGM, 28, 14, 306.

76. Manifiesto de Ambrosio Figueroa, Cuernavaca, 25 de septiembre de 1911, FGM, 12, 6, 126.

77. Victoriano Huerta a Francisco León de la Barra, Chiautla, Puebla, 26 de septiembre de 1911, FGM, 12, 1, 29.

78. Victoriano Huerta a Ignacio León de la Barra, Chiautla, Puebla, 27 de septiembre de 1911, FGM, 12, 1, 30.

79. Memorial de Zapata, 26 de septiembre de 1911, Laura Espejel et al., *Emiliano Zapata. Antología,* cit., p. 111.

80. Francisco León de la Barra a Agustín del Pozo, México, 29 de septiembre de 1911, FGM, 21, 3, 254.

81. Gabriel Hernández a Francisco León de la Barra, Chiautla, 16 de octubre de 1911, FGM, 20, 2, 379.

82. Ambrosio Figueroa a Francisco León de la Barra, Cuernavaca, 20 de octubre de 1911, FGM, 19, 6, 329.

83. Testimonio en náhuatl de doña Luz Jiménez, recogido (1965) y traducido por Fernando Horcasitas, en *De Porfirio Díaz a Zapata. Memorial náhuatl de Milpa Alta,* IIH, UNAM, México, 1974, pp. 103, 105. Horcasitas tradujo *macehualtin* por mexicano o, en ocasiones, indígena; así como *macehualcopa* por lengua mexicana, indígena. Literalmente, según Miguel León Portilla, *macehualtin* significa pueblo, los habitantes de los calpules, el estrato social más bajo de la sociedad mexica. La identidad que doña Luz Jiménez transmitió no era la de india, sino la de macehualli.

84. Gabriel Hernández a Francisco León de la Barra, Tlaltizapán, 20 de octubre de 1911, FGM, 19, 6, 327.

85. Gildardo Magaña, op. cit., t. II, p. 28.

86. Entrevista con el señor Félix Vázquez Jiménez, cit.

EPÍLOGO
**La ruptura**

1. *El Correo Español, Diario consagrado a la defensa de los intereses de España y de la colonia española,* México, D. F., 7 de noviembre de 1911.

2. Loc. cit.

3. *El Diario,* México, D. F., 7 de noviembre de 1911.

4. Ibid., 12 de noviembre de 1911.

5. Alfonso Taracena, op. cit., p. 420.

6. *El Diario,* México, D. F., 12 de noviembre de 1911.

7. Alfonso Taracena, op. cit., p. 423.

8. Juan Sánchez Azcona et al., "Madero", *Tres revolucionarios; tres testimonios,* t. I., EOSA-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora. México, 1986, p. 67.

9. Ibid., p. 29.

10. Declaración del general Gracia, al salir de Palacio Nacional, a *El Diario*, México, D. F., 28 de noviembre de 1911.

11. *El Diario*, México, D. F., 26 de noviembre de 1911.

12. Loc. cit.

13. Alfonso Taracena, op. cit., p. 428.

14. Testimonio de Francisco Mercado, en Rossoff y Aguilar, *Así firmaron el Plan de Ayala*, SEP, México, 1976, pp. 36-7.

15. Entrevista con el señor Próspero García Aguirre, cit.

16. Jesús Sotelo Inclán, op. cit., p. 185.

17. Testimonio de don Cristóbal Domínguez, en Rossof y Aguilar, op. cit., p. 42.

18. Entrevista con el señor Macedonio García Ocampo, cit.

19. Gildardo Magaña, op. cit., t. II, p. 142.



# Bibliografía


Aceves, Jorge, *Historia oral e historias de vida. Teoría, métodos y técnicas*, bibliografía comentada, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, 1991.

Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1979.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1987.

Alavi, Hamza, *Teoría de la revolución campesina*, Comité de Publicaciones de los Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1974.

——, *Dependence, Autonomy and the Articulation of Power*, McGill University, Montreal, 1975.

Aragón, Eliseo, *Calendario de las ferias más notables del estado de Morelos*, 2a. ed., El Sol de Morelos, Cuernavaca, 1950.

Bambirra, Vania, "Los errores de la teoría del foco", *Debray y la revolución latinoamericana*, Nuestro Tiempo, México, 1969.

Bartra, Armando, *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México*, Era, México, 1986.

—— et al., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, Nueva Imagen, México, 1980.

Baudrillard, Jean, *Crítica de la economía política del signo*, Siglo XXI, México, 1991.

Bazant, Jean, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875). Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, El Colegio de México, México, 1971.

Benítez Manaut, Raúl, *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*, Universidad Centroamericana, San Salvador, 1989.

Bermúdez, Lilia, *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*, Siglo XXI, México, 1989.

Bernecker, Walter, *Contrabando, ilegalidad y corrupción en el México del siglo XIX*, Universidad Iberoamericana, México, 1994.

Blanco, Desiderio y Raúl Bueno, *Metodología del análisis semiótico*, Universidad de Lima, Lima, 1980.

Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, México, 1990.

——, "Introducción al ciclo de ferias de cuaresma en la región de Cuautla, Morelos", *Anales de Antropología*, vol. VIII, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1971.

——, *Pensar nuestra cultura*, Alianza, México, 1991.
Bordieu, Pierre, "La ilusión biográfica", *Historia y fuente oral*, n. 2, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1989.
Brading, David, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
——, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México, 1985.
Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, México, 1994.
Burchett, Wilfred, *El triunfo de Vietnam*, Era, México, 1969.
Burke, Peter, "La nueva historia socio-cultural", *Historia Social*, n. 17, Instituto de Historia Social, UNED, Valencia, 1993.
Campos, Andrés, "Reminiscencias de la revolución, 12 de julio de 1911", *Revista del Ejército y de la Marina*, México, s./f.
Chartier, Roger, "De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social", *Historia Social*, n. 17, Instituto de Historia Social, UNED, Valencia, 1993.
Chayanov, A. V., *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.
Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
——, "Un factor decisivo de la revolución en México: el levantamiento de Zapata (1911-1919)", en José Ángel Aguilar, *Zapata (selección de textos)*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1980.
Churchill, Winston, *A Roving Commission*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1930.
*Cien biografías de militares distinguidos*, Dirección General de Archivo e Historia, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1988.
Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, Era, México, 1973.
Crespo, Horacio, "El azúcar en el mercado de la ciudad de México", en Horacio Crespo (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 1984.
Cumberland, Charles, *Madero y la Revolución Mexicana*, 3a. ed., Siglo XXI, México, 1984.
Díaz Soto y Antonio Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata su caudillo*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1987.
*Diccionario histórico biográfico de la Revolución Mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991.
*Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, 5a. ed. a cargo de Miguel León Portilla, Porrúa, México, 1986.
Dirk Raat, W., *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos, 1903-1923*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.



Dobry, Michel, *Sociología de las crisis políticas*, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1988.
Douglas, Mary, *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid, 1973.
Duby, Georges, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Petrel, Barcelona, 1980.
Druzo Maldonado, J., "Producción agrícola en el México prehispánico", en Horacio Crespo (coord.), op. cit.
*El ejército campesino del sur*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1982.
*Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, Aguilar, Madrid, 1977.
*Enciclopedia italiana*, Instituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1949.
*Encyclopaedia britannica*, Londres, 1984.
*Encyclopedia of Military History*, Jame's, Londres, 1986.
Engels, Federico, "Notas sobre la guerra", *Temas militares*, Cartago, Buenos Aires, 1974.
——, "Introducción a la lucha de clases en Francia", en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Progreso, Moscú, 1955.
España Caballero, A., "La práctica social y el populismo nacionalista (1935-1940)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1987.
Espejel, Laura, "El cuartel general: órgano rector de la revolución zapatista (1914 y 1915)", en Horacio Crespo (coord.), op. cit.
Espejel, Laura y Salvador Rueda, "El desencanto porfiriano, las elecciones de 1909 en Morelos", *Desde el Diez*, boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A. C., Jiquilpan, Michoacán, noviembre de 1994.
Espejel, Laura, Alicia Olivera y Salvador Rueda, *Emiliano Zapata. Antología.* Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1988.
*Estadísticas históricas de México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México, 1990.
Fanon, Franz, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
Fernández Monjardin, Antonio, *Ocurso que el doctor Antonio Fernández Monjardin presentó en 28 de abril de 1862 al juez cuarto de lo civil Lic. Agustín Morán, reclamando el despojo que se le infirió el 24 de mayo de 1861 de una casa de su propiedad de la que se dio posesión a José Ibes Limantour* [sic], México, 1862.
Florescano, Enrique (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Simposio de Roma, Consejo Lationoamericano de Ciencias Sociales/Siglo XXI, México, 1978.
Foucault, Michel, *Geneaología del racismo*, La Piqueta, Madrid, 1992.
——, *Saber y verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991.

——, *Microfísica del poder,* La Piqueta, Madrid, 1992.

Fuente, Julio de la, *Relaciones interétnicas,* Instituo Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1989.

*Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana,* Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

García Cantú, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987.

Garfías, Luis M., *La Revolución Mexicana. Compendio histórico político militar,* Panorama, México, 1983.

Geertz, Clifford, *El antropólogo como autor,* Paidós, Barcelona, 1989.

Giap, Vo Nguyen, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo,* Era, México, 1977.

——, *Estrategia de liberación,* Pueblo Nuevo, México, 1976.

Giménez, Catalina H. de, *Así cantaban la revolución,* Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.

Gluckman, Max, *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal,* Akal, Madrid, 1978.

Gomezcésar Hernández, Iván M., *Tierra arrasada. El zapatismo en Milpa Alta,* tesis de licenciatura en antropología social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1994.

González, Luis, "El liberalismo triunfante", en *México: economía, sociedad y política; de la república restaurada a la Constitución de 1917,* antología, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1985.

——, *El oficio de historiar,* El Colegio de Michoacán, México, 1991.

Gramsci, Antonio, "Análisis de situaciones. Correlaciones de fuerza", *Las fuerzas políticas,* Universidad Centroamericana, San Salvador, 1980.

*Grandes batallas del siglo XX,* UTHEA, San Sebastián, 1982.

Guerra, Ramiro, *Azúcar y población en Las Antillas,* Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

Guevara, Ernesto, *Obra revolucionaria,* Era, México, 1971.

Gutiérrez Santos, Daniel, *Historia militar de México, 1896-1914,* Ateneo, México, 1955.

Haidar, Julieta, *Discurso sindical y procesos de fetichización,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1990.

Hall, Edward T., *El lenguaje silencioso,* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.

Hart, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931,* Siglo XXI, México, 1980.

Hernández Chávez, Alicia, "Origen y ocaso del ejército porfiriano", *Historia mexicana,* vol. 39, n. 1, El Colegio de México, México, julio-septiembre de 1989.

——, *Anenecuilco, memoria y vida de un pueblo,* Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, México, 1993.

Horcasitas, Fernando, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memorial náhuatl de Milpa Alta,* Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1974.



Huerta, María Teresa, *Empresarios del azúcar en el siglo XIX,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1993.

Illades, Carlos, *Presencia española en la revolución mexicana (1910-1915),* Facultad de Filosofía y Letras (Universidad Nacional Autónoma de México)/Instituto José María Luis Mora, México, 1991.

——, "Los propietarios españoles de la ciudad de México durante la revolución de 1910", ponencia coloquio: *¿Águila o sol? Historia de la experiencia inmigratoria en México, siglos XIX y XX,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, octubre de 1993.

Jacobs, Ian, *La Revolución Mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros,* Era, México, 1990.

James, Anthony J., *From the Barrel of a Gun. Armies and Revolutions,* Pergamon-Brassey's, Washington, s./f.

Jobes, G., *Dictionary of Mitology, Folklore and Symbols,* The Scurecrow Press, Nueva York, 1962.

Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México,* Era, México, 1982.

——, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana,* Era, México, 1984.

—— (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX,* Era, México, 1990.

LaFrance, David G., "Germany, Revolutionary Nationalism and the Downfall of President Francisco I. Madero: the Covadonga Killings", *Mexican Studies/Estudios mexicanos* 2 (1), Universidad de California, Berkeley, California, 1986.

Laszlo, Ervin, *La gran bifurcación. Crisis y oportunidad: anticipación del nuevo paradigma que está tomando forma,* Gedisa, Barcelona, 1990.

Lenin, Vladimir, *El imperialismo fase superior del capitalismo,* en *Obras completas,* Salvador Allende, México, s./f.

——, *La alianza de la clase obrera y los campesinos,* Moscú, Progreso, s./f.

——, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* en *Obras completas,* México, Salvador Allende, s./f.

—— et al., *Clausewitz en el pensamiento marxista,* Pasado y Presente, México, 1979.

León Portilla, Miguel, *La filosofía náhuatl,* Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.

——, *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata,* Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978.

Levi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje,* Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

Limantour, José Ives, *Apuntes sobre mi vida política,* Porrúa, México, 1965.

López González, Valentín, *Los compañeros de Zapata,* Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1980 (col. Tierra y Libertad).

López Monjardin, Adriana, "La cultura política de los campesinos", *Coyuntura,* n. 42-43, Instituto de Estudios de la Revolución Democrática, México, noviembre-diciembre de 1993.

——, "Aproximación a los guiones ocultos" (inédito).

López Monjardin, Adriana y Francisco Pineda, "La disputa simbólica por la herencia de Zapata", en Hubert Carton de Grammont (coord.), *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo*, Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México/Juan Pablos Editor, México, 1995.

Lozoya, Jorge Alberto, *El ejército mexicano*, El Colegio de México, México, 1984.

MacGregor, Josefina, "La revolución mexicana y los intereses españoles", *Cuicuilco*, n. 31-32, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, julio-diciembre de 1992.

Magaña, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.

Malpica, Samuel, *Atlixco: historia de la clase obrera*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1989.

Mandel, Ernest, *El significado de la segunda guerra mundial*, Fontamara, México, 1991.

Mao Tse-Tung, *Selección de escritos militares*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1967.

Maquiavelo, Nicolás, *El arte de la guerra*, Librería de la viuda de Hernando y Cía., Madrid, 1895.

Marchetti, Giovanni, *Cultura indígena e integración nacional*, Biblioteca Universidad Veracruzana, Xalapa, 1986.

Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*, Era, México, 1974.

——, Prólogo a Vania Bambirra, *La revolución cubana, una reinterpretación*, Nuestro Tiempo, México, 1974.

——, "La pequeñaburguesía y el problema del poder", en Ruy Mauro Marini, *El reformismo y la contrarrevolución*, Era, México, 1976.

Martínez Escamilla, Ramón (comp.), *Escritos de Emiliano Zapata*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1978.

Marx, Carlos, *El capital. Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Mayer, Gustav, *Friedrich Engels; biografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

Meillasoux, Claude, *Mujeres, graneros y capital*, Siglo XXI, México, 1977.

Méndez, Guadalupe, "La quiebra política (1965-1976)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México*, vol. 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1987.

Miná, Giani, *Habla Fidel*, entrevista con el comandante Fidel Castro, Edivisión, México, 1988.

Moore, Barrington, *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

Musacchio, Humberto (comp.), *Diccionario enciclopédico de México*, Andrés León, México, 1989.



Night, Alan, "Rural Mexico in the Twentieth Century: Dialectics of Development and Debate", ponencia presentada al XVI Coloquio del Colegio de Michoacán, "Las disputas por el México rural", Jiquilpan, 16 a 18 de noviembre de 1994.

Paré, Luisa et al., *El caciquismo y el poder político en el México rural*, Siglo XXI, México, 1975.

Paz, Eduardo, *Reseña histórica del Estado Mayor mexicano, 1860-1911*, Secretaría de Guerra y Marina, Estado Mayor, México, 1911.

Paz Solórzano, Octavio, "Zapata", *Tres revolucionarios, tres testimonios*, vol. II, Insituto de Investigaciones José María Luis Mora-EOSA, México, 1986.

Peña, Guillermo de la, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, Casa Chata, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1980.

Pereyra, Carlos et al., *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, México, 1980.

Piñeiro, José Luis, *Ejército y sociedad en México: pasado y presente*, Universidad Autónoma de Puebla/Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México, 1985.

Portilla Gil de Portearroyo, Santiago, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, tesis de doctorado en historia, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, México, 1982.

Poulantzas, Nicos, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, México, 1974.

Reina, Leticia, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, Siglo XXI, México, 1988.

Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Robin, Regine, Presentación a "Lingüística y análisis de las ideologías", *Estudios de Historia Social*, n. 2-3, Madrid, julio-diciembre de 1977.

Rodríguez Peña, Hilda, "La danza popular", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. IV, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988.

Roeder, Ralph, *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

Rossoff y Aguilar, *Así firmaron el Plan de Ayala*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976 (Sepsetentas, 241).

Rueda Smithers, Salvador, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", *Historias*, n. 3, México, enero-marzo de 1983.

——, "La dinámica interna del zapatismo. Consideración para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista", en Horacio Crespo (coord.), op. cit.

Sánchez Azcona, Juan, "Madero", *Tres revolucionarios, tres testimonios*, vol. I, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora-EOSA, México, 1986.

Sánchez Lamego, Miguel, *Historia militar de la revolución zapatista bajo el régimen huertista*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979.

Scott, James C., *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1990.
Secretaría de Guerra y Marina, *Campaña de 1910 a 1911: estudio en general de las operaciones que han tenido lugar del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911, en la parte que corresponde a la Segunda Zona Militar*, Talleres del Departamento de Estado Mayor, México, 1913.
Sokolovski, V., *Estrategia militar*, Estudio, Buenos Aires, 1964.
Sotelo Inclán, Jesús, *Raíz y razón de Zapata*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.
Spratling, William, *México tras lomita*, Diana, México, 1965.
Sun Tsu, *El arte de la guerra*, Fundamentos, Madrid, 1981.
Taber, Robert, *La guerra de la pulga*, Era, México, 1977.
Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Porrúa, México, 1991 (Sepan cuantos..., 610).
*The Great Soviet Encyclopedia*, McMillan Educational Corp., Nueva York, 1974.
Trotsky, León, *Escritos militares*, Juan Pablos Editor, México, 1975.
Truong-Chinh, *La resistencia vietnamita vencerá*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1974.
Turner, Víctor, *La selva de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid, 1980.
——, *Dramas, Fields and Metaphors*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1974.
Tutino, John, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, Era, México, 1990.
*Últimos meses de Porfirio Díaz en el poder. Antología documental*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, s./f. (serie Cuadernos Conmemorativos, 53).
Urías, Margarita, "Manuel Escandón: de las diligencias al ferrocarril, 1833-1862", en Ciro Cardoso (coord.), *Formación y desarrollo de la burguesía en México, siglo XIX*, Siglo XXI, México, 1978.
Van Gennep, Arnold, *Los ritos de paso*, Taurus, Madrid, 1986.
Vázquez Gómez, Francisco, *Memorias políticas (1909-1913)*, Universidad Iberoamericana/El Caballito, México, 1982.
Vega, E., "Problemas de cuantificación en la historia regional", en Horacio Crespo (coord.), op. cit.
Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Secretaría de Educación Pública, México, 1987.
Virillo, Paul, *Vitesse et politique. Essai de dromologie*, Galilée, París, 1977.
Von Clausewitz, Karl, *De la guerra*, Diógenes, México, 1973.
Wallerstein, Immanuel, "The Ideological Tensions of Capitalism: Universalism *versus* Racism and Sexism", en Balibar, E., e I. Wallerstein, *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Verso, Londres, 1991.
——, *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, México, 1989.
Warman, Arturo, *Y venimos a contradecir... Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, Casa Chata, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1976.
Watson, Peter, *Guerra, persona y destrucción. Usos militares de la psiquiatría y la psicología*, Nueva Imagen, México, 1982.
Wolf, Eric R., *Los campesinos*, Labor, Barcelona, 1982.
Womack, John, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI/Secretaría de Educación Pública, México, 1985.
Yankelevich, Pablo, "México aquí y allá. La revolución mexicana bajo la mirada de la oligarquía argentina", *Cuicuilco*, n. 33-34, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, enero-junio de 1993.
Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

# Índice analítico